POLLY ADLER
UNA CASA
NO ES
un hogar
Una traducción de Eva Gallud Jurado
"Su carrera se ha convertido en sinónimo de pecado"
THE DAILY NEWS
El Desvelo
EDICIONES

POLLY ADLER

UNA CASA NO ES *un hogar*

Una traducción de Eva Gallud Jurado

El Desvelo }{ Altoparlante

Primera edición en papel, noviembre de 2015
Edición digital, mayo de 2023

El Desvelo Ediciones
Paseo de Canalejas, 13

39004 Santander

CANTABRIA

www.eldesvelo.es
info@eldesvelo.es
@eldesvelo

© de la obra, Pearl *Polly* Adler © de la edición original, Reinhardt & Company, Inc. Toronto-New York, 1953
© de la presente edición, El Desvelo Ediciones, 2015
© de la edición digital, Booqlab, 2023
© de la traducción, Eva Gallud Jurado, 2015
© del diseño de cubierta e interior, Bleak House, 2015
© de la imagen de cubierta y página 7, Archivo Daily News ISBN edición en papel: 978-84-943987-5-9

ISBN edición digital: 978-84-127246-1-5
IBIC: BM, 1KBBEY
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Pearl *Polly* Adler. En torno a 1953.

He cambiado los nombres de algunas personas y lugares, las fechas de algunos acontecimientos y otros detalles descriptivos y, en algunos casos, otras personas de la obra representan las características de dos o más de la vida real. Pero los sucesos fundamentales que componen la historia de mi vida están relatados tal como sucedieron.

POLLY ADLER

¿Quién es Polly Adler?

Su carrera ha convertido su nombre en sinónimo de pecado.
THE DAILY NEWS

Durante los veinticinco años que dirigí una casa, a menudo tenía la impresión de que mi tiempo estaba dividido equitativamente entre contestar preguntas y evitar responderlas. Clientes y policías, reporteros y fiscales, me sometían continuamente a un tiroteo de preguntas que iban desde las rutinarias a las cargadas de dinamita, de las ingenuas a las astutas, de lo obsceno a lo ridículo. Pero una pregunta que nunca me hicieron, y que, francamente, nunca pensé que hubiera necesidad de formularla, es la que encabeza esta página. Debido a mis numerosas apariciones en los titulares (por no hablar de las aún más numerosas alusiones informales en historias que consiguieron una difusión masiva sin el impulso del papel impreso), siempre di por sentado que *Polly Adler* era conocida.

Todos los días se aprende algo. Cuando surgió la idea de la publicación de este libro, uno de los primeros puntos a discutir era la cuestión de qué significaba mi nombre para el público en general. «Me atrevería a decir», escribió el redactor jefe, «que el noventa por ciento de la gente por debajo de los treinta y cinco años nunca ha oído hablar de Polly Adler».

«Nunca ha oído hablar de Polly Adler». Aquellas palabras, por qué negarlo, me afectaron bastante. Después de todo, los recortes de mi pila de álbumes no se remontan a los tiempos de los primeros vehículos motorizados. Fue en 1945, no en 1845, cuando cerré las puertas del «burdel más famoso de Nueva York». Aún así, apenas siete años después parecía que «la alcahueta más conocida del país» que, dice aquí, «disfrutaba de un poder político con la prensa y entre los mejores clubs nocturnos que probablemente nadie ha igualado» se había convertido ya en la Dama Olvidada.

Durante años había deseado que llegara el día en que, cuando me presentaran a algún colega ciudadano, la mención de mi nombre no desencadenara inevitablemente reacciones faciales tales como el alzamiento de ceja, la boca abierta, el labio apretado o algo aún más molesto, especialmente desde que ya no estoy en el negocio, la mirada lasciva. De hecho, he creído firmemente y declarado con frecuencia que no había nada que recibiera con más agrado que un poco de oscuridad. Pero mientras que sus ventajas en la vida privada son inestimables, lleva algo de tiempo acostumbrarse al tránsito de la notoriedad al anonimato. Encontrarse las aguas del olvido cerrándose

sobre tu cabeza la víspera de publicar un libro de memorias es, sin más, un maldito inconveniente.

En realidad, he escrito (y aún escribo) bastante, libros de tapa dura así como en periódicos y revistas, y no solo debido a la perenne curiosidad del público sobre mi antigua profesión sino porque, como Jimmy Walker y Texas Guinan y Peggy Joyce y Scott Fitzgerald*, he jugado un papel destacado en la comedia melodramática de una década ya legendaria, los dorados años veinte. Mi nombre se convirtió en noticia durante los años de aquel absurdo paseo en trineo que acabó en el crac del 29. Aunque mi carrera como *madame* sin duda terminó en la prosperidad (ni las depresiones ni las guerras tienen un efecto adverso sobre el negocio de la prostitución), en muchos aspectos yo era una creación de los tiempos, de una era cuyo credo era: «Cualquier cosa que sea económicamente correcta es moralmente correcta» y mi historia es inseparable de la de los años veinte.

Aunque se ha escrito mucho sobre este período en América, la imagen no estará completa hasta que todas las circunscripciones sean oídas, y hay aspectos de la escena en las que estoy especialmente bien cualificada para informar, quizás mejor que cualquiera que esté vivo hoy en día. Desde el salón de mi casa tenía una visión entre bambalinas, en tres direcciones. Podía explorar los bajos fondos, el mundo intermedio y las altas esferas. Lo que vi puede conmocionar o disgustar a algunos lectores, pero estaba ahí para ser visto y debe ser contado.

** Jimmy Walker, alcalde de Nueva York entre 1926 y 1932. Mary Louise Celia Texas Guinan, actriz, productora y empresaria. Peggy Hopkins Joyce, actriz. Francis Scott Key Fitzgerald, novelista.*

Capítulo 1
‘Goldine Madina’ significa ‘Tierra Dorada’

Caras todo a lo largo de la batayola; caras en todas las portillas. A sotavento salía un olor rancio del vapor que estaba fondeado en el puerto, un poco escorado, con la bandera amarilla de la cuarentena ondeando en el palo mayor.

«*Un millón de dólares daría yo —dijo el viejo soltando los remos— por saber a qué vienen*».

«*Por eso mismo, abuelo —dijo el joven sentado a la popa—. ¿No es éste el país de la oportunidad?*».

JOHN DOS PASSOS. *Manhattan Transfer*

I

Nací en Yanow, un pueblo de la Rusia Blanca cercano a la frontera de Polonia, el segundo domingo antes de la Pascua Judía, el 16 de abril de 1900. Isidore, mi padre, era sastre, un hombre hablador y temperamental con grandes ideas y una idea en proporción de su propia importancia. A sus ojos, al igual que a los ojos del pueblo, el lugar de la esposa se hallaba bien en la cocina o bien dando a luz y Sarah, mi sumisa y modesta madre, alternaba entre ambos sin rechistar. Yo era la mayor de sus nueve hijos. Después de mí nacieron una niña y siete niños.

Según los estándares de Yanow éramos pudientes. Nuestra casa, grande y espaciosa, se erguía en un gran patio. Había huertos de verduras y jardines de flores y un establo para los caballos de tiro y la vaca. La casa también servía como sede para la «fina sastrería a medida» de mi padre. Durante el día la sala de estar hacía las veces de probador y por la noche, la sala de montaje se convertía en el dormitorio de Pavel, el aprendiz de mi padre, y Katrina, la campesina polaca que era nuestra criada para todo.

Cuando yo tenía un año, mi padre se embarcó en la primera de muchas odiseas que jalonaron su vida. Debe de ser, he pensado a menudo, descendiente directo del judío errante. Este primer viaje lo llevó a América, a la que los aldeanos llamaban *Goldine Madina*, la *Tierra Dorada*. Aunque solo estuvo fuera unos meses, fueron suficientes para que se convirtiera en una autoridad en todo lo que tuviera que ver con América. En el curso de los ocho años siguientes, hizo tres viajes más, a Varsovia, Berlín y de nuevo a Nueva York, y se convirtió en una autoridad en todo.

Sus viajes nunca parecieron llevarle a ningún lugar cercano al caldero de oro, pero le aportaron material para sus diarios de viaje, los cuales no dudaba en alargar hasta longitudes de telenovela. (Como no más de una docena de personas en Yanow habían estado siquiera en Pinsk, siempre tenía un público seguro. Quizá por eso volvía a casa.) En su mayor parte, sus cuentos se escuchaban atentamente con la boca abierta y se tragaban debidamente enteros. No obstante, en una ocasión la incredulidad de los aldeanos desencadenó un enfado que tuvo repercusiones que perturbaron permanentemente la paz de nuestro hogar. Cuando contaba las maravillas de Goldine Madina, padre describió un nuevo invento llamado el teléfono. Pero cuando, en lugar de escuchar con ohs y ahs, el público reaccionó con guiños y miradas cómplices, la sangre le empezó a hervir. Por los cielos juró que les enseñaría, ¡construiría un teléfono! Alexander Graham Bell no era tan bueno como mi padre. Al día siguiente instaló una tubería de hierro que iba desde la sala de estar hasta su dormitorio en la segunda planta y, después de algunas pruebas, convocó a la escéptica ciudadanía para ver (o escuchar) lo que Adler había forjado.

Aunque el *teléfono* nunca arraigó in Yanow, al menos en nuestra casa llegó para quedarse. Desde entonces padre pasaba gran parte del tiempo en la cama, vociferando órdenes por la tubería como un capitán de barco. Como tenía una voz sonora y flexible que el tubo amplificaba hasta el volumen de una sirena de niebla, incluso la plácida petición de una taza de té tomaba matices apocalípticos. Cuando estaba emocionado o enfadado los efectos sonoros podrían aproximarse vagamente a los de un alce macho inusualmente amoroso obligado a no participar en el primer día de la temporada de apareamiento.

Madre era la única que alguna vez *contestaba* al teléfono. Ni Pavel ni Katrina querían formar parte del invento de Papá. Si Katrina se encontraba en algún lugar cercano a la salida del tubo cuando él comenzara su emisión, se tapaba la cabeza con el delantal y se lanzaba ciegamente hacia la salida más cercana, chocando contra sillas y mesas y, generalmente, dejando a mis hermanos pequeños esparcidos por el suelo, que hubieron de aprender a zambullirse en un lugar seguro o ser tirados como bolos en la bolera. Pavel se quedaba encogido de miedo hasta que pasaba la conmoción y entonces trotaba hasta el hall y llamaba escaleras arriba pidiendo una repetición. Decía que no podía entender una sola sílaba que saliera del mecanismo parlanchín. Padre, que no se tomaba bien las críticas

hacia su invento, declaraba que Pavel era (entre otras cosas) un pusilánime con cera en las orejas y continuaba dirigiendo la casa por teléfono. Era, después de todo, su invento.

He heredado muchos de los rasgos de mi padre: su inquietud y mal genio, su espíritu aventurero e inquisitivo, su terco rechazo a conformarse con segundos platos. Creo que a una edad bastante temprana comencé a identificarme con mi padre, si por identificarse se entiende preferir un rol en la vida que no confinara mis horizontes a los límites de Yanow o limitara mis actividades a cocinar, coser, fregar y parir hijos. No quería ser la eterna conforme, siempre eclipsada y empujada a un segundo plano. Quería salir y ver el mundo y mezclarme con gente y tener una opinión sobre lo que ocurría.

Casi desde que recuerdo me ha impulsado un feroz deseo de tener una educación. Para cuando tenía doce años todas mis esperanzas y planes de futuro dependían de que ganara una beca para el *Gymnazia* en Pinsk. Sabía que partía con desventaja puesto que solo había una beca disponible para los niños judíos de Yanow y la costumbre dictaba que fuese adjudicada a un chico. Pero hice acopio de valentía y busqué la ayuda del hombre más leído de nuestro pueblo, el rabino. Cada día después de la escuela me enseñaba ruso, historia hebrea y matemáticas y después de un año de hincar los codos intensamente mi cabeza estaba tan repleta de conocimientos que menos mal que no tenía un sombrero. No podría habérmelo calado.

Qué tentación de decir que el esfuerzo y la perseverancia dieron su fruto y que, mientras los aldeanos vitoreaban y la familia lloraba de alegría, el mismísimo Rasputín me otorgó la beca (¿quién va a venir desde Yanow para hacerme quedar por mentirosa?). Pero la verdad es que nunca supe si lo conseguí porque cuando llegó el día del premio yo ya llevaba muchas millas recorridas por una carretera que no llevaba a Pinsk.

Mi padre, que siempre jugueteaba con la idea de trasplantar la familia a América, había dado por fin con el plan de enviarnos a plazos, y cuando se enteró de que una prima nuestra estaba a punto de zarpar hacia la Tierra Dorada, yo, como la mayor, fui la elegida para acompañarla. La palabra del marido, por supuesto, era ley y las lágrimas de mi madre, sus protestas de que solo era una niña, no impresionaron a mi padre. Al principio yo estaba molesta ante la idea de abandonar el hogar pero cuando me acostumbré a ella, estaba emocionada y deseando ponerme en camino. Después de todo,

tampoco pasaría mucho tiempo hasta que estuviésemos de nuevo todos juntos, al menos eso decía padre, y yo intentaba consolar a mi madre recordándole esto mientras empacaba mis pertenencias en un saco de patatas (el sustituto yanovino del baúl de Vuitton).

Padre me llevó al siguiente pueblo que estaba en el camino del ferrocarril y, después de abrazarme solemnemente, me entregó al agente de viajes y se fue, probablemente temiendo que si se quedaba a verme partir podría sucumbir a sus crónicas ansias viajeras. Una vez me subieron al tren me quedé rápidamente dormida, no es que fuera indiferente al viaje sino que había sido un día largo, y cuando desperté encontré a mi prima sentada a mi lado. Era una mujer pálida de ojos tristes, con un aire de fúnebre abstracción, un personaje (aunque en ese momento no lo pensé así) directamente salido de Chejov. No obstante, a diferencia de la mayoría de personajes de Chejov, parecía haber hecho voto de silencio así que después de un rato cesé en mis intentos de ser sociable y dediqué el resto del viaje a mirar por la ventana.

Puesto que en nuestro grupo había hombres jóvenes que no habían hecho el servicio militar y habrían sido devueltos por los guardias fronterizos, bajamos del tren en Danzig y nos colamos en Alemania a través de túneles oscuros y enfangados. Los túneles daban miedo pero no estábamos en peligro pues el agente de viajes había pagado los sobornos necesarios cuando organizó nuestro paso.

Una vez en Alemania, subimos a otro tren y fuimos hasta Bremen, nuestro puerto de embarque. La llegada allí estuvo llena de ajetreo y confusión, tantos papeles que mostrar y preguntas que contestar. Yo estaba más entusiasmada que asustada pero mi prima cada vez estaba más confusa y al final se vino abajo completamente.

—Me temo —dijo— que no puedo ir a una tierra extraña. Debemos pedirle al oficial permiso para volver. Pídeselo tú, Pearl, tú eres pequeña. No se enfadará contigo.

Cuando vi que era inútil discutir con ella tomé mi primera decisión adulta. Dejaría que mi prima volviera, yo seguiría adelante. Fui hasta el oficial de emigración, activé las lágrimas y le convencí para que me diera un permiso de reentrada, solo uno. Después volví a mi prima, se lo puse en la mano y le conté mi determinación de continuar hacia América. Aunque se resistió un poco, lo único que había en su mente era salir por pies de allí y volver a Rusia, así que no tardó mucho en darme un beso de despedida y seguir su sombrío y consternado camino.

Aquella noche zarpé en el *Naftar*. Al ser la pasajera más joven, me

asignaron alojamiento en el ático, la litera de arriba, que hacía las veces de dormitorio y comedor. La comida que servían en tercera clase no era tan buena como la que le dábamos a nuestros animales en Yanow y pensé en la suerte de que mi madre hubiera echado cuatro hogazas de pan negro, cuatro salamis, ajos y manzanas en mi saco de patatas.

Mis compañeros de viaje, todos en busca de fortuna en la Tierra Dorada, eran una mezcla de nacionalidades: rusos, polacos, daneses, suecos e italianos. Como el viaje era muy duro, casi todo el mundo estaba mareado menos yo. Era mi primer sorbo de libertad y estaba muy animada. Me quedaba despierta casi toda la noche picando salami y cantando canciones populares rusas, para enojo de mis compañeros que a menudo recompensaban mi vocalización con palabrotas. Pero cuando la epidemia de mareo remitió, me convirtieron en su mascota y durante el resto del viaje lo pasé bien.

El punto álgido del viaje llegó una mañana cuando todo el mundo se apresuró a la barandilla y comenzó a gritar y saludar. Yo estaba convencida de que nos hundíamos y me quedé donde estaba, demasiado asustada para moverme. Entonces uno de los hombres me agarró y me sentó en su hombro.

¡Mira! —gritó en yiddish— ¡La Dama Americana! ¡La Estatua de la Libertad!

Y enseguida estaba yo gritando incontroladamente como todos los demás. Habíamos llegado a la Tierra Dorada.

II

Desde que atracamos me vi arrastrada por una ola de entusiasmo que me llevó a través de ceremonias de llegada tales como ser despiojada y comprobar mis papeles. Una vez completadas las formalidades, un oficial de inmigración me metió en el tren a Holyoke, Massachusetts, explicándome en yiddish que debía sentarme y quedarme quieta. Podía habérselo ahorrado. Por supuesto que me quedaría quieta. Estaba demasiado asustada como para mover un solo músculo.

El tren era mucho más grande y ruidoso que cualquiera que hubiera visto en Rusia y cuando una dama americana (nada parecida a la estatua) se sentó junto a mí no pude evitar quedarme mirando su extraño atuendo. Después de un rato se me ocurrió que quizá era yo la que iba vestida de forma peculiar e intenté esconder de la vista mi saco de patatas. La dama sonrió y me habló pero yo solo podía asentir de manera estúpida. Durante todo el viaje escuché las voces a

mi alrededor, intentando descifrar lo que decían.

La emoción me sostuvo hasta llegar a la estación de Holyoke. De pie junto a la ventanilla de billetes, observaba cómo los demás pasajeros eran saludados y abrazados y besados. Después el tren resopló alejándose y yo, sola con mi saco de patatas, descubrí que estaba cansada, hambrienta y echaba de menos mi casa. Aunque seguía recordándome a mí misma que aquello no era solo un sueño, que estaba realmente en América y que todos mis amigos de Yanow darían un ojo de la cara por estar en mi lugar, mi intento de arenga no tuvo mucho éxito. Solo quería llorar. El jefe de estación se acercó y miró la etiqueta de identificación prendida de mi abrigo. Hablando en alemán, que yo entendía un poco, me dijo que no tuviera miedo, que seguro que vendrían a buscarme y me dio un caramelo. Sintiéndome un poco mejor, me dispuse a esperar pero mi moral estaba absolutamente destrozada cuando cayó la noche y se encendieron los letreros eléctricos. Nunca antes había visto nada igual y me quedé petrificada.

Por fin, los Grodesky, la gente con la que iba a quedarme, llegaron afanosos a reclamarme. Después de asegurarse de que estaba de una pieza, el señor Grodesky se echó mi saco de patatas al hombro y le hizo señas a la señora Grodesky para que le siguiéramos. Recuerdo mirar hacia atrás y sonreír al jefe de estación que me dijo adiós con la mano.

Los Grodesky habían llegado a América cinco años antes y, aunque no eran conocidos de mi familia, eran amigos de unos amigos. Padre había arreglado enviarles una suma mensual en adelanto por mi manutención y escolarización pero como llegué a mediados de diciembre era demasiado tarde para matricularme en el trimestre actual. Así que la señora Grodesky sugirió que de momento la ayudara con las labores domésticas, y me explicó que Nadja, la mayor de sus numerosos hijos, se estaba preparando para la universidad y no pasaba mucho tiempo en casa.

Mi relación con los Grodesky era peculiar. Me alimentaban, me vestían y cuidaban de mí. Nadie me golpeaba o me hablaba con dureza. Nadie era antipático. En lugar de eso, su actitud hacia mí era de completa indiferencia. He sido una niña cariñosa toda mi vida, expresiva y extrovertida. Ahora, rodeada de los indiferentes Grodesky, tuve que aprender a vivir dentro de mí misma.

Mis primeros amigos en América fueron las hermanas MacDonald

que vivían en la casa de al lado. Me invitaban a unirme a sus juegos, me decían las palabras en inglés para las cosas y nunca se reían de mí. Cuando empecé la escuela encontré otra amiga en mi profesora, la señora O'Sullivan, que era amable y paciente y empleaba tiempo extra para ayudarme a ponerme al día con las costumbres americanas. Pero quizá lo más valioso que me enseñó fue a aguantar una broma. Gracias a la señora O'Sullivan, cuando los otros niños se reían de mis errores, podía reírme con ellos. Como mujer bondadosa que era, comprendía que para los que habían tenido pocas oportunidades de adquirir don de gentes en ocasiones la risa podía ser un salvavidas.

Me esforcé mucho en la escuela pero cuando al final del trimestre llegué a casa presumiendo de un boletín de notas reluciente de sobresalientes, el señor Grodesky lo firmó sin hacer ni un comentario. Las palmaditas en la espalda no estaban incluidas en la pensión completa. No obstante, como consolación recibí una carta de Padre diciendo que la familia pronto embarcaría hacia América.

Eso fue en junio de 1914. Pocas semanas después la Primera Guerra Mundial estaba en plena ebullición, lo que frustró completamente los planes de viaje de mi familia. Es más, significaba que ya no podía enviarse dinero fuera de Rusia y el señor Grodesky dictaminó que no podía volver a la escuela. Puesto que solo me faltaban cinco meses para conseguir el diploma, le supliqué que me permitiera terminar y al final se ablandó lo suficiente como para enviarme a la escuela de verano. Pero había una condición: aunque solo tenía catorce años, debía pedirle a mi padre que me enviara un certificado notarial que dijera que tenía dieciséis. Como no podía pagar por mi manutención debía salir a trabajar y en la Tierra Dorada debes tener dieciséis para conseguir un empleo.

Al día siguiente a que llegaran los papeles necesarios, entré a trabajar en una fábrica de papel. El salario eran tres dólares a la semana y trabajé allí durante dos años. No hay mucho que recordar de aquellos tiempos. Me apunté a una biblioteca y pasaba mi tiempo libre leyendo y escribiendo a mi familia. Me enteré de que mi única hermana, Slawa, había muerto de malnutrición y que los alemanes se habían llevado nuestro caballo, Gabba, y nuestra vaca y habían matado nuestros pollos. Pero los acontecimientos de la lejana Rusia me parecían irreales y el paso del tiempo se llevó gradualmente el pensamiento de estar con mi familia.

De cómo iba a apañármelas no tenía ni idea, pero sabía que debía buscarme la vida yo sola. Odiaba el encierro, la monótona rutina, la estrechez de la vida en casa de los Grodesky. América era un país enorme, no solo un pueblo llamado Holyoke. ¿Por qué no ver algo de él? ¿Iba a pasar mis días como un topo, ocultándome del sol, enterrada tras los oscuros muros de una fábrica?

Padre me había escrito que tenía una prima que vivía en Brooklyn, Nueva York, y una noche a la hora de la cena, mientras miraba a los Grodesky masticando impasibles, decidí lanzar la bomba.

—Me voy a Nueva York —espeté y aguardé tensa su reacción.

—Pásame la mostaza, Nadja —dijo el señor Grodesky.

III

Cuando llegué a Brooklyn me sorprendieron las señales de pobreza del vecindario donde vivían mis primos. Los Grodesky no eran ricos pero comparados con los Rosen su casa era el Taj Mahal. De todas formas, estaba contenta de haber venido pues tras explicar quién era, mi prima Lena me hizo sentir realmente bienvenida. Arrastrándome desde el umbral me dio un gran abrazo, sus hijos me besaron, me dieron palmaditas y se alborotaron a mi alrededor, y Lena no podía dejar de exclamar que no podía esperar a que Yosell, su marido, llegara y se encontrara con la maravillosa sorpresa. Los Rosen eran pobres; vivían en el equivalente a una casa de vecinos, pero vivían como seres humanos con sangre cálida en las venas, no como fríos pescados.

Casi de inmediato encontré un trabajo en una fábrica de corsés. Ganaba cinco dólares a la semana, de los cuales pagaba tres dólares por la habitación y la comida y un dólar veinte por el transporte y los almuerzos. Eso dejaba ochenta centavos para ropa y zapatos y todas esas cosas que una chica que está creciendo necesita. Aprendí a comprar retales del hombre barbudo de la carreta en Dumont Avenue y cosía a mano yo misma blusas, faldas y ropa interior. Tenía que levantarme a las seis para estar a la hora en la fábrica y llegaba a casa justo a tiempo para cenar.

Aunque era más feliz con los Rosen volvía a ser un topo, pasando los largos días trabajando, saliendo de la fábrica a la oscuridad. Y estaba segura de que siempre sería así a menos que recibiera más educación. Así que me apunté a la escuela nocturna. Esto significaba que, después de trabajar todo el día, tenía que caminar una milla

hasta a la escuela y otra de vuelta, no porque estuviese ansiosa por tomar el aire o por quitarle el récord de caminante a Eleo Sears*, créanme, sino porque si malgastaba un centavo en transporte no podría permitirme almorzar al día siguiente. Estaba tan cansada que me dejaba caer sobre la cama y me dormía completamente vestida. Dormía sobre un duro sofá de cuero sin colchón y mi sueño era poseer un día una cama de verdad y subirme a ella justo después de cenar y quedarme allí toda la noche.

Normalmente los domingos dormía todo el día. Me levantaba para cenar, lavarme el pelo y después volvía a la cama a pesar de que los pequeños de los Rosen practicaban el violín toda la tarde. Como me encantaba la música, también quise participar. Tomé prestado el violín y convencí a un vecino para que me enseñara por veinticinco céntimos la lección. Un dólar y medio después las clases se acabaron. No podía permitírmelas.

A medida que el negocio de fontanería de mi primo comenzó a prosperar, abandoné mi descanso de los domingos para ayudarle con los libros. Los Rosen alababan mis habilidades matemáticas y eran tan generosos con sus halagos que Anna, su hija mayor, empezó a resentirse y comenzó a estar de morros. Fue entonces cuando aprendí mi primera lección sobre diplomacia. Le daba a Ana pequeños trabajos que hacer relacionados con los papeles del negocio de su padre, lo suficiente para hacerla sentirse importante y mantenerla ocupada mientras yo repasaba los libros. Con este empuje para su ego los enfados cesaron como por arte de magia.

En abril de 1917, cuando los Estados Unidos entraron en guerra, la fábrica de corsés cerró y encontré un nuevo empleo en una fábrica de Blake Avenue que confeccionaba camisas para los soldados. Al principio hacía todo el trabajo a mano pero en cuanto aprendí a utilizar la máquina el capataz me puso a trabajar a destajo y me dijo que podía trabajar más horas si quería ganar más dinero. Hice horas extras.

Junto con mis ansias de educación había desarrollado un nuevo antojo: quería ropas finas. Había una capa de visón japonés (gato teñido) en el escaparate de una tienda en Pitkin Avenue y cada día caminaba dos manzanas de más solo para verla. Comprobaba una y otra vez mi presupuesto, intentando encontrar una forma de conseguir la capa. Pero, claro está, era un sueño imposible, ya tenía bastante con tener más de un par de bragas.

Ahora, con diecisiete años, había madurado físicamente. Había alcanzado mi altura completa de un metro cuarenta y ocho y mi

busto tenía una nueva apariencia. En aquellos días la vida habría tenido poco interés para el columnista Earl Wilson pues el busto estaba pasado de moda y la figura andrógina estaba a la última. Para parecer lo más plana posible, me enrollaba tiras de tela blanca, tan prietas que en ocasiones, cuando estaba inclinada sobre mi máquina, casi me desmayaba. Solo fue después de que las chicas de la fábrica descubrieran mis *vendajes de momia* y como resultado de sus muchas bromas, que finalmente me desaté.

Sidonia fue la que hizo la mayoría de las bromas. Era una fornida pelirroja vivaracha y ocurrente, y los rumores decían que era algo casquivana. Un día después del trabajo anunció que tenía una cita con un par de muchachos alegres y que si me apetecía unirme. Cuando dudé, puso su mano en mi brazo.

—Oye, chica —dijo—, sé que eres una buena niña y ningún tipo va a pasarse contigo o darte de beber mientras yo esté alrededor. Dile a tu gente que no se preocupe. La Gran Sidonia cuida de ti.

Así que aquella noche después de cenar me uní a Sidonia y sus amigos y fuimos al Nonpareil Dance Hall. Técnicamente, supongo, fue mi debut como *mujer maquillada*, pues osadamente me había empolvado nariz con harina de maíz y coloreado los labios con el tinte que obtuve de empapar papel de seda rojo en un cuenco de agua. También fue mi debut sobre la pista de baile y tras cinco minutos estaba convencida de que ese era el lugar donde quería pasar el resto de mi vida. Antes de que terminara la velada, dominaba el vals y el *one-step*, el *two-step* y el *cakewalk* y mi acompañante me había dicho que era una «auténtica monada» y que tenía «madera de excelente bailarina».

La siguiente ocasión en que Sidonia me invitó a una cita no hubo necesidad de retorcerme el brazo. Pero cuando la banda tocó *Oh, You Beautiful Doll* y Sidonia y su pretendiente se apresuraron a la pista de baile, mi acompañante, el zopenco, se quedó ahí mascando su chicle de menta. Dijo que no era que no supiera bailar sino que no quería. Finalmente, en mi desesperación, le pedí a Sidonia que intercambiáramos nuestras citas.

—Claro —dijo alegremente—. Un hombre es tan bueno como cualquier otro.

Aunque yo era demasiado inexperta para contradecir tal afirmación, aprendí rápidamente que no era cierto, al menos en la pista de baile, y desde entonces rara vez acudía a las citas dobles con Sidonia a menos que me garantizara un acompañante de pies instruidos. El baile era el único aspecto que me interesaba de las

citas; todo el flirteo y la *diversión* me parecían una pérdida de mi precioso tiempo.

En aquel momento, otoño del 17, las salas de baile de toda América estaban atestadas como nunca antes, y los reformistas y puritanos veían aquello con alarma. Desde sus tarimas santificadas expresaban su horror ante las modas de baile que acercaban los cuerpos masculinos y femeninos en tal contacto íntimo sin compromiso. Denunciaban la cualidad afrodisíaca de un nuevo tipo de música llamada *jazz*, música nacida (decían por lo bajo) en un lupanar de Nueva Orleans. Advertían a los padres de la nación para que mantuvieran a sus hijas alejadas del «infierno dorado de los *palais de danse*» en términos que sugerían enérgicamente que una especie de desfloración masiva tenía lugar cada noche en aquellos sitios. Bueno, si esto era así, yo nunca estuve implicada en tales hechos. Lejos de ser un infierno dorado el Nonapareil era más un gimnasio y, al igual que en un gimnasio, lo que allí ocurría era, si bien extenuante, también disciplinado.

Puesto que no hacían falta acompañantes, comencé a ir los domingos por la tarde con una chica de la fábrica y en poco tiempo hicimos amistad con los *habituales*, los muchachos que, como nosotras, estaban locos por el baile. A fuerza de pasar cada momento de ocio practicando llegué a ser muy buena (de hecho, casi tan buena como pensaba que era) y participé en todos los concursos de baile, compitiendo por dulces, muñecas, copas y, en ocasiones, incluso dinero. Se consideraba lo más saltar y abrirse de piernas en medio o al final de un número y mi pareja favorita se la conocía como Jack Split* debido a su habilidad en esta sección. Bailaba con otros chicos, claro, pero se sobreentendía que los bailes a concurso pertenecían a Jack. Como otros equipos, teníamos un reducido pero devoto *club de fans*, una claque no oficial que hacía todo lo que podía para conseguirnos con sus aplausos el dinero del premio cuando aparecíamos en el Halsey Theatre las noches de aficionados. Casi siempre quedábamos segundos pero en unas cuantas ocasiones excepcionales nos llevamos el primer premio.

Aunque mi relación con Jack Split era cien por cien no sentimental, no podría ni decir de qué color tenía los ojos, mi prima Lena, al observar mi creciente interés en mi apariencia junto con mi pasión por el baile, llegó a la conclusión de que ya era hora de encontrarme un marido. Aún no había cumplido los dieciocho, aunque en Rusia muchas chicas de mi edad ya tenían dos o tres hijos. Lena, que no creía en dejar nada a la suerte, ya había escogido a mi

pretendiente, un vecino llamado Willie Bernstein.

La familia al completo cooperó en preparar el escenario para el cortejo de Willie. Ana iba a pasar la velada con una amiga; enviaron a la tropa de alevines a una feria con órdenes de no volver hasta las nueve en punto. Lena y Yossell se quedaron en el salón para saludar a Willie y de repente recordaron asuntos urgentes en la cocina.

Después de tantas intrigas y complots, Willie en persona resultó ser bastante decepcionante. Flacucho y pálido, con una grave afección de acné y un uniforme que no le quedaba bien. (Esto fue todo un golpe para Lena; le habían reclutado tres días antes.) Por supuesto, el aspecto no lo es todo pero el pobre Willie no era ni de lejos el Chico Personalidad y a sus encantos no se sumaba el hecho de que considerara que el baile era pecaminoso. Pero tocó el piano e intentó ser agradable y quedamos en que saldríamos, lo que significaba que los miércoles, sábados y domingos eran *las noches de Willie*.

Sabíamos que Willie pronto se iría al extranjero y la noche que nos dijo que había recibido las órdenes, Lena me dio un empujón y me miró de una forma que decía claramente: «Cierra el trato de una vez». Willie también parecía tener prisa porque en el momento en que Lena y Yossell cerraron la puerta de la cocina me tomó en sus brazos y me besó firmemente en los labios. Bueno, sabía que este era supuestamente mi momento estelar pero mi único pensamiento era que la piel de Willie no tenía mejor aspecto de cerca. Me retiré y debió pensar que me ofendí ante su insolencia pues se apresuró a aclararme que sus intenciones eran honestas.

Así que, justo como mi prima había planeado, Willie había mordido el anzuelo. Todo lo que tenía que hacer era decir una palabrita y la trampa se cerraría. Pero si aceptaba no solo Willie acabaría cazado, yo también estaría atrapada. No había nada que hacer salvo decirle que no le amaba y que no me casaría con él. Cuando finalmente le entró en la cabeza que mi rechazo era definitivo, Willie dio las buenas noches muy tieso y salió sigilosamente.

Lena estaba furiosa y profetizaba tristemente que sin duda acabaría siendo una vieja solterona. No podía comprender por qué había entrado al trapo y después me había retirado justo antes de la línea de meta. Pero ¿cómo podía explicarle mis sentimientos? Mi razón para rechazar a Willie no era únicamente que no le amase. Más que eso, quizá, la razón era que yo odiaba lo único que teníamos en común: nuestra pobreza.

Me aumentaron el sueldo en la fábrica y me ascendieron a una máquina más complicada. Durante unos cuantos días estaba orgullosa de mí misma y me sentía como una chica de carrera. Después me di cuenta de que aún dormía en el sofá de piel, seguía siendo tremendamente pobre, aún carecía de estudios, aún sin un lugar en el sol. Estaba inquieta y descontenta. Seguía pensando que sin duda la vida debía ofrecerme otras alternativas a un empleo en una fábrica y un Willie Bernstein.

Un día llegó un nuevo capataz al trabajo. Se llamaba Frank y cada vez que pasaba junto a mi máquina me temblaban las rodillas. Si llegaba a mirarme, aunque sus miradas eran impersonales y frías, mi corazón latía como un tam-tam. A las demás chicas les afectaba del mismo modo. Todas ponían a Frank por las nubes, lo guapo que era, lo sexy, lo elegante que vestía. Cuando le vi contonearse por el pasillo entre las máquinas, con todas las chicas poniéndole ojitos, cuando vi la forma señorial en la que agradecía este homenaje y lo desdeñaba, bueno, admitámoslo, estaba perdida.

Hasta el momento nunca había pensado siquiera en tener algo con nadie pero esto era diferente, esto era amor y presumía ante Sidonia de que Frank estaba en el bote. Sidonia me miró escudriñándome.

—Bueno, si no puedes ser buena, sé prudente —dijo—. Sin duda tienes la picardía en la mirada.

Aquél día lo di todo cada vez que Frank se encontraba cerca y finalmente se acercó hasta mí y se inclinó como si estuviera inspeccionando mi trabajo.

—Ven a mi despacho después del almuerzo —dijo.

Casi me muero. Desde ese momento hasta la hora del almuerzo estuve en ascuas. Había sido tan profesional que no sabía si iba a despedirme o a pedirme una cita. Pero cuando entré en su despacho ya no había nada frío o impersonal en su forma de mirarme. Quería verme para, me dijo, preguntarme si quería ir con él a Coney Island esa noche.

¿Quería? Mi voz siempre ha sido baja y ronca pero descendió dos registros cuando pronuncié aquel «Sí».

Frank me preguntó si me importaría acompañarle para coger algunas ropas que había dejado en una casa de campo de allí. Era final de temporada y el lugar cerraba durante el invierno. Arreglamos la cita.

Mientras volvía hacia mi máquina, caminando sobre nubes, le hice una seña a Sidonia y ella difundió la noticia entre las demás chicas.

Durante toda la tarde mi conquista fue el único tema de conversación. Una chica, supongo que intentado averiguar qué era lo que yo tenía, dijo:

—Bueno, sí, Pearl se da un aire a Theda Bara.

Yo estaba exultante. Me sentía como la *femme fatale* de todos los tiempos.

El camino era largo desde la estación hasta la casa de campo donde Frank debía recoger sus cosas. La pasarela estaba desierta y las concesiones tenían los postigos cerrados. Un viento helado nos azotaba mientras caminábamos y para cuando llegamos a la casa yo estaba tiritando y contenta de entrar en un lugar caldeado.

Bromeamos sobre los conocidos mutuos de la fábrica mientras Frank hacía la maleta. Cuando la cerró, me puse en pie, lista para marcharnos.

—¿A qué viene tanta prisa? —dijo—. La noche es joven.

Puso un disco en el gramófono, una canción cómica, de acento escocés (ahora pienso que debía de ser Harry Lauder). A continuación se sentó en el sofá y dio unas palmaditas a su lado, haciéndome señas para que me sentara allí. Obedecí y, un momento después se inclinó y comenzó a quitarme los alfileres del sombrero. De repente me asusté. Salté del sofá y le dije que era hora de irnos. En lugar de contestar llegó hasta la puerta y echó el cerrojo.

Cuando me resistí, me dejó inconsciente de un golpe.

A la mañana siguiente le dije a Lena que estaba demasiado enferma para ir a trabajar. Como tenía un gran moratón en la mandíbula y los ojos hinchados y casi cerrados de tanto llorar, escondí la cara en la almohada. Más tarde inventé una historia sobre una caída y parece que me creyó.

No fui al trabajo durante los tres días siguientes. Creía que nunca podría enfrentarme de nuevo a las chicas de la fábrica y aún peor era pensar en ver a Frank. La noche del tercer día Sidonia vino a preguntar por mí y le conté toda la historia. Lo llamó violación y aunque hice un gesto al escuchar esta horrible palabra al menos reducía lo que había ocurrido a un tamaño que podía manejar. Había escuchado a las chicas hablar de ello, había visto la palabra en titulares y saber que yo no era la única que había pasado por una experiencia así me ayudó a restablecer mi sentido de la perspectiva.

Un mes después de estar de vuelta en el trabajo descubrí que estaba embarazada. Aunque los sentimientos que tenía por Frank eran los mismos que los que habría tenido por un reptil peligroso, solo que peores, el hijo que llevaba dentro de mí era suyo y le pedí que se casara conmigo. Su respuesta fue echarme a patadas de su despacho.

¿Qué podía hacer? Sidonia y yo lo hablamos y me llevó a un médico para abortar. Pero su tarifa era de ciento cincuenta dólares y yo solo tenía los treinta y cinco que había ahorrado para la capa de visón japonés. De nuevo Frank se negó a ayudar y finalmente Sidonia encontró al Dr. Glick que realizaría la operación por la suma que había ahorrado. Pero cuando escuchó mi historia solo aceptó veinticinco y me dijo que me quedara el resto y me comprara zapatos y medias.

Intenté dejar atrás toda esta pesadilla pero aunque aguanté los vaivenes de la vida, había cambiado, me sentía desengañada, ya no tenía esperanza. Ni siquiera la emoción y el júbilo del Día del Armisticio consiguieron animar mi desalentado estado de ánimo y cuando Frank comenzó a perseguirme de nuevo fue la gota que colmó el vaso. A menos que fuera a verle, dijo, le contaría a mi familia lo que había ocurrido y sabía que era el tipo de hombre que disfrutaría haciéndolo. Tuve una charla con Sidonia y me aconsejó que me mudara. Quedamos en vernos en Manhattan el domingo para buscar un lugar donde vivir.

El viernes compré le algunas telas a uno de los hombres de los carros e hilvané un vestido elegante, satén negro con una túnica de encaje. No tenía tiempo para coserlo pero me lo puse igualmente. Me encontré con Sidonia en el vestíbulo de un hotel entre la Veintiocho y Broadway, y mientras ella admiraba mi elegancia, un muchacho alto y bien parecido daba vueltas a nuestro alrededor. A Sidonia le gustó su aspecto así que le sonrió y él se acercó.

Se presentó. Se llamaba Harry y era un comerciante de vestidos. Harry demostró ser muy gracioso y Sidonia se reía a carcajadas con sus bromas. Inmediatamente nos invitó a unirnos a él en un club nocturno, según recuerdo era el Bal Tabarin. Sidonia dijo que tenía una cita pero que yo podía ir con él.

—¿Sola? —dije, queriendo decir: ¿podía fiarme de él?

—Sin duda —dijo Sidonia—, Harry le hará bien a tus males.

Era mi primera vez en un club nocturno y me sorprendió ver que todo el mundo parecía conocer a mi acompañante. Las chicas del guardarropa, los camareros, el *maître*, algunas personas bien vestidas

de una de las mesas. Todos hablaban con Harry y me sonreían. Me sentí como si fuéramos un duque y su duquesa. La música era buena, el ambiente amigable y alegre y Harry no paraba de decir cosas divertidas. Al principio me reía solo por educación pero después, cuando me dejé llevar, con auténtico disfrute. Hasta ese momento nunca había tomado nada más fuerte que un refresco pero cuando Harry me preguntó si me tomaría un cóctel, no queriendo que supiera lo simple que era yo, contesté que sí. Como me bebí el whisky a grandes tragos, como si fuera un refresco, no pasó mucho tiempo antes de que la duquesa que me sentía fuese ascendida a reina.

Cuando Harry me preguntó si bailaba, no dudé en alardear de todas las copas que había ganado. Pero cuando salimos hacia la pista bailando el fox-trot, sentía las rodillas como si tuvieran una articulación de más y tropecé con los pies de Harry. Me miró de forma inquisitiva. Le ofrecí una valiente sonrisa y seguimos bailando. Me invadió una ola de mareo y me agarré a él con ambas manos. El techo daba vueltas y vueltas, las paredes se movían adelante y atrás, el suelo comenzó a comportarse como un sube y baja. Aunque conseguí mantenerme en pie, de alguna manera se me enganchó el tacón en el bajo del vestido. Las costuras hilvanadas con prisa ya habían sufrido más tensión de la que podían soportar. Mientras Harry intentaba desenredarme, el vestido entero se deshizo y quedó colgando a mi alrededor en un revuelo de retales.

Sin embargo, Harry no era, ni es, un hombre que se arredrara ante una emergencia. En un abrir y cerrar de ojos me sacó de la pista, me envolvió en mi abrigo y me llevó fuera de allí. Una vez en la acera me apoyó sobre un edificio y se secó la frente.

—Y ahora, mi pequeña Irene Castle, ¿dónde vives? —dijo.

Intenté recomponerme. Cuando miraba a Harry me parecía tener un hermano gemelo y su voz llegaba desde muy lejos. Tuvo que repetir la pregunta.

—Brooklyn —contesté.

—Todo me pasa a mí —dijo Harry tristemente.

Llamó a un taxi, como he dicho, era un hombre con recursos. Después supe que me había llevado a un hotel donde conocía a la gerencia, me consiguió una habitación y me entregó a la doncella de noche. Tengo el vago recuerdo de ser introducida en un baño de agua fría, y después no recuerdo más. Cuando volví a abrir los ojos hacía sol. Aún entre la neblina, me levanté y tambaleé sobre la cómoda. Allí estaban todas mis pertenencias: polvos, carmín, tarjeta

del sindicato y un capital de quince centavos. Había un sobre que contenía una nota de Harry. Me explicaba que no pudo llevarme a casa porque no sabía dónde vivía y adjuntaba dinero para pagar la cuenta del hotel.

Pasaron muchos años hasta que volví a ver a Harry. Me lo tropecé una noche en el Reuben's y nos reímos muchos recordando nuestro primer encuentro. Por entonces unos cuantos conocían el nombre de la infame madame Polly Adler pero todo el mundo sabía el de aquella gran estrella de Broadway, Harry Richman.

Cuando regresé a Brooklyn, Lena no midió sus palabras. Había estado fuera toda la noche, mi vestido estaba destrozado, no tenía interés en escuchar mi historia. Solo quería que me fuera, que me fuera en ese mismo momento. No discutí con ella. Envolví mis ropas en papel de periódico y me fui.

En la estación de metro se me deshizo el paquete y cayeron al suelo todas mis pertenencias. Mientras recogía las blusas y las medias no podía evitar pensar que al menos cuando salí de Yanow tenía un sólido saco de patatas donde llevar mis posesiones. Me eché a reír, no pude evitarlo. Hasta el momento, no había duda de que no había conseguido nada en la Tierra Dorada. Había fracasado en mi búsqueda de la formación que habría podido conseguir en Pinsk, había perdido mi virginidad, mi reputación y mi empleo. Lo único que había conseguido era ser más mayor.

De momento, yo era el objeto de la broma.

IV

Encontré una habitación en la Segunda Avenida con la Novena que alquilé por diez dólares al mes, pago por adelantado. ¿He dicho habitación? Era un vestíbulo sin ventanas que llevaba al apartamento del sótano, ocupado por el conserje y su familia. Pero me animé recordando lo que la profesora de la escuela nocturna nos había contado sobre Benjamin Franklin, cómo había llegado a Filadelfia siendo solo un niño sin un penique en el bolsillo y casi sin contactos. Y ahí estaba yo, treinta y nueve dólares más rica que Ben, más el alquiler pagado por un mes.

Al día siguiente, teniendo en mente que «Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos» salí a buscar un empleo. Al final de la semana tanto las suelas de los zapatos como mi fe en el proverbio se habían

desgastado. Pero, aunque no había encontrado empleo había hecho un amigo. Era Abe Shornik, un hombre de la edad de mi padre que trabajaba como cortador en una fábrica de vestidos. Abe cenaba en el mismo restaurante que yo y una noche que estaba abarrotado compartimos mesa. Después de aquello comimos juntos a menudo. Abe había llegado desde Rusia a comienzos de 1900, había vivido en un pueblo muy similar a Yanow y le preocupaba que estuviera sola en Nueva York. Sin saberlo, había escogido un vecindario malo para vivir y el restaurante era punto de encuentro de prostitutas y matones. Mientras me ponía al día de los peligros de la gran ciudad, Abe señalaba a las fulanas y yo las miraba disimuladamente, avergonzada de que me pillaran observándolas. Me preguntaba cómo era posible que una mujer cayera tan bajo.

Cuando pasaron otras dos semanas y seguía sin empleo dejé de ir al restaurante. Mi capital había menguado a quince dólares, diez de los cuales había reservado para el inminente alquiler, así que economicé restringiéndome a comidas de un solo plato (selección de panecillos correosos, fruta pasada o cacahuetes) que, o bien ingería *chez moi* en mis aposentos o a*l fresco* cerca del lugar de compra si tenía demasiada hambre como para esperar a llegar a casa. Seguía con la rutina de acostarme y levantarme pronto recomendada por Franklin. Lo cierto es que hasta el momento no había dado resultado. Aunque quizá me estaba haciendo más sabia estaba perdiendo pie financieramente con rapidez y en cuanto a mantenerse saludable, bueno, en palabras de B.F. «es difícil que un saco vacío se mantenga erguido».

Por suerte, antes de que el saco vacío se derrumbara por completo me encontré un día con Abe en Second Avenue. Me preguntó por qué no me había visto en el restaurante. Cuando le expliqué que no podía permitírmelo no solo me pagó la cena sino que introdujo un billete de cinco dólares bajo mi plato. O bien su amabilidad cambió mi suerte o bien tener dinero para comer en el bolsillo me dio más seguridad. Al día siguiente encontré un empleo a jornada partida en la Trio Corset Company.

Me quedé allí algo más de un año, desde diciembre de 1918 hasta enero de 1920. Ahora, cuando recuerdo aquellos meses, la única impresión que queda es la de una continua monotonía, de prisa y preocupación y una pinzante incertidumbre. Si tengo en cuenta el giro que pronto daría mi vida quizá debería sacar algo más de esto, quizá debería dejarlo en lo amarga, desesperante y miserable existencia que suponía para una chica de diecinueve años. Pero

después de pensar en ello he decidido evitarlo. (Por un motivo, probablemente el lector también lo haría.) Sin duda era una vida dura, era un infierno de vida —me apresuro a decir antes de que lo hagan los demás— no más dura para mí que para muchas otras pobres trabajadoras que *no* se convirtieron en madames. En cualquier caso, sea cual sea el significado o valor que mi historia pueda tener depende, principalmente, de que presente una imagen real y la memoria no siempre nos devuelve toda la verdad. Así que aunque mis recuerdos de este periodo tratan sobre la pestilencia y la amargura y el gris sucio de la pobreza, del pánico de luchar día tras día para mantenerme a flote, no significa que el sol nunca brillara. Me conozco lo suficientemente bien para estar segura de que no podría haber sobrevivido un año, ni siquiera una semana, sin encontrar algo agradable en estar viva, que lo convirtiera en algo más que supervivencia. Y si parece que he confundido a Polly Adler con Pollyanna, solo puedo decir que soy una de esas personas que no pueden evitar sacarle jugo a la vida, aunque seas tú la exprimida.

Para mí 1919 fue un año de rutina pero si hubiera mirado a mi alrededor, o más concretamente a un periódico, había encontrado muchos indicios de que el mundo no se estaba quieto. La aviación aparecía en los titulares (fue el año de los primeros vuelos transatlánticos) y la paloma de la paz planeaba sobre Europa, lista para poner su huevo en la Conferencia de Paz de París. Pero era en los informes locales donde (si hubiera tenido una bola de cristal) podría haber visto las señales y los portentos de mi propio futuro. El 29 de enero de 1919 se anunció en el Congreso la aprobación de la Decimoctava Enmienda, que ilegalizaba la fabricación, venta o transporte de cualquier licor embriagador, que entraría en vigor el 16 de enero de 1920. También fue el año del escándalo de los Medias Negras que sacó a la luz el nombre de un hombre al que un día conocería bien. Aunque los hechos del caso nunca se han difundido, durante mucho tiempo se ha creído que el jugador Arnold Rothstein fue la pieza clave en el amaño de la Serie Mundial.

Al igual que el año anterior, 1920 comenzó para mí con la misma incertidumbre diaria sobre mi situación. Cuando el negocio iba lento, los trabajadores a jornada partida eran los primeros en ser despedidos y le supliqué a Abe que me ayudara a encontrar un empleo estable en la fábrica de vestidos. Pero no había vacantes ni perspectivas de que las hubiera. Finalmente, como último recurso, Abe me llevó a ver a la hija de un amigo que había llegado a América al mismo tiempo que él. Se había casado con un adinerado fabricante

de vestidos, un tal señor M., y Abe pensó que quizá, por los viejos tiempos, podría pedirle a su marido que me contratara.

Los señores M. vivían en un apartamento en Riverside Drive, que en 1920 era tan lujoso como Park Avenue hoy en día, y mi visita a aquel lugar me abrió los ojos. Probablemente el apartamento de los M. no era más lujoso que el de cualquier familia de clase media alta de Nueva York pero para mí fue la revelación de cómo la gente, la gente de éxito, podía vivir, un milagro de riqueza y confort. Por fin mis nebulosos anhelos tomaban forma y cristalizaban, ahora veía el objetivo que debía marcarme. De verdad existía una *Goldine Madina* y estaba justamente allí, en Riverside Drive.

Como no podía ser de otra forma la Tierra Dorada estaba habitada por la Chica Dorada. Como el señor M. estaba relacionado con el director de un gran proveedor teatral, conocía a gente del teatro y fue en casa de los M. donde conocí a Joan Smith. En los años posteriores a aquella noche he visto muchas chicas hermosas pero ninguna estaba a la altura Joan. Era alta y rubia, con ojos azul zafiro y una radiante sonrisa. Cuando sonreía sentías que no solo la habitación sino cada rincón de tu corazón se iluminaba. La palabra «encanto» ha se ha utilizado demasiado pero había realmente algo mágico en Joan. Para mí era tanto la princesa encantada de la torre como el hada madrina que convertía tus deseos en realidad. No sé cómo explicarlo, igual que no sé cómo lo conseguía, pero te hacía sentir bien contigo mismo. Cuando estabas con Joan el mundo era maravilloso.

En aquel primer encuentro lo que me impresionó tanto como su belleza fue el hecho de que estuviera en los escenarios. Había llegado a Nueva York desde Chicago, donde había estado cantando en el mismo sitio que los Yatch Club Boys y pronto aparecería en un musical de Broadway. A pesar de todo este glamuroso historial, Joan no se daba aires. Su cordialidad era tan espontánea y su alegría tan contagiosa que era imposible no corresponderla. Cuando me dio su dirección y dijo que me pasara el domingo siguiente, ascendí al séptimo cielo. Después de aquello podía tomarme con calma las noticias de que el señor M. no tenía un empleo para mí (e incluso dio a entender tristemente que si el negocio no mejoraba toda la industria de la vestimenta estaba condenada).

El domingo, cuando fui al apartamento de Joan, conocí a varios de sus amigos, personajes de Broadway y gente de la industria del espectáculo. Como nunca había estado en un musical o en una obra de teatro mis contribuciones a la conversación debieron de ser

ingenuas hasta cierto punto pero malinterpreté sus carcajadas y estaba convencida de ser graciosa. Me invitaron de nuevo y no pasó mucho tiempo antes de que Joan supiese todo lo que había que saber sobre mí. Y un día, aproximadamente un mes después de conocernos, me sugirió que me mudara con ella hasta que encontrara un empleo estable. Pensé que bromeaba pero me explicó que acababa de alquilar un piso de nueve habitaciones en Riverside Drive ya que estaba esperando la visita de su madre y su padre. Hasta que llegaran, decía, estaría vagando por aquel lugar y le haría un favor quedándome. Así era como funcionaba Joan. No solo estaría encantada de darte su propia camisa, te la ofrecería en una bandeja de oro y te haría sentir que le estabas salvando la vida al aceptarla.

Si las siguientes semanas no parecieron un sueño se debía a que súbitamente me encontré transportada a un mundo que, hasta entonces, no había podido imaginar. En muchos aspectos, la distancia entre Riverside Drive y Second Avenue era mayor que entre Yanow y Holyoke y durante días caminé con los ojos como platos y la boca abierta en un trance de maravilla y placer. El espectáculo de Joan, un musical de Shubert, aún no había comenzado los ensayos y el nuevo piso en seguida se convirtió en lugar de reunión para sus muchos amigos. Yo les gustaba, creo, porque al ser tan ingenua era un buen contrapunto cómico. Además, era un público ansioso y nada crítico. Casi todo el mundo que aparecía por allí podía interpretar de alguna forma y como un actor sin público es como un jardín sin flores me requerían constantemente para observar (y por supuesto, aplaudir). No era difícil ser espectadora, me encantaba, sobre todo cuando Joan tocaba la guitarra y cantaba. Mi número favorito era *Moonshine Valley* y me ponía muy pesada pidiéndoselo continuamente.

Ah, vivía estupendamente pero, desgraciadamente, algo trágico para Joan, entre los tréboles de la buena suerte crecían las amapolas.

Lo descubrí un día que alabé un hermoso vestido chino de satén negro con un dragón escarlata bordado que lucía Joan. Nunca había visto nada igual y me dijo que era su atuendo favorito para ir a las fiestas de opio. Debí parecer confusa porque me acercó la manga para que la oliera. La tela tenía un peculiar aroma acre.

—¿Qué perfume es ese? —pregunté.

—No es perfume, cielo —dijo. Y cuando seguía sin entenderlo—. Opio, ¿no lo sabes?

Al principio pensé que estaba de broma. ¿Cómo podía hablar

alguien de tomar drogas tan a la ligera? Pero ella procedió a explicarme todo con detalle el palillo, el *yen hok*, la lámpara y las bolitas. Aún así me resistía a creerlo. Sabía lo ingenua que era y cómo los demás me engañaban siempre así que me dije a mí misma que esto era otra broma.

Sin embargo, no podía seguir engañándome por mucho tiempo. Ahora que había confiado en mí, Joan era mucho más abierta sobre su hábito. Comenzó a dar fiestas de opio casi cada noche y me incordiaba por no unirme. Hasta ese momento había pospuesto la búsqueda de empleo pero cuando ahora le hablaba a Joan de ello me suplicaba que no la abandonara. ¿Qué podía decir? Había sido maravillosa conmigo y aún lo era, excepto cuando yacía sobre su cadera. Era una situación desesperante, incluso peligrosa, pero pensé que cuando su madre llegara seguramente las fiestas se acabarían.

Cuando por fin llegó la familia, me esperaba otra sorpresa. *Papá* resultó ser un hombre joven, ligeramente mayor que Joan. No pude evitar comentarlo y Joan me explicó, entre carcajadas, que era el gigoló de su madre. Puesto que yo no tenía ni idea de lo que era un gigoló seguí observando, esperando ver no sé qué tipo de trucos salvajes y estrafalarios, pero para mi desilusión no hizo nada fuera de lo normal. Cuando aprendí el significado de la palabra fue toda una decepción.

Las fiestas de opio no se detuvieron con la llegada de la familia de Joan. Sencillamente se trasladaron al apartamento de Mary Jane W. en la Ochenta y seis. No había razón para ir pero seguí pegada a Joan. No fumaba opio pero estaba maravillada por las fiestas y el estado en que vivía Mary Jane.

Mary Jane era entonces la amante de un conocido hombre de Wall Street y su estatus dejaba por los suelos al de Joan. Tenía un coche con chófer, unas ropas maravillosas, un pelotón de criados y un apartamento dúplex salido de las *Mil y una noches* en varios sentidos. En mitad del salón había una enorme piel blanca sobre la que Mary Jane solía estar echada y estirados sobre los divanes a su alrededor se encontraba toda una colección de celebridades, estrellas del escenario y la pantalla (Mabel Norman era una de ellas), directores, escritores y compositores, todos ellos dándole a la pipa.

En estas fiestas la gente me miraba como a una mascota y recibí el apodo de *Hop Toy*[*] porque era pequeña y siempre estaba brincando en mi ansia de no perderme nada. Una de las estrellas más famosas sostenía que tenía los ojos como Nazimova y me ofreció una prueba. Pero le dije (como si ya supiera lo que me esperaba) que

probablemente las únicas fotos para las que posaría serían para el archivo fotográfico policial.

A Mary Jane le gustaba y yo la seguía a todos lados como un cachorro. No era ni de lejos tan guapa como Joan pero tenía algo que a Joan le faltaba, cierta elegancia, cierta autoridad. Su asignación era de dos mil dólares al mes y me contó que había cien mil dólares en un fideicomiso que serían suyos cuando decidiera casarse (y no me refiero a casarse con su amante). Como es natural, pensé que no podría ganar dos mil dólares en una fábrica ni aunque hiciera horas extras durante cinco años. Y en cuanto a los cien mil, bueno, simplemente no creía que hubiera tanto dinero en el mundo.

Aunque Mary Jane era una persona mucho más altiva que Joan, manifestaba su cordialidad mostrándome una manera más favorecedora de peinarme y cómo aplicar la barra de labios, enseñándome modales en la mesa e instruyéndome en distintos aspectos de la etiqueta. Cuando no estaba tomando drogas era amable, perspicaz y quisquillosa, una mujer completamente distinta a la zorra loca que era cuando estaba colgada.

A menudo me advertía contra el consumo de drogas.

—Mira a Joan —decía—. Joan tiene un gran talento que se está esfumando en esas fiestas. Es un crimen que una chica como ella sea adicta. No permitas que eso te ocurra.

Aún así, cada vez que había una fiesta Mary Jane era siempre la primera en fumar. Y no porque no fuese consciente de las consecuencias. Me contó que una vez se estaba acostando con dos conocidos personajes de Broadway cuyos nombres de pila eran iguales y se colocó tanto que cometió el grave error de llamar a un Georgie por el apodo cariñoso del otro Georgie en el momento más inadecuado. En otra ocasión se despertó de su opiáceo sueño y se encontró al criado japonés subiéndose a su cama. Huyó y telefoneó a un amigo pidiendo ayuda, sabiendo que no tenía ni fuerza ni voluntad para mantener alejado a cualquier hombre que decidiera aprovecharse de su autoinducida indefensión.

Si no hubiera escuchado estas historias y no hubiera visto los efectos de la droga en Joan y Mary Jane quizá hubiese buscado esta forma de escape durante los frenéticos años posteriores. Pero las drogas siempre me asustaron terriblemente y más tarde sería conocida por mi aversión a los drogadictos y mi odio intenso hacia los camellos.

Vi a Mary Jane por última vez en Chicago en 1937. Se había casado y ella y su marido se habían dado la gran vida mientras

duraron los cien mil dólares. Pero el dinero se esfumó pronto y Mary Jane ingresó en Bellevue para curarse. Libre de su adicción, se reunió con su marido y tuvieron un bebé. Después se trasladaron a Chicago donde Mary Jane encontró un trabajo vendiendo lencería y, cuando la vi, parecía bastante feliz.

Le pregunté sobre la rehabilitación.

—¿Es tan terrible como dicen?

—Peor —dijo—, peor que cualquier cosa que puedas imaginarte. Tuvieron que ponerme una camisa de fuerza. Habría matado por un solo chute de morfina.

—Y ahora que estás curada, ¿alguna vez te vuelven las ganas?

Mary Jane sonrió.

—En invierno. Cuando nieva.

En las fiestas de Mary Jane había un joven llamado Ernie Levin que se interesó por mí. Era forastero, de Cincinnati, apuesto, educado, titulado universitario. Tampoco fumaba opio, lo que era un vínculo, y al final comenzamos a eludir las fiestas y salir a dar largos paseos en coche. Decía que estaba enamorado de mí y ciertamente yo me sentía atraída por él pero aquella ocasión fui más lista de lo que había sido con Frank. En lugar de perder la cabeza le miré y me dije: «He aquí un buen muchacho judío, educado y todo eso, el tipo de hombres que mis padres aprobarían para casarme». Y comencé a darle pistas de que yo no quería más que asentarme y crear una familia.

Hacía dos meses que le conocía cuando me llamó y me preguntó si podía pasar a verme, que tenía algo muy importante que decirme. Estaba segura de que era el momento y pasé el rato hasta que llegó ensayando distintas formas atractivas de aceptar una propuesta matrimonial. Sin embargo, resultó que Ernie quería que fuese la primera en saber que se había prometido con una muchacha encantadora de Cincinnati. Iban a casarse pronto y era el hombre más feliz del mundo.

Otra lección aprendida a las malas. Me di cuenta de lo tonta, poco realista que había sido. No era guapa, no tenía una buena educación, ¿cómo podía competir con *la chica del pueblo*? Puede que me enamore otra vez, me dije amargamente, pero el próximo hombre con el que me ilusione tendrá que poner sus cartas sobre la mesa antes de que yo escoja la mano.

Seguí viviendo con Joan y su familia durante la primavera de 1920. Me lo pidió su madre. Joan había empezado a consumir drogas más fuertes, cocaína y heroína, y era más difícil de manejar, hosca y desagradable, violenta en ocasiones. Pronto empezó a perderse los ensayos y cuando se le rogaba que pensara en su carrera se volvía contra nosotros con locas acusaciones. Tras repetidos avisos por parte del director, sustituyeron a Joan en la obra pero ni siquiera esto le afectó. No podía hacer nada. Hablar nunca sacó a nadie de la droga y yo no tenía ni la autoridad ni los conocimientos para tomar medidas más severas. Además, cuando Joan comenzó a mostrar tendencias lésbicas hacia mí supe que tenía que salir de allí.

Le contaba mis cuitas a un compañero llamado Tony, contrabandista y más tarde conocido gánster. En esa época él tenía una aventura con una mujer bastante importante, estaba casada y tenía que ser cautelosa. Me dijo que si yo alquilaba un apartamento y le dejaba reunirse allí con ella, él pagaría el alquiler. No desaproveché su oferta.

Ahora que puedo recordar toda esta historia es obvio que este fue mi primer gran paso hacia el supuesto camino de rosas. En aquel momento nunca se me pasó por la cabeza pensar si el plan de Tony, y mi parte en el juego, era moral o inmoral. No me afectaba de manera personal. Simplemente me pagaba el alquiler. No pensé: «Ahora seré madame y dirigiré una casa de citas». Si no: «Aquí está Tony dispuesto a pagar mi alquiler para poder usar mi apartamento unas cuantas veces a la semana». Soy consciente de que a ojos del estrato social que decide estas cosas debería haberme negado y contestado: «No, gracias. ¡Guárdate tu sucio dinero! Prefiero coser camisas por cinco dólares a la semana». No me estoy disculpando por mi decisión ni tampoco pienso que, incluso si hubiera sido consciente del aspecto moral que implicaba, hubiera decidido algo distinto. Mi sensación es que en el momento en el que hay que tomar decisiones de ese tipo, la vida ya ha decidido por ti.

Con el dinero que Tony me daba alquilé un apartamento amueblado de dos habitaciones en Riverside Drive y me mudé sin pensarlo. Había progresado de un saco de patatas a un viejo y maltrecho baúl teatral que me regaló la madre de Joan y mi armario había aumentado con montones de fruslerías que Joan y Mary Jane me dieron, incluyendo un ave del paraíso que era mi orgullo y mi alegría. Aún la tengo.

Era emocionante tener un sitio propio pero mis pensamientos se templaron con tristeza pues era veinticuatro de julio, la noche del

estreno en Nueva York de la obra de Joan, que abrió sin ella.

* *Eleonora Randolph Sears, campeona de tenis en 1910, considerada como una de las mejores atletas de la primera mitad del siglo XX.*

* *Abrirse de piernas, en inglés.*

* Hop Toy, *literalmente, juguete saltarín, pero* Hop *también es un término coloquial para referirse al opio.*

Capítulo 2
El escenario está listo

Existe un sentido real en el que el respeto del americano por la ley se ha convertido a sí mismo en ilegal pues el esfuerzo por controlar cada parcela de la conducta humana mediante estatutos —un resto evidente de la herencia puritana— con el resultado de que la venta de licor y tabaco puede ser prohibida, significó que surgiera un grupo de hombres que proveería de estos deseos a aquellos a los la ley les negaba su satisfacción. Cuanto más extendido fuese el deseo, mayor sería el beneficio de proveerlo y más serio sería el celo de aquellos responsables de aplicar la ley para ver que se cumplía. Como resultado de esto se desarrolló de forma bastante natural una sensación de satisfacción por ser más listos que los legisladores. Y una vez que existe este tipo de tensión social, de la que esta generación ha sido testigo en el conflicto entre los que consideraban la prohibición como un dogma religioso y aquellos para los que interfería con su libertad personal, el escenario está listo para que surja la violencia en el intento de forzar obediencia a la ley.

HAROLD J. LASKI. *The American Democracy*

I

No llevaba mucho tiempo en el nuevo apartamento cuando el romance de Tony se fue a pique y me preguntó si podía encontrarle una chica nueva. Su petición no me sorprendió, nada más lejos. Desde que comencé a juntarme con la gente en casa de Joan y Mary Jane había conocido a muchas chicas que no le hacían ascos a estar disponibles a cambio de una tarifa y cuando Tony dijo que me daría cincuenta a mí y cien a la chica, pensé que era Santa Claus. Me puse en contacto en seguida con una bonita rubia llamada Lucy y estuvo encantada de acudir a la cita.

Por aquellos días Tony estaba ganando bastante dinero con el contrabando y comenzó a pasar al menos dos noches a la semana en mi apartamento, a veces con Lucy, a veces con otras chicas que yo había conseguido para él. Solía llegar sobre las seis, cargado con pollos del asador y botellas de Dago tinto, y todo era muy íntimo y *gemütlich*[*].

Con más de cien dólares a la semana podía hacer lo que quisiera. Me compré ropa bonita y en mis noches libres iba a las salas de baile y los bares clandestinos. Pronto conocí a un montón de hombres con dinero y cuando vi la forma en la que derrochaban pasta me dije: «¿Por qué no iba a ir parte de ese dinero en mi dirección?». Así que

empecé a darle mi dirección a aquellos que consideraba que serían discretos y poco después de que tres chicas comenzaran a venir varias noches a la semana para entretener a los conocidos ya me encontraba en el camino del éxito.

Fue de esta manera informal, casi por casualidad, que comencé mi carrera como madame. Por supuesto, no pensé en ello como una profesión o en mí misma como una madame. Supongo, como hace todo el mundo, que me las arreglé para venderme a mí misma una lista de excusas: yo no había inventado el sexo, nadie que no quisiera tenía que venir a mi apartamento, en realidad les estaba haciendo un favor, y ese tipo de justificaciones. Pero tenía remordimientos de conciencia cuando pensaba en mis padres y solía tener pesadillas terribles en las que mi padre me perseguía por las calles gritando: «*Kirva! Bliad!*» («¡Zorra! ¡Ramera!»).

Aunque había roto relaciones con mis primos de Brooklyn nunca dejé de escribir a Yanow o de mandar todo el dinero que podía. Mantuve mi dirección de correo postal en Second Avenue mientras viví con Joan y no la cambié después de mudarme a mi propio apartamento, temiendo que mi padre sospechara si de repente comenzaba a escribir desde un barrio elegante. Expliqué los envíos de dinero, que ahora era mensuales, diciendo que tenía un empleo dirigiendo una fábrica de corsés.

Pero no importaba cómo veía yo mi conducta, para el mundo yo era la propietaria de un prostíbulo y me quedó claro de forma incuestionable. Billie, una de mis chicas, y yo estábamos sentadas en el salón una noche cuando llamaron a la puerta. Abrí y eran dos policías. Me preguntaron si yo era Pearl Adler y lo admití sin reparos. Puesto que nunca me habían arrestado no era consciente de la gravedad de la situación y los chicos de azul aún no eran mi hombre del saco. Uno de ellos me sujetaba mientras el otro inspeccionaba el apartamento (por suerte solo estábamos allí Billie y yo). Después me empujaron escaleras abajo hasta el furgón policial.

Aún no había aprendido a cubrirme el rostro con los brazos y toda la gente del barrio estaba allí congregada señalándome con la boca abierta. Creo que fue en aquel momento cuando por fin me di cuenta de la categoría en la que me había colocado. Así de boquiabierta me había quedado yo en el restaurante aquella vez que Abe me señaló a las prostitutas.

En comisaría, después de que me ficharan, me permitieron llamar a Tony. Consiguió que un agente de fianzas me sacara y contrató un abogado para defenderme. Aunque el caso se sobreseyó por falta de

pruebas, ya no pude disimular los hechos por más tiempo. Me habían arrestado por regentar una casa de citas y en los archivos policiales aparecía como proxeneta. Tenía que decidir entre conservar lo poco que quedaba de mi nombre y mi reputación o aventurarme a hacer dinero rápido. No se trataba de una cuestión moral sino económica. Conocía el valor del dinero pero ¿cómo se calculaba el valor de un buen nombre? En mi opinión se reducía a lo siguiente: ¿Quería abandonar mi apartamento en Riverside Drive y volver al agujero de Second Avenue? ¿Qué otras alternativas había? Un empleo en una fábrica era la única que conocía.

Tomé una decisión rápidamente. Por lo que a mí se refería, la Tierra Dorada estaba en Riverside Drive y estaba decidida a quedarme allí. Sin embargo, como he oído que le pasa a todo el mundo que entra en este negocio, ya sea madame o prostituta, lo consideraba como una situación temporal, un medio para llegar a un fin. Lo dejaría cuando tuviera capital suficiente para financiar una empresa legítima.

Una vez tomada esta decisión comencé a hacer las cosas de manera más empresarial. Para conseguir mayor clientela frecuenté más clubes nocturnos y les hice saber a camareros y encargados que mi apartamento era ahora un burdel, advirtiéndoles de enviar únicamente a aquellos que pudieran pagar veinte o más. Puesto que mi objetivo era ganar dinero lo más rápido posible me ocupaba del teléfono las veinticuatro horas del día y nunca dije que no a nadie que estuviera dispuesto a gastarse el dinero, independientemente de qué hora fuese. Eso implicaba estar trabajando todo el tiempo y comencé a darme cuenta de la cantidad de quehaceres que conllevaba preparar una velada de placer. Mi única diversión era ver aumentar mi cuenta bancaria y, como Tony aún seguía gastándose unos trescientos a la semana, el dinero entraba a espuertas.

La presión de los negocios no me había permitido ver mucho a mis antiguos amigos pero la madre de Joan, Helen, había mantenido el contacto y llamaba de vez en cuando para contarme las penas y los problemas con Joan y *Papá*. Una mañana, unos cinco meses después de mi juicio, me despertó una llamada suya. Lloraba tanto que era prácticamente incoherente e insistió en que fuese a verla enseguida. Llegué y encontré a Joan hasta las trancas, a Helen histérica y a *Papá* por ningún lado. Había falsificado un cheque, retirado todos los ahorros de Helen y las había dejado tiradas con el alquiler vencido y las facturas apilándose.

Por supuesto, Joan no trabajaba. Lo único que le importaba en

este mundo eran las drogas. Aprovechó la oportunidad para arrejuntarse con el traficante que le proveía y Helen se vino a vivir a mi casa. Era una rubia muy llamativa que aparentaba diez años menos y se convirtió en la gran favorita de los hombres que frecuentaban mi casa.

Posteriormente el traficante de Joan la echó a la calle, ni siquiera él pudo soportar su carácter, especialmente cuando ella se quedó sin dinero. Se mudó a una habitación barata amueblada y Helen le daba el dinero para vivir, incluyendo lo suficiente para pagar su ración diaria de drogas. Me preguntaba qué clase de madre era una que trabajaba en un prostíbulo para mantener a su hija surtida de narcóticos y una noche Helen me contó los acontecimientos que habían llevado a ambas a tal situación.

—Yo tengo la culpa de que Joan sea lo que es —me contó Helen —. Ella tenía tres años cuando murió su padre. Yo estaba triste por haberlo perdido y pensaba que lo había amado, pero no mucho después de su muerte me enamoré de otro hombre y me casé con él. Estaba loca por Hal pero tremendamente insegura y tan irracionalmente celosa que si miraba a otra mujer por la calle yo quería precipitarme sobre ella y apuñalarla.

»Estaba muy unido a Joan y la trataba como si fuera su propia hija. Cada noche la acostaba y se quedaba con ella hasta que se dormía. Al principio yo estaba agradecida por su amabilidad pero cuando Joan cumplió los doce y él continuó con esta práctica comencé a sospechar. Me parecía que pasaba demasiado tiempo con ella cada noche. Intenté combatir ese terrible pensamiento pero una noche subí con sigilo las escaleras y los vi. Mi marido estaba en la cama con mi hija.

»Debí abandonar a Hal en ese mismo momento pero, en lugar de eso, la tomé con mi propia sangre. Le pedí a Joan que se fuera de casa al día siguiente. Aparentaba al menos dieciséis y tenía una hermosa voz así que se fue a Chicago donde encontró un empleo como cantante. De vez en cuando volvía para visitar a su abuela, mi madre, pero yo aún estaba tan locamente enamorada de Hal y tan celosa que me negaba a verla.

»No volví a verla hasta que cumplió los dieciocho. Entretanto, mi marido me había abandonado y yo me volví a casar; otra vez el hombre equivocado. El matrimonio no duró mucho y cuando finalmente me di cuenta de todo el mal que le había causado a Joan, con la esperanza de que pudiéramos arreglarlo de alguna forma, fue su turno de darme con la puerta en las narices.

»Antes de que se uniera a la gente de moda y comenzara a tomar drogas tuvo varios papeles en espectáculos, pero ya sabes lo que le ha ocurrido a su carrera. Lo que no sabes es que no fue hasta que se convirtió en adicta que me permitió venir a visitarla. Para entonces ya se había degradado tanto que lo que yo le había hecho ya no le parecía tan malo.

Durante todo este tiempo Helen había estado hablando con las lágrimas corriéndole por el rostro. Me agarró de la mano.

—Déjame traerla aquí, Pearl, Sé que odias a los drogadictos pero, por favor, por favor, haz una excepción en su caso. Fue buena contigo. Deja que venga y se quede hasta que haya ahorrado lo suficiente para volvernos a Ohio.

Tener a un drogadicto cerca entrañaba un riesgo y, además de eso, sabía lo diabólica que podía ser cuando estaba colgada, pero accedí a acoger a Joan. Y así fue como madre e hija comenzaron a trabajar codo con codo en mi casa. Así fue como me di cuenta de que algunas personas obtienen gratificación sexual de formas oscuras y terribles. Cuando se descubrió la relación entre Joan y Helen hubo hombres que pagaban el doble y el triple por el placer de meterse en la cama con madre e hija.

Cuando Helen decidió volver a Ohio me sentí aliviada. Lo habló conmigo y la convencí de que su única esperanza era encontrar otro empleo ya que era una locura que una mujer de su edad siguiera prostituyéndose. Durante un tiempo Joan se quedó conmigo pero seguía instándola a rehabilitarse y, supongo que cansada de mi insistencia sobre el tema, abandonó la casa semanas después que Helen.

La siguiente ocasión en que vi a Joan lo único que reconocí de ella fue su hermosa sonrisa. Estaba decrépita. Se me rompió el corazón al verla en esas condiciones. Me la llevé a casa (no había podido acceder a su habitación durante días), la bañé, le di de comer y la metí en la cama. Una vez más, le pedí que fuese a rehabilitación, ofreciéndome a pagar las facturas del hospital y prometió empezar la semana siguiente. Le di dinero para la cuenta del hotel, ropa y comida. Fue un error. Pasaron varias semanas antes de que regresara. Cuando volvió me prometió firmemente que iría al sanatorio del Dr. Gould en el West Side. Le di cien dólares y le dije que iría a verla en cuanto le permitieran tener visitas.

No obstante, la seguí cuando salió. Y sin ninguna duda, una vieja la esperaba bajo una farola en la esquina. Joan fue directa hacia la mujer y rápidamente le dio el dinero, recibiendo a cambio un

paquete que contenía un surtido de drogas frescas. Me abalancé sobre ellas, aparté a Joan de un tirón y le grité todos los insultos que se me ocurrieron a la mujer que, no hace falta decirlo, no esperó a escucharlos. Después le dije a Joan que se acabó, que ya no la creía y que no intentara verme de nuevo.

—Si alguna vez quieres curarte —le dije—, házmelo saber y te llevaré al sanatorio yo misma y me quedaré contigo hasta que acabe.

Ni siquiera me miró y en cuanto le solté el brazo se alejó de mí por la calle oscura. Nunca más la he vuelto a ver.

Años después me encontré a una amiga suya, una compositora, y me dijo que estaba en Chinatown, viviendo con un chino. En agosto de 1925, leí en el periódico que había sido arrestada por posesión ilegal de narcóticos y unos meses después, que había muerto. Me alegré de saber que ya había salido de su miseria.

Cada vez que escucho *Moonshine Valley* pienso en cómo era Joan la primera vez que la vi, tan radiante y elegante. Pesaba tan solo veintitrés kilos cuando murió.

II

La vida en un burdel está bastante aislada de todo excepto de los sucesos exteriores más trascendentales y en esta etapa de mi carrera no puedo decir que hiciese ningún esfuerzo concreto por ampliar mi perspectiva. Ni siquiera me moví cuando escuché que ahora las mujeres tenían derecho a voto. Estaba demasiado ocupada regentando un prostíbulo para emplear un solo pensamiento en dirigir el país. Además, el tipo de cliente que tenía entonces era, en su mayor parte, bastante estrecho de miras así que solo sabía lo que se cocía en Broadway y poco más. Si hubiera tenido un ídolo intelectual en aquellos días habría sido el famoso abogado criminalista Bill Fallon. Entre otros, defendió a Nicky Arnstein, esposo de la gran cómica Fannie Brice, y empleó en su nombre la estrategia de los «derechos constitucionales» (la negativa a testificar sobre temas que te puedan incriminar o degradar) que después se convirtió en el procedimiento habitual en las distintas investigaciones sobre drogas y fraude. De hecho, yo misma la he usado.

Hoy en día, cuando pensamos en los años veinte, siempre lo recordamos como un período de prosperidad pero durante los primeros dos años de la década fueron duros. En los periódicos había tiras cómicas sobre el Alto Coste de la Vida (¡qué poco sabíamos!) y creo que fue entonces cuando una predecesora de Elsa Maxwell

inventó la fiesta *Tiempos Difíciles*. Incluso hubo una explosión en Wall Street, algún personaje contrariado intentó volar el Morgans. Pero después de ocho años los Republicanos estaban de vuelta en el poder y, en palabras del presidente Harding, podíamos esperar un «retorno a la normalidad». No obstante, 1921 fue un año de recesión en el que diecinueve mil pequeños negocios echaron el cierre.

Pero el mío no fue uno de ellos y para la primavera del año siguiente ya había ahorrado seis mil dólares. Pensé que tenía dinero suficiente para embarcarme en una nueva aventura empresarial y esta vez el negocio iba a ser legal. Tenía una amiga a la que llamaba Neddie, una viuda que no tenía conexión con el mundo en el que había estado viviendo, y unimos nuestros recursos para abrir una tienda de lencería. Dun & Bradstreet nos dio una solvencia de diez mil y aunque en términos de efectivo nuestra inversión debió ser algo menos, en términos de trabajo el cielo era el límite. Alquilamos un espacio en la primera planta del 2487 de Broadway y nos matamos a trabajar preparando la gran inauguración. Yo diseñé las sedas y Neddie llevaba la mayoría del trabajo contable.

Un sofocante día de julio, poco antes de la apertura, pasamos horas en el distrito de ventas al por mayor comprando mercancía. Cansadas y acaloradas volvimos al apartamento, nos duchamos y caímos sobre la cama, prácticamente desnudas. Habíamos dejado la puerta entreabierta para que la brisa del río entrara en el apartamento, pero algo más se coló además de la brisa, en concreto dos policías que pasaron directamente hasta el dormitorio.

Neddie gritó y se tapó con la colcha y yo agarré una toalla.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté, mirándoles fijamente.

—¿Qué cree usted? —dijo uno de los policías—. Pónganse sus andrajos, chicas. Se vienen conmigo a la comisaría para una visita.

Entonces me di cuenta de lo que significaba ser una mujer marcada. Se daba por sentado que estaba regentando un burdel. Mientras nos fichaban no era capaz de mirar a Neddie; tan avergonzada estaba de que su asociación conmigo la hubiera llevado hasta esta humillación.

Aunque los cargos fueron inventados, no tenía forma de saber cuándo me juzgarían sin declararme culpable. Desesperada, le pedí ayuda al Inspector Boland. Presenté las facturas de compra de la mercancía que habíamos adquirido el mismo día del arresto y expliqué que planeaba abrir una tienda en unas semanas. Me escuchó compasivo y, por lo que sé, es posible que intercediera por mí. En el día del juicio el caso fue desestimado.

Este incidente limó momentáneamente mi entusiasmo por un negocio honesto pero me alegré cuando vi nuestro letrero dorado en la ventana: POLLY'S LINGERIE SHOP. (Desde esa época, casi todo el mundo me llamaba Polly en lugar de Pearl, que es mi nombre real.) Nuestro sueño era que esta tienda fuese la primera de una cadena nacional, como las tiendas Lerner, y trabajábamos de nueve de la mañana hasta medianoche, comprando y vendiendo durante el día, diseñando y fabricando por la noche. Casi estallo de orgullo cuando escuché hablar a la gente en el restaurante Pomerantz's de nuestro hermoso escaparate. Esperábamos conseguir clientela del mundo del espectáculo y entre nuestras mejores clientas se encontraban Rosa Ponselle* y su hermana.

Duante el primer año mantuvimos la esperanza. No abrimos ninguna sucursal pero cubríamos gastos. No obstante, no teníamos dinero reservado y en el momento en el que aflojó el negocio lo notamos. Además del alquiler teníamos que pagar la nómina cada sábado (teníamos una vendedora y un botones), y Neddie y yo teníamos una cuenta de adelantos de cuarenta a la semana. Así llegamos a acumular demasiados gastos y además, nuestra clientela parecía estar formada en gran medida por ladronas. Ni Neddie ni yo sabíamos que aquello era práctica común entre los compradores de la tarde como tampoco conocíamos la técnica de llevarse los artículos con la ayuda de un bolso o la manga del abrigo. Por consiguiente, *Polly's Lingery Shop* era el paraíso para las muchachas y nuestro stock se desvanecía bajo sus ligeros dedos.

Había una mujer a la que había echado el ojo pero era tan sutil que finalmente decidí que debía de estar equivocada. Muchos años después en Hot Springs divisé a la misma mujer en compañía de un personaje llamado Maggie, de quien yo sabía que era una ladrona. Más por comprobar la precisión de mi memoria que por otra cosa, le pregunté si alrededor de 1923 no era una rubia que tenía un gran solitario de diamante.

—Pues sí —contestó—, pero eso fue hace casi veinte años. ¿Cómo lo ha sabido?

—Bueno, sabe usted —dije—, por aquel entonces yo tenía una tienda y la recuerdo como una de mis clientas. O quizá clienta no es la palabra adecuada. Pero sin duda venía a la tienda y después de cada una de sus visitas siempre me faltaban varias cajas de medias.

Se mostró muy arrepentida.

—Bueno, querida —dijo—. Nunca me hubiera imaginado que eras una *habitual* o jamás lo hubiera hecho.

Le dije que en aquel momento en concreto estaba intentando desesperadamente que funcionara un negocio legal pero, puesto que unas cuantas cajas de medias difícilmente habrían podido inclinar la balanza hacia uno u otro lado, lo deseché como agua pasada y nos tomamos algo juntas.

Aunque al final *Polly's Lingerie Shop* fracasó, siempre consideraré que fueron un tiempo y un dinero bien perdidos, aunque solo sea porque protegió la relación con mi familia. Mientras la tienda seguía siendo una preocupación, mi padre se presentó en Nueva York y el hecho de que estuviera dirigiendo un negocio legal me permitió enfrentarme a él.

La casera de Second Avenue le había dado mi dirección y una noche, cuando Neddie y yo volvíamos del trabajo, estaba esperando en la puerta del apartamento. Cualesquiera que fuesen sus sospechas sobre la fuente de mi abundancia se disiparon rápidamente cuando supo que tenía una tienda en Broadway (con un teléfono de verdad). Se quedaba en casa de mis primos en Brooklyn y al parecer Lena le había puesto al corriente sobre mí. Le había contado mi negativa a casarme con Willie Bernstein y aquella vez que estuve fuera toda la noche y volví con el vestido destrozado. Pero Padre le dijo a Lena que si yo había acabado mal era culpa suya. No debería haberme enviado lejos de casa cuando solo era una niña. Por eso, una vez vio la tienda casi no pudo esperar a volver a Brooklyn y presumir de lo bien que me iba. Estaba realmente orgulloso de mí, pero, por supuesto, mi *éxito* también le permitió irse de rositas. Su decisión estaba justificada. No había nada que reprocharse.

Debo admitir que en muchas ocasiones he culpado a mi padre en mi mente, pensando que las cosas no habrían ocurrido como lo hicieron si hubiera tenido un hogar y unos padres a los que pedir ayuda. Pero lo hecho, hecho está y ninguna suposición puede cambiarlo. Y aunque en momentos de amargura juré que si alguna vez tenía la oportunidad de humillarlo contándole lo que me había sucedido, a mí, a su hija, a quien él había echado al mundo a la edad de trece años, ahora que tenía la ocasión vi lo cruel e inútil que sería. El daño no es menor por herir a otro, especialmente si lo amas. Así que en lugar de hacer sentir mal a mi padre hice lo posible para que se sintiera aún mejor. Le conté que me había comprometido con un buen chico judío, hijo de un rabino (en estos casos, ¿por qué no hacerlo bien?, no cuesta nada) y le expliqué la ausencia de Nueva

York de mi prometido diciendo que estaba en la carretera vendiendo vestidos.

Papá dijo que las noticias de mi compromiso alegrarían mucho a mamá y creo que cuando se fue tenía la conciencia tranquila en lo que a mí respectaba. (Más tarde escribí diciendo que se había roto el compromiso.) Por suerte su visita fue breve. Supongo que solo vino para darse una vuelta, de nuevo con esa antigua ansia de vagar en la cabeza. Yo no iba a durar mucho más en el negocio legal. Un mes después de su partida hacia Yanow el letrero del que tan orgullosas estábamos Neddie y yo fue sustituido por uno que decía: «Se alquila». Probablemente es algo típico de mi desordenada existencia que me arruinara precisamente en el primer año de prosperidad de la era Coolidge.

El otoño de 1923 mis activos consistían en mis muebles, mi chow-chow Nicko y ochocientos dólares. Siendo plenamente consciente de que esos ochocientos no podrían durar para siempre, intentaba averiguar una forma de conseguir dinero rápido cuando me encontré a dos amigos míos (al menos yo pensé que eran amigos), Tim Michaels y Mike Fogarty. Sabía que eran tahúres de profesión pero no hice nada por alejarme de ellos, sin imaginarme que me tomarían como blanco.

Parece ser que tenían en marcha una partida de póquer y a un buen pardillo al que engañar y sugirieron que les echara una mano. La idea era que yo me uniera a la partida y Mike o Tim me dirían qué cartas tenía el infeliz. Hicimos un pequeño ensayo general. Entonces trajeron al pardillo. Parecía un auténtico bobo, incluso tenía un parche en un ojo, quizá para mostrarme que era capaz de no darse cuenta de un *full* si sacaba uno.

Me habían dado mil con los que jugar y mientras el pardillo seguía sacando pasta en mi jeta, mis ojos eran cada vez más grandes y en mi mente ya me estaba gastando el tercio de las ganancias. Con la ayuda de mis cómplices le estaba limpiando y todo iba bien hasta que llegó la gran apuesta. Entonces el señor Bobo siguió subiendo hasta que, de repente, ya no tenía nada con lo que ver su apuesta. Tim me llamó a un aparte y, después de una breve consulta, acordé poner el dinero necesario. Les dije que esperaran, mi banco estaba a la vuelta de la esquina en la Noventa y ocho con Broadway.

El cajero me conocía y le dije que sacara siete de mis ochocientos, jactándome de que volvería en seguida y haría un gran depósito. Intentó impedir que retirara el dinero, presintiendo que había algo raro, pero no le hice caso. Doblé la esquina en seguida y volví al

juego, dejé la pasta en el centro de la mesa y acepté la apuesta. ¡Ay! ¡Vivir para ver! Toda la vida diciéndote que nadie da nada por nada y solo te lo crees cuando lo aprendes por las malas.

Pensándolo bien, algo así fue lo que le dije a Mike Fogarty la siguiente vez que lo vi. Habían pasado cinco años cuando me lo crucé en la Cuarenta y siete. Lo insulté (concretamente le llamé rata asquerosa) y le pregunté si aún vivía de los setecientos que me había timado. Sonrió.

—Vamos, Polly —dijo—, no vas a quejarte ahora de aquello después de tantos años.

—Por supuesto que no —contesté—. Uno debe querer timar para que le timen. Quiero darte las gracias por enseñarme cuando tenía tan poco que perder. Si no hubiera sido por vosotros quizá me hubiera tocado cuando tenía mucho más. Lo considero una lección muy barata.

III

Con solo cien dólares, decidí volver al negocio de la prostitución y esta vez no lo dejaría hasta que estuviera realmente forrada. Llamé a alguno de los hombres que había tenido antes y trajeron a sus amigos. También hice algunos nuevos contactos yo misma y mi negocio se lanzó con un próspero comienzo. Mi clientela consistía principalmente en mafiosos y matones, algunos de los cuales se convertirían en los grandes nombres del momento. La mayoría murieron con las botas puestas. Uno de la banda era un personaje llamado Sammie *El estúpido*, pero no sé por qué lo llamaban así. Era más listo que el resto. Aún está vivo.

Las partidas de dados estaban muy extendidas en Yorkville y los muchachos acababan en mi apartamento para finalizar la velada. El dinero no significaba nada para esta gente; a veces se gastaban quinientos o más en una noche. El que ganaba la partida pagaba la cuenta.

No se me había ocurrido vender bebidas hasta que uno de ellos comentó que era tonta por dejarles comprar su propia bebida a un contrabandista y llevarla hasta mi apartamento. ¿Por qué no era más lista y les vendía las bebidas a un dólar? Hice caso de su consejo y, en sus propias palabras, me incluí entre los que sacaban tajada.

Eran un grupo bastante bruto. Solían darme las armas cuando entraban y normalmente las escondía en el horno, suponiendo que era improbable que a alguien le diese por hacer un pastel. Les

gustaban las bromas cuando el blanco eran otros. Por entonces no tenía criadas, solo a la asistenta, y servía yo misma las bebidas: whisky para ellos, té en vasos altos para las chicas. Como estaba muy ocupada, yendo de acá para allá con las bandejas, era inevitable que tarde o temprano mezclara los vasos y a un invitado le tocara la bebida equivocada.

Había un jugador llamado The Lug que tenía la costumbre de dejarse el sombrero puesto, calado hasta las cejas. Tenía tendencia a crear problemas y siempre lo vigilaba. Aquella noche en concreto, se sirvió él mismo de la bandeja, tomó un trago largo y a continuación hizo un horrible ruido de atragantarse. Supe lo que había ocurrido antes de que se girara y estampara el vaso contra la pared, salpicándolo todo de té. Por supuesto sabía que había cogido el vaso destinado a su chica de esa noche y, al ritmo que iba pagando, cada bebida costaba más que varias libras de té. Hubo un silencio tenso pero tras unos segundos The Lug se calmó.

—OK, Polly —dijo—, tienes que ganarte la vida… Venga, ponme otro vaso.

Pero aquello no fue el final. The Lug no soportaba que lo tomaran por un pardillo. Tenía que devolverla. Así que la noche siguiente, con la ayuda de los otros muchachos, manipuló una bandeja de bebidas. A dos de mis chicas y varios de sus compañeros les tocaron bebidas con sorpresa. Los chicos se pasaron la noche vomitando en el callejón y las chicas cayeron tan enfermas que no pudieron trabajar durante tres días.

En aquellos días tenía un proyecto grande e importante. Estaba ahorrando para un abrigo de visón. Hablaba tanto de ello que cuando un tipo estaba intentando anotarse un punto a los dados, gritó:

—¡Vamos, pequeño Joe! Esta por el abrigo de visón de Polly.

Me decían que les daba suerte.

—¿Para cuántos abrigos has ahorrado ya, Polly? —preguntaban—. ¿Qué tal van las trampas esta noche?

Puesto que era mi primer visón, le indiqué al peletero que se dejara llevar aunque eso supusiera diezmar la población mundial de visones. No me importaba lo grande y aparatoso que fuera el abrigo, quería ir envuelta, rebosando, arrastrando visón.

La noche que llegué a casa con el abrigo (acres y acres de visón, todos míos) la banda lo examinó cuidadosamente.

—¡Qué bonito! —dijo uno—. Apuesto a que abriga un montón.

Otro, examinándolo sobriamente:

—¿Visón, eh? Pues a mí me parece mofeta. Huélelo si no me crees.

Yo seguía riendo, fingiendo irritarme para seguirles la broma pero preocupada porque un cigarro lo quemara o algo se derramara sobre él. Me sentí aliviada cuando lo guardé pero seguía con el ojo en el armario, supongo que temiendo que a mi precioso abrigo le salieran de repente patitas de visón y saliera corriendo.

Cuando volví de un recado en la cocina, uno de los muchachos me dijo:

—Ponte el abrigo, Polly. Queremos verlo otra vez.

No necesité una segunda invitación. Estaba lista para llevarlo por casa todo el día. Pero cuando abrí el armario el abrigo no estaba. Todos juraron y perjuraron que no lo habían visto y fingieron alarmarse de forma tan convincente que me entró el pánico. Diciéndome que me ayudarían a buscarlo empezaron a mirar bajo la alfombra, detrás de un florero, en las macetas, en la hielera, en el horno (donde encontraron las armas pero no el abrigo), debajo de los platos de la alacena, tras las puertas, desenroscando las bombillas, y haciendo el payaso en general. Entonces uno de ellos gritó:

—Pero, tontita, ¿por qué lo has puesto en la escalera de incendios?

Y ahí es donde estaba. ¡Cómo se rieron! Yo me reí más alto y más tiempo, con alivio.

En ocasiones las bromas que gastaban no eran tan inocuas, pero no podía hacer nada al respecto. Había elegido como profesión regentar un burdel y fuera lo que fuera lo que los clientes hiciesen tenía que aceptarlo y seguir sonriendo.

Dave, uno del grupo de los jugadores, empezó a prestarle mucha atención a Celia. Era una hermosa muchacha que no llevaba mucho tiempo conmigo y que me gustaba mucho. La vi hablando con Dave una noche en el vestíbulo y a la noche siguiente salieron juntos. (Era algo poco común, los mafiosos no veían con buenos ojos que uno de los suyos fuera en serio con una prostituta mientras que los hombres con negocios legales y los intelectuales, especialmente los primeros, no tenían esta actitud y mostraban mucho más respeto hacia una prostituta que cualquiera de los habitantes de los bajos fondos.) Dave dijo que todo el dinero que Celia y yo perdiésemos por este arreglo lo pagaría gustosamente.

Les dije a los muchachos que Celia ya no estaba conmigo y la enviaba fuera de la casa cuando sabía que iban a venir. Una noche llegaron tarde, inesperadamente. Metí a Celia en un armario pero la banda se olió algo. *The Lug* se levantó y abrió la puerta del armario. Cuando vieron a Celia allí acurrucada, la sacaron a rastras y la maltrataron y a mí me zarandearon por haberles mentido. Armaron tal jaleo que me pidieron que me mudara.

Dave se volvió loco cuando se enteró de lo que había ocurrido.

—¡Al demonio con esos cabrones! —dijo—. Voy a casarme con ella y retirarla del negocio.

Y lo hizo. Dave y Celia vivieron felices durante muchos años hasta que a él lo dispararon. Solía verlos de vez en cuando en Hot Springs, Arkansas, y tenía cuidado de pasar a su lado sin hablarles, para no enturbiar su felicidad recordándoles el pasado. Pero muchas de las llamadas mujeres respetables casadas con mafiosos intentaban humillar a Celia cada vez que tenían ocasión. Cuando mataron a Dave, Celia volvió a casarse: un chaval majo con un negocio legal. La veía a veces en el distrito comercial y, si no había nadie alrededor, nos sonreíamos. Me emocionaba saber que había encontrado la felicidad y no solo una, sino dos veces.

IV

Puesto que, como resultado de la bronca por Celia me tuve que mudar, tomé un apartamento en West Seventies, unas veinte manzanas más hacia el centro. Esperaba encontrar clientes de mejor clase. Sabía que una clientela empresarial sería mucho más silenciosa y fácil de manejar que los matones. No habría pistolas que esconder, ni nada de zarandeos. Pero aunque sí que atraje al tipo de ciudadano tranquilo del empresario (del tipo de los Brooks Brothers), rara vez tenían la cantidad de dinero que me interesaba o, si la tenían, no la gastaban. Los tahúres ayudaron a popularizar mi nombre pero eran demasiado alborotadores. Los hombres de negocios tenían mejores modales pero sus cuentas corrientes no eran lo suficientemente abultadas para llevarme hasta la cima. Lo que realmente buscaba era concurrencia de las altas esferas de la sociedad, de la gente del teatro, artistas y escritores (los de éxito). Como he dicho, no me conformo con el segundo puesto, y como madame que era estaba decidida a ser (parafraseando a Holbrook Blinn[*]) «la maldita mejor madame de toda América».

Pero aún no había llegado al punto en el que pudiera seleccionar

mi clientela y mientras tanto había trabajo que hacer. Funcionaba las veinticuatro horas del día: despierta toda la noche, interrumpida todo el día. Simplemente no podía decirle que no a un hombre dispuesto a gastar porque me había dado cuenta que era mejor conseguir todo lo que pudiese mientras el dinero fluyera. Nunca sabía cuándo iba a haber una redada y cada altercado me costaba varios miles. No obstante, fueron estas primeras redadas las que me enseñaron a ser cautelosa y fueron responsables en gran medida de conseguir lo que *The New York Times* después definiría como «la astucia y prosperidad que permitieron a Polly Adler dirigir un burdel durante quince años antes de conseguir que un arresto se sostuviera».

Por supuesto, la persuasión no era suficiente para mantener a raya a la poli cuando venía a husmear, pero allá por 1924 no costaba mucho deshacerse de ellos. Escondía un billete de cien en la palma, hacía la ronda estrechando manos y los polis se marchaban solitos, todo sonrisas, a molestar a otra madame que no hubiera desarrollado el sutil arte del apretón de manos hasta tales cotas de elegancia. Además, contaba con la influencia de algunos de los grandes jugadores. Les gustaba la manera en que llevaba el negocio, sin quejarme cuando tenía que encajar algún golpe. La mayoría de casas de juego funcionaban con un mandato contra la interferencia policial y puesto que los tahúres consideraban mi salón un cómodo lugar para relajarse, me dieron el visto bueno con los polis. De hecho, mi apartamento se convirtió en garito para la misma pasma. Muchas noches habría tenido que colgar un farol verde a la entrada así como el rojo tradicional. En ocasiones los guardianes de la ley me daban más problemas que mis clientes más pendencieros pero no podía hacer nada para evitarlo, excepto aferrarme a mi talante y seguir diciéndome que todo negocio tiene sus desventajas.

Mi rápida ascensión hacia la popularidad no había pasado desapercibida entre mi competencia, la mayoría de la cual llevaban tiempo en el negocio del juego mientras que yo, en comparación, era una recién llegada. Por supuesto, otras madames estaban molestas conmigo, celosas del dinero que ganaba y me hicieron pasarlo mal durante un tiempo. Cuando no pudieron inventarse nada más para incordiarme, recurrieron a trucos infantiles como enviar coches fúnebres a mi dirección para que, cuando la velada estaba en su apogeo, dos personajes lúgubres entraran por la puerta anunciando que venían a recoger el cadáver.

Los policías amigos me mantenían informada de las quejas entregadas en la oficina del inspector instigadas por mis rivales. Fue

por consejo de los policías que seguí mudándome para cerrar cada una de las quejas según se presentaban y durante unos meses salté de un lugar a otro como una pulga. En algunos apartamentos estuve el tiempo justo para empolvarme la nariz. (Sin duda este período frenético de mi vida dio pábulo a la leyenda de que «cambiaba de residencia cada veinticuatro horas», un chisme que vi en los tabloides unos años después.) Aparte de la evidente incomodidad para mí, no era un buen negocio llevar una vida nómada justo cuando los clientes se habían aprendido mi dirección y decidí que tenía que dar los pasos necesarios para corregir esta situación.

Después de sopesar la cuestión decidí llevar la batalla al campo enemigo. Me envolví en mi visón, ensillé el Buick y salí a visitar a tres damas, Mesdames X, Y y Z, que eran, como yo, conocidas en el extremo ejecutivo del negocio de la prostitución.

Mi primera parada fue Riverside Drive. Le di mi nombre a la criada de uniforme, cuya reacción al oírlo fue digna de ver, y mientras esperaba a Madame X, hice una rápida inspección de su salón. Tenía que admitir que tenía un buen diseño, muebles caros, cómodos y conservadores, sin esas pequeñas fruslerías cogepolvo que siempre se rompen.

Madame X era una mujer de cierta edad, rubia canosa, fornida, de mirada dura y modales inquisitivos. Cuando le expliqué quién era yo (como si no lo supiera) fue extremadamente cortés y me ofreció un té o un jerez, con cuidado de dejar caer que el jerez era del tipo que se encontraba en las bodegas del rey Alfonso XIII.

Una vez cumplidas las formalidades, entré a hablar del negocio. Había, le dije, suficiente dinero y suficientes hombres para todas. ¿Por qué teníamos que malgastar el tiempo y la energía peleando entre nosotras? Lo que le hacía mal a una, le hacía mal a todas. En palabras de Ben Franklin, debemos ir todos juntos, o nos colgarán por separado. Así que en lugar de pasar el tiempo confabulándose contra mí, ¿por qué no hacía Madame X algo constructivo? ¿Por qué no movía su culo gordo y gastaba dinero en la ciudad como yo hacía?

—Una tiene que gastar dinero si quiere ganarlo —le dije.

Accedió a considerar la cuestión.

Mis visitas a Madame Y y Madame Z siguieron el mismo patrón. En ambos casos su recibimiento fue similar al de Madame X. Ambas se mostraron ostentosas. Una de ellas me dijo que podía tomar prestado su Cadillac limusina cuando quisiera y la otra me presentó a su marido con un aire de: «Esto es algo que yo tengo y tú no». Pero lo único que quería de ellas era que me dejaran en paz. Y,

aparentemente, hacerles frente fue la estrategia correcta pues no volví a tener problemas con este grupo.

Como mi negocio prosperaba rápidamente, alquilé un apartamento más grande cerca de Seventh Avenue y como esperaba quedarme allí algún tiempo, puesto que las damas habían dejado de molestarme, lo decoré con estilo. Antes siempre había elegido yo misma el mobiliario de mis casas pero el establecimiento de Madame X me había impresionado y me apetecía gastar en lujos, así que contraté a un decorador de interiores.

La mayoría de la decoración era francesa, Luis XV y Luis XVI, que es algo tradicional en un burdel, y adquirí algunas antigüedades realmente valiosas, armarios y mesas, un servicio de cena de Sèvres y un tapiz gobelino que representaba a Venus y Vulcano en un momento tierno mientras Eros se hacía cargo de la fragua de Vulcano y forjaba unas flechas. El bar era supuestamente de estilo egipcio, la tumba de Tutankamón se había abierto el año anterior y había tenido mucha publicidad; también había un salón chino pues estaba de moda el *mahjong*.

Por supuesto, hoy en día tal mezcla de estilos resulta ridícula pero a comienzos de los años veinte en América, el mundo nos parecía una gran tienda de juguetes y en nuestros viajes al extranjero nos servíamos al azar de todos los objetos brillantes que llamaban nuestra atención. (Fue por entonces cuando Mencken y Nathan[*] observaron acertadamente que los americanos jugaban al juego de los sirvientes chinos, bebían las bebidas de los campesinos franceses, lucían en ceremonias el atuendo de un empleado inglés, mostraban un gusto melódico por la música de los negros africanos y comían en aguacates el alimento de las cabras costarricenses.) De todos modos, era un bonito y espacioso apartamento con cabida para que vivieran cuatro chicas. Además, cada noche de cinco a diez, aparecían las coristas, entre ellas algunas de Ziegfeld y Earl Carroll[**], siempre con la certeza de conseguir el precio de un vestido de Madame Frances.

Ahora tenía tres personas de servicio doméstico: un cocinero, una limpiadora y mi criada personal, una diminuta y delgada mujer de color de unos cuarenta años. A pesar de su pequeño tamaño (era un par de centímetros más baja que yo) y su físico frágil, no había trabajo que no pudiera manejar ni nadie en el mundo (ya fuese un poli de dos metros o un matón ebrio con pistola) a quien temiera enfrentarse. De hecho era, como dijo uno de mis clientes, un Ricardo Corazón de León en femenino y este apodo pronto se acortó hasta Lion, como todos la llamábamos. Durante mis años como madame he

tenido decenas de criadas, muchas de ellas leales y eficientes, pero nunca ninguna que pudiera compararse a mi *Lion*. Tenía un temperamento fuerte y una lengua afilada pero una vez te acogía en su corazón, su devoción era absoluta, no podías hacer nada mal y ella daría su vida por ti.

Encontré por primera vez a Lion en 1923 cuando aún tenía la tienda. Trabajaba en los aseos de damas de un restaurante al que solía ir a menudo y un día que me encontraba allí ella acababa de saber que su única hija había muerto en un terrible incendio en Camden, Carolina del Sur. Me contó aquello, con lágrimas rodándole por las mejillas y aunque intentaba controlarse pude ver que estaba loca de preocupación. No tenía dinero para el billete a Camden así que le presté treinta y ocho dólares, que era todo lo que llevaba. Esto fue en mayo y aunque nunca esperé ver de nuevo el dinero o a ella, una noche de julio, cuando salí de la tienda, estaba esperándome. Aún no podía devolverme nada, dijo, porque aún estaba pagando los gastos del entierro de su hija pero esperaba que quizá yo le dejaría hacerme la colada y coser en su día libre. Cuando le dije que no era necesario, insistió. Dijo que ahora yo era su «familia».

Al año siguiente, cuando pude permitirme una criada, vino a trabajar conmigo a tiempo completo y estuvo a mi lado hasta poco antes de su muerte en 1929. Además de ser una criada buenísima, Lion era mi defensora y protectora, mi confidente y mi paño de lágrimas, y cuando yo no estaba, una subgerente de confianza. Es más, era una buena agente de prensa personal. A menudo la escuchaba asegurarle a los nuevos clientes: «¡Oh, le gustará mi señora! ¡Con ella estará como en casa!».

Era una ayuda que ella pudiera cuidar del fuerte mientras yo salía a hacer publicidad. Mis chicas ya eran conocidas por ser las más guapas, las mejores vestidas y las que mejor…, bueno, las mejores de Nueva York. Y como sería de ayuda para el negocio, yo quería que se me conociera como todo un personaje. Quería que mi nombre se convirtiera en proverbio y que la expresión «ir donde Polly» fuera un eufemismo para el deporte de interior más popular del mundo.

Si vas a ser conocido por el público tienes que hacer apariciones públicas y con Lion al cargo yo podía tomarme una noche libre de vez en cuando y asistir a inauguraciones de clubes nocturnos. Cuando entraba, rodeada de mis mejores chicas, causaba sensación. Pronto hubo toda una ristra de bromas de Polly Adler que los maestros de ceremonias lazaban en cuanto hacíamos nuestra aparición, así que además de que a los clientes se les salieran los ojos

con las chicas, también se reían con las bromas sobre mí. Aunque el precio de aquellas veladas nunca bajaba de los quinientos, sentía que eran una buena inversión. Los clubs eran un escaparate para las chicas. Las formaba en una o dos filas; el último chiste sobre Polly Adler comenzaba a rondar y no importaba dónde fuéramos, algunos de los patrones del club nos seguirían y terminarían la noche en nuestra casa.

Como resultado de toda esta publicidad, más el boca a oreja de los clientes satisfechos, el negocio fue cada vez mejor, lo que significaba un aumento correspondientemente grande en mis regalos a los polis y un descenso en la cantidad de tiempo que tenía para mis asuntos privados. De hecho, prácticamente no tenía vida propia o, más exactamente, la casa era mi vida. Absorbía toda mi energía y era el centro de todos mis pensamientos. Una vez, quizá por haber tenido que hacerlo todo yo sola desde cero, había anhelado amor y cariño y había estado dispuesta a hacer más de la mitad del camino para responder a él. Pero ahora el negocio era lo primero y las relaciones personales iban detrás, a mucha distancia.

Este cambio en mi actitud se mostró cuando me encontré con Ernie Levin un día en el Chelsea Bank. Era la primera vez que lo veía desde su matrimonio cuatro años antes. Me dijo que acababa de meter a su mujer en un tren hacia Cincinnati y me pidió que cenara con él en el Pelham Heath Inn. Después de repasar unos cuantos aspectos de los viejos tiempos, me preguntó qué estaba haciendo ahora. Cuando le contesté que regentaba un burdel no parpadeó. En lugar de eso esperaba que pudiéramos retomarlo donde lo habíamos dejado. Pero fuese lo que fuese lo que Ernie había significado para mí, ya había pasado. Solía admirarlo todo de él. Ahora veía que su nariz, que en su momento encontré distinguida, era como un pico de loro, vestía como un campesino ruso y su conversación era banal y provinciana. Me llamó diariamente durante algún tiempo y debo admitir que me sentí tentada a salir con él solo para sabotear su matrimonio y hacerle sentir tan infeliz como él me hizo sentir a mí. Pero el negocio iba bien y no tenía tiempo para venganzas.

Tampoco tenía tiempo para divertirme. Aunque formaba parte de ser «la famosa Polly Adler» estar siempre sonriendo, siempre despreocupada en las fiestas, nunca me olvidaba de que estaba haciendo negocios. En ocasiones, los hombres más agradables de entre mis clientes me invitaban al teatro o a un club nocturno, pero tales veladas nunca tuvieron mucho éxito. Incluso cuando Lion estaba al cargo sentía que tenía que verificar que todo iba bien en la casa

siete u ocho veces. Nunca sabía cuándo podía haber una redada. Además, si aparecía una buena panda de bebedores, era mejor que yo estuviera allí. Así que incluso en mis supuestas noches libres pasaba casi todo el tiempo en la cabina de teléfono y demasiado a menudo recibía un S.O.S. que implicaba disculparme con mi anfitrión y partir. Recuerdo una ocasión en la que llamé a casa durante un descanso en el teatro y, al oír que un cliente se había puesto ligeramente furioso, salí volando de la cabina hacia un taxi sin ni siquiera despedirme de mi galán.

No podía comportarme como las demás mujeres: la casa era siempre lo primero en mis pensamientos. Y ningún hombre quiere salir con una mujer que no puede tener la cabeza en la cita, que sigue siendo una máquina de negocios incluso cuando no está de servicio aunque esté de un humor aparentemente divertidísimo. Así que decidí que lo mejor que podía hacer es conservarme en frío como soldado de reserva y, mientras fuese madame, «desconectar temporalmente» mi vida personal. Solo tenía veinticuatro años y, como las demás mujeres, quería un hogar y un marido pero esa parte de mi vida debería esperar. No haría nada más que trabajar hasta haber ahorrado suficiente dinero para dejar el prostíbulo y buscarme un hombre decente.

Aquello fue en 1924. Veinte años después seguía siendo madame.

* *En alemán en el original. Significa cómodo, acogedor, íntimo.*

* *Rosa Ponselle, soprano lírica norteamericana.*

* *Holbrook Blinn, actor teatral y cinematográfico de la época del cine mudo.*

* *H. L. Mencken y George Jean Nathan, editores de la revista* The American Mercury.

** *Florence Ziegfield y Earl Carroll, dos famosos productores teatrales de la época.*

Capítulo 3
Vacaciones de pensar

Entre los más jóvenes se piensa que la llamada Era del Jazz *estuvo marcada por un derrumbe de la moral, tanto pública como privada… Es cierto que la entrada en vigor de la prohibición tuvo el efecto, inesperado pero lógico, de convertir la ebriedad pública de una desgracia en una distinción… También es cierto que las operaciones de la banda de Ohio corrompieron al servicio público a los más altos niveles hasta el punto en el que vimos a un antiguo oficial del Gabinete en prisión por aceptar sobornos cuando estaba de servicio, una desgracia que nunca había ocurrido en los Estados Unidos hasta ese momento. Es cierto que la moda acortó las faldas de las damas hasta tales alturas que las tiendas de lencería estaban llenas de bragas que serían admiradas por el público. Cierto es que los novelistas populares comenzaron a escribir de forma explícita los detalles de sus experiencias amorosas que hasta el momento, de forma modesta y obscena, habían indicado mediante una fila de asteriscos… (Pero) el mayor pecado de la* Era del jazz *no fue la ebriedad, ni la lascivia, ni el pillaje, sino una vasta e inmoral irresponsabilidad. El hombre medio se tomó unas vacaciones de pensar.*

GERALD W. JOHNSON. *Incredible Tale*

I

El Año Nuevo de 1925, el tren nacional del dinero fácil comenzaba a rodar y, según se apiñaban más y más pasajeros en su interior, el talante de los tiempos comenzó a revelarse entre el barullo, la extravagancia y el paso apresurado de la vida que caracterizó los Locos Años Veinte. En Manhattan, donde los locales del placer estaban en su apogeo, los garitos ilegales y los teatros, los clubs nocturnos y los burdeles estaban abarrotados de muchachos que tenían pasta y estaban deseando gastarla. Uno de cada dos tipos era un *Champagne* Charlie, o un Jim *Diamante*, o un Bender *El derrochador*, listos para sacar el fajo en artículos tan necesarios como Corona-Coronas, Veuve Cliquot, chucherías Cartier, Cadillacs, yates y damas sofisticadas.

Las famosas catedrales del placer como Rector's, Delmonico's y Reisenweber's habían desaparecido de la escena (cuando América se quedó seca, ellos también) pero los bares clandestinos y los clubs aparecían como setas de la noche a la mañana. Aunque funcionaban

a hurtadillas, casi todo el mundo podía conseguir la contraseña para cualquier oasis de la ciudad, siempre que tuviera pasta en el bolsillo. Había redadas, por supuesto, y se clausuraban locales pero los intentos del gobierno para que se cumpliera la ley solo ponían de manifiesto la futilidad de haber aprobado una ley como esa.

Dos de los agentes más conocidos de la prohibición fueron Izzy Einstein y Moe Smith, cuya costumbre de ir por ahí disfrazados como Tugboat Annie y la Tía de Charlie les permitía espiar y acabar con cientos de antros y destilerías. En cinco años realizaron 4.392 arrestos, de los cuales el noventa y cinco por ciento resultaron en condenas, pero igualmente podrían haber intentado secar el Atlántico con un secante de correos. Nunca el licor había sido tan abundante. De costa a costa la tierra estaba inundada de ron «directamente desembarcado» y la ginebra de bañera y el whisky se añejaban con la aguja eléctrica.

Puesto que la demanda de licor no podía cubrirse de forma legal, el contrabandista se convirtió en una figura familiar en la escena americana. Era el distribuidor local, el intermediario detrás del cual se alzaban los reyes de las bandas, los organizadores y los sicarios (como Al Capone y, en Nueva York, Joe The Boss Masseria y Owney Madden y Dutch Schultz) cuyos secuaces extinguían cualquier intrusión en sus dominios con una ráfaga de balas y que vendía *protección* a cualquiera, desde los dueños de las tiendas de delicatesen del barrio hasta los propietarios de los clubs más lujosos de la ciudad. Los políticos y los predicadores despotricaban continuamente sobre los estragos de los mafiosos pero los sedientos ciudadanos, en lugar de alzarse con la ira de los justos y echar a los contrabandistas, les invitaron directamente a entrar en su salón.

La prohibición contribuyó a destruir los cimientos de la estructura social existente y el drama de los *Locos Años Veinte* fue interpretado por un reparto sorprendentemente heterogéneo. En los lugares de noche populares, veías banqueros y ladrones de cajas fuertes, abogados y saqueadores, publicistas y estafadores, políticos y barones de la cerveza, artistas y corredores de bolsa, estrellas de cine y jockeys, viudas y amancebadas, empresarios de provincias y chulos, miembros de la realeza exiliados y coristas retiradas, playboys millonarios y gigolos sin un centavo, y siempre, por supuesto, notorios visitantes con distintos grados de sofisticación, relevancia y prosperidad. En aquella multitud colorida, bulliciosa y constantemente cambiante, la élite de los Cuatrocientos como tal se perdió entre el gentío y aunque sus hazañas aún eran relatadas por

Maury Paul (alias Cholly Knickerbocker), el verdadero cronista de la corte de la época era Walter Winchell, cuya columna aparecía entonces en el primer tabloide, el neoyorquino *Graphic*.

Inevitablemente, esta mezcla de habitantes del cajón superior, la clase marginal y los bajos fondos dejaron su impresión en el habla y modales del momento y en seguida fue evidente que Emily Post* estaba luchando una batalla perdida. Como dijo un escritor: «Se imita la conducta y lenguaje de los gánsteres y sus novias… los *genial* y los dialectos de patio de prisión y burdel se han convertido en la lingua franca de la sociedad». Era la taberna y no el salón, la que establecía el tono. Y como presidente de los *Maestros de los Rebeldes* no se encontraba ningún secuaz autoproclamado de los Astors y los Vanderbilts, un Harry Lehr o un Ward McAllister, sino el mismísimo *Alcalde de la noche*, el Honorable James J. Walker, que en 1925 sucedió al alcalde Hylan en el consistorio.

Algunas de las tabernas y clubes nocturnos más de moda eran propiedad de gánsteres. Jack *Piernas* Diamond poseía el Hotsy-Totsy, Dutch Schultz el Embassy y Larry Fay, el cerebro de los fraudes de la leche y los taxis, abrió el más famoso de todos ellos, El Fey Club, donde Texas Guinan era estrella y anfitriona. Cuando Texas agitaba el brazo cubierto de pulseras de diamantes, ofrecía aquella sonrisa suya y gritaba «¡Hola, pardillos!» el público tragaba y pedía más a gritos. Tex era una chica a la moda y no dudaba en charlar conmigo de nuestras cosas de vez en cuando. No había diferencia entre su negocio y el mío, dijo Tex en una ocasión, excepto que ella podía poner su nombre en un luminoso. Otra famosa anfitriona era Belle Livingston de The Mansion, a veces conocido como el Fifty-Eight Street Country Club, donde los invitados se gastaban mucho dinero por el privilegio de beber en el suelo, al estilo japonés. Un hombre podría resultar herido, decía Livingston, al caerse del taburete.

Por entonces yo vivía en la Cincuenta y cuatro y en la misma calle, hacia el Este, estaba House of Morgan donde la incomparable Helen hablaba sin parar, encaramada al piano, medio llorando, medio cantando las grandes canciones de amor de los años veinte. *Can't help loving that man*, que siempre se asociará a su nombre, podría haber sido perfectamente el tema central de la vida de Helen. (Recuerdo vívidamente encontrármela una vez completamente borracha y llorando a moco tendido en los aseos de señoras de un garito. Cuando intenté que recobrara la compostura ella gimió: «Estoy enamorada de ese cabrón de la barra y él no me quiere». Me asomé para ver al tipo y debo decir que el epíteto era merecido. ¡Pobre

Helen! Siempre se colaba por algún patán y después intentaba olvidarle dándole a la botella.) El club de Helen nunca fue clandestino. Cuando los chicos de abultadas billeteras salían por la ciudad de parranda siempre encontraban sus puertas abiertas de par en par.

En ocasiones, después de salir de la casa de Morgan los derrochadores encontraban el camino calle arriba hasta la casa de Polly. (El cómico Joe Frisco hacía reír a su público cuando comentaba «En c-c-casa de Polly Adler es el hombre el que p-p-paga, pero en la de Helen M-m-morgan paga todo el m-m-mundo».) O quizá los muchachos se iban hasta Harlem a una de las fiestas en las que los músicos de jazz ayudaban a sus amigos a conseguir el dinero para el mes. Y quizá seguían de juerga hasta que aterrizaban en las manos de *Money*, un pequeño jorobado que era uno de los personajes más conocidos de Harlem. Money llevaba a los blancos en lo que llamaban «tours de los suburbios» que solían terminar en un antro regentado por una muchacha llamada Máquina de Coser Bertha. Les mostraban fotos lascivas como anticipo de la actuación de las mismas imágenes por actores vivos, blancos y de color. Money también proporcionaba porros, cocaína y morfina para que las *clases altas* pudieran experimentar realmente los bajos fondos.

Mirando atrás, después de los aleccionadores años que han pasado, la búsqueda de emociones constante de la autoproclamada *generación perdida*, las insensatas cabriolas de la *ardiente juventud*, el decidido despilfarro, la embriaguez y el golferío de los nuevos ricos, se combinaron para formar una imagen escabrosa de una escandalosa raza de monstruos. Pero la retrospectiva rara vez te ofrece la misma imagen que obtienes cuando estás en el meollo y, más aún, cuando das por sentado el mundo en que vives, al menos eso es lo que creo que hace la mayoría. Sin duda, yo no sabía que había algo inusual en aquellos momentos, no más que me daba cuenta de que las condiciones entonces eran curiosamente apropiadas para promover una profesión como la mía. De hecho, si hubiera tenido que escoger entre toda la historia, difícilmente habría escogido una época mejor en la que ser madame.

En el mundo de los años veinte, tal como yo lo veía, el único pecado imperdonable era ser pobre. Lo que contaba era el dinero, dinero era la palabra mágica. A cualquier lugar que fuera la gente hablaba de formas de ganarlo y gastarlo, vivía según los estándares y en una escala basada en tener mucho, ganándolo con una mano y despilfarrándolo con la otra. Todo el mundo estaba metido en algo,

todo el mundo amontonaba las fichas, no había excusa para *no* tener dinero y, junto con los demás, yo estaba ahí mismo, con mis pies firmemente plantados frente al pesebre.

Tener dinero y pasárselo bien: estos eran los grandes objetivos en la vida y divertirse normalmente incluía tener una aventura. Las estrellas de cine, en concreto Rodolfo Valentino, eran la sensación del momento, pero a mediados de los veinte los líderes de las orquestas también comenzaban a considerarse figuras románticas y, siguiendo la moda, me enamoré de uno.

Mi héroe, a quien llamaré Casey Booth, no era conocido en todo el país como Paul Whiteman, Vincent Lopez y Brooke Johns, pero su banda era muy popular en Nueva York. Cuando le vi por primera vez estaba tocando en el Salamander Club y le conocí, de forma poco romántica, en actitud profesional. Vino a la casa con un grupo de amigos y procedieron a beber hasta caer redondos en la habitación de una de las chicas. Como estaba demasiado tieso para marcharse cuando la noche acabó, lo llevamos a mi habitación y yo tuve que dormir en el sofá de la sala de estar. Siempre aparcaba a los inconscientes en mi cama (en ocasiones llegó a albergar a tres a la vez) porque las chicas necesitaban dormir. Pero en aquel momento yo también lo necesitaba y murmuraba irritada mientras dejábamos al señor Booth entre plumas.

Le llamé alrededor del mediodía siguiente y debió ser bastante sorprendente despertar y encontrarse con mi cara en lugar de la de la chica maravillosa con la que había estado. Le di una dosis de sal de frutas Eno y una taza de café solo y le envié a su casa con su resaca y una advertencia de no volver a emborracharse tanto.

Aquella noche cuando Casey llamó y me pidió que le acompañara a cenar me quedé francamente sorprendida. Había pensado que era del tipo que iba únicamente a por hembras ornamentales. Quizá estaba buscando la novedad, no sé, pero fuera lo que fuera lo que buscaba debió de encontrarlo en mí. Después de aquella primera cita nos vimos cada noche durante semanas. Como Casey trabajaba hasta las cuatro o las cinco de la mañana su horario encajaba perfectamente con el mío y cuando habíamos terminado nuestras respectivas tareas, nos encontrábamos en algún sitio de madrugada, como el Club Durant.

Casey era alto y moreno pero no era guapo, demasiado delgado para serlo. No obstante, tenía cierto porte y cuando paseábamos por

la avenida, tan acicalado como si acabara de salir de una sombrerera, con un aciano en la solapa y balanceando con gracia su bastón, un montón de muñequitas le hacían ojitos. Por qué algunos tipos te vuelven loca y otros te dejan fría es una cuestión para la que, supongo, hay tantas respuestas como mujeres existen. En cualquier caso, cuando estás enamorada no te detienes a analizar la combinación que resulta ganadora. Pero supongo que son los intereses recíprocos y las experiencias que puedes compartir los que, al final, determinan la simpatía y comprensión que das y recibes. Y puesto que nuestras vidas existían en el mismo mundo nocturno de Broadway, era mucho lo que podíamos compartir.

Cuando miro atrás, veo a Casey como encarnación de todas las virtudes y vicios del hombre de mundo de los años veinte. Era generoso, alegre, despreocupado y considerado. Nunca olvidaba cumpleaños o aniversarios de pequeños acontecimientos personales. Era el primero en tomar la cuenta y el primero en reír el chiste. Jamás pasó por alto un vestido nuevo y lo acompañaba de un piropo y si en alguna ocasión, como alguna vez ocurrió, pensaba que el atuendo no me sentaba bien, me lo decía después. Nunca arruinaba el momento en que yo hacía entrada. Tenía lo que pueden llamarse virtudes sencillas, las que son fácilmente reconocibles y agradecidas y hacen que le gustes a la gente y que te gustes a ti mismo. Pero son virtudes que, por extensión, pueden estropearte. Todo el mundo decía que Casey era un príncipe y en Broadway un príncipe es un tipo que paga las bebidas, un alma cándida.

Aunque Casey ganaba un buen dinero tocando en el club y en los teatros, bebía mucho, le gustaba beber en compañía y nunca sabía cuándo acababa la fiesta. Como resultado su salud y su cuenta bancaria recibieron una buena paliza y perdió muchas grandes oportunidades porque no estaba en forma para atraparlas. Intenté hacerle ver que estaba poniendo en peligro su futuro, y todo ¿por qué? ¿por darle coba a unos cuantos gorrones?, pero fue perder el tiempo. «¿Quién quiere vivir para siempre?» era su respuesta para todo ante cualquier sugerencia de que bajara el ritmo.

Según fue significando más y más para mí, me volví ambiciosa con él. Daba fiestas para los peces gordos de la publicidad, esperando conseguir un programa de radio patrocinado para Casey. Pero, invariablemente, él se emborrachaba e insultaba a aquellos que podían hacerle bien. Esto me sacaba de mis casillas. Le acusaba de ser un ingrato, él me decía que regentara mi casa y le dejara a él ocuparse de sus asuntos. Durante varios días tras aquellas peleas

intentábamos no volver a vernos pero él siempre volvía o yo me rendía y le llamaba.

Nuestro romance era la comidilla de Broadway y, sin yo saberlo, Casey sufría muchas pullas por ello. Cada noche, cuando estaba en el atril de la banda algún tipo listo con alguna copa de más pasaba bailando y voceaba: «¡No está mal, Casey, muchacho, no está mal! Te estás sacando una buena pasta aquí moviendo la batuta y ahora nos iremos a tu burdel para gastar algo más». Si perdía los nervios y comenzaba una pelea nos haría daño a ambos y no conseguiría nada así que Casey tenía que quedarse ahí de pie y aguantar. Pero nunca me contó nada. Me lo dijo su manager, David Norris.

Aún estaba fresco en mi cabeza cuando nos encontramos como era habitual en el Club Durant. (Era el lugar dirigido por Lou Clayton, Eddie Jackson y Jimmy Durante, quizá el establecimiento más excéntrico de todos los tiempos.) Me encontraba contándole a Casey lo que Norris me había dicho sobre las pullas que recibía cuando la banda comenzó a tocar la marcha nupcial y hacia nuestra mesa se encaminó un camarero portando una gran tarta de bodas. La presentó con gesto ostentoso y, siguiendo la broma, Casey y yo guiamos a los demás clientes en una gran marcha por el club. Entonces Casey compró champagne y todo el mundo vitoreó y brindó por la «feliz pareja».

Cuando la gente volvió a sus mesas, Casey dijo:

—¿Qué te parece, Polly? ¿Nos casamos?

Pensé que estaba de broma y dije que claro que sí, que en quién había pensado como padrino, ¿John S. Sumner? (Sumner era el guía espiritual de la Sociedad para la Supresión del Vicio.)

—No, en serio. Podríamos ir en coche hasta Greenwich por la mañana. ¿Qué dices?

Francamente, estaba más molesta que halagada. Amaba a Casey más de lo que había amado nunca a nadie pero sabía que nuestro matrimonio era imposible. Y me parecía, tanto si él lo sabía como si no, que contaba conmigo para ser la parte práctica. Él podía atribuirse el gran gesto y dejarme con la ingrata tarea de ser la *realista* e insensible.

—Casey, deja de hablar como un loco —dije—. No puedes casarte con una madame. Piensa en lo que diría la gente.

—¡Al diablo con la gente!

—Ya sabes lo que dicen ahora. ¿Cómo te tomarías las pullas sobre tu *esposa*, Madame Booth, y su casa de putas?

—Deja el negocio entonces.

—Eso no acabaría con las bromas. Incluso si me deshago del burdel aún te etiquetarían como el chulesco director de orquesta que se casó con una madame por su dinero. Así que dejemos esta charla estúpida. Tienes que pensar en tu futuro.

—¡Al diablo con mi futuro!

Perdí los estribos.

—¡Al diablo con esto! ¡Al diablo con lo otro! Esa ha sido tu actitud desde que te conozco. Aunque no fuese una madame me pensaría dos veces casarme contigo. ¿Qué futuro tendría yo, casada con un tipo al que le importa un comino todo excepto darle a la pipa y tener licor suficiente para llevarle de un día de paga al siguiente?

Naturalmente, Casey no disfrutaba de este tipo de charla así que unas palabras llevaron a otras y aún estábamos discutiendo acaloradamente cuando los cansados camareros nos barrieron fuera.

En la acera, allí en la brillante luz del sol con la gente apresurándose hacia sus trabajos, Casey me atrajo hacia él.

—Te quiero —dijo—, pero supongo que eso no es suficiente para ti.

Me apartó y se marchó.

Hasta el momento nuestro romance había seguido el patrón clásico de Hollywood de chico-conoce-chica, chico-pierde-chica. La diferencia es que yo seguí perdida. Oí que Casey estaba en la ciudad buscando venganza, yendo de acá para allá con una mujer detrás de otra mostrándome, supongo, que debía de estar loca por haberle dejado. Pero aunque estaba incluso dispuesta a darle por perdido le echaba mucho de menos y en muchas ocasiones tuve que hacer acopio de fuerzas para evitar llamarle. Cuando iba a salir en la radio, me encerraba en mi habitación para escucharle y cuando Dick, el vocalista de la banda, cantaba *Charmaine* yo lloraba como una colegiala enamorada.

Fue a mi vuelta de vacaciones en Nueva Orleans que volví a ver a Casey. Su manager, Norris, me llamó y me pidió que fuera a verle. Dijo que Casey estaba enfermo y necesitaba ayuda. Me apresuré hasta el Park Central Hotel y le encontré echado y evidentemente enfermo. Norris había dicho que estaba sin blanca. Aún así, su habitación estaba llena de los gorrones habituales (agentes, demostradores de canciones y secuaces) y un flujo constante de camareros y botones saliendo y entrando que les servían bebidas. Pero como estaban empapándose bien y cargándolo todo a la cuenta

de él, nadie pensaba en el anfitrión, allí tendido tosiendo en un pañuelo manchado de sangre.

No perdí el tiempo en echar a aquellas sanguijuelas pero cuando le expresé a Casey mi indignación, me lanzó aquella encantadora sonrisa suya y dijo:

—Bueno, así no tendré que hacer un velatorio. Ya lo he tenido.

Un especialista confirmó que tenía tuberculosis y dijo que debía ingresar inmediatamente en un sanatorio. Recomendó el Saranac Lake y, como Casey era incapaz de viajar solo, fui con él. Algunos de sus supuestos amigos llamó para despedirse y desearle suerte pero la mayoría de los fanfarrones de Tin Pan Alley ni se molestaron; ahora que ya no dirigía una banda ya no les servía de nada.

Cuando llegamos a Saranac, me quedé hasta que estuvo instalado y arreglé con los doctores hacerme cargo de todos los gastos. Casey nunca antes había aceptado mi dinero. Si necesitaba efectivo, lo podía tomar prestado de Arnold Rothstein o algún otro usurero de Broadway. Pero ahora me negué a discutir con él las finanzas. Cada vez que sacaba el tema le decía que se callara y se repusiera. Le visitaba tan frecuentemente como podía y en cuanto estuvo convaleciente sugirió que le trasladaran al N.V.A. donde podría estar con otras gentes del espectáculo.

Le dieron el alta de allí un año después y yo le financié mientras montaba una banda. Estrenó su nuevo atuendo en uno de los clubs de Billy Rose, pero el asedio de la tuberculosis lo había debilitado y tuvo una recaída. Lo que Casey necesitaba era una mujer que quisiera dedicar su vida a cuidarle y finalmente la encontró en Jane H. Estaba profundamente enamorada de Casey y prometió cuidarle hasta que se restableciera. Cuando se recuperó, se casaron y aún siguen juntos.

Así pues mi gran romance tuvo un final feliz después de todo, aunque yo no formara parte de él.

II

En el año 1926 los gánsteres, mafiosos y contrabandistas de la prohibición disfrutaron de sus días más prósperos. A menudo en sus juergas de derroche hacían de mi casa un lugar de reunión pero no porque yo les animara a volver. Demasiadas veces destrozaban no solo la casa, sino mi sistema nervioso.

Uno de estos episodios comenzó con una tranquila llamada de teléfono de un amigo que dirigía un club nocturno. Dijo tener un par de cajas de *champagne* enfriando porque tenía a siete u ocho

personas importantes. Era una buena noticia para mis chicas y para mí. Había sido una noche floja y la perspectiva de una fiesta con peces gordos nos alegró a todas. Pero qué sorpresa me llevé cuando abrí la puerta y me encontré a un grupo de los tipos más duros de la ciudad encabezados por George McManus, Mike Best y Eddie Diamond, hermano del Piernas.

Todos estaban muy borrachos y McManus estaba más ebrio que todos ellos juntos. Había sido uno de los jugadores que me ayudaron a comprar mi primer abrigo de visón y en anteriores visitas se había comportado siempre como un caballero pero aquel día se abrió paso con el hombro sin hablar.

—Hola, George —dije—. Me alegra verde de nuevo.

—¿Quién demonios eres? —farfulló, mirándome sin ver por debajo del ala de su sombrero— No te he visto en mi vida.

—Déjate de bromas —contesté—, soy Polly.

—Ah, ¿eres Polly, no? —Sacó su pistola y la agitó debajo de mi nariz—. Si eres Polly, pruébalo. Ve a mirar por la ventana.

Si obedecía significaba que tendría que darle la espalda. No me moví.

De repente se echó a reír.

—Vale, vale —dijo tambaleándose hacia mí—. Solo quería asustarte un poco.

—Georgie, ¿recuerdas que cuando comencé a regentar la casa solías dejarme que guardara el arma? ¿Qué te parece que me encargue de ella ahora? —dije.

Se quedó pensando, luego dejó la pistola en mi mano con un golpe y se retiró.

Escondí el arma en cesto de la ropa del baño y me apresuré a mezclarme con el resto de alborotadores e intentar controlar las cosas. Cuando entré en la habitación escuché a un personaje conocido como Playful Joe decirle a una de mis chicas:

—¿Por qué trabajas para esta judía cabrona?

—Porque me gusta y es buena con nosotras —contestó la chica.

Al parecer, esta respuesta molestó a Joe porque enseguida se sacó el cinturón y comenzó a pegarla. El cinto tenía una hebilla metálica y la chica gritó cuando se clavó en su carne. Crucé rápidamente la habitación y agarré a Joe por el brazo. Se deshizo de mí y cuando volvió le agarré de nuevo, me dio un empujón que me lanzó contra la pared. Estaba un poco aturdida porque me había golpeado la cabeza con la pared tan fuerte que, como una loca, corrí por toda la sala rogándole a todo el mundo que lo detuvieran, pero se rieron de mí.

La chica estaba llorando y yo no podía soportarlo. Corrí hacia Joe.

–¡Déjala en paz! —grité— ¡No te ha hecho nada! Yo soy la culpable. ¡Yo merezco la paliza por dejaros entrar, panda de holgazanes!

—Me parece bien —dijo Joe—. Puesto que te lo mereces, lo tendrás.

Se giró y el cinturón estalló en mi espalda. La hebilla desgarró el vestido.

Mi amigo del club nocturno intentó intervenir.

—¿Qué pasa con vosotros? —gritó—. ¿Os habéis vuelto unos sádicos?

Dos de ellos se quitaron el cinturón y fueron hacia él que, al verlos venir, salió corriendo del apartamento.

Alguien disparó, creando aún más confusión. La bala hizo añicos las puertas francesas que daban al dormitorio que ocupaban Mike y Catherine y todo el mundo se apresuró a ver si había heridos.

—¡Santo dios, Mike! —dijo alguien—. Lo siento. ¿Estás bien?

(Al diablo con Catherine. Daba igual si estaba viva o muerta.)

Mientras todos se empujaban y daban vueltas por el dormitorio, saqué a las chicas del apartamento, vestidas o sin vestir. Le dije que se escondieran en el apartamento de una amiga al otro lado de la calle y todas salieron deprisa. Esta fue una de las ocasiones en las que recé para que apareciera la policía y esperaba que alguien hubiera informado del disparo.

Cuando la banda volvió, George preguntó por una chica que había conocido años antes en mi casa. Le expliqué que ahora era una estrella de cine y ya no estaba en mi lista.

—Consigue otras, entonces —dijo, con un empujón—. Consigue muchas.

—No puedo. No a estas horas.

—Ok, Polly —dijo—. Entonces dormiremos todos contigo.

—Por encima de mi cadáver —dije, con toda la intención.

—Vale, si eso es lo que quieres, es fácil —dijo uno de ellos tambaleándose sobre mí.

Me tomó por el cuello y comenzó a asfixiarme, riéndose mientras yo me retorcía, daba patadas e intentaba deshacerme de aquellas garras que apretaban mi garganta. Habría gritado pero no tenía aire en los pulmones. De todas formas, nadie me habría oído. Por fin me dejó caer.

—Aún está viva —dijo uno de ellos cuando tomé aire dolorida.

Sabía que era mejor quedarme donde estaba pero la rabia era

tanta que me puse en pie como pude y me quedé ahí, balanceándome, frente a todos ellos.

—Sucias ratas asquerosas —susurré con lo que me quedaba de voz—. Antes no me hubierais hecho esto, cuando estaba empezando, porque os habría dado miedo que llamara a la poli. Pero podéis hacerlo ahora porque sabéis que no os voy a delatar. ¿Sabéis lo que sois, hijos de puta?

Cuando comencé a insultarles uno de ellos me dio bien fuerte. Su puño chocó contra mi sien y caí como si me hubiera partido un rayo.

Aquello acabó con la diversión de la noche. Destrozaron el apartamento, se llevaron setecientos cincuenta dólares y después, mientras se marchaban, algún humorista desenroscó una bombilla y la lanzó a la acera. Hizo un ruido de disparo y al parecer esto les encantó pues salieron riendo alegremente.

Estuve en cama una semana con el rostro hinchado, la garganta dolorida y la espalda hecha un desastre por los latigazos. Pero lo que más enferma me ponía era saber que no había forma de vengarme. No obstante, varios de mis amigos le dieron una reprimenda al que me había enviado al grupo que se justificó diciendo que estaban de mal humor y no quería que destrozaran su local. Le dije amablemente que en el futuro se abstuviera de hacerme favores de ese tipo.

Me devolvieron los setecientos cincuenta dólares a través de un mensajero y escuché que la banda había usado parte de ello en comprar un par de contenedores de sombreros de paja. Después se habían ido a la taberna de la Octava Avenida y se lo pasaron en grande atravesando los *canotiés* a puñetazos. Pensé que era una pena que no los llevaran puestos en ese momento.

Durante mucho tiempo, cada vez que veía a alguno de los bromistas, prácticamente se rompían el cuello para evitar encontrarse con mi mirada. Finalmente, una noche choqué con George McManus y se disculpó por lo ocurrido y me ofreció una gran suma de dinero como compensación. Me dio algo de satisfacción decirle lo que podía hacer con él.

Hubo una curiosa postdata a este episodio con los matones. Varios años después dispararon a Arnold Rothstein en la habitación 349 de Park Central, la habitación de George McManus. Cuando detuvieron a McManus por asesinato recibí una llamada de teléfono de un miembro de la banda, que preguntó si el fiscal del distrito me había mandado llamar. Al parecer una de mis chicas había contado lo

de aquella noche en el apartamento y había dicho que fue George quien disparó a través de las puertas francesas. Si el fiscal del distrito podía probar que George iba por ahí disparando por diversión, fortalecería el caso contra él y mi informante había oído que iban a interrogarme. Puesto que yo era la única que podía confirmar la declaración de George de que me había dado su pistola antes del tiroteo, esto me colocó en una situación resbaladiza. Le aseguré al que me llamaba que mis chicas no hablarían más. Por suerte, nunca me llamaron a declarar y George fue absuelto sin que yo tuviera que testificar.

III

Cuando te instruyes con la gente en lugar de hacerlo con los libros, lo que aprendes está muy determinado por aquello que les interesa. Y así, como la mayoría de mis clientes eran aficionados al deporte, me encontré escuchando muchas cosas sobre las hazañas de Red Grange y Babe Ruth* y otros ídolos de los campos de fútbol y béisbol. Pero estaba más interesada en el boxeo y las carreras, quizá porque no tienes que aprender un montón de vocabulario nuevo para poder conversar sobre ello. El acaudalado dueño de un club de la Liga Americana solía traer a todo su equipo a mi casa cada vez que ganaban los Yankees (no lo suficientemente a menudo para que yo aprendiera algo de béisbol) y mi ignorancia sobre el desarrollo del juego provocaba carcajadas entre los muchachos. Se convirtió en una broma común que si alguno había robado una base en el partido de aquel día yo le invitaba a una bebida porque una vez dije que debía hacer falta ser muy atrevido para robar algo ante un estadio lleno de gente.

Otro ídolo del momento era Toy Bulldog, Mickey Walker, campeón de peso welter hasta 1926 (puesto que engordó demasiado para combatir en esa categoría) cuando le arrebató el título a Tiger Flowers en peso medio. Mickey se pasaba de vez en cuando por mi casa y acabé por cogerle cariño. Aún se lo tengo. No obstante, en su primera visita debía encontrarse confuso sobre los deberes de una madame porque no dejó de insistir en que me fuera a la cama con él. En el grupo que acompañaba a Mickey aquella noche se encontraba uno de sus entrenadores y, llevándome al hombre a un aparte le dije que o bien le explicaba a Mickey que yo no estaba disponible para ese tipo de diversión o bien se llevaba al chico a casa.

El entrenador se indignó mucho.

—Debería sentirse honrada —dijo—. El muchacho es el campeón.

—Bien —contesté—. Es su campeón. Acuéstese usted con él.

Cuando Mickey salía por ciudad solía exagerar mucho. Una vez, él y Swifty Morgan comenzaron la noche con veintiún mil dólares entre ambos, veinte de los cuales Mickey dijo que conservaría. A las seis de la mañana se habían gastado mil pavos y se dirigieron a mi casa. Como yo ya había cerrado, solo les dejé entrar con la condición de que se marcharían después de una copa. En ese momento Swifty le pidió a Mickey los veinte mil, los cuales le tendió debidamente pero pidió unos dólares para el taxi de vuelta. Esto precipitó una larga discusión de borrachos durante la cual me las arreglé para sacarlos del apartamento. Pero no llegaron muy lejos. Uno del séquito de Mickey, que sabía que los chicos iban cargados de pasta, los había estado buscando y los encontró profundamente dormidos apoyados en la boca de riego frente a mi casa. Los veinte mil seguían intactos.

Pero lo que más me gustaba eran las carreras de caballos y cuando comenzó la temporada en Saratoga me decidí a ir. Muchas celebridades neoyorquinas estarían allí y como aún no conseguía lo que quería de la gente del teatro y la alta sociedad, pensé que esta podría ser una oportunidad para apostar por su concurrencia. Así que, combinando negocios y placer, me hice con una casa cerca del hipódromo y en cuanto terminé los preparativos mandé llamar a diez de mis más hermosas chicas.

Teníamos mesa reservada a diario en el club y causábamos sensación cada vez que aparecíamos. Las chicas eran preciosas e iban exquisitamente vestidas y los hombres nos rodeaban en cuanto nos sentábamos. «¿Qué tal está hoy tu cuadra de Rancocas?», preguntaba alguien. La cuadra Rancocas, propiedad de Harry Sinclair, se consideraba la mejor de los purasangres y mis *potrillas* eran las mejores del negocio.

Solo llevaba abierta dos noches cuando la policía rodeó mi casa. Estaba sorprendida. Había pagado un buen fajo por protección a la gente adecuada y estaba segura de que podía funcionar sin problemas. Aquella noche concreta tenía la casa llena y entre los presentes se encontraba Moe Smith, del equipo de Moe e Izzy, los famosos agentes de la prohibición.

El jefe de policía entró a zancadas.

—¿De quién es este sitio? —preguntó.

—No tengo ni idea —dije modestamente.

—Bueno, yo sí —dijo—. Nos las llevamos a comisaría.

Suspiré.

—Coged vuestros sombreros y abrigos, chicas —grité hacia las escaleras—. Nos vamos a dar un paseo.

Justo en ese momento los polis que andaban inspeccionando encontraron al rechoncho agente de la prohibición escondiendo sus curvas tras la puerta del comedor. Moe salió avergonzado y con el jefe de policía se retiraron para tener una pequeña charla. Lo que ocurrió entre ellos no lo sé, pero aquella noche no fuimos a la cárcel y el jefe dijo que podía permanecer abierta durante una semana para recuperar la inversión. Después debía irme de la ciudad.

Una noche de aquella semana tuve un pequeño problema con un invitado que se quejó por el montante de su cuenta. Mis precios eran altos pero eso no era un secreto y no tuve paciencia con él.

—Mire —le dije—, mis precios son los mismos para todo el mundo. Si no le gustan, no venga.

—Soy un honrado ciudadano que paga sus impuestos en esta ciudad —gritó.

—Si es usted tan honrado ¿qué hace aquí?

Aquello le enfureció, dejó su dinero con un golpe diciendo:

—¡Esto le va a salir muy caro!

El canalla fue directo desde mi casa a la policía e informó de que le habían robado seis mil dólares. A la mañana siguiente me mandó llamar el comisario. Le conté exactamente lo que había ocurrido y le di como referencia los nombres de los que controlaban las mayores casas de juego de Saratoga. Sabían que yo funcionaba de forma justa. El comisario me preguntó entonces por qué había abierto mi casa en uno de los distritos residenciales más elegantes de Saratoga. Le contesté honestamente que nunca antes había estado en Saratoga y que no distinguía un vecindario de otro. Solo me interesaba estar cerca del hipódromo. Bien porque le impresionó mi franqueza, o bien por la intervención de Moe Smith, el comisario me dio permiso para quedarme en el mismo lugar hasta el final de la temporada de carreras.

Saratoga era el paraíso para mis chicas. Todas se volvieron locas por los jockeys. No podía controlarlas. Cuando cerraba la casa por la noche, bajaban sigilosas y arrasaban la bodega y después les abrían la puerta a sus amiguitos. Cuando bajaba por la mañana, encontraba jockeys acurrucados por todos los rincones, y también mozos de cuadra. De hecho, no me habría extrañado encontrar hasta los ponis. Me preocupé porque sabía que si los propietarios se enteraban de que sus jinetes estaban de juerga toda la noche en mi casa, probablemente me cerrarían el negocio. Solía echarles la bronca a los

muchachos, advirtiéndoles de que no podían beber toda la noche y hacer una buena carrera al día siguiente. Pero nadie me prestaba la más mínima atención. Las chicas pensaban que los jockeys eran muy monos. Los jockeys pensaban que las chicas eran imponentes. Y tampoco estaba mal el licor gratis.

Kid Speed, uno de los mejores jinetes del Coronel Bradley, pasaba todo su tiempo de aquí para allá con una de mis chicas, muy hermosa, llamada Lila. Una noche lo acorralé e intenté hacerle entrar en razón.

—Kid —le dije—, estás en lo más alto de tu carrera, tienes la oportunidad de ser el jockey de la temporada pero estos episodios de borrachera nocturna van a arruinarte. Y Lila tampoco te está ayudando. Sé listo y déjala en paz.

—Y una mierda —contestó—. Esta noche me la llevo de aquí.

Me encogí de hombros.

—Como quieras. Pero no volváis por aquí, ninguno de los dos.

Poco después Bradley le suspendió y he sabido que se convirtió en borracho habitual. Vi una vez a Lila, años después. Yo volvía del Madison Square Garden donde había habido carreras ciclistas y vi a una criatura de aspecto grotesco con un vestido negro que le sentaba fatal, medias blancas, mucho maquillaje y una pelambrera pelirroja por la Octava Avenida. Le hice notar a mi acompañante su penoso aspecto y después me paré en seco al darme cuenta de que era Lila. Estaba tan estupefacta que lo único que se me ocurrió decirle fue: «Lila, arréglate esos dientes». Se tapó la boca con la mano y escapó corriendo mientras yo me quedé ahí de pie como una estúpida. Cuando quise reaccionar y comencé a correr tras ella ya había desaparecido en la noche.

Al final, las chicas se desmadraron tanto que tuve que mandarlas de vuelta a Nueva York con Lion y convertí mi establecimiento en un bar clandestino. Era igual de rentable que el burdel y al final de la temporada, como dicen los jugadores, «gané», es decir, que salió lo comido por lo servido. Aunque solía terminar primera en las carreras, en las visitas de cortesía a las casas de juego escogí los números equivocados en la ruleta y mis tiradas no fueron muy buenas a los dados, especialmente cuando mis puntos de salida eran un diez o un cuatro y tenía apuestas adicionales que no salían bien. Pero en mi juego más importante tuve éxito. Al menos conocí a la clientela que estaba buscando, mi agenda estaba repleta de nuevos nombres y sabía que Saratoga sería rentable cuando regresara a Nueva York.

IV

Mi siguiente establecimiento iba a convertirse en un lugar de encuentro para celebridades y miembros de la clase alta, pero al principio parecía que despegásemos hacia la inactividad. El edificio de la Cincuenta y nueve con Madison al que me había mudado era muy viejo. Los suelos crujían a cada paso y las paredes eran tan delgadas que el timbre del teléfono podía escucharse a través de tres puertas. Así que, preocupada porque el resto de inquilinos pudiera quejarse, tomé la precaución de colocar doble moqueta y de sofocar el sonido del teléfono con algodón.

Poco después de abrir el negocio hubo un importante combate en el Garden, lo que significaba una gran noche para nosotras. Las chicas se arreglaron y nos sentamos alrededor de la radio para escuchar la pelea y matar el tiempo hasta que llegaran los invitados. Pero pasaron las horas y para nuestro desaliento el teléfono no sonó ni una sola vez. Finalmente, a las cinco de la mañana decidimos dar por terminada la noche y nos fuimos tristes a la cama.

Al día siguiente me encontré con un amigo en Reuben's, que entonces estaba en Madison, justo bajando la calle.

—Polly —dijo mi amigo— ¿Dónde demonios estuviste anoche? Waxey Gordon tuvo una gran noche en la pelea y estaba decidido a dar una fiesta con champagne en tu casa. Intentamos contactar contigo una docena de veces pero no lo conseguimos. Te perdiste unos mil o más.

Volví corriendo al apartamento chirriando los dientes por el camino y al comprobar el teléfono vimos que habíamos hecho tan buen trabajo al sofocarlo que habíamos silenciado el timbre por completo. Mientras seguía dándole vueltas a esto, una de las chicas llegó con la noticia de que todas mis medidas preventivas habían sido innecesarias. El resto de inquilinos del edificio solo tenían espacios de oficina y por la noche no había un alma a la que molestar.

Así que quitamos el algodón del teléfono y dejamos que sonara como loco, lo que, para mi alivio, hizo casi sin descanso. No obstante, la comedia de las equivocaciones aún no había terminado. Aún me quedaban por aprender un par de cosas sobre mi nueva y aristocrática clientela: en primer lugar, a reconocerlos al verlos.

Una noche, tarde, un tal señor Tom H. y un tal señor O. S. se presentaron sin avisar. Ahora sabía sus nombres (¿quién no lo haría?) aunque solo a través de la lectura de la columna de Cholly

Knickerbocker y no podía creerme que mi fama se hubiera extendido hasta tan eminentes barrios. Suponiendo que era un timo de algún tipo, probablemente un truco policial para conseguir entrar, envié a las chicas a la parte de atrás antes de abrirle la puerta a mis visitantes, ambos ataviados con sombreros de copa y fracs.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? —pregunté nerviosa.

Rieron con cierta vergüenza.

—Charlie Mullens nos dijo que aquí podríamos encontrar chicas guapas.

—Les han informado mal —dije muy seria—. Pueden ver ustedes mismos que aquí no hay nadie.

Miraron el apartamento. Todo estaba tan tranquilo que dudaron.

—¿No es usted Polly Adler?

—Soy la señorita Pearl Davis —contesté dando uno de mis alias—. Debo pedirles que se vayan.

Los dos hombres se marcharon algo desanimados. Aún pensando que eran policías disfrazados (debería haberme dado cuenta, ¡sombreros de copa y frac!), sonreí con suficiencia, satisfecha con la forma en la que había manejado la situación.

Charlie Mullens tenía un bar clandestino a una manzana de allí así que decidí pasarme y hacer comprobaciones sobre los visitantes. Además, tenía curiosidad por ver el local de Charlie. Estaba situado en una mansión que bien podría pertenecer a un millonario, de hecho probablemente así fue en algún momento, y me habían dicho que tenías que salir en el *Quién es Quién* para poder entrar. Tras tocar el timbre esperé mientras me escudriñaban a través de un reflector de espejo; después la puerta se abrió y me acompañaron hasta un gran vestíbulo. Pedí ver al señor Mullens y me llevaron escaleras arriba a su despacho privado que, como el resto de la casa, estaba bien amueblado y con gusto.

Charlie, a quien conocía por primera vez, era alto y distinguido y el gris de sus sienes le hacía parecer más un banquero o un embajador que el engrandecido guardián de una taberna. Pero a pesar de su imponente presencia y toda la grandeza que lo rodeaba no me sentí intimidada. Estábamos en el mismo equipo. Él también estaba quebrantando la ley, también vivía con miedo a los polis y debía satisfacer los caprichos de una clientela diferente.

Su cordial saludo me calmó por completo y pronto estábamos charlando como viejos amigos. Finalmente, recordando el propósito de mi visita, le hablé de los dos farsantes que habían utilizado su nombre.

—Pero ese *era* Tom H —dijo—. Ese *era* O. S.

—¿Me estás diciendo que eran ellos de verdad?

Ante mi sorpresa Charlie rompió a carcajadas.

—En carne y hueso.

—¡Dame una pistola y deja que me pegue un tiro! ¡Cómo he podido ser tan estúpida! Imagínate, yo, Polly Adler, echando a patadas a dos peces gordos. ¡Nunca lo superaré!

Charlie me explicó que los dos muchachos frecuentaban su local con el conocimiento y aprobación de sus padres, que sabían que estaba estrictamente reservado para las clases altas. Todos los chavales le llamaban *Papá* y a menudo le contaban sus problemas. Y debido a mi reputación por regentar una casa limpia, dijo Charlie, le gustaría enviarme más de sus jóvenes clientes. Sabía que sería mucho más seguro que si recogían chicas por las calles. Le di un código para que lo usara cuando me llamara por teléfono y, desde entonces, gracias a Charlie, entretuve a muchos jóvenes de Harvard, Yale, Cornell y otras universidades de la Liga Ivy.

En contra de los rumores que había escuchado sobre sus comportamientos en los establecimientos de mis competidores, siempre se comportaron muy bien. La única ocasión en la que fueron un poco rebeldes fue durante la temporada de futbol. Pero a diferencia de la competencia yo tenía reglas estrictas para los más jóvenes. Nadie podía beber más de dos copas y en ningún momento permitiría conversaciones de mal gusto o la práctica de sexo antinatural por parte de ninguna de mis chicas.

Les tomé cariño a estos muchachos que me apodaron *Amiga Polly* y pronto comenzaron a pedirme consejo como hacían con Charlie. Probablemente esto se debiera a que sus padres estaban demasiado ocupados casándose y divorciándose, o viajando por ahí, para estar cerca de sus hijos. En la mayoría de los casos los chicos habían sido criados por niñeras y sirvientes que se portaban bien con ellos pero con los que les avergonzaba discutir sus problemas íntimos. Por eso, estos pobres niños ricos les pedían ayuda al propietario de un bar clandestino y a una madame.

Gracias a los contactos que hice en Saratoga ahora me encontraba en situación de eliminar a muchos indeseables y fui restringiendo mi clientela cada vez más a las esferas superiores de la vida social, financiera, literaria y teatral. Como resultado, mi casa comenzó a tener la atmósfera especial que la haría única entre los burdeles

contemporáneos. Se convirtió en lugar de reunión de intelectuales y magnates de los negocios y hombres con altos puestos en el gobierno, así como vividores y vástagos de riquezas heredadas.

Estudiando a esta gente, aprendiendo sus gustos y antipatías, escuchándoles y observándoles, me encontré absorbiendo todo tipo de información nueva y fascinante. No era algo estructurado, más bien caótico, pero comenzaba a acumular una pequeña pila de conocimientos sobre música, literatura, arte e historia. Y empecé a ver los destellos de otra *Goldine Madina* que quizá algún día exploraría. Una cosa tenía clara: nunca iba a dejar de tener cosas que aprender. Ni siquiera sabía el significado de muchas de las palabras que ahora oía (¡y utilizaba!) y también es probable que aún no supiera cómo buscarlas en un diccionario. No me habría dejado tiempo para dirigir la casa. Pero sabía que mi uso y mal uso de las nuevas palabras que aprendía divertía a mis clientes y muchos de ellos respetaban mis ansias de conocimiento.

Al menos, podía mantener mis propias discusiones sobre las noticias del día puesto que a mediados de los años veinte las grandes historias no eran de las que exigían demasiado del intelecto (a menos que fueras miembro de una comisión nacional de la locura). Fue en esta «época de maravilloso sinsentido» que un acaudalado agente inmobiliario llamado Edward F. Browning puso un anuncio en el *Herald Tribune* anunciando su intención de adoptar una «bonita y refinada chica de catorce años» y las consiguientes pruebas y tribulaciones de *Papi*, Mary Louise Spas (quien resultó tener veintiuno, así que fue rechazada) y *Peaches* (cuya candidatura ganadora fue anunciada apropiadamente el 1 de abril*) se mantuvieron en los titulares durante meses.

También en 1926 hubo tales ocurrencias publicitarias como la fiesta de la bañera de Earl Carroll en la que Miss Joyce Hawley se metía en una bañera llena de *champagne* y el anfitrión daba geniales instrucciones a los cientos de invitados que deseaban acudir a sus abluciones que «la fila se hacía hacia la derecha». Esto fue bueno para Dios sabe cuántas toneladas de periódicos ya que la fiesta era en honor de la condesa de Cathcart (que había estado detenida en Ellis Island con cargos por bajeza moral; había estado vagando por África con el conde de Craven) y puesto que Earl Carroll fue posteriormente acusado de perjurio (afirmó bajo juramento que el vino era agua). También había alegres hazañas en la Costa Oeste, donde Aimee Semple McPherson, la afamada evangelista, fue aparentemente raptada en la playa de Santa Mónica, pero apareció en Mexicali un

par de semanas después con el más cinematográfico de los relatos sobre secuestros. A pesar de que hubo declaraciones que la situaban en Carmel con un acompañante masculino, sus fieles seguidores sostenían tenazmente que había «pasado diecisiete días caminando sobre las aguas». De este modo corrieron ríos de tinta durante el desenmarañamiento de los distintos ovillos.

En ausencia de historias sensacionales como estas había grandes eventos deportivos como la primera pelea Dempsey-Tunney en Filadelfia donde se celebraba el sesquicentenario (*sesquicentenario* era una de mis nuevas palabras). Y por supuesto, el viaje triunfal de la reina María* alimentó durante meses los titulares. De hecho, siempre pensé que la recepción de la reina en Nueva York fue uno de los mayores éxitos del alcalde Walker. Fue sin duda todo un tributo cuando Su Majestad y el Excelentísimo subieron Broadway en el desfile de bienvenida y uno de los espectadores gritó: «¿Qué pasa Jimmy? ¿Todavía no te la has tirado?». Así que ya ven que los temas candentes estaban dentro de mi especialidad. (Por supuesto, en Alemania Hitler estaba escribiendo *Mein Kampf*, Stalin había sucedido a Lenin en Rusia y los camisas negras de Mussolini oscurecían el paisaje italiano pero esto salía en las páginas traseras, si es que llegaba a los periódicos.)

Aparte de la satisfacción personal derivada de cultivar mi intelecto, ser capaz de conversar de forma inteligente con mis clientes era bueno para el negocio ya que ayudaba a promover la venta de bebidas. Mis nuevos clientes no siempre venían a mi casa por sexo. La casa de Polly también era un lugar para encontrarse con los amigos, jugar a las cartas, organizar una fiesta, matar el tiempo… Una combinación de club y bar clandestino con un harén convenientemente a mano. Muchos grandes tratos empresariales se cerraron en mi bar frente a un escocés con soda. Los hombres traían a menudo posibles clientes cuando les estaba costando conseguir una venta pues se sabía que mi rama de la hospitalidad los suavizada cuando todo lo demás había fallado. De hecho, gran número de importantes ejecutivos buscaban mi consejo de forma regular sobre cómo recibir a los visitantes importantes y esto no implicaba necesariamente cómo entretenerlos en mi casa. Confiaban en mí porque sabía que solía acertar calando rápidamente a los hombres y averiguando qué les iba a gustar.

También me consideraban experta en relaciones humanas y a menudo representaba el papel de la *Señora Anthony* para aquellos que querían mi consejo sobre problemas domésticos íntimos,

cuestiones con las que eran demasiado orgullosos o tímidos para tratarlas con sus mejores amigos. Sabían que podían contar con mi discreción y sinceridad y agradecían mucho una opinión impersonal. Más de una vez fui clave para evitar un caso de divorcio conflictivo y siempre, creo, los hombres se sentían mejor después de airear sus dificultades.

Mis mejores amigos entre mis clientes de esa época eran un escritor y un magnate de las cadenas de almacenes, miembro de una de las *sesenta familias*. El señor Cadena-de-Almacenes solía dejarse caer a cualquier hora para tomar una copa de vino y contarme sus cuitas, de las cuales tenía más que cualquiera a quien yo haya escuchado. También tenía más millones que pepinillos tiene Heinz pero constantemente recalcaba que el dinero no le daba la felicidad. (No obstante, no creo que tuviera nada en contra de ser rico.) A veces era aburrido escucharle quejarse constantemente por nada pero tenía un buen sentido del humor y era generoso. Si una de mis chicas entraba en el salón para ver si había posibilidad de que él se fuera con ella, él siempre se levantaba, se inclinaba cortésmente y le daba un billete de cien dólares. Sólo venía por la conversación, quizá por eso estaba siempre tan abatido.

Pero Bob, el escritor, era otra historia. En lugar de contarte sus problemas te instaba a contarle los tuyos. Lion adoraba la tierra que él pisaba. Siempre sabías cuándo estaba en la casa solo por el aumento en la intensidad de su sonrisa y nunca dejaba que otra criada le sirviese.

A menudo Bob llegaba y preguntaba si tenía una habitación libre, una vacía. Decía que necesitaba una noche de buen dormir antes de ponerse con un artículo para una revista. En ocasiones, cuando tenía que cumplir una entrega se quedaba ahí escribiendo. Decía que los mejores artículos se escribían en mi ambiente hogareño.

—El Waldorf no está a tu altura en lo que se refiere al servicio, Polly —me decía—. Lion siempre tiene mi traje planchado y camisa, calcetines y ropa interior limpias. ¡Menudo ayuda de cámara! Si incluso tiene mano con la cuchilla. Y luego está esa sonrisa en el desayuno, ¡ilumina la habitación como el sol!

Sin duda Bob iluminaba mi vida como el sol y soleada era su naturaleza. De todos los amigos que he hecho durante mi vida como madame creo que su amistad fue la que más valoré de todas. Nunca he conocido a un hombre mejor.

Bob siempre estaba pinchándome para que le contara alguna de las experiencias divertidas que había tenido en el negocio y una de

sus historias favoritas estaba relacionada con una broma inspirada por la visita de la reina María y la consiguiente manía por «estrecharle la mano a la realeza».

Una noche tres de mis clientes de la alta sociedad vinieron a tomar cócteles y mencionaron que esperaban a unos amigos de San Francisco. Aparentemente a ninguno de ellos les entusiasmaba aquella visita y estaban aburridos solo de pensar en tener que entretenerlos.

—Es una de esas combinaciones terribles —dijo Charlie—, sabes a lo que me refiero, Polly. La esposa tiene un montón de dinero y el marido solo es guapo.

—Y para empeorarlo aún más —continuó Bill— son unos trepas de lo peor. Si les oyes hablar parece que la visita de la reina María sea el Segundo Advenimiento.

Les pregunté si sus amigos habían conocido a la reina y esto le dio una idea a Charlie.

—¿Por qué no hacerles felices? —dijo—. Aunque no podamos tener a la reina no hay razón para que no puedan conocer a su queridísima amiga y anterior dama de compañía, la baronesa von Wiener —Me miró—. ¿Qué le parece, baronesa? ¿Nos honrarán usted y un par de sus sobrinas con su presencia en la cena?

Así es como unos días después, me encontré siendo reverenciada por los muy asombrados e impresionados señor y señora Climber de San Francisco. Como no era un hombre de hacer las cosas a medias, Charlie había ensayado conmigo y las chicas el día anterior, había supervisado nuestros atuendos y enseñado a mis dos *sobrinas* a hablar con acento centroeuropeo. Y hubo una orquesta, se colocaron tarjetas colocadas en la mesa con pequeñas coronas, caviar y *champagne*, todo a lo grande.

Mientras nos servían los cócteles hablé sobre mi castillo sobre el Rin y mi villa en la Costa Azul, dejé caer apáticas referencias a una reciente cena en Buckingham Palace («solo estaba la familia») y, según se me iba subiendo la bebida, accedí graciosamente a contestar muchas preguntas sobre la vida privada y hábitos personales de la realeza. Charlie y Bill prometieron estar atentos en caso de que metiera la pata, pero pronto estaban riéndose tanto que temí que descubrieran el juego. Sin embargo, todo fue bien hasta que se anunció la cena y fui acompañada hasta mi lugar de honor mientras la orquesta tocaba lo que Charlie declaraba ser el himno nacional de Rumanía.

Cuando el champagne comenzó a descorcharse las chicas cada

vez reían más. Pero se ciñeron a sus acentos y hubo tantos *tzis* y *tzas* que aquello parecía más una colmena que una conversación. Finalmente, durante un respiro entre platos, Nellie (una de mis *sobrinas*) se puso en pie, con un ligero hipo y dijo:

—Tía querida, dónde etztá el ¿cómo tze dice?, atzeo de damatz, la toilet?

La señora Climber me miró horrorizada y yo me quedé en blanco. Rápidamente Bill se levantó y le mostró a Nellie el camino hacia el baño de arriba.

A su regreso, la cena continuó y la señora Climber hablaba hacia el otro lado de la mesa cuando de repente se calló, con una expresión congelada en su rostro. Me giré para mirar, como hizo todo el mundo, e incluso yo tuve que mirar dos veces. Allí estaba Nellie, desnuda como dios la trajo al mundo. Por un momento todo estuvo tan en silencio que se podía oír cómo se desencajaban las mandíbulas y después, aparentemente sintiendo que era necesaria alguna explicación, *Mademoiselle* Nellie habló.

—Me he hecho pis en el vestido —dijo muy informativa—. El mayordomo lo está secando.

Por supuesto ya no hubo nada que decir después de aquello, al menos no con acento. Pero para mi sorpresa la señora Climber era mucho más legal que su marido. Él estuvo a punto de irse con un resoplido pero ella insistió en quedarse.

—He bebido lo suficiente para disfrutar este tipo de cosas —declaró–. Ahora si esa baronesa farsante se baja de su caballo y admite quién es quizá la fiesta pueda continuar.

Así que le dije que podía llamarme simplemente madame.

V

Hasta 1927 mi publicidad había consistido principalmente en lo que la gente de teatro llamaba *el boca a boca* pero el veintidós de julio de aquel año, aterricé en los titulares de forma inequívoca. El veintiuno de julio era la cita de la pelea Dempsy-Shakey y a consecuencia de ello llegó mi primera gran redada. No hace falta decir que ya me había ocurrido antes pero esta fue una de cuatro estrellas, una redada al completo en magnífico tecnicolor.

Después del combate un caballero muy prominente que había apostado por la victoria de Dempsey por k.o. en el séptimo asalto y había ganado setenta mil dólares, trajo a un grupo de amigos a celebrarlo a casa. La juerga se estaba celebrando por todo lo alto, con

corchos despegando por todos lados, el *champagne* bebiéndose en zapatos y otros receptáculos aún más exóticos, chicas con guirnaldas de rosas saliendo de tartas (al menos así es como un caballero literario que conocía solía contarlo) cuando: bam, bam, bam, los toros entraron con estruendo y nos tocaron el silbato. El amigo que había ganado los setenta mil le hizo un gesto a los oficiales de arresto (uno de los cuales después fue encarcelado durante la investigación Seabury) y les ofreció dos mil dólares si se iban por donde habían venido cerrando la puerta tras ellos. Pero los muchachos no aceptaban nada esa noche lo que significó que siete de las chicas y yo fuimos arrastradas y metidas en el furgón.

No obstante, ni siquiera la Bastilla podría habernos retenido aquella noche. Nuestros clientes pagaron la fianza casi antes de que nos ficharan y cuando salimos de la comisaría una gran ola de vítores surgió de varios coches cargados de caballeros que esperaban en la acera para acompañarnos a casa. Seguimos con la fiesta hasta las nueve del día siguiente, hora a la que debíamos comparecer en el juzgado.

Nuestra entrada causó un gran revuelo entre los oficiales del juzgado pues ahí estaban mis chicas, altas y hermosas, deslizándose por el pasillo como cisnes sobre un espejado lago, conmigo detrás de ellas como el pato Donald.

Un miembro del personal del fiscal del distrito sonreía de oreja a oreja.

—Baja tus precios, Polly, y todos los hombres de aquí serán tus clientes —dijo.

El caso fue desestimado aquella misma mañana.

La victoria de Dempsey sobre Sharkey fue solo el preludio de uno de los combates más sensacionales de la historia, su revancha con Tunney que tuvo lugar en el Soldier Field de Chicago y que consiguió una recaudación de dos millones seiscientos cincuenta mil dólares, la mayor de la historia. Aunque yo no era una gran aficionada al boxeo, vi este combate y como aposté cinco pavos (un montón) por Dempsey, grité como una loca cuando Tunney cayó en aquella histórica cuenta atrás. Pero grité igual cuando Tunney fue proclamado ganador. Estaba de vacaciones y realmente no me importaba quien ganara mientras que ganara alguien.

Más memorable que el combate (al menos para mí) fue la fiesta que dio Al Capone en el hotel Metropole. Duró toda una semana

durante la cual el *champagne* y cualquier otro tipo de licor fluyeron como el Niágara. Capone era sin duda un gran anfitrión, Lúculo y aquellos viejos romanos podrían aprender de él, y sus invitados, entre los que se encontraban gente de la ley, políticos y mafiosos de todo el país, sacaron provecho de su profusa generosidad.

Sé que la sociedad condena a Al Capone. Pero yo tengo la costumbre de juzgar a las personas por su trato conmigo y en las ocasiones en las que me encontré con Al siempre fue muy agradable. Le conocí a principios de los años veinte. Nos presentó Francesco Castaglia quien, unos veinte años después, causaría un gran revuelo en televisión con el nombre de Frank Costello.

* *Emily Post, escritora de libros sobre etiqueta.*
* *Harold Edward* Red *Grange fue un jugador de fútbol americano profesional. George Herman Ruth, más conocido como Babe Ruth, fue uno de los jugadores profesionales de béisbol de Grandes Ligas de mayor talento y más populares de la historia.*
* *El 1 de abril es el* April Fools Day*, equivalente al Día de los Inocentes.*
* *María de Sajonia-Coburgo-Gotha, reina consorte de Rumanía.*

Capítulo 4
Cuestión de suerte, supongo

Es bastante difícil probar que una chica de un pueblo manufacturero que acaba en un burdel de la ciudad no sabe perfectamente de qué va la cosa y no es, en cierta medida, cómplice de su propia deshonra. Del mismo modo, se ha demostrado ampliamente que lo que mantiene a una chica en esa vida es, por norma, o una deuda o enfermedad o falta de vitalidad o la simple debilidad de voluntad para hacer otra cosa. Rara vez, si es que ocurre, está retenida por verdaderos barrotes de hierro en la ventana o grilletes clavados al suelo. Las esclavas blancas *son esclavizadas en la misma medida por ellas mismas y su propia pobreza y neurosis así como por las madames, proxenetas y chulos.*

ERNEST JEROME HOPKINS. *Artículo en el New York Mirror*

I

Antes o después todo el que venía a mi casa me preguntaba sobre la vida diaria de mis chicas. «¿Qué hacen? ¿Alguna vez leen? ¿Qué tal se llevan? ¿Hay alguna adicta? ¿Alguna lesbiana? ¿Qué hacen con el dinero?» y cosas así. Normalmente, a menos que el interrogador fuese un amigo personal, yo guiñaba un ojo y contestaba: «Esos son los secretos de una casa de putas». No pensaba que fuese asunto suyo y me molestaba la suposición de que las chicas fuesen de otra raza, como los ubangis o los hotentotes. Muchos de mis clientes parecían no darse cuenta de que una prostituta es un producto de nuestra llamada cultura como lo es un profesor de universidad o un limpiabotas y, al igual que para ellos, su elección laboral estaba dictada por factores ambientales y de personalidad. Ninguna mujer nace puta y cualquier mujer puede convertirse en una. Pero incluso alguno de los hombres más leídos no consiguieron apreciar lo que Kipling quiso decir cuando escribió que la mujer del Coronel y Judy O'Grady son hermanas[*].

Esta curiosidad sobre las chicas y lo que ocurre entre bastidores no se limita a los clientes de los burdeles. Es universal e inmemorial. La literatura de todos los países rebosa de novelas, relatos y piezas teatrales sobre la prostitución y la prostituta es un personaje que ha fascinado tanto a los hombres con más nobles mentes, los gigantes de las letras, como al escritorzuelo y al pornógrafo. Pero los grandes retratos vivientes de la galería de mujeres caídas, las Nanas, las Sonyas y las Sadies Thompson, son tan escasas como los Zolas,

Dostoyevskis y Maughams que las crearon. La sorprendente proporción de escritos sobre este tema, tanto en ficción como en lo que pretende ser factual, es vulgarmente sensacionalista o está distorsionado por los prejuicios o mal informado, y a menudo las tres cosas a la vez. En este tipo de escritos la prostituta aparece en dos modelos estándar. O bien se presenta como descarada libertina que llega a este mundo ataviada con ligas orladas de plumas de marabú, medias de seda negra y mirada lasciva (el corazón de oro es opcional), o bien como víctima inocente, una niña en medio del bosque, seducida y abandonada por un timador urbanita, o quizá raptada por un tratante de blancas de camino a su ensayo del coro. Y, dependiendo de la categoría a la que pertenezca, su vida, cuando no hay nadie en el salón, parece consistir únicamente en a) sentarse por ahí con un kimono sucio bebiendo ginebra o b) llorar y lamentarse y golpear la puerta con los puños hasta que alguien le hace callar con un golpe en las costillas.

Ahora bien, como todos los estereotipos, están basados en cierta medida en hechos. Ha habido y hay prostitutas que son desaliñadas y dipsómanas al igual que ha habido y puede seguir habiendo (aunque lo dudo mucho) casos de muchachas inocentes atraídas hasta los burdeles y encerradas allí. Sin duda es cierto que muchas chicas son forzadas a ejercer el oficio en los lugares más degradantes en condiciones ruinosas tanto para su salud física como mental. Pero al igual que el propietario de la tienda de ropa de la Quinta Avenida opera en un nivel completamente distinto al del vendedor ambulante del Lower East Side, así el tipo de burdel que yo regentaba se comparaba con el burdel ordinario. Lejos de tener que atraer a las chicas hasta allí, tenía que rechazar a treinta o cuarenta por cada una que podía alojar.

La rutina diaria en mi casa variaba solo si algún cliente indulgente lo tomaba por una fiesta sin fin. Nuestra *jornada de trabajo* era, por supuesto, nocturna y una vez terminaba las chicas solían dar un largo paseo y después desayunar antes de retirarse. El desayuno era una comida sustanciosa y siempre incluía gofres o tortitas y salchichas o beicon y huevos. Era el único momento en el que estábamos todas juntas y la conversación consistía en lo que podría denominarse *charla de tiendas*. Las chicas contaban sus experiencias con los hombres a los que habían recibido aquella noche y comparaban notas sobre las extravagancias de sus clientes. A veces los episodios relatados nos parecían muy graciosos y todas reíamos alto y fuerte, quizá debido a que ya había pasado la tensión de la noche y era un

alivio relajarse. Pero en muchas ocasiones las historias eran cualquier cosa menos divertidas y entonces las chicas bostezaban y miraban sus platos, compasivas pero sin querer realmente escuchar y recordar experiencias humillantes o dolorosas que ellas mismas habían vivido.

Durante el desayuno yo estaba ocupada observando y corrigiendo los modales en la mesa de las chicas. A esa hora del día casi podía parecer que dirigiera una escuela de buenos modales pues consideraba indispensable formar a mis chicas para que cuando un hombre las llevara a cenar no le avergonzaran o desilusionaran con modales torpes o poco atractivos en la mesa. Por ejemplo, una de mis chicas tenía la costumbre de tomar una rebanada de pan, colocarla sobre la palma de la mano para extender la mantequilla y después doblarla y metérsela en la boca. La reñía constantemente por ello y finalmente las lecciones de etiqueta debieron de surtir efecto. Me contó que una vez, cenando en un hotel muy pijo, comenzó a darle el tratamiento habitual a un trozo de pan y le pareció oír mi voz al oído: «¡Millie! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? *¡No dobles el pan!*» y aquello la sorprendió tanto que dejó caer la rebanada como una tortita caliente.

No obstante, alguna de las chicas, la Duquesa por ejemplo, tenía unos modales exquisitos. La Duquesa nunca hablaba mucho de sus comienzos, pero era evidente que tenía una buena educación y hablaba varios idiomas. Era una rubia alta y esbelta con recta nariz aristocrática (sobre la que lucía unos quevedos) y actitud arrogante. Cuando llegó a mí por primera vez la acepté solo porque estaba sin blanca pues, aunque había trabajado anteriormente en un burdel de la Costa Oeste, no creía que esta joven seria y de aspecto correcto tuviera algún atractivo para mis clientes. ¡Qué equivocada estaba! A medida que la fueron conociendo y dejaron de sentirse intimidados por su aire regio, la Duquesa se hizo enormemente popular.

A pesar de su actitud altiva, era una de las pocas chicas que he conocido que realmente amaba su trabajo con la devoción de una ninfómana. A las cinco y media de la mañana, después de haber acabado sus tareas de la noche, la veía arreglarse para salir.

—¿A dónde vas? —preguntaba.

—¿A dónde crees? —contestaba—. A conseguirme algo de sexo.

Pero la Duquesa era un caso extremo. En la otra punta se encontraban las chicas que odiaban su trabajo, cada instante de él y que, mientras prodigaban sonrisas a sus clientes, los detestaban por completo.

Después del desayuno las chicas hacían planes para el día. Yo me

maravillaba de que insistieran en esto cuando, día tras día, los planes quedaban en nada porque la mayoría de ellas dormía hasta la hora de la cena. Ocasionalmente, una cita temprana significaba que una chica tenía que recibir a un caballero casi sin tiempo para quitarse las legañas y su cena se posponía hasta que quedaba libre, rara vez antes de la medianoche. Cuando por fin se sentaba a la mesa se servía una cena saludable pero no sofisticada, normalmente sin postre pues debían cuidar la figura.

La cocinera estaba completamente a cargo de la cocina, planificaba los menús, compraba provisiones y preparaba las comidas a su estilo. La única vez en la que yo podía sugerir un menú era a petición de un cliente que daba una fiesta privada. Si no, era independiente y las chicas tenían prohibido interferir de algún modo en su horario. Sin embargo, como ocurría cada tanto, si una chica pedía su plato favorito, ella siempre la complacía.

Las muchachas eran liberales con las criadas aunque a veces sus propinas eran más bien sobornos para que no me contaran ciertas cosas que habían hecho. Por ejemplo, si un hombre se quejaba a una criada de que una chica lo había despachado rápidamente, intentando que se quedara dormido, lo cual no estaba permitido en mi casa, la muchacha le daba cinco o diez dólares para que no me lo contara. Además, cuando la marihuana se puso de moda entre las prostitutas, sobornaban a las criadas para que la escondieran. (Si durante una redada pillaban el bolso de una chica con ello me hubieran detenido por posesión de drogas, así que cuando sospechaba que alguna fumaba marihuana le registraba el bolso antes de entrar en la casa.) Una de ellas sobornó a la cocinera para que escondiera su provisión en la nevera entre las hojas de lechuga, una hazaña por la que la cocinera recibió un montón de *verdes*. No me enteré de esto en todo el tiempo que la chica trabajó para mí. Por suerte, en aquella época no me gustaba la lechuga o habría acabado con una ensalada de hierba.

La mayoría de mis chicas tenían al menos una inteligencia media y no creo que ninguna de ellas, en sus cabales, hubiera tenido la menor intención de permanecer en el negocio. Sabían que era una carrera corta y que, al igual que los jugadores de béisbol, debían ser jóvenes para seguir en la liga. Por lo tanto, las más listas ahorraron para el día en que tuvieran que retirarse o aprendieron un oficio o se las arreglaron para atrapar un marido rico.

Desgraciadamente, la mayoría no eran avispadas. Me preocupaba ver a muchas de ellas no hacer planes de futuro y solía animarlas a

leer buenos libros y a hacer algo de ellas mismas. Al entrar en el salón, le preguntaba a una de las perezosas damas del sofá cómo esperaba ganarse la vida cuando cumpliera los treinta y cinco y demasiadas veces la única respuesta era un bostezo de aburrimiento. O quizá contestaban:

—Oh, no te preocupes por mí, Polly. No acabaré en el asilo para pobres. En cuanto tenga suficiente dinero voy a abrir una tienda. Soy muy creativa, ¿sabes? He hecho un curso de diseño por correspondencia. De hecho, mañana mismo podría entrar a trabajar en una casa de modas.

—¿Entonces por qué no lo haces?

—Porque soy ambiciosa. No quiero trabajar para otros. Haciendo esto puedo ganar dinero rápidamente y empezar debidamente después.

Diez años después aún estaría prostituyéndose, sin ideas ni ambiciones y ni siquiera una cuenta bancaria a su nombre.

Pocas de ellas tenían sentido del valor. Nunca planificaban su vestuario, compraban cualquier cosa que veían. De modo infantil, pensaban que fundirse el dinero les daba una excusa para continuar en el negocio. Tenían que ganar más para poder largarse, el círculo vicioso de siempre.

Algunas de mis chicas tenían talento: actrices que no conseguían su primer papel, cantantes o bailarinas que se habían quedado sin blanca antes de tener un éxito sólido, coristas entre dos empleos. Cuando no trabajaban para mí, bailaban en clubes nocturnos o acudían a la escuela de teatro y algunas incluso hicieron cursos de secretariado. Pero la mayoría de las chicas pasaban los días sin propósito alguno. Iban al salón de belleza, lavaban medias y ropa interior (si no conseguían engañar a las criadas para que lo hicieran ellas), iban al cine, jugaban a las cartas o tenían una cita por la tarde. Pocas se preocupaban de estar al día de los últimos acontecimientos, excepto los que tenían lugar en Broadway, y sus lecturas se reducían a las novelas baratas. Aún así, tenían una vida bastante extenuante y quizá era natural que prefirieran relajarse leyendo *Confesiones verdaderas* y *Romances modernos* que abrirse camino entre libros que no podían entender sin esfuerzo mental.

Casi siempre se llevaban muy bien. En ocasiones alguna chica se ponía celosa de otra, creyendo que estaba ganando más dinero, y otras veces alguna le tiraba los tejos a un hombre que estaba hablando con otra chica, lo cual no se consideraba aceptable. De vez en cuando había pequeñas disputas por un par de medias o por

quién le había afanado a quién unas horquillas, cosas así. Pero en general las chicas se llevaban tan bien, o incluso mejor, que un grupo de coristas que comparten vestuario. Inevitablemente tenía algunas lesbianas, algunas problemáticas, algunas muy pacíficas. A menudo se dice que una prostituta llega a cansarse de que los hombres la traten mal y se vuelca en una mujer en busca de ternura. Quizá sea así. No tengo cifras sobre el índice de homosexualidad femenina pero mi percepción es que ocurre en todos los estratos sociales.

Por las noches, mientras se esperaba a las visitas, las chicas jugaban sobre todo a las cartas. Su juego favorito era *Corazones*, y siempre había un estallido de gritos cuando alguien pasaba a la *Sucia Dora* (la reina de picas). A veces seguía una gran discusión y si el resto de jugadoras notaba que una chica estaba jugando mal se unían contra la gritona y le deslizaban su *Sucia Dora* a la menor oportunidad. Solo lo hacían por diversión pero por la forma en que persistían podría pensarse que había una fortuna en juego en cada mano. De repente, todo quedaba en silencio.

—¡Rápido, Lion, contesta al teléfono! ¡El teléfono del negocio!

Sabían que era el del negocio porque tenía un timbre más agudo que el otro.

En un descanso entre llamadas, yo intentaba relajarme en una de las habitaciones del fondo, leyendo o escuchando la radio, pero la casa nunca estaba en silencio durante mucho tiempo. El ruido constante del teléfono era suficiente para ponerme de los nervios. Y para las chicas estaba la tensión añadida de saber que siempre tenían que estar preparadas con una sonrisa radiante y un gran hola, no importa qué hora fuese. A veces, cuando llegaba una visita tardía y la chica acababa de retirarse, no tenía valor para molestarla así que arreglaba una cita con una chica de fuera. Pero al día siguiente la chica se enteraba y me echaba la bronca porque alguien de fuera se había llevado el dinero. Eran muy ambiciosas, mis niñas.

Cada otoño alguna de ellas anunciaba que planeaban pasar el invierno en Florida y hablaban largamente sobre las maravillosas vacaciones que las aguardaban. Pero nunca hacían reservas de hotel. En el momento en que bajaban del tren en Miami se iban directas al mejor de los prostíbulos. Lo que probablemente explica por qué volvían en primavera sin el menor signo de bronceado. ¡Vaya vacaciones!

Tradicionalmente las prostitutas son muy sentimentales y, en

general, es cierto. Las veces que llevaba a las chicas a un club siempre bombardeaban a los artistas pidiendo trágicas canciones. Su artista favorito era Tommy Lyman y sus canciones favoritas eran *Ring on your fingers*, *Heartaches inside*, *Oh, I miss you tonight*, *Melancholy Baby* y *Broadway Rose*. Cuando se apagaban todas las luces excepto el foco del joven del micrófono (era la época de los cantantes melódicos), las chicas aprovechaban la ocasión para derramar unas cuantas lágrimas y con frecuencia casi no podía escuchar al cantante debido al coro de sofocados sollozos a mi alrededor. Pero ¿quién soy yo para hablar? Si alguien cantaba *Charmaine* se me empañaban los ojos pues nunca pude escucharla sin pensar en Casey.

Como en cualquier otro trabajo, había momentos en los que las chicas se hartaban de la misma rutina, la misma molienda, noche tras noche. Normalmente, cuando una chica estaba en este estado de ánimo hastiado, esperaba a tener un servicio tardío en un hotel y entonces se olvidaba de volver a casa durante un día o dos. Les rogaba a las chicas que me telefonearan, si no me preocupaba muchísimo no saber si estaban en la cárcel o tomándose un descanso. (Hubiera sido inútil intentar preguntarle al hombre del hotel con el que la chica tenía la cita. Nueve de cada diez veces había dado orden a la operadora de «No molestar», temiendo una llamada de su esposa o amante. Una mujer inteligente podía notar la culpa en su voz mientras que, si no podía localizarle, supondría que estaba «liado con los negocios».)

Nunca interrogué o reñí a las chicas por sus escapadas. Solo les pedía que me llamaran para saber que estaban bien. Luego podían seguir divirtiéndose, siempre que se comportaran debidamente en público. Esto era algo sobre lo que volvía una y otra vez: en los lugares públicos deberían actuar siempre como damas. Claro que a veces alguna chica bebía alguna copa de más, en cuyo caso su conducta dejaba mucho que desear. Cuando se le pasaba la borrachera, le daba una reprimenda y entonces corrían las lágrimas y las promesas de no volver a hacerlo nunca más. Por supuesto que no se cumplían pero en general el porcentaje al bateo de mis chicas era bastante alto.

Les encantaba ir a los clubes nocturnos. Estaban tan emocionadas por hacer su entrada como una debutante y, debo decir, que normalmente se comportaban mucho mejor. Esto no es simplemente un prejuicio mío. A mis chicas las sacaban algunos de los hombres más atractivos y disponibles de Nueva York, hombres que yo había visto en las páginas de sociedad con las debutantes más glamurosas

de la temporada. A menudo les preguntaba a estos muchachos por qué salían con mis chicas por cuya compañía debían pagar, en lugar de con los retoños de las altas esferas. Siempre recibía una respuesta similar: «¿Quién no preferiría estar con una de tus chicas que con una debutante mimada y petulante que se peina en la mesa, no sabe hablar más que de sí misma y no tiene otra cosa en mente que si el fotógrafo del restaurante le hará o no una foto para el periódico? Tus chicas siempre son mejores compañeras para beber y nunca se comportan como golfas».

Además, mis chicas nunca mostraban ese aire afectado y hastiado del mundo que muchas de las debutantes consideraban tan necesario como lápiz de labios. Si estaban aburridas habían aprendido a no dejarlo ver.

El acontecimiento semanal que todas las chicas esperaban con ganas era la visita de Wally Pierre. Era un conocido y excelente peluquero, considerado por mis chicas como la autoridad definitiva en cuestiones de aspecto, gusto, estilo y acicalamiento. Venía a peinarlas, igual que el manicurista venía cada semana a hacer manicuras y pedicuras. Pero Wally era algo más que un peluquero para las chicas y su opinión sobre moda era dogma. Le encantaba cotillear con ellas y pasar mucho rato charlando de cosas de mujeres cuando el negocio estaba flojo.

A veces cuando llegaba, llevaba un vestido sobre el brazo. Le hacía una seña a una de las chicas y se lo ofrecía.

—Mary —decía mirándola con aire místico—, *este* es para *ti*. En cuanto lo vi supe que estarías divina con él.

Entonces se lo quitaba de las manos.

—Pero, *querida* —gritaba—, antes tenemos que *hacer* algo contigo. Tu sombra de ojos es sencillamente inadecuada, no puede serlo más. ¡Venga, niña, vamos a arreglarte!

Pasaban horas arreglándole el pelo y cambiándole el maquillaje, con Wally retirándose de un salto para mostrarle cómo «lucir el vestido» como si fuese una modelo. Luego, cuando al fin su alma de artista se sentía satisfecha, la llevaba hasta las demás para que la admiraran y aplaudieran. Nadie osaba cuestionar su gusto. Todo el mundo le alababa y Wally era todo sonrisas mientras saludaba a su público.

Pensaba que era el único amigo de verdad que tenían las chicas. Después de todo, las demás chicas del negocio eran competencia. Los hombres eran clientes. Yo era negocio puro y duro, tenía que serlo. Solo con Wally podían desinhibirse. Le contaban todos sus

secretos y él escuchaba y comparaba versiones. Todo el mundo confiaba en él y lo pasaba bien con él, y estoy convencida de que, a pesar de lo popular que era entre sus amigos, nadie recibía a Wally como lo hacían en mi casa.

II

A menudo me han preguntado qué vara de medir utilizaba para seleccionar a mis chicas, qué rasgos y cualificaciones buscaba o pedía. Bueno, como es natural, la belleza o al menos el encanto era prácticamente indispensable. Y nunca contrataba novatas. Aunque era una madame nunca quise tener sobre mi conciencia haber introducido a una chica en esta vida. Así que siempre contrataba chicas con la suficiente experiencia a sus espaldas para que fuesen interesantes para mis clientes. Y después, por supuesto, su salud y hábitos personales eran factores decisivos.

Cuando entrevistaba a una chica que quería estar en mi lista, siempre le pedía a la candidata que se desvistiera para asegurarme de que su ropa interior estaba limpia y sus axilas depiladas. Si pasaba la inspección en estos departamentos podía estar razonablemente segura sobre su limpieza personal y no sería necesario persuadirla para hacer una inspección semanal. (Cuando descubría que a mis chicas no les gustaba salir para el examen, contraté a un doctor para que viniera a casa y las examinara, lo que derivaba en seguridad y protección para mis clientes.)

Ninguna pasaba la prueba si intentaba excusarse por su aspecto poco cuidado diciéndome que no había tenido tiempo de ir al salón de belleza. Eso me enfurecía.

—¿Te crees que contratarían a una modelo o una secretaria si buscara un empleo y apareciese desaliñada? ¡Claro que no! ¿Cómo esperas entonces tener éxito como prostituta cuando tu aspecto es tu capital social en el negocio y la primera impresión es lo más importante? —Y solía añadir—: Si quieres ser prostituta, sé una buena.

Los expertos en trata de blancas, los diplomados en sociología por el suplemento dominical, se sentirán decepcionados al saberlo pero a menudo he intentado convencer a las chicas para que dejaran la prostitución. A veces tuve éxito, muchas veces fracasé. Dependía de la chica. La mayoría de ellas estaban en esto por dinero, muy pocas por las emociones. Algunas no sabían cuándo dejarlo; otras no intentaban hacer cualquier otra cosa. En cualquier caso, puedo decir

que la gran mayoría de ellas llegaron al negocio con los ojos bien abiertos, conociendo los riesgos.

No obstante, de vez en cuando, me encontraba con una mujer que había vivido tan resguardada del lado sórdido de la vida, o que se había dejado llevar por las novelas de pacotilla que daban un aire de glamur a la prostitución, que pensaba que prostituirse era «un buen empleo si lo conseguías». Una de tales engañadas damas no era otra que la prima de mi amigo, el señor Cadena-de-Almacenes, aunque supongo que los millones se agotaron antes de que llegaran a su rama de la familia, ya que trabajaba para ganarse la vida.

Una noche llegó al apartamento, utilizando el nombre del señor Cadena-de-Almacenes para conseguir entrar. Después de presentarse, no tardó en ir al grano.

—Señorita Adler, me gustaría trabajar para usted.

—¿Para qué? —pregunté, convencida de que estaba bromeando.

—En todos los empleos que he tenido —dijo— el jefe siempre intenta aprovecharse y estoy harta de que me persigan alrededor de un escritorio. Tal y como yo lo veo, si tengo que acostarme con algún tipo para mantener un empleo, bien podría ser una puta.

Como algunos clientes estaban a punto de llegar, y también porque quería asegurarme de que esta niña no me estaba tomando el pelo, le dije que viniera al día siguiente. Era evidente que había bebido de más y en cualquier caso sentí que si realmente sabía en lo que se estaba metiendo, que te persiguieran alrededor de un escritorio parecía una broma en comparación. Aunque pensara que su vida había sido dura, nunca había pasado hambre o dormido en la calle, no había una necesidad económica para que se prostituyera, y sabía que algún día me agradecería que la disuadiera.

Así que cuando vino al día siguiente, se lo dejé bien claro.

—Supones que la vida de una fulana está llena de emociones y dinero fácil. Pero ¿por qué crees que las chicas solo duran unos años en el negocio? ¿Por qué crees que muchas de ellas son adictas a las drogas y el alcohol? Y si algunas pueden aguantar esta vida sin una muleta de ese tipo, sin algo que adormezca su miseria y su desgracia, ¿por qué crees que tú podrías? Créeme, la prostitución es simplemente una forma lenta de autodestrucción.

Acto seguido, con el lenguaje más directo posible le conté alguna de las cosas sorprendentes que les habían ocurrido a las chicas y fui muy explícita. Terminé diciéndole que pensara en lo que había dicho durante un par de días y, después, si aún seguía queriendo entrar en un prostíbulo...

—Hazme caso y pégate un tiro. Estarás mejor muerta.

Mi arenga la asustó por completo. Nunca más vino a verme. Pensaba a menudo en esta chica y me alivió leer sobre su matrimonio con un buen muchacho alrededor de un año más tarde. No podía dejar de preguntarme cuál habría sido la reacción del señor Cadena-da-Almacenes si le hubiera contado que su prima había solicitado un empleo. Probablemente, si le calé correctamente, aullaría y diría:

—¡Por dios, Polly! ¿Tú crees que valdría para esto?

Para cumplir mis requisitos como una de mis chicas, la candidata o bien debía saber cómo vestirse y comportarse como una dama o bien estar dispuesta a aprenderlo. Hacía hincapié en que el hombre que pagaba doscientos por salir con una chica una noche no quería que le vieran con una fulana pintarrajeada. Insistía que en tales ocasiones se vistiera discretamente y utilizaran el mínimo de maquillaje. Los días de las furcias llamativas, vergonzosamente *refinadas* que daban tragos de matarratas con el meñique bien estirado habían pasado. De hecho, irónicamente, en los restaurantes más de moda de la ciudad la forma de localizar a una prostituta era buscar a la mujer que menos lo parecía… Y en cuanto a la conducta de las chicas dentro de la casa la regla era: Una dama en el salón y una furcia en la habitación.

Intentaba no tener favoritas pero siempre había algunas que me gustaban más que otras. Una de mis favoritas era Gigi, que era bien educada como la Duquesa y tenía mucho más atractivo y una personalidad más equilibrada. Gigi era una de las pocas que disfrutaba de la lectura e intentaba estar al día de los superventas y suscribirse a las revistas. Mis clientes más brillantes la consideraban una compañía especialmente buena. Tenía una mente despierta, era aguda y alegre, y podía compartir conversaciones ingeniosas con los mejores de ellos. Tuvo la sensatez y el carácter para salirse del negocio cuando aún era lo suficientemente joven para crearse otra vida y, mientras trabajaba en un hotel tras el mostrador de joyería, conoció al hombre que sería su marido.

No hace mucho, tras perderle la pista a Gigi durante muchos años, me la encontré en Nueva York y me invitó a su casa a tomar un cóctel. Oliver, su marido, me causó bastante impresión, alto, con el pelo cano y un aspecto distinguido. Pero después de presentarnos su primer comentario me descolocó.

—Debes admitir, Polly, que me casé con una de tus mejores chicas —dijo.

Gigi acudió al rescate.

—Relájate, Polly. Oliver lo sabe todo sobre mi pasado.

Más tarde me contó que cuando conoció a Oliver él estaba prometido con otra mujer pero cayó enfermo y tuvo que pasar varios meses en el hospital. Su prometida lo desatendió mientras que Gigi lo visitaba diariamente y después cuidó de él en casa.

—Supongo que se acostumbró a tenerme cerca —decía—. De todas formas, cuando me lo pidió dije que sí sin remordimientos y hemos sido muy felices.

Pero Gigi estaba muy por encima de la mayoría de chicas que tuve en mi casa y mis reuniones con mis «antiguas alumnas» no siempre eran tan afortunadas. Por ejemplo, mi experiencia con Sybil. Era graduada y hermosa, una muchacha con un sólido origen de clase media-alta. Por qué era prostituta nunca lo supe y, aunque intentaba comprenderla, ella no me dejaba. Sybil era antipática, reservada y calculadora; cuán calculadora lo descubriría después de dejar mi empleo. Intentó chantajearme.

Quizá la chica más extraña que he contratado era una criatura modesta, pulcra y pequeña llamada Fran. Fue la delicia de mis clientes durante algún tiempo, especialmente de un caballero literario al que yo apreciaba mucho. Siempre preguntaba por ella, siempre con una lenta sonrisa extendiéndose por su gran rostro amable, hasta que finalmente sacudía la cabeza y se reía a carcajadas.

—¿Cómo está la colegiala? —preguntaba.

Porque eso era Fran. Tenía alrededor de veintidós años y no sé cómo empezó en el negocio. Cuando llegó a mí y me pidió trabajo me explicó que era estudiante de periodismo en Columbia y que tenía intención de continuar sus estudios. Venía a trabajar después de las clases y se quedaba de servicio hasta las once en punto. Cada tarde llegaba de sus clases, con sus libros a cuestas, llevando faldas cortas, zapatos Oxford y una boina que estaba de moda entre los alumnos, y se preparaba para el trabajo. Ni bebía ni fumaba y, cuando no estaba ocupada en otra cosa, se quedaba estudiando en su habitación. Ahorraba cada centavo que podía, viajando en metro para ir y venir a sus citas; el resto de chicas iba en taxi.

Fran era agradable, sonriente y práctica sobre su forma de ganarse la vida y no importaba la cantidad de dinero que le ofrecieran después de su límite de las once en punto, su respuesta era siempre «No». Una vez la vi rechazar a un hombre que le había ofrecido mil dólares. Me explicó que necesitaba sus horas de sueño si quería sacar buenas notas y conseguir el grado con honores que deseaba. Cuando Fran terminó de «pagarse la universidad»

desapareció del mundo de la prostitución para reaparecer como famosa novelista. He guardado el secreto de Fran como he guardado muchos otros.

Otra de mis chicas, Margaret, formaba parte del Registro Social* y era un pilar de la *Junior League.* Cuando telefoneó y me dijo que le gustaría trabajar para mí estaba convencida de que era una escritora de comedias o una esposa entrometida. Su voz era grave y culta, su dicción recién salida de la escuela de buenos modales. No sonaba en absoluto como una persona que tuviera una razón para comerciar con su vida sexual. No obstante, era muy fácil comprobar si era o no quien decía ser. Le pedí permiso para llamarla de vuelta y, algo reacia, me dio su número. Después busque en el listín telefónico, vi que el número correspondía al nombre que me había dado y que era una dirección de Park Avenue. Llamé y la localicé. No obstante, aún seguía sospechando y le sugerí que se pasara a verme aquella noche para hablar del tema.

Cuando la anunciaron desde el vestíbulo, envié a una criada por la parte de atrás para que hiciera comprobaciones. Quería saber si había policías y si era la punta de flecha de una redada. Pero la criada volvió y dijo que no había polis; la chica estaba con un joven de aspecto aniñado. Hablé con Margaret, le dije que podría subir cuando se deshiciera del hombre.

Su rostro se correspondía con su voz. Tenía ese aspecto limpio y resplandeciente de una debutante y el pelo bien peinado y brillante. Era algo apocada, pero nadie podría cuestionar su educación. Nos vimos varias veces durante un tiempo y cuando mencionó que ciertas personas famosas de la ciudad, entre ellos un famoso publicista y cantante de club nocturno, la conocían, le propuse que fuésemos a verlos. Aún no estaba segura de que quisiera realmente trabajar en mi casa.

Aquella gente sí que la conocía y ella había sido honesta. Después de que Margaret comenzara a trabajar para mí, me enteré de que era la esposa de un joven muy rico (¡el que la había acompañado hasta mi casa!) que sabía lo que hacía y aparentemente no le importaba. Margaret dijo que estaba sin blanca y necesitaba el dinero, pero llevaba zapatos de treinta dólares y ropas de marcas fabulosas. Cuando le pregunté por ello dijo que se lo había comprado su suegra. A ella no le importaba la ropa en absoluto. Yo insistía a las chicas para que se fijaran en ella y aprendieran cómo comportarse como una dama. Ellas observaban y supongo que aprendían pero todas estaban algo incómodas con Margaret, barruntando que había

algo psicópata en ella. Años después la vi en una tienda y me sorprendió darme cuenta de que no tenía ganas de hablarle. Simplemente pasé por su lado. No es que no me gustara, pero sospechaba que tenía peligrosos problemas mentales y por lo tanto era mejor dejarla sola.

Debí haber obedecido ese impulso de no hablar en otra ocasión en la que me encontraba en unos grandes almacenes. Vi una chica que había trabajado para mí, llamada Martha, y corrí tras ella hasta el ascensor.

—¡Hola, Martha! —dije alegremente—. ¿Cómo estás?

Tenía muy buen aspecto. Miró fijamente hacia el frente. No me podía creer que no me contestara ya que habíamos sido buenas amigas. Hablé de nuevo. Me ignoró y se bajó en la siguiente planta sin mirar atrás. Después hablé de ello con una amiga mutua y le conté el corte que me había dado Martha.

Mi amiga se rio.

—¿Pero serás tonta? ¡Estaba trabajando!

—¿Trabajando?

—Seguro, debía de ir bien cargada. Te estaba evitando un arresto.

Entonces lo entendí. Pero Martha no era una ladrona cuando trabajaba para mí y yo no sabía que había adoptado esa profesión. Por supuesto, cuando lo entendí estuve agradecida de que se mantuviera alejada de mí.

En otra ocasión, en Sacks, vi una chica a la que conocía y empecé a sonreírle pero se acercó a mí y me habló sin mover los labios, como había aprendido a hacer en la cárcel.

—Estoy trabajando. Mantente alejada.

Esta era una buena carterista que estaba ejerciendo su oficio entre los compradores. Me quedé al margen.

Otra chica, Alice, que trabajó para mí a jornada partida resultó tener tal pasión por robar en tiendas que después de un par de experiencias tenía miedo de entrar en un gran almacén con ella. La primera vez que supe de la tendencia de Alice yo había estado mirando un bolso pero decidí que treinta y cinco pavos era demasiado. Casi no habíamos salido de la tienda cuando Alice sacó el bolso de debajo del abrigo. Me puse furiosa y le grité como una loca (pero después, la honestidad me empuja a admitirlo, le compré el bolso en cuestión por quince dólares). No obstante, después de aquello yo ya estaba preparada y en otra ocasión en una librería pude anticiparme a ella. Había ido allí a comprar un Registro Social y Alice estaba horrorizada. «¡No voy a dejar que pagues siete dólares y

medio por un libro tan pequeño como ese!», dijo. Pero rápidamente agarré a un dependiente y la saqué de allí antes de que tuviera lugar otro hurto.

Después estaba Yvette. Era una alborotadora, según supe después cuando la cocinera me notificó que se iba con dos semanas de preaviso. Me sorprendió porque pensé que estaba contenta. Cuando le pregunté dijo que se iba por las chicas, siempre se estaban quejando. Resultó que una de las que estaban fomentando el problema e incitando a las demás era Yvette. Como es difícil encontrar buenas cocineras, le dije a Yvette que debía marcharse al día siguiente. Pero aquella noche tenía como invitados a un grupo de políticos, entre ellos un notable legislador y, ¡boom!, aquello fue amor a primera vista en cuanto puso sus ojos en Yvette. No le culpo. Era una rubia despampanante con acento francés (y aunque él no lo sabía, una lengua mordaz). Le puso un lujoso apartamento en los Fifties y le regaló una maravillosa casa de campo. Estaba casado, pero no ejercía.

Me encontré a Yvette años después en Bonwit Teller's. Lucía maravillosa, chic, bien acicalada, más joven que nunca. Me agradeció que le presentara al legislador, diciendo que recientemente había conseguido el divorcio y planeaban casarse en los próximos meses. Pero poco después de este encuentro el legislador murió, legando a Yvette cien mil dólares. Posteriormente, ella se casó con un próspero corredor de bolsa y, según me cuentan, ha sido feliz desde entonces. Aunque no era una chica a la que tuviera especial cariño, me alegré por ella. Este tipo de golpes de suerte solo ocurren una vez en la vida. La mayoría de las chicas tienen finales más trágicos.

Mucho más típico fue el desenlace de Muriel. No sé mucho sobre su pasado pero era de la Costa Oeste y cuando llegó por primera vez a Nueva York vivía con el tipo que la trajo. Él estudiaba medicina y ella trabajaba de modelo. En cuanto su amante se graduó y comenzó la interinidad la dejó por una chica de una familia acaudalada con la que más tarde se casó. Esto casi mata a Muriel. Comenzó a beber en exceso y le preguntó a una madame llamada Renée W. si podía conseguirle citas. (Fue Renée la que me contó esta parte de la historia de Muriel.) Al principio no trabajaba tanto por el dinero sino porque quería estar cerca de gente bebedora que le ayudara a olvidar a su amado.

En el momento en el que la conocí, Muriel era una chica imponente, pelo negro, facciones bastante españolas, casi uno setenta de altura, cincuenta y dos kilos. Vestía de forma sencilla pero

elegante, tenía una personalidad agradable y nada de la dureza de la prostituta corriente. (No, no tengo una memoria total, tengo un fichero de las chicas.) No aceptaba todas las citas, solo las que elegía. Yo la utilizaba cuando un hombre quería a una chica para toda la noche, cena, teatro, club y demás, y el precio por eso era alto. Muriel tenía una clientela muy rentable que había conseguido por sí misma pero era honesta. Cuando un hombre le pedía su número de teléfono ella contestaba que tenía que contactar a través de mí.

Posteriormente vivió con un inglés, un cómico de club y radio. No era un chulo pero sus compromisos eran pocos y espaciados y Muriel pagaba los gastos del apartamento y en ocasiones le ayudaba financieramente. Una vez que él estaba en Detroit, Muriel telefoneó y me rogó que la dejara venir a verme. Cuando llegó al apartamento hablaba sin sentido y no estaba en sus cabales.

—Polly, ten cuidado —repetía constantemente—. Dos coches llenos de polis me han seguido hasta aquí. Intentan arrestarme. Es la familia de esa chica. (La que se había casado con su novio.) Tienen miedo de que chantajee a su yerno. Pero tú sabes que yo nunca haría nada así. Aún amo a Don —Me arrastró hasta la ventana—. ¡Mira! ¡Policías! ¡Están saliendo, están subiendo! ¡Escóndeme!

La pobre tenía visiones. No había ningún policía. Le di un sedante y después llamé a su novio Cedric a Detroit y le dije que Muriel no estaba bien y que no debía estar sola. Ante mi sugerencia, llamó más tarde y la invitó a pasar el resto de la semana en Detroit. Pensé que si sentía que alguien la necesitaba y la quería se calmaría. Pareció encantada de tener noticias de él y accedió a tomar el tren de medianoche hacia allí.

El domingo siguiente en una granja lechera donde estaba pasando el fin de semana, recibí una llamada de Renée W. Muriel se había suicidado dejando el gas abierto. Dejó varias notas, incluyendo una para sus padres. Cuando Cedric llegó los llamó a larga distancia para hacer los preparativos para enviar el cuerpo.

—No conocemos a nadie con ese nombre —dijeron los padres—. Nuestra hija murió cuando se fue a Nueva York. Haga lo que crea conveniente con los restos. No los queremos.

Muriel fue enterrada en Long Island. Cedric, Renée, unas cuantas chicas y yo fuimos los únicos que asistimos al funeral. Mientras estaba ahí de pie frente a la tumba de Muriel quise creer en el infierno para poder pensar que aquellos padres despiadados y ese maldito novio-doctor arderían allí algún día.

He dicho que mis chicas eran ambiciosas pero les gustaba estar ocupadas no solo por el dinero. También era una forma de no pensar. Incluso la menos introspectiva no podía evitar darse cuenta de lo precario de su situación y la soledad que entrañaba. Al convertirse en prostituta, una chica corta no solo con su familia sino con gran parte de la vida. Está aislada no solo por costumbre social sino por las condiciones laborales y hasta cierto punto tiene que verse privada de sus derechos como ciudadana porque ha renunciado a la protección de la ley. La enfermedad de la prostituta no es la sífilis sino la soledad. Y aún nadie ha descubierto una medicina milagrosa que la cure.

Como es de esperar, los peores momentos de las chicas eran las fiestas importantes. En Nochebuena, un hombre con familia se quedaba en casa y en Nochevieja salía con su esposa. Así que en aquellas noches la casa se convertía en un velatorio, las chicas lacias con los ojos rojos, sin ni siquiera trabajo para adormecer esa dolorosa consciencia de que *ellas* no podían ir a casa. Quizá el día de Navidad no era tan malo porque habían estado envolviendo paquetes y malgastando cada centavo que tenían en regalos para los suyos allá en Dubuque o Dallas. Pero en Nochevieja, sin haber recibido siquiera una nota de agradecimiento, la mayoría de ellas caía en la depresión.

Año Nuevo era un momento doloroso para ellas por otra razón ya que, tradicionalmente, es el momento en que la gente hace propósitos y planes para el futuro. Pero la mayoría de las prostitutas intentan evitar pensar en el futuro y el paso del tiempo. Si por ellas fuera, detendrían el reloj o, aún mejor, lo atrasarían. La juventud es su capital y en Año Nuevo no podían evitar recordar su declive. Para una puta, Año Nuevo es el momento de arrepentirse del pasado más que de tener esperanza para el futuro.

Una Nochevieja yo me encontraba en Chicago. No tenía amigos allí ni nada que hacer, echaba de menos mi casa y andaba taciturna. En un intento por salir de ese estado (¿qué tiene de bueno cantarse las penas a uno mismo?) telefoneé a todas las madames que conocía y les dije que iba a dar una fiesta y que trajeran a cualquiera de sus chicas que estuviera decaída.

La invitación se recibió con alegría y mis treinta invitadas, todas mujeres, sin duda lo pasaron en grande. Todas teníamos cosas que olvidar y había un montón de champagne para ayudarnos a ahogar nuestros recuerdos. Una madame de edad que usaba unas pesadas gafas con ribete de acero y caminaba con ayuda de un bastón, al principio observaba a todo el mundo con mirada de halcón como si

tomara notas de las chicas para futuros empleos. Pero después de un rato se olvidó del negocio y comenzó a contar la historia de su vida a otra madame que finalmente se quedó dormida en la silla, tiesa como una vela. A intervalos, la vieja dama se volvía hacia mí y me preguntaba por qué no había llamado a su casa pidiendo chicas. (El suyo era un sistema de entrada y salida. Ninguna de las chicas se quedaba allí con ella o recibía allí a sus clientes. Lo único que hacía era gestionar las citas y ellas le consultaban cuándo tendrían la siguiente.) Le expliqué que yo no tenía negocios en Chicago pero cada media hora volvía a hacerme la misma pregunta.

Otra madame, que estaba algo más que achispada, no dejaba de pedirme que sirviera Sauterne en lugar de champagne. Nadie, me aseguraba, estaba en condiciones de darse cuenta.

—Relájate, Ruth —le dije, sabiendo lo que le preocupaba—. Soy yo quien da esta fiesta y te prometo que no te pasaré la factura a la salida.

Finalmente, como en cualquier fiesta de oficina, las chicas superaron su temor a las madames y empezaron a decir lo que pensaban realmente. Una criaturita anunció entre hipos que no sería madame por nada del mundo.

—Prefiero ser una prostituta —decía—. Las madames no se divierten como nosotras. ¡Nosotras somos las que nos acostamos con los hombres!

Para chicas como estas quizá el apelativo de *hijas de la alegría* no es tan inapropiado pero las ninfómanas son escasas entre las prostitutas y las demás pronto la hicieron callar con comentarios imposibles de citar aquí.

Cuando se despidieron, varias chicas me dijeron que la velada había sido especialmente agradable precisamente porque no había habido hombres. No quise hacerles ver que el invitado de honor invisible era un hombre llamado Padre Tiempo.

III

Inevitablemente, hay una pregunta que todo cliente le hace a una prostituta que podríamos denominar la pregunta del millón: «¿Cómo entraste en el negocio?» Por regla general, los hombres la hacen esperando oír un relato de infortunios pero el tipo de respuesta que prefieren escuchar está implícita en un chiste bien conocido. Según esta historia un hombre se acuesta con una hermosa chica que, aunque es prostituta, es rica, de buena familia, bien educada e

inteligente. Sorprendida de que una muchacha con tales dones y ventajas se rebaje a prostituirse le pregunta cómo entró en el negocio.

—¡Oh, no lo sé! —contesta la fulana—. ¡Supongo que ha sido cuestión de suerte!

A los hombres les encanta este chiste porque alimenta sus egos y también porque pensar que una chica se entrega a ellos por necesidad disminuiría su placer. En realidad, claro está, a pesar de todos los éxtasis fingidos (para aumentar las propinas), para noventa y nueve de cada cien chicas irse a la cama con un cliente es una experiencia triste e incluso desagradable. Nada más lejos de la verdad que la explicación de la *suerte*, a menos que la chica se refiriera a mala fortuna.

Ninguna muchacha, como dijo una vez un trabajador social, se propone ser prostituta. Sería una increíble estupidez. ¿Quién quiere ser una paria, una marginada social, ser tratada con desdén, encarcelada, golpeada, robada y finalmente arrojada al albañal cuando ya no es vendible? Una prostituta no puede contar con más de diez años para hacer dinero. Después se acabó, si no está muerta o enferma, tan destrozada por las drogas, el alcohol y el continuo abuso de su cuerpo que nadie querrá contratarla de nuevo. Y puesto que este sórdido y triste sino de la prostituta no es un secreto, no me extraña que la gente pregunte qué lleva a una muchacha a esta vida corta e infeliz.

Sin duda hay tantas respuestas a esta pregunta como sociólogos, psiquiatras, filósofos y doctores de la divinidad. Pero en mi opinión, el factor principal y común denominador en una sobrecogedora mayoría de casos es la pobreza. Cierto es que aunque muchas chicas son pobres solo un pequeño porcentaje de ellas se decide por el lenocinio. Pero hay más de una clase de pobreza; hay pobreza emocional y pobreza intelectual y pobreza de espíritu. Al igual que hay escasez material puede haber escasez de amor, de educación y de esperanza. Y de tal empobrecimiento nace la prostituta.

Cuando una chica de quince años mira a su alrededor con la nueva consciencia de la adolescencia y solo ve pobreza y fealdad, las bases están sentadas. No quiere terminar como su madre, exhausta de tanto parir, andando por ahí con un vestido raído, golpeada por un marido estúpido y borracho cada sábado noche. Quiere tener una oportunidad en el tipo de vida que ve en las películas, con favorecedores atuendos que lucir y apuestos hombres solicitando su atención, una casa en una calle bonita, niños limpios y sonrientes…

Y de pronto ve que es posible que no consiga todo esto, ni siquiera una parte de ello, que de hecho ni siquiera sabe cómo conseguirlo.

Pero ha oído que si lo desea lo conseguirá y sigue esperando que algún día Jimmy Stewart o Dana Andrews venga a la ciudad y la vea. Y se peina como Rita Hayworth, camina con un aire que ha aprendido de Lana Turner y lleva un suéter ajustado diseñado para enfatizar su feminidad. Y quizá comienza a hacerse un mal nombre en el barrio por exhibir de tal forma su nubilidad y uno de los tipos a la puerta de la droguería les dice a sus colegas que se la ha tirado y que él se la conseguirá alguna noche. Y la historia llega hasta sus padres y la llaman perdida y ella les contesta mal y después de aquello hay un nuevo desafío y despreocupación en su actitud.

Entonces un día conoce a Jimmy Stewart. Bueno, no exactamente a Jimmy Stewart, sino a un tipo con un descapotable nuevo y ropas elegantes y sombrero de fieltro y mucha labia. Y él quiere saber qué hace una chica bonita como ella sin novio. Le dice que es hermosa y que puede ver que tiene demasiado cerebro para quedarse en ese pueblucho, que si no le gustaría hacer un viaje. Así que ¿por qué no? Le dice que la ama y que para qué va a volver a casa. Así que ella se va con él en su reluciente bólido y él le compra ropas llamativas y ella cree que lo siguiente es la casa bonita en la calle bonita.

Él le ha dicho que es vendedor, pero pronto descubre que su trabajo es vender ropa interior y baratijas a muchachas que trabajan en antros. Cuando se acostumbra a esa idea conoce a alguna de las chicas y las madames y parece que él está enamoriscado de una de las chicas del antro. Cuando le pregunta, él le dice que le debe mucho a Dolores. Le está ayudando a conseguir dinero para comprar su propia tienda para que pueda establecerse. Pronto se da cuenta de que él la querría más si pudiera ayudarle también.

Él la lleva a la madame y ella empieza a trabajar. Se queda allí y al final de semana el viene a recoger el dinero que ha ganado. Recibe una tarjeta que lleva por dentro del vestido de trabajo (con cremallera por delante, fácil de quitar, algo importante ya que ningún hombre puede pasar más de quince minutos con ella según las reglas de la casa) y cada vez que tiene un cliente abre la puerta y enseña su tarjeta para que la perforen. Cuando parece una cortina de encaje ha cumplido su cuota.

Al principio se siente un poco ofendida porque los hombres ni siquiera se quitan los zapatos pero pronto deja de percatarse de esas cosas. Cuando las chicas le toman el pelo sobre su *cuñada*, se da cuenta de que se refieren a Dolores y que otras chicas que trabajan

para chulos también tienen *cuñadas*. Gana unos ciento cincuenta dólares a la semana, a dos dólares por cliente. Se siente aliviada cuando le viene el período y le evita trabajar y puede pasar tiempo con su amor.

Le ama. Él es lo único que puede amar. El resto de chicas son competidoras y la madame es una esclavista. Se las arregla sin nada, sin ropa nueva, sin ropa interior, para conseguir dinero más rápidamente. Vive con él durante esa semana. Solo que, después de un tiempo, él le dice que conoce una manera en la que puede trabajar también durante esa semana. Cuando ella llora, él le dice que lo olvide. Pero se entera de que su cuñada lo hace, accede a trabajar todo el mes y entonces él vuelve a quererla. Cuando sufren una redada y ella acaba en la cárcel, él la saca de allí. Cuando tiene que mudarse porque están hartos de ella en aquel antro, se mete en otro. Cuando se queda embarazada, él paga a un doctor para que se encargue de ello. Ella no puede vivir sin él.

Pero un día se rebela. Grita y chilla y se aleja de él porque de repente ha visto cómo es aquello realmente y lo que de verdad le está ocurriendo. Amenaza con entregarle a la policía por cruzar el estado con ella y él la calma con una aguja. Y entonces, por primera vez en su vida desde que era una niña (ya tiene diecisiete) es feliz.

El tiempo pasa y ya no se sorprende por lo que está haciendo. Casi olvida que hay otro modo de vivir y cuando lo recuerda, la aguja siempre está ahí con su felicidad inmediata, y la felicidad que él le da. Pero ahora él dice que tiene que trabajar más. Sus drogas hacen que le salga más cara, le retiene la dosis, no se la dará, no le dará nada, le dice que está hecha un asco, que se avergüenza de ella, que ya no puede venderla en los burdeles y que puede ir a patearse las calles para pagarse su mierda.

Así que frecuenta los pequeños hoteles, las tabernas al aire libre, las esquinas, aprende a quedarse en la sombra para que el hombre no la vea del todo. Después de un tiempo ya no puede engañarse más, sabe que está enferma. Tiene dolores que le suben desde la ingle, tan fuertes, que cuando se tambalea la gente la mira como si estuviera borracha. Un día sube una sucia escalera hasta el despacho del doctor, temiendo que su amorcito se entere de que se está gastando el dinero en esto o que el doctor le diga que tiene algo que le impida trabajar. Y es eso mismo lo que le dice el doctor. Le dice que debe operarse o morirá, y ella contesta que debe haber otra manera, que no puede tomarse ese tiempo. Solo que no hay otra forma.

Está casi tranquila cuando tropieza bajando las escaleras. Ya no tiene que preocuparse por nada más porque mañana (y sabe que cuando esté colgada será más fácil) va a adentrarse en el East River. Le gusta la idea de morir ahogada. No habrá sangre, ni ruido, ni dolor, y el río estará fresco y será oscuro y solemne como debe ser la muerte. Pero primero está esta noche y quizá esta noche él sea bueno con ella.

¿Acaso no suena esto como un salto al pasado, a los días de los melodramas baratos? Una letanía para ser recitada con el acompañamiento de *Hearts and Flowers*, con el profesor acentuando la cuerda de Sol? Pero la historia que he contado aquí es tristemente muy conocida entre los trabajadores sociales de cualquier gran ciudad.

Mientras estuve en el negocio tuve dos grandes enemigos (Tuve muchos enemigos, claro, pero mis años de madame fueron una lucha contra dos males concretos.) Uno era las drogas, el otro, los chulos. De vez en cuando acogía drogadictas en mi casa, siempre con la condición de que las chicas debían ponerse en tratamiento. Pero jamás acogía a una chica si sabía que tenía un germano, es decir, un chulo. Si una chica se hacía con uno después de entrar a trabajar para mí, le daba un ultimátum: O se deshacía de él o se iba.

El caso de Susan es un buen ejemplo de cómo funciona un chulo. Era el año 1928 y por entonces yo vivía en la Sesenta y nueve Oeste. Una mañana temprano contesté el teléfono y una voz temblorosa de impaciencia preguntó:

—¿Es esa la residencia de la señorita Adler?

—Así es —contesté soñolienta.

—Me llamo Susan. Olive me remitió a usted. ¿Tiene algún puesto libre?

—Se ha equivocado de número. Esto no es una oficina de empleo.

—Sé lo que es. ¿Puedo ir a verla?

Me dio mala espina. Ninguna prostituta se referiría a su profesión como un puesto ni buscaría trabajo a las nueve menos cuarto de la mañana. Y el nombre de Olive no me decía nada, aunque las chicas se cambian el nombre tan a menudo como el color del pelo. Pero las llamadas misteriosas siempre me causaban inquietud y, ansiosa por aclarar el asunto, acordé recibirla por la tarde.

Susan resultó ser una muchacha de aspecto angelical cuya lenta pronunciación sureña hacía innecesario preguntarle de dónde era. Dijo que había huido de casa y conseguido un empleo en un club de Nueva Orleans como cigarrera. Allí fue donde conoció a Olive a

quien resultó que yo conocía por el nombre de Jackie. Susan estaba deseando dejar Nueva Orleans, siempre con la incertidumbre de en qué momento entraría alguien de su pueblo en el club, así que cuando consiguió lo suficiente para el billete de autobús vino directa a Nueva York. Había llegado esa misma mañana y yo era la única persona que conocía.

Cuando supe que nunca había trabajado en un burdel intenté disuadirla de dar ese paso y me ofrecí a pagarle el billete de vuelta a casa.

—No puedo volver a casa —dijo.

No tuvo que dar más explicaciones. Han sido innumerables las veces que las chicas me han dicho: «No puedo volver a casa» o «No tengo casa». Aún así, le dije a Susan que estaba segura de que podría encontrar otro trabajo, por aquel entonces había muchos empleos y ella tenía el bachillerato. Le di dinero suficiente para que pudiera alquilar una habitación y pudiera comer hasta que encontrara trabajo, pero lo encontró rápidamente: haciendo la calle. El mismo día de nuestra conversación la recogió un chulo llamado Leo, que también era adicto, y la puso directamente a trabajar.

Supe esto seis meses después cuando Susan me visitó de nuevo, tan desaliñada y andrajosa que casi no la reconocí. Me pidió que reconsiderara emplearla y esta vez consentí, solo si me daba su palabra de que jamás volvería a ver a Leo.

Después de trasladar sus escasas pertenencias, la llevé al salón de belleza de Antoine donde la prepararon y después a la tienda de Wilma para hacerse con un armario nuevo. Después de unos días de buena comida y descanso, regresó a su belleza angelical y pronto se convirtió en la chica más popular de mi establecimiento. Pretty Susie como todos la llamaban, ganaba mucho dinero y le recomendé que lo más inteligente que podía hacer era abrir una cuenta de ahorro. Pareció sentirse halagada por mi interés y dijo que tenía una hermana pequeña y que empezaría a ahorrar para mandarla a la universidad.

El alcalde de una ciudad de Nueva Jersey se prendó de Susan y le pidió que fuese su amante, le ofreció un apartamento, una asignación, una cuenta corriente y un Cadillac. Sorprendentemente, ella lo rechazó a pesar de mi insistencia en que aprovechara la oportunidad para salir del negocio. Más tarde, una noche que estaba cenando con uno de mis clientes, conoció a un famoso productor cinematográfico. (Se la presentaron como modelo.) Mac, el productor, quedó tan impresionado que, en su segundo encuentro, le ofreció un

contrato en una película. No era broma, estaba realmente interesado y se vieron en cócteles y cenas todos los días mientras él estuvo en Nueva York. Naturalmente, yo estaba eufórica por que se le presentara tal oportunidad y me quedé absolutamente perpleja cuando me dijo que había decidido no firmar el contrato.

—¿Pero por qué no? —le pregunté.

—Porque Mac me ha pedido que me acueste con él —dijo con remilgo— y no me gusta como para eso.

Me quedé de piedra. He aquí una muchacha que se ganaba la vida diciéndole «Sí» a todos los clientes diciéndole «No» a un hombre que le agitaba en la cara un contrato en una película. No tenía ningún sentido.

Aquella noche, Leo el chulo se coló en mi salón. Aunque se le consideraba muy guapo, los ojos vidriosos y las manos temblorosas le delataban como drogadicto y me resultó repulsivo. Con qué derecho, quería saber, estaba yo interfiriendo en su vida, animando a su chica a irse a Hollywood. Siguió arengándome unos minutos, pero, entre mi ira hacia Susan por mentirme y hacia mí misma por ser tan crédula, estaba demasiado furiosa para escuchar. Así que esta era la razón por la que Susan había rechazado al alcalde, Cadillac incluido. Por eso había rechazado un contrato en una película. Y todo el tiempo que yo pensaba que había estado guardando su dinero en una cuenta bancaria, este asqueroso chupasangre había estado esnifando y fumándose sus ahorros. Aquella misma noche saldría de mi casa.

Sabía que era solo cuestión de tiempo que Leo la obligara a tomar drogas de forma que, si el amor perdía su fuerza, él tendría esto otro para tenerla controlada. Pero aunque advertí a Susan también podía haberme ahorrado las palabras. Como era tan conocida pude seguirle la pista y aproximadamente un año más tarde supe que su chulo la metía en un antro tras otro. Su aspecto se estaba deteriorando tan rápidamente que pronto ni los tugurios más baratos la aceptaban y se vio obligada a traficar con su cuerpo en hoteles de mala muerte con la ayuda de los botones. Su hermana, que jamás vio el dinero que supuestamente Susan ahorraba para ella, vino a Nueva York y también cayó bajo el embrujo de Leo. Las tenía a ambas trabajando para él, suministrando el dinero para los caprichos adictivos de los tres.

Una noche visité un club que abría hasta muy tarde en Harlem y la primera persona a la que vi, bailando con un negro, era Susan. No sé ni cómo la reconocí. No quedaba un ápice de su belleza que me la

recordara. Me dirigí hacia ella pero dejó a su pareja y se escabulló por la puerta de atrás.

Poco después de esto se rumoreaba que Susan había muerto. Su hermana se fue a vivir con un negro a Harlem, un chulo llamado Brownie. Le metieron en Sing Sing por robo a mano armada y nunca supe lo que finalmente ocurrió con la hermana de Susan.

Quizá lo más terrible de la historia de Pretty Susie es que es muy común. El grado en que un chulo, si es listo, puede confundir y engañar a una prostituta es casi ilimitado. Tomemos, por ejemplo, el caso de Violet. A diferencia de Susan, fue honesta conmigo. Cuando supo que deshacerse de su chulo era requisito para entrar en mi casa dijo que antes de hacerlo prefería volver al burdel barato de otro estado en el que había trabajado.

Violet me contó que se había metido a puta porque su familia la convenció para casarse con el hombre equivocado. Había estado locamente enamorada de un chico con el que iba a la escuela. Pero faltaban aún tres años para que él se licenciase en derecho y la familia seguía insistiendo hasta que finalmente consintió en casarse con su candidato, rico pero, en sus propias palabras, «un viejo gordo seboso y calvo». Durante el año que vivió con él siguió viéndose en secreto con el chico al que amaba hasta que comenzaron los cotilleos y llegaron hasta su marido. Habló con los padres de Violet y la obligaron a abandonar el pueblo antes de que les hiciera aún más desgraciados.

—Estaba encantada de irme —dijo—. Fui a Chicago y lo pasé maravillosamente hasta que se acabó el dinero. Pero para entonces ya conocía a Henry y desde entonces ha estado cuidando de mí.

Conocía al tal Henry. Nunca tenía menos de cinco o seis chicas trabajando para él y hacía que se enfrentaran entre ellas, prometiéndole a la que más dinero había conseguido que era la reina del harén. Pero ni siquiera esto desilusionaba a Violet. Se jactaba de cómo Henry le había enseñado el oficio y de cómo cuidaba de ella, recordándole siempre que iba a trabajar a un burdel nuevo que debía ser cautelosa y tener una salida o lugar para esconderse en caso de redada.

—Sin Henry no habría llegado a ningún sitio.

—¿Y dónde te piensas que estás ahora? —le pregunté—. ¿Tú y tus *cuñadas*?

—Bueno, no tendré competencia durante mucho tiempo —dijo muy seria—. En unos meses Henry habrá ahorrado suficiente dinero para comprar una carnicería y dice que entonces podré dejar el

negocio. Y me ha prometido que vivirá conmigo. Esas chicas son unas fulanas.

Pero, por supuesto, Henry continuó con su ristra de chicas hasta el mismo día en que le pilló el FBI. Después de encerrarle Violet vino a verme de nuevo. Tenía un aspecto horrible y me dijo que había estado enferma pero que no había querido preocupar a Henry contándoselo. Además «habría sido egoísta pedirle dinero para el médico cuando tenía que pagar a todos esos abogados. Pero, ¿me harías un favor, Polly? Podrías dejarme que me sentara en tu salón con alguno de tus clientes bebedores, los que no vienen por sexo, para que pueda ganarme algún dinero en propinas?».

Aquel mismo día la llevé a mi médico. Me dijo que tenía un cáncer inoperable y que no duraría más que unos meses. En ese momento yo tenía una pequeña casa de vacaciones en Peekskill así que le sugerí a Violet que quizá le gustaría vivir allí como ama de llaves hasta que *mejorara*. Pero creo que se dio cuenta de lo que le pasaba pues me dio las gracias y me dijo que me lo haría saber. Le pregunté si no quería volver a la casa hasta que se decidiera y dijo que lo haría pero que antes tenía un recado que hacer para Henry. El *recado* era escribirle una carta de despedida. Aquella noche se tiró bajo las ruedas del metro.

A los ajenos al negocio puede parecerles hipócrita que una madame haga distinción entre ella misma y un chulo. «¿Cuál es la diferencia?», se preguntarán. «Ambos trafican con carne, ganan dinero con los cuerpos de las chicas, las emplean y las explotan». Bien, en primer lugar, cuando una chica venía a mi casa no era una cándida inocente. Era una prostituta con todo su plumaje adulto entregada al juego. Consideraba mi trabajo protegerla de la policía, curarla de su adicción si la tenía, ofrecerle cuidados médicos si los necesitaba, defenderla de clientes agresivos, ayudarla a salir de esa vida si surgía la oportunidad y hacer todo lo posible para persuadirla de ahorrar dinero y pensar en el futuro.

Un chulo, no obstante, busca a una chica y la arrastra a esta vida. Lejos de mantenerla apartada de las drogas, es él quien le inculca el hábito. No tiene intención alguna de protegerla de clientes (pues para el chulo el cliente siempre tiene la razón). Hace todo lo que está en su mano para que siga siendo prostituta porque si deja el negocio, sus ingresos se reducen. Y en lugar de ayudarla a ahorrar se queda hasta el último centavo que tiene y la instiga para que gane más.

No pretendo dar a entender que yo era el hada madrina de las putas, ni que ninguna madame lo sea. Pero yo tenía un acuerdo

equitativo de negocio con las chicas y les daba su parte correspondiente. Yo ponía el capital, creaba el negocio y corría el mayor riesgo en lo que a la ley se refiere. Yo invertía dinero, tiempo y trabajo. Las chicas invertían su cuerpo. Si ellas tenían un chulo, no tendrían retorno de inversión.

Uno puede aducir que si no hubiera madames dirigiendo burdeles, no habría chulos para proporcionarles chicas, pero esto es una tontería. No todas las chicas están registradas en un burdel. Muchas de ellas, las menos afortunadas, hacen la calle a las órdenes de sus chulos. De hecho, según las estadísticas, hay menos chicas trabajando en burdeles que haciendo la calle. Es más, solo las arrestadas son fichadas como prostitutas callejeras. Las chicas más cautelosas o afortunadas que no han sido apresadas no están incluidas en los registros.

No puedo negar que odio a muerte a los chulos. Aún así, a la larga, ellos también son víctimas junto a las chicas que explotan, aunque de forma no tan evidente o lamentable. La mayoría de ellos provienen de familias azotadas por la pobreza, adquieren su educación en las calles y en los billares, primero a la puerta y después en la parte de atrás. Su único talento parece ser que tienen un don con las mujeres y lo descubren frecuentando a las busconas de las salas de baile, las camareras y las colegialas que hacen ostentación de su sexo y buscan atención.

El chulo no siente que está haciendo algo malo al poner a sus chicas a trabajar. Él y sus chicas están juntos en esto para sacarle la pasta a los pardillos. Se cree un manipulador listo y no ve nada vergonzoso en explotar mujeres y vivir de sus ganancias. (En su mente, todos los hombres explotan a las mujeres de alguna forma.) Se ve a sí mismo como un empleador o propietario, no como un criminal o un parásito. Considera que al hacerse responsable de sus chicas, manejándolas, metiéndolas en burdeles, sacándolas de la cárcel y enseñándoles el oficio, se gana el dinero que ellas le dan. Las martillea continuamente con que si quieren sobrevivir deben obedecerle sin discutir. A cambio del dinero que ella gana (le dice que no lo conseguiría sin él) él escucha sus quejas y es amable con ella, cuando tiene paciencia y ella ha ganado lo suficiente para satisfacerle. Puesto que estas chicas casi nunca encuentran a otro hombre que cuide de ellas (¿qué hombre quiere amar a una prostituta?) su relación con el chulo constituye el único vínculo humano importante con el que cuentan.

Al igual que la prostituta nunca, hasta el final, es capaz de

percibirse como víctima, el chulo nunca se considera explotado. Se sorprendería si alguien le dijera que vive una vida miserable, despreciado por otros hombres, por las madames a las que conoce y con las que negocia, por los bajos fondos y por la sociedad. Se piensa que es un tipo muy listo, un figura, capaz de ganarse unos pavos y ser un valiente.

Entre los chulos, como entre las prostitutas, hay una variación del uno por ciento, la excepción, el éxito. Conocí a uno al que una madame llamada Cupie mantenía entre lujos. Tenía un burdel en un pueblo, funcionaba abiertamente y conseguía hacer dinero sólo con su negocio. Se lo dio todo a su hombre, cuyo nombre era Jo-Jo (como en la canción *Good-for-nothing Joe*). Jo-Jo vivía a lo grande, era un dandi y un sibarita, y viajaba a Europa cada año. Cupie no podía permitirse siquiera tomarse unos días de vacaciones y finalmente contrajo la tuberculosis debido a la sobrecarga de trabajo y su vida insana. Jo-Jo la trasladó a una casucha en el campo y a los dos días de su partida se lio con una de las chicas de la casa. Cupie se enteró y, sabiendo que iba a morir de todas formas y sin importarle yacer en aquella covacha con sus pensamientos como única compañía, se pegó un tiro en la sien. Jo-Jo era su heredero. Vendió la casa y se fue al oeste, solo. Por supuesto que no se llevó a la chica. ¿Qué pintaba él ahora con una prostituta? Compró un rancho y se estableció en una vida de respetable comodidad.

Conozco a otros cuantos que lo consiguieron: actores, agentes y hombres de negocios que cogieron todo el dinero que caía en sus manos y se marcharon. Pero el chulo medio se convierte en alcohólico o drogadicto y en sus últimos días en mendigo.

Periódicamente, el FBI pone en marcha una ronda y encierra a un montón de chicos que se han convertido en infractores de la ley federal al violar la Ley Mann. (Es la llamada *Ley de trata de blancas*, aprobada por el Congreso en 1910 que prohíbe ayudar, realizar o inducir al transporte interestatal el comercio de mujeres o chicas para propósitos inmorales.) Puesto que los chulos salían a buscar chicas, a menudo eran culpables de transportarlas entre estados y esto les hacía estar en el punto de mira de los federales.

Un arresto del FBI era lo más serio. Cuando te ponen la mano encima ya sabes que serás declarado culpable porque nunca se cansan a menos que te dejen tieso. A diferencia de muchos oficiales locales, no tienden trampas ni hacen redadas para satisfacer a sus superiores. Son hombres inteligentes y honestos y, con razón, el terror de los bajos fondos.

Puesto que ningún chulo pisó jamás mi casa o pudo colocar allí a una chica, y puesto que nunca me he involucrado en ninguna actividad que violase la ley de comercio interestatal nunca me vi implicada en un caso de la Ley Mann. Pero, por supuesto, siempre estuve bajo el escrutinio de los federales, como todas las madames, y algunas que conozco a las que no les importaban los ces y los emes (chulos y maricones), han sido arrestadas en redadas y pasado tiempo junto a sus amigos proxenetas.

* *Referencia al poema de Kipling* The ladies, *1922.*

* *El Registro Social es un directorio de nombres y direcciones de las familias estadounidenses más prominentes que forman la élite social.*

Capítulo 5
Todo el mundo debería ser rico

Un hombre con un millón de dólares solía considerarse rico pero son tantos los que tienen al menos esto hoy en día que un millonario ya no provoca comentarios. Diez mil dólares invertidos hace diez años en acciones de General Motors hoy valdrían más de un millón y medio de dólares. Puede decirse que es un aumento espectacular y que las condiciones serán distintas en los próximos diez años. Puede que esa profecía sea cierta pero no está basada en la experiencia. Creo que apenas hemos empezado. Tengo la firme convicción de que no solo cualquiera puede ser rico sino que debería serlo. [Pero] nadie puede hacerse rico solo ahorrando. El simple ahorro se parece mucho a la política socialista de dividir y de igual forma se enfrenta a la misma objeción de que no hay suficiente para ahorrar.

JOHN J. RASKOB, citado en la entrevista *Todo el mundo tiene que ser rico*, aparecida en el *Ladies' Home Journal*.
Agosto de 1929.

I

Supongo que casi todo el mundo entenderá fácilmente por qué despreciaba a los chulos y los traficantes pero al ciudadano medio cumplidor de la ley le costará estar de acuerdo conmigo en mi odio hacia los policías a menos que él también, en alguna ocasión, haya tenido un conflicto con esos perros retorcidos. No me molesta el policía honesto y pude permanecer en el negocio gracias a los del tipo deshonesto. Pero los miembros de la gendarmería que realmente me sacaban de quicio eran los muchachos que creían en el doble juego y que no se habrían inmutado si su propia madre se encontrara en medio.

No obstante, no puede negarse que los muchachos iban acordes con los tiempos. Se estaba poniendo de moda ganar dinero de cualquier forma, excepto trabajando. Y no eran solo los que hacían trampas a las cartas y los más listos los que tenían ganas de hacerse ricos rápidamente. Los magos como Ivar Kreuger y Samuel Insull[*] hacían horas extras agitando sus varitas para educar al pequeño pueblo y los capitanes de la industria como John J. Raskob[**] apremiaban a todo el mundo a ponerse manos a la obra. Así pues, una vez asegurado que «los viejos preceptos que contrastaban la inmoralidad de la especulación con la moral de la inversión sólida no tienen ninguna base», en todo el país, para participar en el

pasatiempo nacional de invertir sin tener ni idea, las esposas de los granjeros sacaban los ahorros de las cajas de galletas, las institutrices sacaban los ahorros de su vida y los oficinistas canjeaban los bonos guardados para la universidad del pequeño. Después de todo, «ahorrar no debe considerarse un plan financiero: el camino a la riqueza es colocarse en el extremo del beneficio de la producción» y si podías conseguir algo de pasta entonces podías sentarte y dejar que trabajara por ti.

En lo que respecta a los chicos de azul, sangrarme a mí y a otras madames era el atajo más a mano en su «camino a la riqueza». No les importaba acosar a mujeres, no era una época especialmente caballerosa. Incluso una figura tan popular como Belle Livingston había cumplido una sentencia de treinta días por dirigir un club nocturno y Mae West pasó diez días en la isla[***] por aparecer en una obra titulada *Sex*. Y en 1927, Ruth Snyder fue la primera mujer en morir en la silla en Sing Sing, una noticia que un tabloide consideró tan sabrosa que abrió el apetito de su público con el anuncio de que iba a «cocinarse, chisporrotear ¡Y FREÍRSE!».

Sin embargo, aunque estaba resignada a la extorsión *no* me resignaba a incluir una carcajada y a hacer una fiesta al pagar, especialmente cuando todo lo que conseguía por mis esfuerzos era un primer plano del trasero de un impresentable. Pero ¿qué podía hacer? Los tramposos que asistían a la partida eran oficiales de la ley y pensaban seguir sacando tajada hasta que el juez Seabury[*] les quitó las sillas de debajo del culo.

Aquella temprana mañana de mayo de 1928 que iba a ser uno de mis días menos favoritos comenzó con una llamada de un poli cuya mano yo untaba tan a menudo que fue un milagro que el teléfono no se le resbalara.

—Hola, Polly —dijo—. Soy Bill. Uno de los muchachos de la central va a ser ascendido a teniente y queremos dar una fiesta en tu casa esta noche. Nada de gente de fuera, ¿entendido?

—Entendido —contesté.

—Jenny the Factory o Sadie the Chink habrían estado encantadas de que eligiéramos sus locales —prosiguió—, pero te hemos elegido a ti porque sabemos que le darás a todo el toque de Park Avenue. Solo lo mejor, ¿vale? Tom es un tipo excelente y va a ser el jefe de la zona en la que tú trabajas así que, si eres lista, harás todo lo posible por hacernos pasar una buena velada.

—¿Cuántos seréis en la fiesta? —pregunté, pidiéndole a dios que se fueran donde Jenny o Sadie.

—Diez. Nos vemos a las ocho.

Me arrastré fuera de la cama, reacia a comenzar los preparativos para recibir a invitados malvenidos que no pagan. No quería pensar por cuántos billetes de cien me iba a salir la noche. Algo me decía que antes de que terminara la celebración estaría retorciéndome las manos y recordando la clásica recapitulación del llanto sobre la leche derramada: debería haberme quedado en la cama.

A las ocho en punto llegaron los de la fiesta —quince en lugar de diez— y pronto dejaron claro que intentaban ver lo rápido que podían transformar un lugar civilizado en el facsímil razonable de una pocilga. Un tipo especialmente borracho y repulsivo me acorraló en una esquina y de forma ominosa anunció que se llamaba Johnny. Reprimí el impulso de decirle que sin duda le habían puesto el nombre por el aparato sanitario* y simplemente dije que era un nombre fácil de recordar.

—Sí, bueno, no vas a tener oportunidad de olvidarlo —me dijo—. Me acaban de transferir a la Cuarta División y parece que voy a cumplir mi objetivo en la vida.

—Más poder para ti —dije—. ¿Cuál es ese objetivo?

Sonrió con una gran mueca grasienta.

—¿Tú que crees? Hacer una redada en casa de Polly Adler, ese es mi objetivo.

—Oh, venga, Johnny —dije siguiéndole la corriente mientras pensaba qué dirección tomar—. No soy *tan* mala. ¿No te gusto?

—Eso no tiene nada que ver —dijo—. La cuestión es que eres carne de periódico, hermana. Cuando hay una redada en casa Adler aparece en los titulares, ¿sabes? Y mi jefe quiere titulares y va a apoyar a los muchachos que se los consigan. Así que cuando te miro, Polly, estoy mirando mi ascenso.

Este encantador *tête-à-tête* fue solo el aperitivo de las delicias de la noche. Según la fiesta se iba animando, progresó —o degeneró— de dura a tumultuosa, de vulgar a repugnante. Uno de los muchachos había asaltado el armario de los licores y, después de sacar una caja de *champagne*, abría las botellas de dos en dos. Con una sonrisa fija en mi rostro, tuve que quedarme ahí y verlos salpicar los muebles de bebida, pisar colillas de cigarrillos y puros sobre la alfombra, quemando, dañando y manchando aquello que no destrozaban.

Alrededor de medianoche me llamaron por teléfono y mis piernas cedieron cuando escuché la voz de mi prima anunciando que mis

padres y mis cuatro hermanos acababan de llegar desde Rusia. Después se puso mi madre al teléfono. La única frase coherente que salió de aquel intercambio tan cargado de emoción fue mi promesa de salir hacia Brooklyn inmediatamente.

La sorpresa de la inesperada llegada de mi familia me hizo sentir mareada y con náuseas y, allí de pie junto al teléfono, comencé a sollozar. En cuanto pude recomponerme le pedí a las criadas que se hicieran cargo pero, mientras cogía el sombrero y el abrigo alguien gritó:

—¡Hey, Polly, ven aquí! —A lo que siguió, después de ver mi atuendo— ¿Dónde demonios crees que vas?

—Escuchad, chicos —dije—. Mi familia acaba de llegar de Rusia. Llevo quince años sin ver a mi madre.

—¿Y qué? —gritó un borracho— ¡Quítate el maldito abrigo y diviértenos!

Si desobedecía la orden de sus majestades significaría una redada tras otra, quejas, mudarse constantemente, la triste ronda de apaciguamientos, sobornos y mayores y mejores chantajes.

—Dejad que haga una llamada —contesté, quitándome el abrigo.

La fiesta terminó a las seis de la mañana. Me duché y me puse unas compresas en los ojos para eliminar los signos de cansancio que sabía que estaban ahí. Temía la idea de abrazar a mi madre y mirarla a los ojos. Era una hermosa mañana pero durante el camino hasta Brooklyn me abrumaba la cuestión de cómo mantener en secreto mi profesión. Había sido lo suficientemente lista para no entrar en la cárcel, de ascender en mi profesión, pero ¿sería capaz de ocultarle a una madre la vida de su hija? Sabía que tendría que mentir como nunca para cubrirme.

Cuando el taxi se detuvo frente a la casa de mi prima, todos llegaron corriendo a saludarme. Allí estaban Mamá, Papá y los cuatro hermanitos, dos de los cuales nunca había visto. Mi madre me abrazó y lloró y me llamó su niñita. Papá me dio un beso en la mejilla y mis hermanos pequeños sonrieron nerviosos y estrecharon mi mano.

Durante toda la mañana me senté con la familia alrededor de la mesa de la cocina, cabeceando al sol. La charla trataba sobre su viaje y sobre Yanow, y yo estaba agradecida de que no preguntaran demasiado sobre mí. Estaba demasiado cansada para inventar mentiras. Más tarde, me eché una siesta y al despertarme me enteré de que Lena y Yossell habían llevado a mis padres a buscar

apartamento así que cogí a los chicos, los llevé a Pitkin Avenue y les compré ropa nueva. Estaban encantados y no paraban de decir «¡Ahora parecemos americanos!». Para ponerle el broche a la tarde fuimos a la cafetería de una farmacia y pedí bebidas de chocolate para todos. Pero cuando se las pusieron delante los chicos no tenían ni idea de cómo proceder. Leon incluso olisqueó la pajita para ver si también debía comérsela. Recuerdo lo confusos que se les veía porque esto se considerara una sorpresa. A ninguno le gustó la bebida con burbujas pero pensaron que debían terminárselas por educación.

Mis padres encontraron un apartamento de seis habitaciones y me quedé en Brooklyn para ayudarles a elegir muebles e instalarse. Aunque esto implicaba un gasto considerable, madre no parecía sorprendida de mi prosperidad. ¿No es América la Tierra Dorada? Cuatro días después ya estaban todos instalados y pensé que era el momento de volver a mi casa.

Cuando llamé para decir que volvería al día siguiente, contestó un hombre y pregunté quién era.

—La policía. ¿Es usted Polly?

—¿Quién es usted?

—Soy Johnny, el nombre que no iba a olvidar, ¿recuerda?

—No deberías darme estos sustos, Johnny. Pensé que era algún poli desconocido.

—Hoy *soy* un poli desconocido. Estoy aquí por trabajo. Pero quizá cambiaría de opinión si vinieras aquí de inmediato.

Dije que estaría ahí enseguida. Les di unas cuantas disculpas rápidas a mis padres, prometí volver en unos días y tomé un taxi. De vuelta a Nueva York seguía pensando: «Johnny está de broma; probablemente solo necesite unos cuantos cientos extra. No puede ser tan mezquino de entregarme».

Cuando metí la llave en la cerradura Johnny abrió la puerta con una sonrisa de superioridad en el rostro. Le seguí hasta el salón donde tres de mis chicas estaban sentadas con un par de policías.

—Aquí está, muchachos —dijo Johnny señalándome con el brazo —. La reina en persona.

—Luego se volvió hacia mí—. Menos mal que no dudaste en venir. Sin ti el arresto no tendría tanto glamur.

Aún no podía creerme que fuera un arresto.

—Estás hecho un bromista —dije con una débil risa.

—¿Quién está de broma?

—¿No irás a entregarme? Llevas horas ahí sentado. No has visto

cometerse ningún delito y no ha venido ningún hombre.

—¿Y qué? —contestó Johnny cambiándose el chicle de sitio—. Nos sacaremos de la manga un Perico de los Palotes.

Se acercó hasta el bar y se sirvió una bebida. Al darse la vuelta vio la expresión de mi cara, debía de ser odio puro y duro.

—Su Alteza —dijo haciendo una reverencia—. ¿Cómo prefiere el traslado? ¿En un furgón policial o en nuestro coche?

Nos llevaron a la comisaría del distrito y nos ficharon y me acusaron de conseguir chicas para propósitos inmorales. No importaba que ni siquiera estuviese allí cuando los polis entraron en el local. Una trampa es tan buena para un arresto como algo real, al menos al principio y, en ocasiones, en todo el proceso. Y no importaba a quién detuvieran los muchachos mientras que cumplieran su cuota mensual de arrestos. (Tres años más tarde el Informe Seabury tuvo que decir esto sobre los casos fabricados: «La diligencia y eficacia de los miembros de la Brigada Antivicio eran valoradas según el número de arrestos realizados y las condenas que conseguían mensualmente. El testimonio muestra que cuando se acercaba el final del mes y el registro de arrestos y condenas era bajo, los oficiales arrestaban a mujeres de forma indiscriminada y fabricaban casos contra ellas hasta que el número de arrestos era el suficiente para que el expediente de los oficiales llegase al número deseado.»).

El caso se demoró una semana y aunque finalmente se desestimó por falta de pruebas yo estaba lo suficientemente enfadada con mi *amigo* Johnny como para hacerle pedazos. ¡Aceptar mi dinero, disfrutar de mi hospitalidad y después pagarme con una falsa redada! Pero yo no era una chivata y tuve que aguantarme.

En cuanto quedé libre me apresuré de vuelta a Brooklyn y la otra mitad de mi *doble vid*a. Aquel verano, cada vez que podía, pasaba tiempo con mi familia pero empecé a temer más y más estas visitas. Puesto que debía estar siempre en guardia, controlando cada palabra y pensamiento, estar con mis padres suponía mucha tensión. Tuve que dejar de ser yo misma, dejar mi yo, por así decirlo, en el umbral, del modo en que los musulmanes dejan sus zapatillas a la puerta de la mezquita. Amaba a mis padres pero ya no quedaba comunicación real entre nosotros. No podía haberla.

La única forma en la que podía expresar mis sentimientos era llenándoles de regalos y dinero. Cada vez que compraba algo para mi casa, les compraba algo a ellos. Pero debía acordarme de quitar las etiquetas de los precios pues mi madre estaba segura de que no tenía

ni idea del valor del dinero e incluso pensaba que en Macy's me cobraban de más a propósito. Por supuesto, no podía evitar preguntarme si aceptaría algo de mí si supiera cómo había conseguido el dinero. Pero ¿qué ganaba confesando? Sabía que no iba a dejar mi casa hasta haber ganado lo suficiente para retirarme y de la forma en la que crecía mi cuenta bancaria como resultado de ganancias de la bolsa que recibía, no pensaba que el día estuviera muy lejos… No, contárselo a mis padres solo les supondría una enorme pena. El silencio, y no la honestidad, era la mejor política.

II

En ese momento jugaba continuamente en bolsa e invertía mis ganancias en acciones bonos del Estado (o eso pensaba entonces). Uno de mis buenos amigos era oficial de la Brigada Antivicio, a quien llamaré Irwin O'Brien, y yo le compraba acciones con su dinero, transfiriendo después las acciones a su cuenta. Todas estas transacciones comenzaron a controlarse de forma intensiva tres años después durante la investigación Seabury y con terribles resultados para el pobre Irwin, aunque solo era culpable de seguir mis consejos.

De forma indirecta, mi amistad con Irwin podía remontarse hasta Joan Smith, pues fue ella quien me presentó a una muchacha llamada Mae Duffy, a través de la cual me hice amiga de Irwin. Mae había trabajado para mí por primera vez años antes pero cuando comenzó a juntarse con Tommy Pennochio y se convirtió en drogadicta la eché de la casa. (Pennochio fue uno de los hombres condenados durante el juicio de Lucky Luciano y ahora cumple una condena de treinta años.) Pensé que era el final de Mae, al menos en lo que a mí respectaba, pero apareció tres años después diciendo que estaba curada. No estaba segura de que estuviera diciendo la verdad pero estaba pálida y delgada con un aspecto tan patético que no pude rechazarla.

En aquel momento tenía a una preciosidad llamada Marcia trabajando para mí. Era una *chica Ziegfield* pero necesitaba dinero extra porque mantenía a su madre ciega. (Sinceramente, conocí un día a su madre y me pareció una señora completamente desamparada.) Admiraba sinceramente a Marcia. Muchas otras coristas habían trabajado para mí pero ella la primera que tenía un motivo distinto al de ganar dinero para comprarse cosas. Marcia y Mae se hicieron muy amigas para mi desagrado porque pensaba que Marcia era demasiado nueva e inexperta para andar por ahí con Mae.

Una noche Marcia no apareció después del teatro y Mae, que había salido sobre las once, supuestamente a comprar un refresco, tampoco volvió aquella noche.

Tres noches después, cuando por fin aparecieron las culpables, Mae iba hasta las trancas y Marcia parecía haber estado bebiendo todo el tiempo. Las acompañaba un camarero de color que dijo que las chicas le debían setenta y cinco dólares; tras pagarle, lo que les dije a aquellas chicas no merece la pena mencionarse.

Estaba especialmente molesta con Marcia a quien prácticamente había colocado en un pedestal. Le dije que debía irse porque no podía hacerme responsable de que adquiriese el hábito de las drogas por asociación con una chica en mi casa.

—Has hecho todo esto por tu madre —le dije—. ¿Vas a tirarlo todo por la borda ahora? Dices que no te has drogado pero lo harás si sigues por este camino. Una de las chicas te llevará a casa ahora y no quiero que vuelvas ni que intentes contactar jamás con Mae. Trata de recuperar tu empleo en Follies si te han echado por faltar estos tres días. Pero hagas lo que hagas, aléjate de eso y de cualquiera que esté conectado con ello.

En cuanto se fue, me ocupé de mi otra niña problemática pero mis sentimientos hacia ella eran de todo menos compasivos. Mae tenía los ojos vidriosos y estaba atontada, y tenía ganas de darle una tunda. Estuvo riéndose tontamente durante toda mi regañina.

—Nos perseguían y nos perseguían —decía entre risitas—. Intentamos huir pero nos perseguían.

—¿Quién os perseguía?

—Ellos. No dejaban de preguntar dónde vivías pero nosotras no se lo dijimos. Te salvamos, te salvamos, te salvamos…

Alguien llamaba a la puerta. Tomé a Mae por los hombros y la sacudí hasta que le castañetearon los dientes.

—¿Quién os perseguía? ¿Quién os preguntó? ¡Dímelo!

La cabeza le quedó colgando del cuello. Sonrió de forma estúpida.

—Polis —rio tontamente.

En ese mismo instante entraban a zancadas en el salón, seis de ellos.

Lo de siempre, una redada de cuota, y no aceptarían dinero por respuesta. Aunque no había clientes en la casa en ese momento, siete chicas, dos criadas y yo, fuimos a la comisaría y nos ficharon. Pagué la fianza y eso fue todo. Estaba preocupada por Mae, no sabía qué podía hacer o decir, pero estuvo callada hasta que estuvimos de vuelta en casa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—, gracias a Dios que los polis no encontraron lo que había escondido.

Se tambaleó hacia el bar, alargó el brazo y sacó un paquete grueso de papel blanco. Se lo arrebaté de las manos y rasgué el envoltorio. Un polvo blanco azucarado se derramó sobre la alfombra. Sabía que era droga y sabía que Mae debió haberla escondido cuando vino la policía. Estaba fuera de mí.

—¿Sabes lo que podrían haberme hecho? —le grité—. ¡Podría haberme caído una buena condena por posesión! ¿Quién hubiera pensado que traerías esto? ¿Quién habría creído que yo no sabía que estaba aquí?

Caminaba de un lado a otro, injuriando contra ella. La idea de que podía haber ido a la cárcel durante años me asustaba tanto que casi no era consciente de lo que decía y el viaje a la comisaría había espabilado a Mae lo suficiente para que mis palabras le hicieran mella. No podía dejar de llorar. Tirada en el sofá, aún con el abrigo puesto, las lágrimas corrían a raudales por su blanco rostro.

—¡Sal de mi casa! —le grité al final.

—¿Pero adónde iré? ¿Adónde puedo ir?

Se levantó, osciló alocadamente y cayó de rodillas, apretando su cara contra mi falda. Ahora que su voz estaba amortiguada por la tela y ronca por el llanto, sonaba como Joan. Mis ojos también se llenaron de lágrimas. Cuando Mae no estaba drogada tenía cierto orgullo en su porte, cierta arrogancia. No podía verla humillarse así. Todo aquello me recordaba penosamente a Joan, despertando mi sentimiento de culpa e impotencia hacia ella.

—¡Está bien! Puedes quedarte, pero vas a curarte. Aquí y ahora.

—Hazlo —dijo, medio gritando como loca—. No sabes cómo odio el mono. Haré lo que digas, Polly, por Dios que lo haré.

Mae dijo que prefería acabar con esa agonía lo más pronto posible así que también podía optar por el tratamiento de choque lo que significaba que no habría retirada gradual. Se le retirarían todas las drogas a la vez y, si la paciente sobrevivía, estaría curada en cinco días. No tenía constancia del condicional o no lo habría hecho de esa forma. Pero Mae no iría a un sanatorio y, de todas formas, en la mayoría de ellos un yonqui listo podía conseguir drogas.

El primer paso fue administrarle un laxante. Cuando llegara el momento de la dosis, comenzaría la cura en sí. La instalé en mi dormitorio. Me sonrió y me dijo:

—Será mejor sacar de aquí los objetos punzantes —Fue la última vez que sonrió.

Le tocaba la dosis a las cuatro de la tarde. Me senté con ella, trabajando en mi mesa, mientras ella yacía en la cama mirando al techo. Le echaba un vistazo de vez en cuando y observé que seguía mirando el reloj de mi tocador. Mientras la manecilla cruzaba las cuatro y se arrastraba lentamente hasta las cuatro y media, no dejaba de retorcerse los dedos, chascando los nudillos. Daba vueltas en la cama hasta que finalmente se levantó y fue hasta una silla. Pero no se quedó ahí mucho tiempo. A continuación se quedó de pie junto a la ventana y después empezó a caminar de un lado a otro, pasándose las manos por su larga melena pelirroja y mordiéndose los labios. Siguió haciendo la ronda, de la cama a la silla, a la ventana y vuelta a empezar.

Sobre las seis, bostezó y se estiró. Durante las dos horas siguientes estuvo bostezando casi constantemente, unas enormes bocanadas que agitaban todo su cuerpo. Me resultaba difícil quedarme con ella en la habitación porque los bostezos son contagiosos y pronto me dolía la mandíbula de imitarla. Entonces comenzó a temblar violentamente y se quejó de que hacía frío.

La pesadilla se cernió sobre nosotras. Mae no podía parar quieta. Primero se enrollaba en un capullo de mantas y se tumbaba boca abajo, escondiendo la cabeza bajo una montaña de almohadas. Después se erguía, se tiraba cuan larga era en la cama, quejándose y jadeando y comenzó a suplicar de forma incoherente, arrastrándose fuera de la cama para caminar de un lado a otro, con las mantas a rastras con una reina en su túnica real. Caminaba con la cabeza gacha, encorvada. Los labios tirantes dejaban ver los dientes. Parecía un animal salvaje. Se apresuraba junto al radiador y ponía las manos encima, protestando irritada por el frío para, un momento después, pedirme que abriera la ventana, estaba sofocada.

Me asusté aún más cuando Mae comenzó a respirar de forma extraña, aspirando ansiosamente el aire como quien ha estado corriendo. Hacia el atardecer, se le puso la carne de gallina como jamás había visto. Su piel, normalmente suave y cremosa, se puso azul. Ahora la piel parecía haberse llenado de ronchas. Parecía sin duda la piel de un pavo, de donde esta cura toma su nombre.*

Mae dijo que no podía respirar por la nariz y en dos horas usó dos cajas de pañuelos, sonándose agresiva, sonora y constantemente la nariz, como si tuviera un fuerte resfriado. Por fin, para mi intenso alivio, de repente se quedó completamente dormida, perfectamente tumbada y respirando de forma natural. Me eché en el diván. Estaba cansada pero imaginé que Mae estaría mejor cuando despertara.

En lugar de eso me encontré con una loca chillona. Se agarraba la garganta y juraba que se estaba asfixiando, rogándole a Dios que la ayudara, estornudaba, lloraba, sollozaba, se tiraba de la cama al suelo, gritaba y volvía a subir de un salto. Quité el colchón de la cama y lo puse junto al radiador (¡se estaba congelando! me gritaba) y la coloqué allí. Tenía un gran hematoma en la frente allí donde se había golpeado con el suelo. Pero en un instante se levantó y cargó contra mí, sacudiendo los puños y después arañándome la cara. Intentó abrir la ventana y tirarse y cuando llamé a una de las criadas para que ayudara, se resistió con tal ferocidad que nadie más quiso entrar en la habitación después de aquello.

Le entró diarrea, vomitaba casi constantemente y gritaba que le había estallado el apéndice. Realmente asustada le examiné el abdomen, sabiendo que si el apéndice estaba inflamado el músculo de encima estaría más rígido que en el otro lado. Entonces vi que tenía una cicatriz ahí; le habían quitado el apéndice hace años.

Sufría violentos calambres en los músculos abdominales y las piernas, gritaba tan alto que estaba segura de que alguien vendría a investigar. Cuando se golpeó la cabeza contra el suelo y después se arrastró a lo largo de la pared golpeándose contra ella, temí no poder controlarla más y fui a ver si había alguien fiable para ayudar.

Entre los que se encontraban en el salón vi a un muchacho incondicional que yo sabía que era policía, aunque no conocía su nombre. Le llamé al vestíbulo y se presentó como Irwin O'Brien.

—Señor O'Brien —dije—, tengo un problema. Tengo aquí a una chica a la que estoy intentando curar de su adicción. ¿Podría ayudarme con ella?

Me miró atentamente.

—¿Tratamiento de choque? —Yo asentí—. Eso es arriesgarse mucho, ¿no?

Escuché un momento; en la habitación había un silencio ominoso.

—No puedo quedarme aquí hablando con usted —dije—. Está sola ahí dentro —Y volví con Mae. Me sentí aliviada cuando me siguió. Aunque no lo había dicho, tenía la sensación de que ayudaría.

En cuanto abrí el cerrojo Mae se lanzó contra mí. O'Brien la tomó en sus brazos y dejó que le pegara. La sujetó hasta que se quedó sin fuerzas y entonces la echó con cuidado sobre el colchón y la arropó. Su mirada era amable cuando se arrodilló, observándola, y Mae debió darse cuenta porque tomó su mano y la sujetó.

Las criadas se negaban a entrar en la habitación bajo ningún concepto. Estaban asustadas y disgustadas y no podía culparlas pues

Mae estaba tan débil que tenía incontinencia. Me arrepentí de haberme involucrado en algo así pero ahora no podía echarme atrás o todo lo que ya habíamos pasado no habría servido de nada.

El sudor manaba de cada poro del agotado cuerpo de Mae, empapando su camisón y las sábanas. Yo las cambiaba constantemente y cuando hubo que bañarla O'Brien la llevó y trajo del baño. Cuando Mae se intentaba lesionar, O'Brien la sujetaba, dejando que atizara sus sólidos hombros, o cazándola al vuelo cuando se lanzaba contra la pared.

Al final del cuarto día, temí que no sobreviviera. Tenía las mejillas hundidas, los párpados hinchados y azules, los labios morados y la boca arrugada en una pequeña O. Los ojos entreabiertos solo mostraban el blanco. No comía, solo bebía agua, y solo si se la daba O'Brien. El día anterior tuvimos que colocarle un cartón entre los dientes para evitar que se destrozara los labios. Ahora yacía completamente quieta. Estuvo tranquila todo el día, sin moverse, apenas respirando. Me senté junto a su cama aquella noche, asustada hasta de las sombras de la habitación, inclinándome cada tanto para comprobar su respiración. Hacia la tarde, me desplomé sobre la silla y me quedé dormida. No podría haber permanecido despierta, había consumido todas mis fuerzas de reserva.

Cuando abrí los ojos un rayo de luz cruzaba la cama, resplandecía blanco sobre las delgadas manos de Mae. Elevé la mirada hasta su pálido rostro.

—Gracias, Polly —dijo con el más débil de los suspiros.

Aquello había acabado.

Salí a dar un paseo, la primera vez que abandonaba la casa en cuatro días y cuatro noches. Cuando regresé, cambié las sábanas de Mae y le di un baño, la empolvé y cepillé su larga melena roja. Se la recogí detrás con una cinta azul; parecía una niña enferma.

—Si supieras por lo que acabas de pasar, no volverías a acercarte a las drogas el resto de tu vida —dije.

—Lo sé. Estoy curada —Aún tenía la lengua gruesa e hinchada—. Puedo notar la diferencia. No sé cómo darte las gracias.

Tomé una hoja de papel y la doble como el paquete de drogas que Mae había escondido de la policía y lo dejé en su mesilla de noche, a su alcance.

—Te creo —contesté—, dejo esto aquí como prueba de ello.

—No me tomes el pelo, eso se ha acabado para siempre —

Consiguió sonreír—. ¿Podría beber algo de agua? Tengo la garganta seca.

—Claro.

Salí de la habitación pero una vez fuera volví de puntillas y me quedé mirando por la puerta abierta mientras la mano de Mae se deslizaba lentamente sobre la mesa hacia el papel doblado. Volví a entrar en la habitación, cogí el papel y le crucé la cara.

—Solo estaba de broma —gritó—. Sabía que estabas mirando. No lo habría cogido por nada del mundo.

Después del alivio que supuso creer que Mae estaba curada, la decepción fue terrible. Me sentí como una tonta por malgastar mi tiempo con una yonqui. Sin embargo, la envié al campo y, aunque me esperaba lo peor, se mantuvo alejada de las drogas. En lugar eso, como muchos adictos después de desintoxicarse, comenzó a beber en exceso y al final se convirtió en alcohólica.

Tras pasar aquella terrible experiencia juntos, Irwin O'Brien y yo nos hicimos buenos amigos. Puesto que era tan discreto como amable, era la persona ideal con la que aventar mis cuitas y no podía hacerle mejor cumplido que decir que cuando estábamos juntos me olvidaba de que era policía. Aunque llevaba bastante tiempo en el departamento y tenía una familia de cuatro miembros, seguía siendo un vividor y siempre estaba corto de dinero, así que comencé a darle los consejos sobre bolsa que obtenía de los peces gordos de mis clientes. También insistí en que abriera una cuenta de ahorro. Mi único deseo era pagarle su amabilidad y verle salir adelante pero debido a su asociación conmigo le echaron del cuerpo con deshonor.

III

A finales de 1929, aunque ganaba mucho dinero, mi suerte pareció cambiar. Nada iba sin sobresaltos. Había pequeñas molestias constantes. En parte, por supuesto, porque mi pequeña Lion ya no estaba conmigo. En 1928 su salud empeoró de forma alarmante y finalmente, a pesar de sus violentas protestas, la llevé al médico. Me dijo que debía haber estado sufriendo durante años una anemia falciforme y que la enfermedad se encontraba en su fase terminal. No podía contárselo a Lion pero le expliqué que estaba gravemente enferma y que debía tomarse un largo descanso. Pensé que quizá querría volver a Carolina pero cuando se negó conseguí que una sobrina viniera al norte para cuidar de ella. Murió en primavera, tras seis meses de enfermedad… En cierto modo creo que le debo a Lion

más que a cualquier otra persona que haya conocido. Me hizo creer no solo en mí misma sino en otros seres humanos.

Junto con mi preocupación por Lion, a finales de 1928 llegó el asesinato de Rothstein y, como ya he contado, desde el momento del arresto de George McManus hasta su absolución yo estaba en ascuas, temiendo tener que testificar. Otra de las preocupaciones de ese momento es que dos de mis chicas eran amantes de policías y si alguna de ellas encontraba algo en la casa que no fuera de su agrado, una palabra a su amante y cerrarían mi establecimiento y acabaría en la trena.

El quince de febrero tuvo lugar la *Matanza de San Valentín*, el tiroteo que acabó con siete matones en un garaje de Chicago, que causó una riada de titulares por todo el país. Y el treinta y uno de marzo fue el sabotaje del domingo de Pascua, que también fue un asunto interno pero que no causó ninguna agitación porque nunca fue denunciado a la policía ni a ninguna otra persona.

El domingo de Pascua yo siempre les daba el día libre a las chicas y a las criadas y cerraba la casa. Ese año había planeado ir a pasar el día de fiesta a Brooklyn con mi familia. Pero cuando dos chicas nuevas, Bobbie y Jane, me invitaron a su apartamento a cenar con mi plato favorito como cebo, langosta con salsa italiana, acepté. Estaba cansada y tensa, con los nervios de punta y sabía que al menos con Bobbie y Jane podría relajarme y ser yo misma. No tendría que dejar a Madame Polly en la puerta.

Debería haberlo hecho. Tuve la corazonada de que algo iba mal cuando conocí a los novios. Estaban sentados uno junto a otro en el sofá cuando entré y ninguno de ellos se levantó. El joven más moreno, llamado Gipsy, era alto y apuesto, como los héroes románticos de las revistas. Tenía las cejas oscuras y rectas sobre unos ojos negros somnolientos, su pelo brillaba como el charol. Pensé que quizá era un chulo. Pero el otro, Ed, me tranquilizó. Parecía un buen chico. Tenía aspecto joven, llevaba gafas y tenía cierto tímido encanto. Parecía un estudiante de postgrado lo que, de algún modo, era.

Después de cenar Ed y Gipsy desaparecieron. Bobbie dijo que habían ido a por cigarrillos. Cuando volvieron dos horas después dijeron que se habían parado en un bar. Jane se sentó al piano, pasando los dedos por las teclas.

—Gipsy —dijo—, no me enfadaré por haberte quedado por ahí si nos cantas algo.

Se puso en pie junto a ella y cantó *When the Day is Done*. Cuando

acabó, Bobbie hizo un comentario peculiar.

—Me alegro —dijo.

De vuelta a mi apartamento me sorprendió encontrar todo apagado. Entonces recordé que era domingo de Pascua y no había nadie en casa. Entré, tropecé con algo y caí todo lo larga que soy al suelo. Cuando encendí las luces vi que había tropezado con algunos libros que habían sacado de la librería. Las mesas estaban volcadas, las cortinas fuera de sus barras, los cuadros por el suelo, la tapicería rasgada y el relleno esparcido por las alfombras. En mi dormitorio los cajones estaban fuera de la cómoda y el contenido tirado por el suelo. El armario estaba prácticamente vacío, todos los vestidos echados a perder y tirados por cualquier sitio. Entonces vi que faltaba mi chaqueta de astracán ruso. Y mis martas. Corrí hacia el comedor. La plata había volado. Faltaba todo aquello que podía empeñarse. Me habían limpiado.

Sabía que el robo era un trabajo desde dentro. No habían forzado las cerraduras y el ascensorista no recordaba a nadie extraño o sospechoso. Me senté en mitad del estropicio e intenté averiguar cómo lo habían hecho. Recordé a una criada a la que había despedido hacía unas semanas; tenía una llave del apartamento. Me había dicho por teléfono que le había dejado la llave a Bobbie para que me la devolviera.

Llamé a Bobbie y le pregunté por qué no me había dado la llave.

Ella se rió. Puso la mano sobre el auricular y pude oírla repetir mis palabras. Entonces oí reírse a Jane.

—Puedes imaginártelo, ¿no? —dijo.

Podía. Me enfurecí.

Ella se reía de mi furia.

—Claro, Polly, tienes razón. Estábamos esperando el momento en que la casa estuviera desierta —Después habló muy despacio—. Polly, ¿qué piensas hacer? ¿Llamara a la poli?

Colgó. Encolerizada como estaba, no podía llamar a la policía y ella lo sabía. Me puse a arreglar el lugar y después de un par de horas de trabajo no tenía tan mal aspecto. Según mejoraba mi ánimo, comencé a canturrear alegremente hasta que me di cuenta de que estaba cantando *When the Day is Done*. Volví a enfurecerme. «Cuando el trabajo está hecho», quería decir Gipsy.

Unas noches más tarde aquella misma semana me crucé con Bobbie por la calle. Llevaba puesto mi astracán ruso.

Aunque la guerra entre bandas seguía siendo desenfrenada en los Estados Unidos, la escena internacional no podía ser más pacífica. El verano de 1929, el Gran Ingeniero*, que sucedió a Coolidge, proclamó que el Pacto Kellogg-Briand entraba en vigor lo que significó que las sesenta y dos naciones firmantes no volverían a entrar en lucha. (Supongo que si se leía la letra pequeña había bastantes agujeros.) De todas formas, me pareció un buen momento para empezar a ver mundo y planeé un viaje de tres meses que me llevaría a las cataratas del Niágara, Montreal y Quebec y después a Europa.

Llegué a Montreal la última semana de octubre pero en lugar de hacer turismo pasé los días en una correduría doblada sobre el telégrafo incapaz de creer lo que veía. Abandonando toda esperanza de continuar el viaje, volví a Nueva York a toda prisa y me encontré el apartamento inundado de telegramas de mi corredor de bolsa, pidiendo reservas. Todo lo que tenía estaba invertido en acciones y, como muchos otros, no podía liquidar mis propiedades. Demasiado paralizada como para quitarme siquiera el sombrero y el abrigo, me senté en aquel apartamento vacío durante horas, pensando en cómo arreglar la situación. Después de trabajar y planificar todos estos años, un giro del destino y me encontraba de nuevo sin blanca. Y ahora, pensé con tristeza, tenía una familia a la que cuidar.

Por todo el país la gente se sentaba desconcertada igual que yo, intentando comprender qué había ocurrido con todo ese dinero. Un momento estabas en la cima del mundo y al siguiente te encontrabas en la calle y ese *mundo* sobre el que habías estado era un globo desinflado. A los locos años veinte les quitaron la locura de golpe. En unas pocas semanas se convirtieron en los llorones años veinte y la gente renqueaba lamiéndose las heridas.

Pensé que mi negocio se derrumbaría pero ocurrió justo lo contrario: tenía casi más clientes de los que podía ocuparme. Los hombres querían salir y olvidar sus penas, correr un tupido velo, al menos temporalmente, sobre aquellos titulares que cada día hablaban de más bancarrotas y suicidios. La salida más fácil, por supuesto, era el alcohol y durante los meses siguientes al crac tuve los mayores beneficios en el bar. El *champagne* a treinta dólares la botella se vendía como refrescos, pero incluso se me dieron bien las bebidas menos sofisticadas. Las criadas agitaban una botella de cerveza hasta que tenía espuma y así daba para llenar tres vasos en lugar de dos. La cerveza me costaba doce centavos la botella y yo cobraba un dólar el vaso. De una caja de veinticuatro botellas, que me costaba menos

de tres dólares, sacaba un beneficio de casi setenta.

Algunos hombres que habían sido unos fantásticos mujeriegos ahora venían a casa solo a beber y ya no mostraban el más mínimo interés por las chicas. Otros, que habían estado separados de sus esposas durante años o habían sido infieles constantemente, se quedaban en casa y se convertían en maridos modelo. Y otros, que habían sido clientes casuales, venían ahora cada noche y se comportaban como sátiros. El ambiente en ocasiones se parecía más a un manicomio que a un burdel. Un hombre no dejaba de repetir: «Yo antes controlaba Wall Street. Ahora no sé cómo voy a pagar el alquiler». Otro me contó que venía cada noche porque «una casa de putas es el único lugar en el que puedo llorar sin sentir vergüenza».

Un hombre que siempre me había gustado y al que consideraba un caballero apareció una noche, solicitó la compañía de cierta muchacha y después procedió a practicar los actos más viles, crueles e inhumanos hasta que la chica quedó físicamente destrozada. A la mañana siguiente, el hombre fue a su despacho y se pegó un tiro.

IV

Aunque a los libros de historia les conviene decir que después del crac de Wall Street llegó la depresión, como si comenzara justo al día siguiente, en realidad, claro está, hubo un período intermedio en el que la gente intentaba averiguar qué les había ocurrido y estimar el alcance de los daños. Gerald W. Johnson escribió sobre este período que «para el americano medio en 1929 el pánico era más increíble de lo que había sido la Primera Guerra Mundial. Su sensación era que no podía pasarle eso al negocio americano» y tardó «tres horribles años… en estar preparado para admitir que sí podía».

Durante el primero de estos años de desmoralización progresiva, el público reaccionó, al menos en Nueva York, como un hombre con una terrible resaca. Primero enterraron la cabeza en la almohada (o buscaron un cura-resacas), y después cuando ya no pudieron posponerlo más, se pusieron en pie tambaleándose y encararon el nuevo día, con los ojos rojos e irritables, con los hombros llenos de resentimiento. Querían alguien con quien estar enfadados y aunque Hoover era el candidato evidente, no podían hacer nada con él hasta el año electoral. No obstante, como se vio, había muchos otros objetivos a mano para sus iras. Algunos de ellos habían estado ahí durante mucho tiempo pero mientras el país entero vivía en la cresta

de la ola, al burócrata de turno no le importaba cómo conseguían el dinero los chicos del Tammany Hall*. Pero ahora era otra historia.

Aunque el alcalde Walker venció a Fiorello H. La Guardia en 1929 por casi medio millón de votos, el Florecilla ya había señalado en la dirección de la bancada de magistrados y seis meses después, quizá porque por entonces el público, que había perdido hasta la camisa, estaba convencido de que «no se hacía justicia», los legisladores comenzaron a recibir lo suyo. En septiembre de 1929, La Guardia acusó al magistrado Albert H. Vitale de aceptar un préstamo de veinte mil dólares de Arnold Rothstein poco antes de que lo mataran y contó cómo Vitale, un mes más tarde, era invitado de honor en una cena en los Jardines Romanos donde confraternizó con siete prominentes mafiosos incluido el rey de la alcachofa, Ciro Terranova. A mediados de marzo de 1930, después de ser interrogado por la Corte de Apelaciones, Vitale fue destituido del cargo. Y así comenzaron a salir los trapos sucios que empezaron a sobrecargar los tendederos de los cinco barrios y que culminaron en la investigación Seabury.

Entre otras cosas, se supo que varios jueces habían utilizado sus puestos oficiales para avanzar en planes de promoción de acciones y que los ciudadanos emprendedores habían podido comprar sus puestos en la bancada a precios que iban desde los diez mil por un traje de magistrado hasta cien mil por un puesto de juez en el Tribunal de Sesiones Generales. El siete de mayo, el juez W. Bernard Vause fue acusado y después condenado por utilizar el sistema postal para defraudar en un escándalo de arrendamiento de muelles; el cinco de agosto, el magistrado George F. Ewald fue interrogado acerca de los diez mil dólares que su esposa pagó a un líder del distrito Tammany el día de su nombramiento; y el seis de agosto, el juez Joseph Force Crater, aparentemente dominado por una falta de disposición a declarar, salió de un restaurante en la Cuarenta y Cinco Oeste, se metió en un taxi y jamás se le volvió a ver.

Los muchachos de la pasma de Spring Street tampoco estaban contentos. Había un descontento considerable por su manejo del caso Rothstein. El comisario Warren había dimitido y en la campaña electoral del 29 un diligente trabajador llamado Crain prometió que resolvería el asesinato en dos semanas desde que le nombraran fiscal del distrito. (Más de dos décadas después el caso está aún sin resolver.) Como ya he dicho antes, George McManus era sospechoso pero no fue llevado a juicio hasta un mes después de la elección y el seis de diciembre el juez Nott le declaró absuelto. Posteriormente,

Grover Whalen fue nombrado comisario. En mayo dimitió y le sucedió Edward P. Mulrooney. Pero a la luz de los futuros acontecimientos, probablemente los más intranquilos e infelices durante el verano de 1930 fueron los muchachos de la Decimonovena División y las otras dos ramas de la Brigada Antivicio.

Diez días después de la desaparición del juez Crater, en respuesta a la presión de los periódicos y a la petición urgente de la asociación de bares de Nueva York, el gobernador Franklin D. Roosevelt pidió al Tribunal de Apelaciones que investigara los tribunales de los magistrados de los condados de Nueva York y el Bronx y, el veintiséis de agosto, el Tribunal nombró juez a Samuel Seabury. Un mes más tarde la investigación estaba en marcha.

Mientras los detalles de los sobornos judiciales y las prácticas corruptas de la Brigada Antivicio llenaban los diarios, algunos de mis amigos comenzaron a tomarme el pelo.

—Un día de estos recibirás una carta de amor del juez Seabury, Polly —decían—. Estará esperando a que le susurres al oído todo lo que sabes de tus amigos del tribunal.

Me reía con los bromistas pero, después de todo, aunque me habían arrestado varias veces, los casos siempre se habían desestimado y era posible que esto llamara la atención de algún investigador.

Así fue. Una noche a mediados de noviembre, justo cuando terminaba de cenar, me llamaron por teléfono. En el instante en que tomé el receptor e incluso antes de saludar la voz de un hombre me espetó:

—Corre, Polly, sal de tu casa. Están de camino para entregarte una citación.

—¿Quién es?

—Eso no importa. ¡Sal de ahí rápido!

Nunca supe quién llamó.

En aquel momento no me paré a especular. Metí algo de ropa en un bolso y salí corriendo del apartamento y paré un taxi. Y en seguida, mientras salíamos, llegó un coche del que salieron cuatro tipos fornidos, demasiados para entregarle una hoja de papel a una mujer de cincuenta y dos kilos de peso y uno cincuenta de altura. Pasé una noche inquieta en un hotel, dando vueltas por la habitación y fumando sin parar. Tenía la sensación de que esta investigación, a diferencia de muchas otras, no era algo pasajero y no me sorprendió recibir un mensaje para que dejara la ciudad y me perdiera hasta que me dieran luz verde.

Partí para Newark y me registré en un hotel. Personalmente, yo no tenía nada que temer del juez Seabury. Esta vez la cosa iba con los legisladores y la policía, no con los delincuentes. Los investigadores estaban interesados en mí solo porque sabían que había recibido a muchos miembros del tribunal y la Brigada Antivicio y a muchos otros funcionarios de la ciudad y porque había pagado miles de dólares en sobornos para que mi casa funcionara sin problemas y las chicas y yo no fuésemos a la cárcel. Pero tenía que salir de la ciudad porque no tenía intención de hablar. En primer lugar, no soy una chivata. En segundo lugar, aunque yo sabía que no iba a cantar, si aceptaba una citación muchos tendrían dudas sobre mi capacidad de mantener la boca cerrada y decidirían asegurarse mi silencio de formas en las que prefiero no pensar. No ganaría nada dejando que el grupo de abogados de Seabury me friera y a pesar del hecho de que me alegraría poner al descubierto a algunos de esos polis traidores, no iba a ser yo la que tirase de la manta. Había conseguido la nacionalidad el veinte de mayo de 1929 y sabía que estaba faltando a mis deberes cívicos por no presentarme ante las autoridades. Pero no pensaba que fuese imprescindible para el éxito de la investigación y también sabía que cada día, en todo el país, muchos ciudadanos respetables (que no tenían miedo a las represalias) estaban eludiendo sus obligaciones evitando ser jurado o no informando de accidentes que habían presenciado. (Gritar «¡Eres uno de ellos!» no prueba nada pero hace que la gente cierre la boca y además deja la conciencia tranquila.)

Pensé que me volvería loca esperando en el hotel de Nueva York pero New Jersey era demasiado. No sabía dónde conseguir una bebida y temía hablar con nadie por miedo a ser reconocida. Cada día los diarios contaban historias especulando sobre dónde estaba escondida y en poco tiempo llegué a tal estado que pensaba que cualquier viandante iba a entregarme. Finalmente, me quedé en mi habitación, con un informador enviado por mis amigos polis para mantenerme al corriente de la situación.

Justo cuando parecía que ya no podía soportar las cuatro paredes del hotel, leí en el periódico que mi antiguo amor, Casey Booth y su banda estaban en Pittsburgh y no pude resistirme a llamarle a larga distancia. Dijo que por qué no iba allí y pasaba parte de mi *exilio* con él, y en menos que canta un gallo ya estaba de camino.

Era el momento de que Casey me echara una mano y pasó todo su tiempo libre conmigo. Al principio me quedaba cerca del hotel y solo quedaba con él pero una noche estaba tan harta que accedí a

salir con unos amigos suyos. ¡Qué bien lo pasamos! Sentí como si los barrotes de la jaula hubieran cedido. No sé qué me embriagó más si el escocés o la libertad.

Después de visitar cinco sitios mis compañeros me dijeron que tenían que ir a una fiesta de cumpleaños.

—¿Una fiesta de cumpleaños? —dije—. ¿A las seis de la mañana?

—¡Claro! —dijo uno de ellos— La chica del cumpleaños es una rica excéntrica. Te encantará.

Supuse que la señora mayor que nos recibió era la madre de la anfitriona y entré alegremente en el gran salón. Casi no había traspasado el umbral cuando me puse alerta. No importa cuánto haya bebido, siempre he podido espabilarme de golpe cuando surge una emergencia y, aunque esto no lo era, me di cuenta de que me habían tendido una trampa. Pero era una trampa de broma y estallé en carcajadas mientras miraba a las seis u ocho chicas tumbadas por el salón en pantaloncitos y negligés.

—¡Seréis canallas! —grité—. ¡Me habéis traído a una casa de mala reputación!

Los muchachos se partían de risa pero la madame y las chicas parecían algo abochornadas, como todo aquel que no está incluido en una broma.

—Mis amigos me tratan como a un cartero de vacaciones. Me llevan de paseo —dije—. Soy Polly Adler, de Nueva York.

Ante esto las chicas rieron y la madame se presentó. Era Nettie Gordon, famosa en Pittsburgh donde había dirigido un burdel de primera clase durante años. Nettie tenía unos sesenta años y había oído que estaba casada con un antiguo capitán de policía y poseía una hermosa casa en las afueras de la ciudad.

Tras aproximadamente una hora de conversación pregunté:

—¿Por qué sigue en el negocio? Usted y su marido tienen una hermosa casa y mucho dinero, ¿por qué sigue en esto?

Nettie frunció el ceño y miró hacia otro lado.

—Sin duda tenemos una casa y tenemos dinero —dijo—pero ¿quién quiere sentarse en casa y morir de soledad? ¿Quién va a venir a visitar a Nettie Gordon? No hay muchos que quieran poner en riesgo su reputación subiendo nuestra calle, con todo el mundo sabiendo que vienen a ver a la exmadame de una casa de putas. Pa y yo no queremos quedarnos sentados y vernos envejecer mutuamente. Queremos vida y juventud a nuestro alrededor. Cada noche es una fiesta y así es como la vieja Nettie se irá, rodeada de un montón de diversión.

Años después, cuando Nettie falleció, oí hablar de su funeral y de la multitud que asistió. Estaban los pobres a los que había dado su amistad y los representantes de muchas organizaciones benéficas a las que había hecho generosas donaciones. Estaban los amigos que recordaban la amabilidad de Nettie. Estaban las prostitutas y los antiguos clientes de todo Pittsburgh. Así que Nettie Gordon, quien temía quedarse sola en su enorme casa, tuvo a un montón de gente alrededor hasta el último momento.

Tras la juerga de aquella noche, tuve que volver a hibernar pues había cogido un fuerte catarro. El médico que me vio me dijo que necesitaba descansar, sufría de tensión nerviosa además del resfriado y me recomendó Miami. Me gustaba la idea de relajarme al sol y sabía sin necesidad de que me lo dijeran que mis nervios necesitaban unas vacaciones así que partí hacia el sur.

Me alojé en un hotel en Miami bajo un nombre falso y me instalé para pasar el tiempo y recomponerme pero no estaba lo suficientemente bien para ver mucho y pronto me di cuenta de que había cambiado una habitación de hotel por otra. Mi única diversión era leer cuatro o cinco periódicos de Nueva York cada día, lo que no era precisamente lo mejor para olvidarme de mis problemas. Como no estaba disponible para un interrogatorio, los investigadores estaban intentando sacarles todo sobre mí a otros y supe que:

«Los directores de quince de los mejores y más respetados hoteles de Nueva York han sido citados en la investigación Seabury en un intento de rastrear llamadas telefónicas a la infame Polly Adler. Entre aquellos citados se encuentran los de los hoteles Princetown Club, Ritz-Carlton, Vanderbilt, Biltmore, Delmonico, Commodore y Elysée.»

Mientras tanto, mi ausencia no era obstáculo para los caballeros de la prensa. Tanto si eso hacía que les gustase más o menos, sin duda los cuentos crecieron. De ser simplemente «la reina de mayo de la clase marginal», pronto pasé a ser «una de las mujeres más peligrosas que jamás haya conocido esta ciudad» y «una mujer tan poderosa que era decisiva en el éxito o fracaso de los miembros de la Brigada Antivicio». Ojos que no ven, corazón que no siente, dice el refrán, pero en mi caso funcionó al contrario. Tenía el doble de interés porque estaba desaparecida. Tras declarar al principio que se desconocía mi paradero, los chicos eran libres de jugar a las adivinanzas y durante un tiempo ahí estuve yo, desperdigada como confeti por todo el mapa. (Solía preguntarme por qué, si querían de

verdad localizarme, no preguntaban al Juez Seabury o en el despacho del fiscal del distrito. Estoy segura de que las autoridades me tenían vigilada. Pero mientras estuviera fuera del estado de Nueva York no podían citarme ni, puesto que me querían solo como testigo, podía ser extraditada.) Finalmente, cuando se había dicho de todo sobre la madame a la fuga, la prensa decidió dar por terminada la historia permitiéndome escapar. Así que los titulares anunciaron: POLLY ADLER A SALVO EN HABANA. Y yo tuve que abstenerme de enviarles un telegrama diciendo: «Casi, pero no».

Pero justo cuando los periódicos comenzaban a dejarme en paz el asesinato de Vivian Gordon saltó a las portadas. El veintiséis de febrero, solo un día después de que visitara la oficina central de Seabury y accediera a testificar, encontraron a Vivian estrangulada en Van Cortlandt Park, y mi nombre y dirección estaban en su agenda. Los periódicos la describieron como «una mujer engañada que siguió el camino deslumbrante» y como «una chantajista que se asoció con los peores y más peligrosos residentes de los bajos fondos». Pero yo la conocía únicamente como una atractiva morena en el mismo negocio que yo que arrimaba el ascua a su sardina. No había nada extraño en que tuviera mi dirección puesto que funcionábamos en los mismos círculos y, aunque nuestra relación era mínima, los periódicos dijeron que había trabajado para mí y que había habido una pelea entre nosotras y mucho resentimiento.

En cualquier otro momento el asesinato de Vivian habría despertado un interés rutinario pero ahora estaba ligado a la investigación Seabury y los periódicos insistían en que había sido asesinada porque su testimonio podía ser perjudicial. Cuando su hija de dieciséis años, Benita Bischoff, se suicidó, hubo un alboroto aún mayor y se dijo que las escabrosas historias sobre los «quinientos viejos con pasta» de su madre habían avergonzado y afectado tanto a la muchacha que se quitó la vida.

El comisario de policía Mulrooney declaró que hasta que se resolviera el asesinato habría «una mancha en la placa de cada policía de Nueva York». Muchos sospechaban que yo sabía quién se había encargado de Vivian y se creía que tenía menos miedo de declarar en la investigación antivicio que de que me interrogaran sobre el asesinato. Nadie pensó que estuviera implicada pero estaban seguros de que podía señalar al culpable, si es que me atrevía.

Aunque todo lo que sabía sobre el caso era lo que leía en los periódicos, me impresionó mucho leer lo siguiente:

«Que Vivian Gordon fue asesinada para sellar sus labios fue aún

más evidente cuando se supo que le espera la muerte a otra mujer de vida alegre si volviera a Nueva York de su escondite en Habana. Es la conocida Polly Adler, zarina durante años del barrio rojo no oficial de la ciudad.»

Intenté reírme de este producto de la imaginación hiperactiva de algún reportero pero igualmente no hice planes de abandonar Florida en el futuro inmediato. Después de todo, marzo es un mes horrible en Nueva York, cualquiera puede pillar fácilmente un resfriado.

** Ivar Kreuger fue un ingeniero civil, financiero, empresario e industrial sueco. Samuel Insull era un magnate de los negocios nacido en Gran Bretaña cuyo enorme imperio del Medio Oeste se derrumbó en los años 30.*

*** John Jakob Raskob fue un ejecutivo financiero y de negocios para DuPont y General Motors.*

**** Se refiere a la prisión situada en Welfare Island, hoy Roosevelt Island.*

** Samuel Seabury fue abogado y político en Nueva York, famoso por dedicarse a perseguir el círculo corrupto de Tammany de la policía neoyorquina. Presidió las extensas investigaciones que tuvieron lugar entre 1930 y 1932 sobre la corrupción del gobierno municipal de la ciudad.*

** John o Johnny. Forma coloquial de llamar al inodoro, derivada del nombre de su inventir, Sir John Harrington, que lo creó a finales del siglo XVI.*

** Método de desintoxicación conocido como* Cold Turkey Method, Método del pavo frío.

** Herbert Clark Hoover, trigésimo-primer presidente de los Estados Unidos.*

** Tammany Hall, nombre con el que se conoce a la maquinaria política del Partido Demócrata de los Estados Unidos, que jugó un importante papel en el control de la política de Nueva York, y en la ayuda para que los inmigrantes, principalmente irlandeses, participaran en la política americana desde la década de 1790 hasta la de 1960, actuando como lo que en el presente se conoce como una red de tráfico de influencias o red de clientelismo político.*

Capítulo 6
En un barco con el suelo de cristal

Un reformador es un tipo que atraviesa una cloaca en un barco con el suelo de cristal.

JAMES J. WALKER, citado en *Inside U.S.A.*

I

Desde los años de la Segunda Guerra Mundial, los titulares que contienen la palabra INVESTIGACIÓN o INDAGACIÓN se han convertido en elementos tan habituales en los diarios como el parte meteorológico. Cada nueva investigación desencadena otras tantas y sería posible que esta reacción en cadena continuase desenfrenadamente hasta que no quedara nadie a quien investigar. Por supuesto, desde que surgió la sociedad ha habido procesos inquisitivos, a menudo acelerados por el uso de avivadores de memoria como el potro, el péndulo y las tenazas al rojo, y cada época y país ha desarrollado su técnica característica de *formular las preguntas*. Hoy en día en América las grandes investigaciones del momento se llevan a cabo en modos bastante próximos al patrón clásico desarrollado por el juez Seabury hace veintitantos años y, aunque las investigaciones más recientes la han sobrepasado en alcance e importancia nacional, la investigación Seabury se erige como el papá de todas ellas.

La técnica Seabury, tal y como la analizaron sus colegas y reporteros, era una combinación de hastío y drama. «Al público», le dijo el juez Seabury a su equipo, «no se le excita con gráficos, cuadros e informes». Pensaba que era vital «humanizar» los hallazgos con testimonios en carne y hueso. Así que primero llegó la recopilación de pruebas documentales «recogidas meticulosa e implacablemente», por ejemplo, se buscaban pistas escrutando las cuentas bancarias de cualquiera bajo sospecha y rastreando todos los ingresos incongruentemente grandes hasta su fuente. Después llegaron las reuniones e interrogatorios de testigos a puerta cerrada y de las pruebas entrevistas en estas audiencias privadas se determinaba quién sería llamado al estrado en el gran espectáculo, las audiencias públicas. Durante el curso de la investigación de los magistrados del tribunal, se interrogó a doscientos noventa y nueve testigos y la transcripción de sus testimonios ocupaba 4.596 páginas.

Desde el principio el ambiente era, como dice Robert Bendiner, «tenso», nunca tanto como cuando se revelaron las prácticas de

extorsión de algunos miembros de la Brigada Antivicio. Aunque su función era la supresión del juego, la prostitución, el tráfico de licores y narcóticos, en realidad, como bien sabía yo, el distinguido surtido de pies planos dedicaba la mayor parte del tiempo a promover negocios ilegales que les proporcionaban tanto víctimas como beneficios. Quizá si se hubieran limitado a investigar a gente como yo que estábamos incumpliendo la ley, la indignación popular no habría llegado a tales cotas pero su persecución de mujeres inocentes nunca podría perdonarse y fue el testimonio de estas pobres víctimas de trampas policiales, las dramáticas «pruebas humanas», las que no solo probaron sus ruinas individuales, sino que conllevó la abolición de la Brigada Antivicio.

Sus métodos, según los describe el informe Seabury, «incluían dos tipos de arresto, el directo y el indirecto. En el directo el oficial mismo formaba parte. Se acercaba a la víctima y la arrestaba después de que ella hubiera aceptado dinero por prostitución y una vez que estaba preparada para llevar a cabo la transacción. En el método indirecto, el cebo, el infame *hombre desconocid*o de los informes policiales, era el cliente y en un momento dado los oficiales irrumpían y realizaban el arresto. El método de arresto indirecto se desarrolló en diversas encerronas ingeniosamente ideadas. En la encerrona del médico, el cebo, haciéndose pasar por paciente, entraba en el despacho del médico mientras él estaba fuera y pedía tratamiento. Colocaba dinero en un lugar visible y, a pesar de las protestas de la enfermera, comenzaba a desvestirse. En cierto momento, los oficiales entraban y arrestaban a la enfermera por prostitución. Estaban presentes todos los elementos, el hombre desnudo y el dinero por el cual la mujer aparentemente se había ofrecido a realizar un acto de prostitución.

»También era muy popular la encerrona de la casera. El cebo por lo general, después de haber alquilado una habitación en una pensión y haber pagado por ella con dinero marcado, llevaba a su supuesta esposa a la habitación. Casi de forma inmediata irrumpía la policía y arrestaban a la casera por tener un establecimiento de prostitución. Los oficiales conseguían así un chanchullo doble. El alcance de la práctica de estos fraudes se muestra en los beneficios resultantes para los oficiales de policía implicados. Según los análisis de sus cuentas bancarias, cinco de ellos acumularon en pocos años más de 500.000 dólares.»

El 27 de octubre de 1930, justo cuando comenzaba la investigación, el Comisario de policía Mulrooney afirmó que el

departamento de policía no utilizaba cebos, *¡nunca jamás!* Menos de seis semanas después Chile Acuna (La escupidera humana) señaló en una vista pública a media docena de miembros de la Brigada Antivicio que le habían utilizado en casos amañados.

«Es evidente», escribió el juez Seabury «que los cebos eran indispensables para la Brigada Antivicio. Chile Acuna, el Palomo, Pinto, Harry el Griego, Meyer Slutsky, Chico y Harry Levey (todos testigos) eran miembros de la hermandad.

»La historia de Acuna es común a todos ellos. Varios años después de que este inmigrante chileno llegara aquí conoció a dos detectives. Debido a su conocimiento del español podía conseguir información relacionada con delitos que no estaba disponible para los detectives. Le pagaban bien por esta información y trabajó con ellos hasta 1929, cuando se unió a la Brigada Antivicio porque ahí había más dinero. Trabajó principalmente en el distrito latino de Harlem bajo el Inspector Ryan, que era en realidad el Teniente Pfeiffer de la Comisaría de la calle Ciento Veintitrés. Pfeiffer le enseñó las reglas del cebo de antivicio: debía estar preparado para dar un nombre o dirección falsos, también para recibir algún golpe por parte de la policía durante la redada, nunca debía ir a juicio y, sobre todo, debía negar cualquier conocimiento personal de los oficiales que realizaban el arresto. Acuna fue entonces puesto en manos de dos miembros de la brigada, Baccaglini y Tait… y trabajó con ellos hasta que fue traicionado y enviado a prisión. Los cebos eran elementos caros en el presupuesto de la policía. El Teniente Pfeiffer testificó que la factura mensual media emitida por cada oficial era de treinta y cinco dólares. En toda la ciudad, los contribuyentes pagaron aproximadamente cien mil dólares al año por el uso de estos informadores.

»La imagen del círculo se completa. El cebo y el oficial le ponían la trampa a la mujer, el oficial la arrestaba, un agente de fianzas sin licencia la sacaba de allí con una minuta desorbitada y normalmente recomendaba a un abogado, el abogado le sacaba todos sus ahorros y, o bien él mismo o a través del agente de fianzas, sobornaban al oficial del arresto y al Fiscal del distrito… Sin lugar a dudas, estas incriminaciones de mujeres ilustran una inhumanidad más exquisita que el uso de la violencia física; significa una búsqueda a sangre fría de víctimas con dinero suficiente para que el sórdido negocio fuera rentable para todos los implicados; es más, implica una comprensión minuciosa del poder del miedo. La dificultad para inducir a las mujeres a que contaran sus historias mostraba claramente lo fuerte que era el miedo a la publicidad con el que el círculo negociaba. Está

claro que después de muchas supuestas *redadas*, las víctimas inocentes compraban su libertad a cambio de dinero. Es imposible estimar cuántas mujeres de esta ciudad han sido extorsionadas bajo amenaza de arresto o pena de cárcel por un delito del que eran completamente inocentes, pero se han conseguido suficientes testimonios sobre el tema para mostrar que el negocio de incriminar a mujeres honestas estaba bien establecido y era lucrativo.»

Cuando se analizaron las cuentas bancarias de algunos de los chicos, sus explicaciones sobre cómo habían conseguido tales cantidades de dinero con la paga de un policía eran de tal naturaleza que parecía que los Hermanos Marx estuvieran escribiendo los diálogos. Una de esas explicaciones típicas fue la que ofreció Robert E. Morris, quien compareció por los cincuenta mil dólares que tenía «debajo del colchón» diciendo que había ganado diez mil en el juego y que los otros cuarenta mil se los había dado su tío George en billetes de mil dólares en una ocasión que iban a pasar el día a Coney Island. El tío Georgie era así, generoso. Pero por desgracia el pobre viejo estaba muerto y no había forma de confirmar la historia.

A menudo Morris había estado en el extremo receptor de las extorsiones en mi casa y me alegré de ver que por fin recibía lo suyo. Pero, por mucho que le odiara a él y a otros como él, habría sido imposible para mí contarles a los investigadores lo que sabía sobre ellos sin dañar a hombres que me habían hecho numerosos favores. No obstante, Seabury y su gente parecían estar apañándoselas bien sin mí. Media docena de policías fueron a la cárcel y muchos otros se desmoronaron durante la investigación. Uno de ellos fue James J. Quinliven, acusado de dar fiestas para mis chicas en su casa, de dirigir partidas ilegales y de compartir los beneficios de la distribución de licor confiscado en redadas en bares clandestinos.

Pero los rayos de Seabury no solo estaban dirigidos a los agentes de policía. Se recomendó el cese del fiscal del distrito Thomas Crain, se expulsó a dos magistrados y tres dimitieron bajo la presión. Y de especial interés personal para mí fue que John C. Weston admitiera que durante los ocho años como abogado de la acusación en el Tribunal de la Mujer había aceptado más de veinte mil dólares en sobornos para desestimar seiscientos casos. Quinientos noventa y ocho de esos casos no fueron, aparentemente, dignos de alcanzar los diarios, pero los otros dos, que se decía me concernían, se convirtieron en historias como esta, que apareció en el *World Telegram* de Nueva York:

WESTON MENCIONA LA INFLUENCIA POLÍTICA DE POLLY ADLER

Temía procesarla y desistió, revela el exfiscal

El poder político de Polly Adler es tan grande que un fiscal temía ser retirado del cargo o «más que eso» a menos que desistiera en procesarla, según el testimonio bajo juramento de los informes de la División de Apelaciones de hoy.

Weston dijo que no se esforzó en mostrar que Polly Adler, a quien nunca se condenó aunque fue arrestada en once ocasiones, tenía una «notoria» reputación. Dijo que «desistió» del caso debido a la influencia de la mujer.

«¿Influencia con la policía?», interrumpió el juez Clarence J. Shearn.

«Con todo el mundo», contestó Weston.

«¿Quiere decir que tenía miedo de ser cesado como fiscal del tribunal?».

«Más que eso», replicó Weston.

Unas horas antes Weston, después de insistir durante la pasada semana que el dinero que le habían dado era simplemente una serie de «gratificaciones» o «propinas», se retractó y describió los pagos como «sobornos». Se asió a la afirmación, no obstante, de que no había hecho nada para ganarse los «sobornos» y siguió insistiendo en que había hecho todo lo posible para conseguir una condena.

Cuando leí esto, pensé que en Nueva York el ambiente debía estar más caldeado que en Florida.

II

Al igual que una piedra lanzada a un estanque crea ondas en círculos cada vez más amplios, así ocurrió con la investigación de los tribunales que proporcionó el impulso para una investigación en toda la ciudad cuyo objetivo era forzar la dimisión del amable y querido Jimmy Walker. Un comité de ciudadanos, encabezado por el rabino Stephen S. Wise y el reverendo John Haynes Holmes, había instado al gobernador Roosevelt a que ampliara el alcance de la investigación. Pero por razones políticas él era reacio a interferir en los asuntos internos de la Ciudad de Nueva York. Sin embargo, el 23 de marzo de 1931, la legislación le permitió irse de rositas al aprobar una resolución que exigía una investigación más a fondo, con Samuel Seabury como consejero general del comité, dirigida por el senador Hofstadter.

Este acontecimiento, en lugar de aumentar mis dolores de cabeza,

en realidad llegó como un desahogo. Ahora estaba claro que los cazadores apuntaban a presas mayores que juristas corruptos, policías y agentes de fianzas y abogados y llegué a la conclusión de que con este cambio de foco yo también quedaría fuera. Una vez se apagó el furor de Vivian Gordon, comencé a pensar en volver a casa. Necesitaba dinero, estaba aburrida en Miami y cansada de vivir como una fugitiva. Así que, convenciéndome a mí misma de que el juez Seabury había perdido su interés por mí, tomé un tren hacia el norte.

Llegué a Nueva York una hermosa tarde de primeros de mayo justo cuando se encendían las luces. Nunca podré ser indiferente a Nueva York. Yendo hacia el centro fue como si lo estuviera viendo por primera vez y aún así también estaba esa maravillosa sensación de volver a casa. Desde el Hudson hasta Hell's Kitchen, desde ese lugar bullicioso y bañado de luces conocido como Times Square hasta la adorable serenidad de Central Park, esta era mi ciudad, era la Gran Manzana, aquí era donde debía estar. Dejemos que el juez Seabury me encuentre, si es que puede, pensé, aquí estoy y aquí me quedo.

A la misma hora, la noche siguiente iba de nuevo hacia el centro pero mi estado de ánimo no era tan lírico. Volvía de las oficinas centrales de la investigación y no estaba de humor para las bellezas de Manhattan. En mis manos llevaba una edición especial, aún húmeda de imprenta, que estaba hojeando mientras iba en el coche.

POLLY ADLER SE RINDE

(Jueves, 7 de mayo) […] De tribunal en tribunal, de comisaría en comisaría, allí donde el dedo del vicio ha tocado en los últimos veinte años, se ha reconocido que unas cuantas palabras de Polly Adler podrían destaparlo todo. Cuando finalmente se vio acorralada, la excitación llenó los despachos de la investigación Seabury. El Consejero Harland. B. Tibbetts no podía contenerse y en su ansia de contarle al mundo que Polly Adler por fin había sido atrapada, llamó a sus amigos personales de la prensa que han estado cubriendo la investigación. Les anunció que, con la ayuda del *Daily Mirror*, sus secretarios del juzgado habían capturado a Polly Adler, la mujer más infame de la historia del vicio de Nueva York […] Siete de ellos cubrían cada una de las entradas del edificio de apartamentos hasta que al fin la mujer decidió rendirse. Según ha declarado a personas cercanas nunca podrían obligarla a contar lo que sabía sobre la corrupción de Nueva York porque «dos magistrados y un juez del Supremo están bajo mi control […]»

Encontrarme había sido facilísimo para los hombres de Seabury. Aunque había evitado mi lugar de negocios yendo en su lugar a un apartamento que conservaba como refugio de los policías y mis clientes borrachos, la misma mañana después de mi llegada los

secretarios del juzgado llamaron a mi puerta. Y para complicar más el asunto tenía conmigo a un miembro de la Brigada Antivicio. Era mi amigo Irwin O'Brien, la primera persona a la que notifiqué mi regreso y que se había pasado por allí temprano para ponerme al día de lo que había pasado. Sabía que si encontraban allí a Irwin estaría perdido así que di largas a los notificadores hasta que Irwin pudo escaparse por la escalera de incendios.

Mientras él se apresuraba dieciséis pisos abajo, yo mantuve una conversación a través de la puerta con el secretario del juzgado. Me rogaba que aceptara la citación y al fin le dije que me la diera a través del buzón de la puerta. Pero cuando lo hizo retiré la mano porque vi un billete de un dólar unido al papel. Esto legaliza la entrega de una citación en el estado de Nueva York, pero temí que coger dinero de alguien conectado con la justicia podría ser lo mismo que hacer que un policía tuviera un caso contra mí. Sin embargo, había con él un ayudante de Seabury que me aseguró que no habría trucos. Así que, como había pasado tiempo suficiente para que Irwin escapara, les dejé entrar.

Cuando estuvieron dentro del apartamento y yo hube aceptado la citación, tuve que rendirme y sonreír. Nunca había visto a dos jóvenes tan cansados, sin duda parecía que habían pasado una mala noche. Consciente de que ofrecerles algo de beber era imposible, les invité a sentarse y tomarse un café conmigo, algo que hicieron agradecidos.

Mientras nos preparábamos para salir, el notificador sugirió que saliéramos por la puerta trasera para evitar el enjambre de reporteros y fotógrafos de la puerta principal. (Después supe que el personal de Seabury tenía instrucciones de ser estrictamente cortés y me trataron con una consideración poco habitual mientras pensaban que había posibilidad de que colaborara como testigo.) Pero no había forma de quitarse de encima a la prensa. Según avanzábamos por un pasillo en las oficinas de la investigación del 80 de Center Street, de repente estalló un flash en mi cara y, tan cegada como sorprendida, me comí la cámara. Después de aquello cuidé bien de cubrirme el rostro. Aunque mi madre no leía en inglés y por lo tanto nunca miraba los periódicos, temía que viera mi foto al pasar por un quiosco.

Aquel primer día, el interrogatorio lo dirigió Harland B. Tibbetts, un hombre apacible y de voz suave, que había sido nombrado recientemente consejero de la investigación. También estaban presentes dos ayudantes del consejo, Philip W. Haberman Jr. y el hombre que, percibí, sería mi auténtico antagonista, Irving Ben

Cooper. Aunque no dijo palabra durante el interrogatorio, su penetrante mirada nunca se desvió de mi rostro y su silencio era como un ataque.

La primera sesión estuvo dedicada casi por entero a examinar la lista de casos para que identificara la fecha de mis diversos arrestos y los nombres bajo los que había sido arrestada pero, por supuesto, los periódicos tenían sus propias ideas sobre lo que ocurría.

ADLER PROTAGONISTA DE LOS INTERROGATORIOS

[…] Polly Adler, la infame empresaria del vicio, hará estallar la primera bomba en la investigación sobre la ciudad. Tendrá que subirse al estrado en la primera vista pública. Su historia se utilizará como trasfondo sobre el que el juez Seabury intentará mostrar una de las más sórdidas imágenes de la corrupción municipal que jamás se haya presentado ante el público. Ahora mismo los investigadores de Seabury la están preparando en secreto para su aparición en escena. Creen que tiene la clave de mucha información valiosa sobre el funcionamiento del círculo del vicio y puede, si lo desea, revelar el nombre de altos cargos de la organización corrupta que ha llegado hasta el Departamento de Policía y los tribunales.

La tristemente célebre Polly Adler podría desvelarle al Comité Legislativo Investigador quién es quién cuando se pone el sol. Si hablará sinceramente y lo contará todo es otra cuestión. Pero al menos le preguntarán si existe alguna conexión entre la policía y la profesión de la que es reconocida propietaria, y también será interrogada sobre las once veces en las que fue arrestada pero nunca condenada. El comité quiere saber si su expediente es cuestión de suerte o de algo más.

En mi siguiente viaje a Center Street me pusieron en manos de Irving Ben Cooper. Evidentemente él ya había decidido por mi actitud en la primera sesión que yo no iba a cooperar así que no perdió el tiempo con formalidades y comenzó a disparar preguntas en cuanto entré en la sala. ¿Conocía a cierto hombre? No. ¿Había estado en cierto lugar en cierto momento? No lo recordaba. Durante lo que me parecieron horas siguió lanzándome nombres y yo continué negando conocerlos a todos excepto a aquellos a los que nuestra relación no era posible que los dañara.

Al final de una larga tarde, Cooper me miró con esos ojos azules que parecían traspasarme.

—¿Está segura de que no conoce a estos hombres?

—Segura.

—¿Comprende usted, señorita Adler, que todo lo que está diciendo está siendo anotado por un taquígrafo del tribunal?

«Lo sé muy bien, hermano», pensé. Pero en voz alta dije recatadamente: —Sí, lo comprendo.

Puesto que no me permitían que hubiera un abogado presente o

que tomara notas, en cuanto terminaba cada sesión corría al apartamento y escribía todas las preguntas y respuestas que podía recordar. Después llamaba a un amigo y le leía los nombres de los hombres sobre los que me habían preguntado y si había admitido o no conocerlos. Así me aseguraba de que si le preguntaban a alguno de ellos sus declaraciones coincidirían con las mías.

Aparte de eso, mi única ocupación era leer las historias sobre mí de los periódicos. Estaba fascinada al saber que «Polly Adler cuenta entre sus más íntimos amigos con algunos de los hombres más ricos e influyentes de Nueva York y que con toda probabilidad sabe más sobre el negocio de explotar muchachas que ninguna otra en su profesión». También que mi palabra era ley «no solo en Nueva York, sino en grandes ciudades de tres estados», que era «el jefe supremo del vicio» y la única mujer miembro de una asociación que se dedicaba al «tráfico internacional de mujeres y drogas».

A medida que avanzaban los interrogatorios, me di cuenta de que a los investigadores yo personalmente les importaba un pimiento. Solo estaban interesados en conseguir los nombres de los altos cargos a los que había sobornado. Pero aunque seguí haciendo el papel de ostra tan bien que Irving Ben Cooper se tiraba de los pelos, según los periódicos estaba cantando como un canario. Al principio me reí de algunas *revelaciones* que supuestamente había hecho, pero después empecé a preocuparme. ¿Qué pasaría si algunas de las personas a las que estaba protegiendo empezaban a pensar que aquello era cierto? Y qué otra cosa podían pensar con titulares como POLLY ADLER DESTAPA LOS SECRETOS DEL CÍRCULO DEL VICIO DE LA CIUDAD, y columna tras columna de completas tonterías como:

[…] se dice que comenzó a desvelar una historia de millones en sobornos, de palacios dorados de la vergüenza dirigidos en connivencia con la Brigada Antivicio, de gánsteres amparados en las perfumadas alcobas de las chicas de Polly Adler. Parte de la historia que debe contar trata de los secretos más profundos de la vida de una de sus chicas, Vivian Gordon, que fue asesinada por un estrangulador el pasado 26 de febrero, cuando quizás se preparaba para sacar a la luz esos secretos en la investigación. La misma Polly estará protegida por agentes armados a todas horas del día y la noche…

[…] una y otra vez, al enfrentarse a las historias ya contadas, ha explotado en indignos arrebatos en yiddish antes de admitir la verdad a regañadientes. Será llamada al estrado en una vista pública

el miércoles o jueves de esta semana, después esperen a ver los fuegos artificiales. Hasta el momento, al menos dos magistrados han sido vinculados a orgías que tuvieron lugar en fiestas en casa de Polly Adler, mientras un alto cargo policial, cuatro agentes de antivicio y dos cebos han sido nombrados como partícipes de su generosidad. De momento, el esfuerzo por vincular a un alto cargo del gobierno municipal con esas fiestas a través del testimonio de una de las chicas no ha dado fruto. Muchos de los clientes de Polly, informales y de otro tipo, serán nombrados durante la vista pública. Se dice que algunos ya han abandonado la ciudad.

Tuve que reírme ante la mención de que contaba con agentes armados. ¡Menuda tontería! Aparte de los reporteros nadie en Nueva York se me acercaba. Todos mis supuestos amigos se apartaron de mí, temiendo sin duda que pudieran ser llamados a declarar o al menos se les hiciera alguna publicidad poco agradable. Incluso mis chicas se mantuvieron alejadas y yo pensaba con cierta amargura que probablemente consideraban que estaba acabada en Nueva York y que ya no les serviría.

Resultó que tenía razón sobre que aquellos a los que protegía se estaban preocupando cuando leyeron que me «unía a la estampida para contarlo todo». Me llegaron noticias de algunos de mis amigos políticos de que, si pensaba que las cosas se estaban poniendo demasiado ásperas, estarían encantados de ofrecerme un abogado gratis. No creo que fuera tanto que tenían miedo de que cantara como que dudaban de mi capacidad para estar a la altura de un comité investigador, pero cualquiera que fuese su motivo, rechacé la oferta así como otras de préstamos de varios miembros de la Brigada Antivicio que sabían que mi cuenta corriente había menguado prácticamente hasta desaparecer.

Pero, aunque rechacé la oferta de estas fuentes, sabía que iba a necesitar consejo legal y decidí conseguirlo por mis propios medios. Para que mis amigos políticos estuvieran tranquilos les consulté sobre el abogado que pensaba contratar e inmediatamente me informaron de que era un hombre de Tammany en el que podía confiar. No obstante, cuando conocí al señor Jayess no me dio confianza y al principio procedí con precaución. Incluso después de que me dijera que sabía que no estaba para dispendios y que estaba dispuesto a asesorarme por la pequeña cantidad de doscientos cincuenta dólares, aún había algo que no me gustaba de él y seguí siendo cauta.

—Mire, señorita Adler —me dijo finalmente—. Cuando usted va al

médico debe contarle lo que le ocurre porque si no, no puede ayudarle. Es lo mismo con su abogado. No puedo asesorarla debidamente a menos que me dé todos los detalles. No es mera curiosidad. No me importa a quién pagó, esa no es la cuestión. Pero si tengo que enseñarle qué camino seguir debo saber estas cosas.

De repente me avergoncé de mi desconfianza. Me dije que me estaba volviendo neurótica al sospechar de un hombre del que me habían dicho que podía confiar. Alterada como estaba por los días de investigación, necesitaba una salida para mis emociones así que en un momento de debilidad que jamás he dejado de reprocharme, solté todos los detalles sobre las extorsiones y otros asuntos pertinentes a la investigación, y mucho más que debía haberme callado.

Desde entonces he aprendido a confiar en mis corazonadas sobre la gente. En mi siguiente visita los honorarios subieron de doscientos cincuenta dólares hasta dos mil quinientos y continuaron ascendiendo. En solo una entrevista, el señor Jayess había sabido lo molesta que estaba y cuánto necesitaba alguien en quien confiar y ahora que había escuchado todo lo que les había ocultado a los investigadores se encontraba en situación de jugar con ese nerviosismo y dependencia. Y así lo hizo. Durante años.

Las primeras veces que fui llamada a las dependencias de la investigación me trataron con especial cortesía. Me metían deprisa por una entrada trasera para evitar a los reporteros y nunca bajo ninguna circunstancia me hicieron esperar. Pero según pasaba el tiempo e incluso los periódicos acabaron por admitir que «Polly Adler, esa misteriosa figura del mundo del vicio, ha demostrado ser un testigo que no abre la boca», me dejaron sentada en una sala de espera en días terriblemente calurosos y después de cinco o seis horas me decían que volviera al día siguiente. No me sorprendió este cambio de táctica. Comprendía que el señor Cooper esperaba minar mi resistencia y hundirme la moral. No había nada personal en ello. Era parte del juego de policías y ladrones que estábamos jugando.

A medida que progresaba la investigación, el señor Cooper comenzó a ahondar cada vez más en mis asuntos financieros. Se le entregaron copias de mis cuentas bancarias y de mi agencia de bolsa y yo temblaba de miedo al pensar en los cheques y registros de transacciones bursátiles que podrían conectarme con gente que había negado conocer. Me preguntó sobre ingresos y reintegros de un largo período de años y puesto que había invertido mucho en bolsa a

menudo tenía que esforzarme en averiguar qué era cada cosa. Un depósito de diez mil seguido al día siguiente por una retirada de la misma cantidad parecía un soborno cuando realmente podía ser dinero ganado por la venta de acciones que rápidamente invertía en otras. Muchas veces recordaba qué acciones y a qué precio pero era imposible recordar cada una de las transacciones y por supuesto no todos los reintegros eran para este tipo de adquisiciones.

Cuando comenzaba a dudar en mis respuestas, el señor Cooper volvía sobre mí aún con más impaciencia. Pero cuanto más impaciente se ponía más lenta era yo. Mi objetivo era contar lo menos posible y tomarme mi tiempo para decirlo, tácticas que él encontraba completamente desquiciantes. Aunque tuvimos varios intercambios en los que saltaron chispas, me doy cuenta ahora de que, en aquellas circunstancias, su actitud conmigo fue un milagro de paciencia y autocontrol. Debí de haber sido el peor y más exasperante testigo del mundo. Pero nos encontrábamos en terreno peligroso; un desliz, una respuesta incorrecta y me habría pillado.

En una ocasión que Cooper señaló que había varios reingresos grandes que yo no había explicado, le dije que con frecuencia sacaba varios miles y los metía en una caja fuerte donde estuvieran fácilmente accesibles.

—¿Cuánto dinero guardaba en sus cajas fuertes?

—Cantidades diversas —dije lentamente—, en momentos diferentes.

—¿Veinte o treinta o cincuenta mil?

Reflexioné.

—Quizá —dije finalmente.

—¡Conteste directamente! ¡Directamente! —Saltó—. ¿Cuántas veces tengo que decirle que *quizá* es una respuesta inadecuada?

Me disculpé tímidamente y contesté a su siguiente pregunta con: «Podría haber sido así».

Eso fue la gota que colmó el vaso. Tiró el lápiz y gritó:

—¿Cuánta educación ha tenido? ¡Su inteligencia es nula!

Siempre había sido sensible a mi falta de formación y perdí los nervios.

—Si mi inteligencia es nula —le respondí a gritos—, un tipo listo y formado como usted debería haber averiguado todo lo que quiere saber de mí hace un mes.

Paseó arriba y abajo por la habitación y cuando volvió a dirigirse a mí sus formas volvían a ser corteses.

—Bien, Polly, ¿por qué quieres proteger a esos polis

incriminadores? ¿Cuánto pagaste por tus casos y a quién le pagaste los sobornos?

Cuando no contesté, levantó de nuevo la voz:

—Si no cooperas voy a llamar a tus padres.

—Adelante, llámelos. Son viejos y no saben nada de mis asuntos y probablemente les mate arrastrarlos hasta aquí. Pero si esa es la forma en la que usted hace las cosas…

—¿Por qué no dices la verdad?

—Estoy diciendo la verdad.

Suspiró.

—Creo que quizás sería mejor que la dejásemos tener una charla con el señor Samuel Seabury.

Así que mi siguiente interrogatorio lo realizó el mismísimo juez Seabury, un hombre elegante y de pelo gris que me trató con mucha educación. Comenzó nombrando a varios de los peces gordos de Tammany, incluyendo al alcalde Walker, y preguntándome si no era verdad que habían celebrado importantes eventos en mi casa. Respondí, por supuesto, con *noes* intercalados de *no me acuerdos* hasta que de repente el juez decidió ir al grano.

Muy educadamente me preguntó:

—¿Es este su cheque?

Me lo tendió para que lo viera.

Era uno de los cheques de Irwin O'Brien. Debí palidecer y mi negación fue igualmente pálida.

—Es el cheque de un policía, ¿verdad señorita Adler? Y verá que está respaldado con una P mayúscula.

Me mostró la P pero mantuvo el dedo sobre la firma que había encima.

—No es mi letra —dije débilmente.

El juez Seabury no me presionó. En lugar de eso se reclinó en la silla y dijo: —Piénselo, señorita Adler. Refresque su memoria y deme su respuesta mañana.

Mi memoria no necesitaba refrescarse. Recordaba perfectamente cuándo me dio ese cheque Irwin O'Brien en pago por unas acciones. Había empezado a endosarlo cuando me detuve al pensar lo mal que se vería mi nombre en el cheque de un policía. Así que se lo devolví a Irwin pero mi inicial ya estaba en el dorso.

Durante el mes siguiente me preguntaron una y otra vez sobre mis tratos con Irwin y mis asuntos financieros personales. Pero seguí negando que supiera que él era policía al igual que él después negó saber que yo era madame, diciendo que había oído hablar de mí

simplemente como «una mujer que se ganaba la vida en la bolsa».

Según las notas que tomé en aquel momento, un interrogatorio típico del señor Cooper sería algo así: P: *¿Hace cuánto conoce a Irwin O'Brien?*

R: *Unos tres años. Le conocí en 1928.*

P: *¿Dónde?*

R: *En un restaurante.*

P: *Después de eso ¿se vieron a menudo?*

R: *Con bastante frecuencia. Me llamaba y nos encontrábamos en el lugar acordado.*

P: *¿Qué negocios tenía con él?*

R: *Le compraba acciones.*

P: *¿Le pagaba en efectivo o mediante cheque?*

R: *En efectivo.*

P: *¿Cuántas transacciones hubo?*

R: *No lo recuerdo. A menudo compraba acciones para él sin su conocimiento.*

P: *¿A qué se dedica él?*

R: *Es un vendedor de cepillos Fuller.*

P: *Le voy a mostrar esta carta. ¿La escribió usted?*

R: *No.*

P: *¿Es de Irwin O'Brien?*

R: *Podría ser. Podría haberle pedido que la escribiera.*

P: *¿Por qué?*

R: *Muy sencillo. Porque yo no quería que apareciera la misma firma en la agencia de corredores.*

P: *¿Tenía usted por entonces acciones de la Anaconda?*

R: *No, estaba en mi cuenta de Irwin O'Brien, y las había transferido a mi propia cuenta.*

P: *Le voy a enseñar este cheque. ¿Es esta su «P»?*

R: *No lo sé.*

P: *¿No reconoce su propia caligrafía?*

R: *Podría ser que no recuerde haber visto ese cheque.*

P: *¿Alguna vez tuvo una cuenta de Irwin O'Brien en otra correduría?*

R: *No.*

P: *¿Alguna otra transacción de negocios con O'Brien?*

R: *¿Se refiere a hacer depósitos para él en su banco?*

P: *¿Lo hizo?*

R: *Sí.*

P: *¿Cuántas veces?*

R: *No lo recuerdo.*

P: (Mostrando un libro bancario) *¿Es este su depósito?*

R: *Sí. Esto podría explicar el cheque que me enseñó porque muestra el ingreso del cheque número 102.*

P: *¿No sabe si es ese?*

R: *No estoy segura. Podría ser y también podría ser mi «P». Debí pensar que estaba haciendo un ingreso para mí y después me percaté de que no era mi cuenta.*

P: *¿No sabía usted que este era su cheque del salario?*

R: *No presté atención al cheque. Hacía efectivos cheques para mucha gente.*

P: *La cuenta de Irwin O'Brien se abrió con un cheque por 250 dólares en el Chelsea Bank, ¿era suyo?*

R: *No lo recuerdo. No soy la única que ingresa dinero en el Chelsea Bank.*

P: *¿Es Davis su nombre real?*

R: *No.*

P: *¿Por qué utiliza ese nombre?*

R: *He utilizado muchos nombres.*

P: *¿Ha estado casada alguna vez?*

R: *No, pero le he dicho a mucha gente que estaba divorciada o separada.*

P: *¿Conoció O'Brien a alguien a través de usted?*

R: *No.*

P: *¿Recibía usted a gente?*

R: *No, cuando él estaba de visita.*

P: *¿No sabía usted que se la requería para la investigación?*

R: *No, excepto por lo que leía en los periódicos.*

P: *¿Cuánto tiempo estuvo en Florida?*

R: *Tres o cuatro meses.*

P: *¿Escribió usted a O'Brien cuando regresó?*

R: *Es posible.*

P: *¿Por qué nombre se la conocía, Polly o Pearl?*

R: *Ambos.*

P: *¿Conoce usted al señor Director?*

R: *No, ¿quién es?*

P: *Habló con usted en la calle hace unas semanas.*

R: *Conozco a mucha gente y no recuerdo sus nombres.*

P: *El señor Director estuvo aquí y nos contó que una vez usted llamó a la comisaría para que sacaran a los policías del*

establecimiento.

R: *No recuerdo eso.*

P: *¿Conoce el número Spring 3100?*

R: *Sí, la central de policía.*

P: *¿Cómo sabía eso?*

R: *Lo vi en la guía.*

P: *¿Lo buscó usted?*

R: *Hasta un niño conoce Spring 3?100.*

P: *¿No llamó a usted a un tal señor Johnny para que sacaran a los policías?*

R: *No.*

P: *¿A quién conoce en la central?*

R: *A nadie.*

Poco después de que lo vincularan conmigo, Irwin fue acusado de «asociación no profesional» y los titulares resonaron con LA RUINA ESPERA AL AGENTE DE ANTIVICIO. Pero mis respuestas a Cooper y el testimonio de Irwin ante el tribunal eran idénticos. Ambos nos ceñimos a nuestras historias y yo estaba segura de que todo saldría bien si Irwin mantenía la calma.

Una de las personas llamadas a testificar fue un corredor (de ahora en adelante denominado Zilch), que había manejado una de mis cuentas de bolsa. Era plenamente consciente de que la cuenta que tanto interesaba a los investigadores pertenecía a Irwin y que yo sabía que Irwin era policía. Sin embargo, cuando le interrogaron, negó haber conocido nunca a O'Brien y dijo que la cuenta, por lo que él sabía, era mía. Esto era algo muy serio para Zilch, estaba cometiendo perjurio, pero estaba en deuda conmigo. Durante los meses que yo había estado fuera él había utilizado las acciones de mi cuenta para sus inversiones personales sin un poder notarial. Por supuesto yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo porque mientras estuve escondida no me enviaron extractos mensuales y cuando regresé el daño ya estaba hecho. Pero antes de poder tomar medidas contra Zilch me encontré metida hasta el cuello en la investigación Seabury. Al final me alegré de que no hubiera habido tiempo de denunciarle porque el testimonio de Zilch ayudó a construir una defensa para Irwin y para mí que los investigadores no pudieron derribar.

Finalmente, Cooper y los demás admitieron su derrota e Irwin y

yo fuimos liberados de posteriores interrogatorios. Para ser justos con el señor Cooper, él solo cumplía con su deber y me trató cortésmente bajo tales circunstancias.

No hace falta decir que yo estaba contenta de quitarme de encima todo aquello relacionado con la investigación Seabury pero fue una de esas victorias pírricas. Estaba en las últimas emocional, física y económicamente. Las operaciones descuidadas del amigo Zilch con mi cuenta, unido a lo que había perdido en el crac, me habían dejado sin blanca, aparte del asunto del señor Jayess, mi abogado, cuya minuta había ascendido hasta cinco mil dólares. Si me negaba a pagarle se vería obligado a traicionarme y a soltar algunas de las cosas que le había contado sobre políticos, mafiosos y hombres de la brigada con los que había tenido tratos. Así que no podía hacer otra cosa que realizar un primer pago al señor Jayess y prometerle el resto cuando volviera al negocio. Por él no había problema y añadió: —Ah, por cierto. No le diga a George cuánto le estoy cobrando.

George era el político que me había recomendado a Jayess y no hacía falta ser muy lista para saber que aquí había un reparto de honorarios, con George recibiendo menos de lo que le correspondía. ¡Qué hombre más encantador, el señor *Honesto John* Jayess!

Entre mis bendiciones se contaban (a falta de otra cosa que contar) que al menos no me habían citado para comparecer en ninguna vista pública, había protegido a mis amigos y que Cooper y los demás no tocaron ciertos temas que podrían haber sido muy embarazosos. Pero entonces, justo cuando empezaba a relajarme, Irwin O'Brien decidió meter el cuello en la soga. Casi pierdo la cabeza cuando supe que se había ofrecido a ser testigo de conducta de uno de los catorce abogados que se enfrentaban a la inhabilitación.

Llamado como testigo de la defensa de William J. McAuliffe, el agente Irwin O'Brien, antiguo miembro de la Brigada Antivicio, se vio forzado a admitir, a la vista de pruebas documentales, que en 1929, estaba virtualmente asociado a Polly Adler, la infame proxeneta y propietaria de casas de lenocinio.

En un interrogatorio de hora y media, O'Brien confirmó las pruebas documentales que mostraban que Polly Adler hacía frecuentes depósitos de entre 100 y 500 dólares a su cuenta bancaria, que llevaba cuentas bursátiles en su nombre y que durante un período de al menos tres meses él depositó cheques por valor de 2.050 dólares extendidos por Polly contra una cuenta a nombre de ella de un banco en otro y posteriormente retiró la mayor parte del monto para ingresarla a favor de él en una cuenta de ahorros de Brooklyn.

Llamaron a O'Brien a testificar en relación con el reconocimiento de mujeres que había arrestado por prostitución. Cuando su interrogatorio concluyó, Irving

Ben Cooper, cuya presencia en la sala del tribunal había pasado desapercibida, se puso en pie y pidió permiso para interrogar al testigo. El señor Cooper tenía un maletín lleno de documentos y copias de cheques y cartas que procedió a colocar sobre la mesa.

O'Brien estaba completamente estupefacto cuando Cooper, con permiso del juez, comenzó a preguntarle por Polly Adler.

«¿Cuándo conoció a Polly Adler?».

«Hará unos tres años», contestó O'Brien tras dudar.«Me la presentaron en un cabaret».

O'Brien admitió que habían entablado amistad y que visitaba frecuentemente sus dos apartamentos uno en la Sesenta y nueve con Columbus Avenue, y el otro en la Setenta y siete con Amsterdam Avenue.

«¿Diría usted que la visitó cincuenta veces en total?»

«No lo recuerdo», contestó el testigo.

O'Brien pareció sorprendido cuando Cooper le preguntó si no sabía de la mala reputación de Adler. «¿No sabe usted que ha sido arrestada en catorce ocasiones?».

«No», dijo O'Brien.

El señor Cooper volvió sobre las relaciones entre O'Brien y Polly Adler. O'Brien admitió que eran de naturaleza empresarial. Frente a una copia de registro de las cuentas de una correduría de bolsa, dijo que compró quince acciones de Anaconda Cooper para la cuenta de ella en una ocasión. El señor Cooper mostró entonces copias de cartas en las que el policía admitió que la letra era de Polly Adler y que estaban firmadas por él. Estaban relacionadas con transacciones bursátiles. O'Brien admitió que en el verano de 1929 tuvo una cuenta en una sucursal de Irving Trust Company y Polly Adler en una sucursal del Chelsea Bank. Admitió el rastro de cheques extendidos por Polly Adler contra su cuenta que fueron depositados a favor de él en el Irving Trust Company. Ella le transfirió 2.050 dólares de los cuales él trasladó 1.950 a una cuenta de ahorros.

A la vista de tales confesiones los titulares no tardaron en decir: EL POLICÍA AMIGO DE POLLY DESPEDIDO DEL CUERPO, pero fue gracias a mi protección y constantes negativas que se salvó de ir a la cárcel. Nadie, repito, *nadie*, fue a la cárcel por nada que yo dijera durante la investigación Seabury. Aunque saqué la cabeza, mantuve la boca cerrada.

III

Al escucharme contarlo podrían pensar que toda la investigación Seabury se centró en Polly Adler pero por supuesto yo solo representaba un pequeño rincón, o quizá deberíamos decir un callejón sin salida, que había que explorar. Aunque me volvieron a llamar una o dos veces para interrogarme y no recibí mi citación final hasta el 23 de octubre de 1931, mi conexión real con la investigación terminó en junio. Sin embargo, no fue hasta el mes de mayo del año siguiente que la investigación alcanzó su punto álgido en el duelo

entre el juez Seabury y el alcalde Walker, con fácil victoria del juez. Aún así, según el *Post* de Nueva York, «desde el punto de vista de la inteligencia Walker ha caído tan bajo que le hace a uno estremecerse», las mujeres le lanzaban rosas cuando bajaba del estrado y cuando por la noche en una reunión le presentaban como «el hombre más amado de la ciudad» la multitud le vitoreaba. Quizá no era el mejor alcalde del mundo pero era un tipo maravilloso y hasta el día de su muerte Jimmy Walker estuvo en el corazón de los neoyorquinos.

Irónicamente, sea lo que fuere lo que podía haber conseguido, la investigación Seabury convirtió a Nueva York en una ciudad completamente abierta. Mientras los guardianes de la ley estaban atareados contestando preguntas, los delincuentes hicieron su agosto y procedieron a aprovecharlo al máximo. Debido al odio a la Brigada Antivicio, muchos hombres de paisano pidieron vestir uniformes y tener rutas regulares, y cada poli del cuerpo debía tener cuidado. En los viejos tiempos, la palabra de un policía había sido suficiente para condenar a una prostituta. El oficial solo tenía que montar una redada, coger a la chica y escribir en la hoja verde lo que se le antojara. Los cargos podían cambiarse después si un soborno le había suavizado. Pero ahora, tras las revelaciones de las víctimas de extorsión, este despiadado abuso ya no se toleró.

Otra de las reformas instituidas, que aprobé con entusiasmo, era la ordenanza que requería que una prostituta fuera examinada por si tenía una enfermedad venérea antes de salir bajo fianza. El tratamiento era obligatorio para las chicas enfermas incluso si era declarada inocente del delito de prostitución. Si era declarada culpable, el agente de la condicional debía recopilar un informe completo para el juez de forma que la sentencia pudiera realizarse en base a arrestos anteriores así como la actual violación de la ley. Una chica con un largo informe de antecedentes podría recibir hasta dos años, mientras que la que delinquía por primera vez podría librarse con una suspensión de condena.

Seguro que no era lo que los reformistas y comités de ciudadanos y legisladores pensaban conseguir pero cuando volví al negocio me di cuenta de que la investigación Seabury me había hecho la vida más fácil. La policía ya no era una preocupación; ya no hubo que plegarse a la extorsión de los hombres de antivicio, no más apretones de manos de cien dólares, no más redadas falsas para cumplir la cuota mensual. De hecho, gracias al juez Seabury y sus *no-muy-felices* hombres, pude funcionar durante tres años sin finalizar un

contrato de arrendamiento antes de tiempo.

Capítulo 7
Un chico nunca ha llorado

Son muchas las cosas que deambulan en la oscuridad, además de Santa Claus.

HERBERT C. HOOVER, dirigiéndose al John Marshall Republican Club

I

El 1 de julio de 1932, se estrenó la nueva edición de Ziegfield Follies en el Ziegfield Theater con el espectacular alboroto de plumas y brillos tan queridos por el gran Flo. Como un eco de aquel estado de ánimo de *al-demonio-con-los-gastos* de los años veinte, como todas los Follies anteriores, contaba con espléndidas chicas en lujosos escenarios y ofrecía, para aquellos con la necesidad de ignorar la realidad, la reconfortante ilusión de que verdaderamente nada había cambiado. América seguía siendo La Tierra de la Abundancia.

No obstante, los acontecimientos del momento no se desdeñaban y los diversos temas candentes como la vida en Hollywood, la investigación Seabury y los problemas de impuestos de Al Capone se incorporaron cuidadosamente en el número de comedia estrella de la noche, una escena de Mark Hellinger inspirada en *Grand Hotel*, el reciente superventas. Representando los papeles que más tarde encarnarían en la pantalla Lionel y John Barrymore y Greta Garbo, Jack Pearl aparecía como el acosado magnate Cecil. B. Goldwarner, mi viejo amigo Harry Richmand como el elegante héroe *Baron Al Capone* y Helen Morgan como la taciturna pero glamurosa bailarina rusa Mademoiselle Polly Adlervitch.

Si el Follies hubiera estrenado solo un par de semanas antes, al menos la mitad de la descripción de Polly Adlervitch habría sido precisa al cien por cien, pues el 15 de junio estaba sin duda taciturna, un estado muy extendido entre aquellos que están sin blanca y sin nada que hacer.

Tras el sufrimiento Seabury deseaba más que nada volver al negocio. No solo era imprescindible debido a razones financieras, necesitaba algo en lo que emplear mi mente, llevaba demasiado tiempo sin estar en contacto con mi mundo. Solo me había preocupado de mis propios problemas y necesitaba desesperadamente a la gente, una actividad objetiva y con un propósito para sacarme del lodazal de abatimiento y autocompasión en el que me revolcaba. Pero mi nombre seguía apareciendo en los diarios y pensaba que era demasiado pronto para arriesgarme a abrir una casa. Cierto es que la ciudad era campo abierto para las

actividades ilegales y tener que quedarme en los flancos mientras el resto de madames estaban de maniobras me desesperaba. Pero sabía que si, por cualquier motivo, hubiera una fisura en los pozos del pecado y se necesitara una cabeza de turco, sin duda iba a ser yo.

La solución ideal habría sido hacer un largo viaje por mar hasta que la publicidad de Seabury se enfriara pero el estado de mis finanzas era tal que hasta un billete de ida en ferry a Weehawken habría desequilibrado mi presupuesto. Mataba el tiempo yendo al cine hasta que mis fondos fueron demasiado escasos hasta para eso. Tras todos mis años de quejas sobre el timbre continuo del teléfono, ahora me encontraba mirando fijamente el aparato, tratando de hipnotizarlo para que sonara. En este estado de autocompasión, pensé que todo el mundo me había olvidado. No me daba cuenta de que la gente no lee la mente y que mis clientes y mis chicas solo estaban esperando a que yo dijera: «Todo despejado».

Un día, sin saber ya qué hacer conmigo misma, fui a dar un paseo por Central Park. Tenía diez centavos para el almuerzo y cometí el error de gastarlos en cacahuetes (fue un error porque en un tris parecía que todas las ardillas de Manhattan se habían congregado alrededor de mi banco a la espera de que compartiera mi comida). Hambrienta como estaba (me mantenía prácticamente de pan y leche) era imposible seguir disfrutando bajo aquel batallón de ojos. «Soy yo quien necesita ayuda», les dije, «pero está bien, bravuconas, venid a por ello». En seguida lo hicieron. De hecho, una aventurera se subió y cogió las semillas de mi mano. Sentí enormemente ver mi ración desaparecer tan rápido pero era agradable volver a ser popular.

Mientras alimentaba a mis nuevas amigas, escuché mi nombre y alcé la vista para ver a un hombre que finalmente ubiqué como un tahúr que solía desarrollar su oficio en cruceros. Era un aficionado incluso para esa profesión de aficionados y un año antes no se habría atrevido siquiera a hablarme pero se sentó en el banco y comenzó a jactarse de mis desdichas, señalando mis errores y poniéndome al día con todo detalle de lo listo que habría sido *él*. Era el típico sabelotodo de Broadway y le miré con desprecio, sin molestarme en contestar.

—Estás acabada en Nueva York —fueron sus últimas palabras mientras yo me levantaba y me comenzaba a alejarme—. Jamás podrás volver a ganar un centavo aquí.

Sus palabras fueron como un bofetón pero debí haberle dado las gracias. Me sacó de mi flojo abatimiento y el antiguo espíritu de

lucha resurgió. «¿Que estoy acabada? ¡Le voy a enseñar yo a ese gamberrucho si Polly Adler está acabada!». Echando chispas, me apresuré hasta el apartamento, me quité el sombrero y los guantes, cogí el teléfono y marqué el primer número que me vino a la cabeza.

El cordial saludo de Archie L. era justo el remedio que necesitaba.

—¡Hey, Polly, es estupendo! He estado intentando localizarte. Tengo un pequeño problema de invitados. Hay un hombre muy importante que viene esta noche a mi local y traerá a otros cinco o seis. ¿Qué te parece? ¿Podrías poner tú el talento? ¿Podrías venir tú también? Mi invitado, el señor Brown, dijo que le encantaría conocerte y estoy seguro de que te parecerá un contacto muy valioso.

Colgué pensando que mi suerte había cambiado. Archie L. era propietario de una cadena de cines y estaba segura de que sus invitados serían peces gordos de Hollywood. Cuando comencé a llamar a mis chicas más guapas, todas me dijeron lo mismo.

—¡Polly! ¿Dónde has estado? Llevo no sé cuánto tiempo esperando a que me llames. No es lo mismo trabajar para cualquier otra… Sabes que quiero volver contigo. ¿Esta noche? ¡Claro que sí, Polly! Estaré allí toda peripuesta.

No tenía costumbre de acompañar a mis chicas en las citas pero pensé que mi primera noche de vuelta al negocio era una ocasión especial. La idea de una fiesta con gente de Hollywood se ajustaba perfectamente a mi estado de ánimo. Estaba famélica de diversión y emoción y siempre me ha encantado escuchar historias de la vida tras la cortina de celuloide. Además, los magnates del cine eran generosos derrochadores algo que, a estas alturas del juego, me parecía una cualidad especialmente adorable.

Sin embargo, cuando me presentaron a los invitados de Archie no reconocí ningún nombre y, si eran de Hollywood, sin duda no llevaban sus trajes típicos. El invitado de honor, el señor Brown, llevaba un traje gris que le quedaba grande y pensé que jamás supondría un contrincante para Adolph Menjou* en un premio al hombre mejor vestido. Su aspecto me pareció bastante anodino, nada parecido a mi idea de alguien importante. Era de estatura media, delgado y de rostro cetrino, y sus modales eran bruscos y algo nerviosos.

Me enorgullezco de ser capaz de calar a la gente con bastante rapidez pero el señor Brown me tenía desconcertada. Después de

escucharle un rato pensé que hablaba como un hampón, pero ¿qué hacía Archie mezclándose con alguien así? Para mayor confusión, aunque le corregí varias veces, él siguió llamándome Peggy.

—¿No eres amiga de Vincent Coll, Peggy? —dijo en cierto momento.

Dije que no conocía a nadie con ese nombre pero él insistía en que sí.

—Resulta que sé que Coll te vende licor, Peggy —dijo—. Te ha estafado varias veces.

De repente me di cuenta de que había mezclado a las madames.

—Señor Brown, no soy Peggy Wild. Soy Polly Adler, la Polly que ha estado honrando con su presencia la investigación Seabury.

Para mi sorpresa pareció decepcionado. Por un momento miró fijamente su copa con aire sombrío pero justo cuando empecé a sentirme un poco molesta sonrió y dijo que estaba encantado de conocerme.

—He leído sobre ti, Polly. Eres la primera de mi lista.

Poco después, Archie me llamó a la cocina para ayudarle a preparar algunas bebidas. Buscando vasos limpios abrí un armario y casi me desmayo. Sabía que Archie iba a cazar patos de vez en cuando pero uno no va de caza con ametralladoras y el interior de aquel armario parecía un arsenal.

Archie me miraba con una amplia sonrisa.

—¿Qué pasa, Polly? —dijo—. Estás pálida.

—¿Tienes un nuevo negocio? ¿Qué hacen aquí todas estas armas?

—Estás de broma, ¿no sabes quiénes son los tipos de ahí fuera?

Sacudí lentamente la cabeza pero tenía el corazón encogido.

—Bueno, será mejor que no se lo digas a tus chicas pero esos son *Dutch* Schultz y su banda. Has estado charlando con el mismísimo Dutch.

Me sentí como un niño que acaba de saber que el perrito que ha estado acariciando es un tigre *come-hombres*. Desde principios de los años veinte cuando se convirtió en una autoridad del contrabando, Dutch había estado construyendo su imperio del hampa y ahora se decía que controlaba las tragaperras, los agentes de fianzas y la policía, entre otras cosas. Era quizá el más poderoso y prominente líder de bandas de Nueva York y para mantenerlo en esa posición sus muchachos hacían uso constante de la parafernalia que ahora estaba guardada en el armario de Archie.

Recuerdo que en una ocasión, un amigo policía que quería devolverme un favor me había ofrecido presentarme a Dutch. «Es un

derrochador», dijo, pero yo no quería tenerlo derrochando en mi casa. Estaba ansiosa por evitar incluso la más casual de las asociaciones con ninguno de los enemigos públicos. En mi opinión, mezclarse con esa gente era un atajo a la Cámara de Descanso de la funeraria del barrio. Solo un par de días antes había leído que a uno de la banda de Schultz, Daniel Imascia, le habían disparado al salir del escondite de Dutch. Se creía que el objetivo era Dutch y que los asesinos eran miembros de la banda de Coll.

Cuando dije que *el señor Brown* me había preguntado si era amiga de Coll, Archie me explicó que Coll, más conocido como Mad Dog, había sido el gatillo de Schultz, pero hacía más o menos un año lo había dejado para formar su propia banda. Desde entonces existía una guerra abierta entre Schutlz y Coll, no solo porque Coll estaba intentando quitarle el negocio de la cerveza sino porque acusaba a Dutch del asesinato de su hermano Pete. Aparentemente, Coll tenía la costumbre de frecuentar el local de Peggy Wild y Dutch, pensando que yo era Peggy, había intentado sacarme información sobre él. No obstante, Archie me dijo que no tenía nada que temer, que Dutch no era uno de esos psicópatas sedientos de sangre que encontraban placer en la violencia gratuita o asustando a inocentes transeúntes. Era un mafioso más del tipo empresarial.

Cuando regresé al salón, intenté actuar de forma normal pero me sentía muy cohibida y absolutamente incapaz de ser la charlatana habitual. Ahora que sabía quiénes eran esos hombres, todas sus acciones me parecían siniestras y aunque sabía que sus armas estaban en la cocina, cada vez que saltaba un corcho yo pegaba un bote. Solo quería salir de allí e irme a casa pero la fiesta duró hasta las seis en punto.

Mientras me dirigía agradecida hacia la puerta, el señor Brown se acercó y me pidió el número de teléfono. Balbuceé una exclamación sobre lo arriesgado de tener visitantes estando tan reciente el asunto Seabury pero Dutch le quitó importancia.

—No te preocupes —dijo—. Nosotros nos ocupamos… ¿El número?

Había dos opciones. Podía darle el número o podía darle el número. Se lo di.

A las doce de la noche el teléfono sonó. No hubo preliminares. Simplemente dijo:

—Soy el señor Brown. Voy para allá.

En menos de cinco minutos estaba en mi puerta (debió de llamar desde la droguería de la esquina, dando por sentado que no

rechazaría su visita). Le acompañaba un hombre alto, corpulento y taciturno que se quedó de pie en el vestíbulo y se quedó allí como una estatua con los ojos fijos en la puerta. Su nombre, como supe después, era Lulu Rosenkrantz, y cuatro años más tarde sería asesinado junto a Dutch en una taberna de Newark.

Dutch me preguntó si estaba sola. Cuando asentí, dijo:

—De ahora en adelante no contestes al teléfono o a la puerta. —Después, volviéndose hacia Lulu—: Estoy bien aquí. Ven a buscarme sobre las diez de la mañana.

Lulu se fue sin decir palabra.

Dutch entró en el salón y fue hasta el sofá. Se agachó, se quitó los zapatos y después se tendió ociosamente, de cara a la puerta. Me pidió una bebida.

Mientras preparaba una para él y otra para mí (que debo decir que necesitaba) me preguntó por la investigación Seabury, qué políticos conocía y qué tipo de clientela había tenido. Me negué a darle los nombres de ninguno de mis clientes pero intenté hacerlo con bromas y educadamente para no enfadarlo.

—En mi profesión, cuanto más alto subes más secretos has de guardar. Y soy masón de grado treinta y tres, o debería decir, una madame de grado treinta y tres.

—Me gustan las damas que mantienen la boca cerrada —dijo Dutch—. Tienes agallas, Poll.

Le había estado llamando señor Brown. Torció la cabeza hacia mí y me dijo:

—Puedes dejar de llamarme señor Brown. Soy *Dutch* Schultz. —Y observándome fijamente—: ¿Sabes? En este momento, Vincent Coll daría cincuenta de los grandes si pudiera ponerme las manos encima.

Me recorrió un escalofrío. Tragué un par de veces y finalmente conseguí decir:

—¿De qué me servirían cincuenta mil dólares si estoy en el fondo del East River con un bloque de cemento?

Sonrió ligeramente.

—No me preocupas tú, Polly. He estado haciendo averiguaciones, la mafia te da el aprobado —Se estiró y bostezó—. Desde ahora me verás mucho por aquí. Será mejor que consigas un lugar más grande.

Sabía reconocer una orden cuando la escuchaba pero estaba la pequeña cuestión monetaria.

—Sin duda quiero complacerte —dije—, pero desde la caída de la bolsa estoy sin blanca y desde que empezó la investigación no he ganado nada.

Le quitó una goma elástica a un grueso fajo de billetes y me dio mil dólares.

—Esto para empezar. Si tienes algún problema para conseguir el apartamento, házmelo saber. Tengo muchas conexiones con propietarios de bloques de apartamentos.

Dutch no era el hombre más fácil del mundo con el que mantener una conversación. Cada vez que paraba el ascensor o había ruidos en el vestíbulo se ponía en pie de un salto. Yo fingía no darme cuenta y seguía hablando pero mi nevera estaba inusualmente ruidosa y él seguía mirando hacia la cocina.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

Le aseguré que estábamos solos y le pedí que se relajara. Me estaba poniendo más nerviosa de lo que estaba él. Por fin, a las cinco de la mañana dijo que iba a dormir un rato y sin más que un «si me permites» se metió en mi único dormitorio.

Me acomodé en el sofá, agotada, pero el sueño no llegaba. Me encontré escuchando cada pequeño ruido, esperando a Mad Dog Coll que pagaría cincuenta mil dólares por matar al hombre de mi habitación… Me di cuenta de que aquella sería la primera de muchas noches. Al aceptar el dinero de Dutch me encontraba en el camino para salir del agujero financiero pero a cambio me había encadenado, de ahora en adelante mi vida estaría gobernada por el miedo.

Aun así, a la vista de los acontecimientos de los últimos dos días, no podía evitar sonreír. Si no hubiera dejado que aquellas ardillas se comieran mis cacahuetes, no me habría encontrado con el tahúr. Y si no hubiera escuchado su perorata, no habría llamado a Archie L. Y si no hubiera llamado a Archie… Bueno, creo que me lo pensaré dos veces antes de volver a dar de comer a las ardillas.

Ahora que la depresión se abría paso, había un montón de apartamentos caros a precios razonables y alquilé uno amueblado en la Ochenta y Tres Oeste. Fue un acierto darme prisa. Aquella noche Dutch volvió y trajo con él a dos miembros de su banda que ya había conocido en la fiesta de Archie, Bo Weinberg y Swede Stockholm. Bo era un tipo grande, de cabello oscuro, de unos cuarenta años. Era el cerebro de la banda y aunque su expresión habitual era vacía e inmutable, nunca se perdía un chiste. Swede era agradable y con buenos modales y era mucho más fácil de aguantar que Bo o Lulu. Tenía una delicadeza e inocencia que le hacían mucho menos temible que el silencioso Bo.

Dutch preguntó inmediatamente si había tenido suerte en la búsqueda del apartamento y cuando le dije que estaba todo arreglado se mostró complacido.

—Os dije que esta chica era de fiar —le dijo a Bo—. Creo que tenemos que celebrarlo. Polly, se supone que eres la Ziegfield de tu profesión. Enséñanos lo que sabes hacer. Y tomemos algo de *champagne*.

Cuando iba a llamar a las chicas me advirtió que no revelara su identidad ni la de nadie de la banda. Cuando hubiera gente alrededor, dijo, debía llamarle Papi.

Justo después de eso me llevé un buen susto. Salí a la cocina y la criada estaba allí sentada leyendo el *Time*, que dejó abierto sobre la mesa cuando fue a enfriar el *champagne*. Le eché una mirada y me encontré cara a cara con la foto de Dutch. Rápidamente arranqué la hoja y a la primera oportunidad la tiré por el váter. Pero me fijé en qué numero era, veintinueve de junio, y al día siguiente lo compré y lo leí cuando estuve sola. La historia trataba de Dutch y otros líderes del negocio como Owney Madden, Larry Fay, Waxey Gordon y Ciro Terranova, y relataba el interrogatorio de Dutch sobre el reciente tiroteo de Iamascia. Contaba lo nervioso que estaba, casi se desmaya cuando los polis lo llevaron, pero por supuesto no estaba asustado de los polis, sino de Coll. Luego supe por uno de la banda que Dutch había visto la historia y había señalado que habían escrito mal su verdadero nombre, que era Arthur Flegenheimer. (Pero no creo que le escribiera una nota al editor.)

La fiesta de *celebración* duró hasta las ocho de la mañana y sin haber dormido me dispuse a hacer los preparativos para mudarme a mi nueva casa. Como desconocía cuánto de mi tiempo necesitarían Dutch y su séquito, no le di mi nueva dirección a ninguno de mis amigos o clientes. Menos mal. El apartamento se convirtió en el cuartel general de la banda y aquello era como Grand Central Station, con mafiosos entrando y saliendo a todas horas. Pero ni las criadas ni yo estábamos autorizadas a abrir la puerta a nadie hasta que Lulu y Mac, los guardaespaldas de Dutch, dieran el visto bueno, tras inspeccionar al visitante a través de la mirilla que había instalado para tal fin.

Dutch solía recibir en mi dormitorio, donde se tumbaba medio erguido en la cama con dosel, como Luis XIV. No osaba interrumpirle cuando había una reunión ni, por supuesto, quería hacerlo. Me mantenía alejada de aquella habitación en la medida de lo posible y si tenía que entrar, llamaba y esperaba a que me dieran permiso, y

entraba y salía todo lo rápido que podía. Mi vida dependía de no ser receptora de confidencias, ni siquiera sin querer. Solo si no sabía nada y evitaba escuchar cualquier cosa podría sobrevivir.

Dutch rara vez estaba vestido por completo y se quedaba despierto casi toda la noche, leyendo. Parecía tener miedo de la oscuridad. No dormía más de cuatro o cinco horas y le daba instrucciones a la criada la noche antes para que le sirviera el desayuno en la cama a las doce. Siempre el mismo menú: agua caliente con zumo de limón, un gran vaso de zumo de pomelo, dos huevos fritos, tostada, mermelada y café solo. Fumaba sin descanso, desperdigando colillas por toda mi alfombra.

Sin duda no era limpio, ni en sus hábitos por la casa ni en su apariencia personal, a su ropa siempre le hacía falta un buen planchado, pero era muy pulcro con su persona. Diariamente, sobre las siete de la tarde, se daba un baño. Siempre insistía en que yo estuviera presente durante este ritual para frotarle la espalda. Era una excusa, tenía miedo de quedarse solo. Mientras le restregaba, me contaba cuántos vendrían a cenar. Siempre pedía la cena a las ocho y media, pero rara vez se sentaba a cenar antes de la medianoche, para gran descontento de mis criadas y mis chicas.

Muchas cosas de Dutch me ponían de los nervios pero intentaba controlarme. No era el tipo de hombre al que le puedes ir con quejas. Se dice que la confianza da asco, pero nunca le perdí el miedo a Dutch Schultz. No era el prototipo de gánster que las películas han mostrado al mundo. No llevaba pistola y nunca andaba por ahí actuando de modo siniestro. Era serio, frío e incisivo, indiferente y… letal.

No obstante, Dutch tenía algo de sentido del humor y creo que tenía consigo a un tipo al que llamaba Abadaba porque era gracioso más que por otra cosa. Abadaba, conocido como Otto Berman o Beiderman, era un genio de las matemáticas que había tenido alguna conexión con las cuentas del negocio. Después leí que aconsejaba hacer apuestas de último minuto en las máquinas de *parimutuas*[*] para que cambiaran las probabilidades y los números más jugados no se pagaran. De todas formas, Abadaba, se refería a sí mismo como *numerólogo*. Era bajo, pálido, casi calvo y bastante gordo y hablaba de forma graciosa. Puesto que entretenía al *rey*, como los antiguos bufones, consiguió más que los demás, al menos mientras estuvo de su lado. Fue otro de los que murieron junto a Dutch aquella noche de octubre de 1935.

Una mañana que Dutch estaba en mi casa, sonó el timbre de la

puerta seguido de un sonoro golpeteo en la puerta exterior. Tras un vistazo rápido, Lulu Rosenkrantz abrió rápidamente la puerta para dar paso a un tipo bajo y atildado que fue escoltado hasta el dormitorio donde dormía el holandés.

El recién llegado estuvo con Dutch durante varias horas, durante las cuales hubo mucho ir y venir de distintos miembros de la banda, y finalmente me mandaron llamar.

—Polly —dijo Dutch—, este es Dixie Davis, mi portavoz, y de ahora en adelante será el tuyo. Va camino del éxito y confío en él.

Miré a mi nuevo abogado sin decir nada. Al menos, pensé amargamente, no podía ser peor que el señor Jayess que seguía asediándome a pesar de que estaba pagándole la deuda lo más rápido que podía.

—Dixie volverá esta noche con seis amigos —prosiguió Dutch—, y te aviso con tiempo de sobra para que prepares una cena muy especial con todas sus guarniciones. Caviar, champagne y chicas, lo mejor, ¿entendido?

Me sentí como una criada, como si debiera hacer una inclinación de cortesía pero salí para dar las órdenes necesarias. Poco después, cuando Dixie Davis ya se había ido, Dutch me mandó llamar de nuevo. Toda su amabilidad se había esfumado. Caminaba arriba y abajo por la habitación y parecía nervioso.

Me dijo que acababa de enterarse del secuestro de Big Frenchy de Mange a manos de Mad Dog Coll. Big Frenchy era la mano derecha de Owney Madden y Coll lo retenía a cambio de un rescate de treinta mil dólares.

—No estaremos seguros mientras ese loco ande suelto —dijo Dutch.

Se detuvo frente a mí. Sus ojos se estrecharon y su voz se tornó baja y confidencial.

—¿Conoces el Asterisk Club de la Cuarenta y cuatro, Polly?

Asentí.

—Me han dicho que es un club a puerta cerrada pero que tú conoces al dueño y puedes entrar. ¿Es eso cierto?

Asentí de nuevo.

—Bien —dijo—. Ahí es donde ha estado yendo Coll. Quiero que vayas allí y te lleves a algunos muchachos contigo. Ya te diré cuándo.

Era como si me hubiera dicho que me haría saber el día de mi muerte. Sabía que si llevaba a cualquiera de la banda de Schultz al Asterisk, incluso si sobrevivía al tiroteo, me quitarían del medio más tarde como a todos los testigos. Aún estaban frescas en mi mente las

historias sobre el tiroteo del Hotsy-Totsy la noche que Piernas Diamond se emborrachó y noqueó a un par de clientes. Hubo varios testigos, incluido un tipo llamado Hymie, un hombre del Piernas, y en cuestión de días Hymie y el resto estaban muertos y cuando el Piernas se entregó a los polis no quedaba nadie para testificar contra él.

Lo mirase como lo mirase, era candidata a un ataúd y entonces decidí allí mismo que me negaría a tomar parte en esta empresa. Si Dutch pagaba mi motín con una bala, no habría perdido nada pues ya tenía una asegurada.

Dutch debió darse cuenta de lo que sentía por mi expresión, pues su voz se endureció.

—No le hables a nadie de esto, especialmente a Bo.

No sé por qué dijo precisamente Bo. Bo era su teniente de mayor confianza y su consejero de estrategia. Le trataba mejor que a los otros y parecía respetarle. ¿Podría ser que los demás no confiaran tanto en Bo después de todo? ¿O pensaba que Bo se burlaría de él por esconderse tras mis faldas, por usar a una mujer para protegerle y hacer el trabajo que él mismo no se atrevía a hacer? Mientras preparaba la casa para la fiesta de esa noche le daba vueltas a esta idea, quizá porque prefería pensar en cualquier cosa antes que en mi propia situación. Seguía viéndome a mí misma entrando en el Asterisk Club con un feliz matón con pistola detrás de mí y otro aún más loco enfrente. Mi única esperanza era que Dutch desechara el plan. Mientras tanto, lo único que podía hacer era dejar las cosas correr y rezar para que no hubiera necesidad de desafiarle.

A las siete en punto, Davis volvió con otros seis, incluido Ciro Terranova, apodado el rey de la alcachofa porque recaudaba impuestos de los mercados agrícolas. Todo el mundo bebió mucho, incluido Dutch, lo que me sorprendió; era la primera vez que le veía darle realmente bien a la botella. Dixie y los demás se fueron sobre las cinco pero Dutch pidió que enviaran más *champagne* a su habitación y se fue allí con una de mis chicas, Ruth.

Poco después Bo, Swede y yo estábamos tomando café en la cocina cuando escuchamos unos horribles gritos que venían del dormitorio. Bo y Swede intentaron retenerme, diciendo que Dutch estaba de mal humor pero me deshice de ellos e irrumpí en la habitación. Dutch estaba sentado al borde de la cama, intentando zafarse del golpe con la botella de *champagne* vacía que Ruth tenía lista para darle en la cabeza. La tomé por el brazo y la eché de la habitación. Dutch parecía un loco, con los ojos empequeñecidos

hasta el tamaño de un alfiler. Tenía el asesinato escrito en la cara. Intenté calmarle con cumplidos, diciéndole que era un hombre demasiado importante para dejarse enfadar así por una fulana. Pero seguía ahí sentado repitiendo una y otra vez: «¡Esa maldita puta, esa maldita puta!».

Súbitamente se puso en pie y salió del cuarto como una exhalación y corrió por el apartamento buscando a Ruth. Bo le dijo que se había ido a casa aunque sabía que estaba escondida en el cuarto de la criada. Frustrado, Dutch se volvió hacia mí.

—¡Polly, asegúrate de que esa sucia perra no vuelve a ganarse un centavo contigo ni con nadie más en esta ciudad!

Cometí la estupidez de decirle que no tenía jurisdicción sobre nadie en Nueva York y me abofeteó con fuerza y me lanzó un par de insultos. Aguanté las lágrimas y me quedé quieta, simplemente mirándole, hasta que finalmente se metió perjurando con un portazo en la habitación y echó el pestillo.

Fui a ver cómo estaba Ruth y qué había ocurrido. Me explicó que Dutch le había dado una patada en el estómago por negarse a acercarle una copa de *champagne* que estaba más cerca de él que de ella. Ella le tiró la copa y le habría estampado la botella si yo no hubiera entrado. Aún estaba furiosa. Le di algo de dinero y le dije que debía irse. No me entendía; en otro momento la habría apoyado y habría echado de la casa al cliente. Pero Ruth no sabía, ni ninguna de las otras chicas, que *Papi* era Dutch Schultz.

Al día siguiente mi huésped estrella se disculpó. Pero eso no me curó el moratón.

II

Aunque Dutch nunca volvió a sacar el tema de conseguirle a Coll, vivía con el terror de que lo hiciera y mi corazón daba un vuelco cada vez que el nombre de Coll salía en la conversación. Esto ocurría a menudo ya que, en el último verano de su corta vida, el asesino con cara de niño había instaurado un reinado del terror que sobrecogía incluso a los gánsteres más duros.

Poco después del secuestro de Big Frenchy, Coll fue responsable de un asesinato que horrorizó de tal manera a la ciudad que tanto los líderes de las bandas como la policía salieron a pillarle. A las seis y media del veintiocho de julio un coche cargado de hombres de Coll paseaban el Upper East Side a la búsqueda, se decía, de Joey Rao, miembro de la banda de Harlem, aliado de Dutch Schultz. Como

cualquier agradable noche de verano, las escaleras de entrada a las casas estaban llenas de gente tomando el aire, las calles y las aceras llenas de niños jugando al pilla-pilla, al tejo y al béisbol con un palo. Pero eso no detuvo a los asesinos. Cuando vieron a un hombre que pensaron que era Rao, dispararon con recortadas y una ametralladora. Su víctima escapó pero Michael Vengalli, de cinco años, murió y otros cuatro niños resultaron heridos.

Naturalmente, hubo una gran conmoción y meses después dos miembros de la banda de Coll, Dominic Odierno y Frank Giordano, fueron acusados del asesinato y finalmente acabaron en la silla. No obstante, Coll fue absuelto cuando su abogado, Samuel Liewobitz, probó que George Brecht, de cuya identificación de Coll dependía el caso, era un convicto, un testigo profesional y un perjuro.

Pero Coll no fue puesto bajo custodia hasta finales de aquel año. Mientras, andaba suelto y la guerra entre él y Dutch continuaba con el mismo vigor. En octubre, cuando mataron a un hombre de Schultz llamado Mullins, los periódicos dijeron que el marcador de asesinatos estaba ocho a cuatro, con Coll a la cabeza.

Casi podía sentir cuándo iba a cometerse un asesinato. En esos momentos los mafiosos importantes de la banda se quedaban en mi apartamento y esperaban a que los subordinados hicieran el trabajo. Había que ser ciega y sorda para no darse cuenta de que algo se estaba cociendo. Lulu se mantenía ocupado, saliendo y entrando a comprar distintas ediciones de periódicos que los matones ojeaban ávidamente y después tiraban hasta que mi apartamento parecía una gran papelera. Normalmente, si era posible, yo me escabullía. Me parecía que era un buen momento para estar en otro sitio. Siempre tenía miedo de que si me quedaba junto a alguien podía enterarme de algo y mi ignorancia era mi única protección.

Una de esas noches cuando salía de la casa, el ascensorista me dio una nota, diciéndome que le habían dado un dólar de propina por entregarla personalmente. La nota, que iba sin firmar, decía: «Es urgente que te encuentres conmigo en Papa Tony's a medianoche».

Papa Tony's era el famoso restaurante dirigido por Tony Soma, que fue durante mucho tiempo el lugar de encuentro favorito de escritores, actores y otras celebridades. El lugar de la cita me tranquilizó y decidí acudir.

En la calle, los chicos de los periódicos gritaban: «¡Extra! ¡Extra! ¡Asesinato en el Bronx!». Compré un diario y me metí en el bar más cercano, pedí un escocés y me lo bebí antes de poder serenarme para leer los titulares. Era peor de lo que esperaba, dos muertos y tres

heridos, y uno de los muertos y dos de los heridos eran inocentes viandantes.

Sabía que esto exigiría represalias y en algún lugar de Nueva York o Nueva Jersey en ese mismo instante había hombres que se reunían para trazar planes de venganza. Tanto si los asesinos habían sido la banda de Schultz como si no, los hombres de Coll estarían sedientos de sangre y era bastante probable que mi apartamento se convirtiera en la escena de una masacre como la que había tenido lugar en el Bronx. Lo que más me preocupaba era pensarme responsable de haber puesto a las chicas y las criadas en peligro. Al menos yo sabía los riesgos que corría pero ellas desconocían por completo la identidad de nuestros clientes. Y no había manera de alertarlas. No podía confiar en que mantuvieran la boca cerrada aunque su propia seguridad dependiera de ello.

A las doce menos cuarto me dirigí a Tony's donde Mark Hellinger me esperaba en la puerta. Había sido él quien me había enviado la nota y me llevó hasta una mesa del fondo donde podíamos tener algo de privacidad. No hablaba con Mark desde una noche que fui al Follies para ver su número sobre Polly Adlervitch. En aquel momento me preguntó si me importaba que usara mi nombre y le dije que, al contrario, era el tipo de publicidad que me gustaba y le sugerí en broma que le pidiera a Flo Ziegfield que pusiera mi número de teléfono en el programa. Pero aquella noche no había nada humorístico en el ambiente. Como conocido y respetado periodista, Mark tenía muchas fuentes de información y sabía que podía confiar en sus palabras.

—Polly, hace tiempo que quería hablar contigo. Sabes que siempre me has gustado como persona y que te he admirado por tu honestidad y la forma en la que llevas tu negocio. Pero tengo entendido que últimamente te has rodeado de alguna gente que puede meterte en problemas.

—Créeme, Mark —dije—. Soy consciente del peligro en el que estoy pero no sé cómo deshacerme de esa gente. He leído los periódicos de esta noche, sé lo que se avecina, pero ¿qué puedo hacer? —Intenté sonreír—. ¿Quién sabe? Quizá mañana haya titulares sobre mí criando malvas.

—No digas eso —dijo Mark tajante—. ¿No crees que si cierta persona supiera que todo el mundo sabe que pasa el rato en tu casa podría considerar recomendable irse a otra parte? ¿Especialmente ahora?

Lo que Mark me dijo tenía mucho sentido. Ya no era un secreto

que mi apartamento era el escondite de la banda así que quizá podría convencer a Dutch de que se marchara. Aunque no hubiera pensado en la seguridad de las chicas y las criadas y en la mía, sin duda le daba un valor considerable a su trasero y si un periodista podía saber por dónde paraba, también podría Mad Dog Coll.

Le di amablemente las gracias a Mark por su interés y su consejo pero hacía falta echarle valor para hablar con Su Señoría, el holandés, más del que yo tenía, debo admitir. Pero pensé que quizá podría hacer acopio de valor bebiendo un poco así que hice la ronda de bares hasta la hora de cierre. Para entonces estaba como una cuba, tanto que había olvidado la orden de Dutch de no beber mientras él estaba en casa. Sin duda temía que me descuidara y hablara demasiado.

Cuando finalmente llegué frente a mi puerta tuve problemas para meter la llave. Llamé tres veces con suavidad y la puerta se abrió a tal velocidad que casi me caigo de bruces. Allí, agachándose, estaba Dutch con Bo detrás de él. Me agarraron y llevaron hasta la cocina.

Dutch preguntó:

—¿Dónde has estado?

—Por ahí —contesté desafiante.

—¿Por ahí dónde?

—Por ahí.

—Ya veo que no te gusta cumplir órdenes. Creo que te dije que no bebieras… ¡Contéstame! ¿No te lo dije?

Silencio por mi parte. Mi renovado valor había desaparecido.

—Bien, quizá esto te enseñe una lección, ¡estúpida!

Dejó caer su puño sobre mi cabeza. Caí hacia atrás en la habitación de la criada. Dutch fue a patearme pero Bo le agarró y se lo llevó al salón. La criada me ayudó a levantarme y me sentó en una silla, donde nos aferramos la una a la otra hasta que oímos irse a Dutch y sus compinches. Entonces me llevó hasta mi habitación. El efecto del alcohol ya se estaba pasando y los latidos de mi corazón se hicieron más intensos. Me sentía tan humillada y avergonzada que rompí a llorar.

—¿Has visto el periódico de esta noche? —sollocé, echando por tierra toda precaución.

—No, señorita Polly —dijo la criada—. Me han tenido de acá para allá —Y entonces, intentó consolarme con la cantidad de dinero que habían gastado—. Se han gastado un montón. Parecían estar de humor despilfarrador.

Le conté lo que estaban celebrando. No podía ocultarlo más,

estaba al borde de la histeria. El licor y el golpe en la cabeza habían acabado con mi autocontrol y tenía que soltar todo el miedo y la pena que tenía dentro.

—¿Sabes por qué he bebido esta noche? —le dije—. Para tener el valor de pedirle a Dutch que no venga nunca más. Pero ya has visto lo que he conseguido.

Finalmente me persuadió para que me tumbara pero cuando apagó la luz y me dejó, me levanté y miré por la ventana, preguntándome si la banda de Coll ya estaba apostada alrededor del edificio.

Cuando pasaron un par de semanas y Dutch no regresó, decidí mudarme. No es que pudiera evitarle si él decidía encontrarme pero el apartamento ya no me gustaba y no podía quitarme la sensación de que los hombres de Coll estaban observando todas las idas y venidas. Así que encontré un sitio nuevo en la Cincuenta y cinco Oeste y comencé a recibir de nuevo a varios de mis antiguos clientes.

Aunque había pagado mi deuda de cinco mil dólares con el señor Jayess, eso no significaba que me lo hubiera quitado de encima. Comenzó a pedirme pequeños préstamos y no me atreví a negárselos. Sabía que no volvería a ver ni un penique, ni cuando dijo que estaba haciendo *inversiones* para mí, pero como había vuelto al negocio tuve que dejarle que me chantajeara. Sin embargo, comenzaba a recuperar cierta paz interior cuando una noche a mediados de diciembre el ascensorista anunció a un caballero que se hacía llamar *Papi Brown*.

Dutch iba acompañado de Abadaba y otros cinco matones, dos de los cuales no había visto antes. Uno era moreno, bastante tímido al que solo conocía por el nombre de Shorty. Parecía sorprendido por la elegancia del apartamento y no era exactamente lo que una llamaría un confiado. Más tarde, cuando se fue a la cama, le pregunté por qué no se quitaba los zapatos.

—Mira, Polly —dijo con una voz incongruentemente suave y sedosa—. Llevo veinte de los grandes en los zapatos y no quiero arriesgarme.

El otro recién llegado era Pretty Amburg y por qué le llamaban Pretty nunca lo sabré. Era bajo, delgaducho y bizco y se había ganado una reputación por su crueldad y vandalismo. (Pretty maltrataba el inglés aunque una vez, intentando impresionarme con sus orígenes, me dijo que su madre era maestra. Si es cierto, me

pregunto qué le enseño. Pretty y dos de sus otros hijos fueron famosos matones y al final murieron de forma violenta.) Entró fanfarroneando en el salón, inspeccionó los cuadros y los muebles como si fuera un experto en bellas artes. Probablemente, pensé, intentando saber cuáles eran los más caros para romperlos primero. Tras haber escuchado las terribles historias sobre esta destructiva criatura, detestaba que estuviera en mi casa.

Dutch no mencionó el hecho de que me hubiera mudado ni se disculpó por la paliza que me había dado. En lugar de eso me llevó a un aparte y me dio quinientos dólares.

—La semana que viene es Navidad, cómprate un regalo. Es posible que no te vea hasta después de Año Nuevo —me dijo.

Puesto que parecía estar de buen humor, aproveché para mencionarle mi miedo a Pretty Amburg.

—Papi —dije (le gustaba cuando le llamaba así)—, me han contado cómo Pretty y alguno de sus amigos se han comportado en casa de Sadie the Chink y Jenny the Factory. Me han dicho que abusan de las chicas y destrozan las casas, rompen muebles, queman camas, rompen ventanas y se llevan lo que quieren como recuerdo.

—Relájate —dijo Dutch—. Pretty no vendrá a verte a menos que venga conmigo.

—Gracias, Papi, pero me gustaría que le hicieras comportarse también cuando está en casa de Sadie o Jenny.

—¡Qué demonios! Yo no me ocupo de sus antros —Me lanzó una mirada de sospecha—. ¿Cómo es que te interesa lo que ocurre en otras casas?

—Porque sé lo duro que es que durante años te hayan estado vapuleando los policías para tener que aguantar también la brutalidad de tus clientes. Y una palabra tuya sería suficiente para cambiar eso.

—¿Cuál es el verdadero motivo?

—Jenny me hizo un favor una vez. Había algunos polis en su casa y escuchó que estaban de camino a una redada en la mía. Así que los engatusó, les dio de beber y los retuvo hasta que pudo avisarme para que cerrara. Fue uno de los polis el que me dijo cómo Jenny se la jugó.

—Sí, bueno —dijo Dutch—, Jenny es una chica fuerte. Puede cuidarse ella sola… Será mejor que traigas a más de tus chicas esta noche, Polly. Dentro de un rato vendrán unos amigos.

Los amigos, como supe después, eran los miembros de la banda de Harlem, nadie que quisieras encontrarte en un callejón oscuro, ni

siquiera en Broadway a mediodía. Pero extrañamente, aunque se abrieron varias cajas de bebidas en su honor y el alcohol corría sin parar, los matones no se habrían comportado con más decoro si hubieran sido miembros del Union Club un domingo por la tarde en la Sala de Lectura de Newport.

Aunque recibía a otros clientes cuando Dutch no estaba, suponía una enorme tensión no saber cuándo aparecería y continuamente pensaba en formas de deshacerme de él pero nunca me atreví a pedirle directamente que se fuera con la música a otra parte. Seguía esperando que las circunstancias cambiaran y no fuera necesario ofenderle.

Sabía que se tomaría la petición como una ofensa directa. Los gánsteres en general tienen una opinión muy baja de las prostitutas y aunque Dutch me respetaba por la forma en la que llevaba mi negocio y me guardaba mi vida personal para mí, evitaba cualquier vínculo real con la casa. (Creo que por eso se negó a intervenir para proteger a Jenny the Factory de Pretty Amburg.) Un gánster importante considera al *hombre de prostitución*, es decir, al hombre que gana dinero a través del proxenetismo, incluso de forma indirecta, como lo más bajo que hay. Ni siquiera será visto hablando con tal hombre por miedo a que su nombre se vea manchado. Así que podía estar segura de que Dutch no aceptaría con una sonrisa ninguna sugerencia para que se marchara. Yo era una madame y él no aceptaba órdenes ni sugerencias de tales personas.

Por suerte, nunca llegamos a eso. Una noche hacia finales de enero, anunciaron a un tal señor Abe y tres caballeros. Al no reconocer sus nombres, dije que los recibiría abajo. Pero primero rescaté veintidós mil dólares que pertenecían a Dutch y que había escondido en el fondo de una cacerola doble y se los di a Swede.

—Podrían ser policías o ladrones —le dije.

—O peor —dijo Swede—. No te preocupes.

Había dos hombres esperando junto al ascensor. Uno era bastante atractivo, con el pelo tan brillante que parecía que se lo hubiesen pulido. El otro se distinguía principalmente por una enorme nariz. Los otros dos estaban esperando en la puerta de salida, con el sombrero inclinado sobre los ojos. Hasta un niño los habría reconocido como mafiosos.

El atractivo preguntó si podían subir.

—Lo siento —contesté—. No recibo a desconocidos.

El hombre de la nariz grande habló.

—Somos muy buenos amigos de Peggy Wild.

—Estupendo —dije—. Vayan allí. Les aseguro que mi local no es muy diferente.

Hubo bastante más discusión y finalmente accedí a recibirlos si regresaban con alguien a quien yo conociera. Habría hecho cualquier cosa por deshacerme de ellos. Estaba convencida de que esos muchachos tenían algo en mente y no era precisamente sexo.

Swede esperaba ansioso arriba y escuchó atentamente mientras describía a los visitantes y le relataba la conversación. Fue directamente a contárselo a Dutch y, unos minutos más tarde ambos salieron de la habitación con el sombrero y la gabardina puesta. Sin mediar palabra, los demás muchachos tomaron sus sombreros y abrigos y siguieron a Dutch y Swede. No me preguntaron nada ni nadie hizo ningún comentario. Ni siquiera se despidieron. Simplemente, se marcharon.

Nunca supe quiénes eran los visitantes aquella noche pero fuesen quienes fuesen les estoy agradecida. No volví a ver a Dutch durante más de un año.

Puesto que Dutch y sus hombres pasaban mucho tiempo en mi casa y era inevitable que los viera mucho puede suponerse que sabía mucho más de lo que cuento, que tenía información privilegiada sobre lo que se cocía en *gansterlandia*. Pero, como ya he dicho, mi vida dependía literalmente de no ver, no oír y no hablar de nada de lo que había a mi alrededor. Por lo tanto, no tenía ni idea de qué conexión había, si es que existía, entre la partida de Dutch y el asesinato de Vincent Coll que tuvo lugar no mucho después, el ocho de febrero. Todo aquel que leía los diarios sabía que Coll había salido indemne del asesinato del niño de Harlem y que campaba a sus anchas de nuevo, y todo aquel que leía la columna de Winchell sabía que «cinco aviones trajeron a docenas de matones armados desde Chicago para combatir al Capone de la ciudad. Los bandidos locales han convertido un hotel en un arsenal porque el Maestro Coll les está dando dolores de cabeza». Seis horas después de que saliera a las calles esta edición, Vincent Coll entró en una droguería del distrito de Chelsea para hacer una llamada de teléfono. Cuando aún estaba dentro de la cabina entraron tres hombres y mientras dos de ellos le cubrían, el otro disparó sobre la cabina hasta que el cuerpo de Coll se desplomó.

El asesinato nunca se resolvió oficialmente pero se cree que fue perpetrado por asesinos de fuera de la ciudad. También se cree que fueron contratados, bien por Owney Madden (en venganza por el secuestro de Big Frenchy de Mange), bien por Dutch. No obstante, la policía absolvió a Owney y, años más tarde, mucho después de la muerte de su jefe, George Weinber, uno de los ayudantes de Dutch, nombró a este como el hombre que firmó la orden de ejecución de Coll.

Quizá fue así, pero yo solo sé lo que leí en los periódicos.

III

No obstante, en aquellos días tenía poco tiempo para sentarme a leer la prensa. Curiosamente, la notoriedad que me había dado la investigación Seabury, en lugar de distanciar a mi clientela más selecta, actuó como un imán. Había hecho que el país fuera *consciente de Polly* en una escala que jamás habría soñado y la alta sociedad y la gente de dinero, no solo neoyorquinos sino de todas partes, llegaban en bandadas a mi apartamento buscando entretenimiento. No me avergüenza admitir que me halagaba que muchos de ellos vinieran a pasar una noche de conversación ¡conmigo! Al menos para los sofisticados yo era alguien a quien había que conocer para estar bien situado, y eran legión los que se alimentaban de anécdotas sobre mí y de acontecimientos en mi casa. Inevitablemente, gran parte de lo que tenían que contar estaba decorado y exagerado e incluso inventado por completo, pero aunque me molestaban algunas historias que me hacían quedar como una analfabeta o una degenerada, o ambas cosas, estos agentes publicitarios sin paga ayudaron a impulsar mi negocio.

Cuatro años antes, cuando había comenzado a tener clientes del mundo del teatro y lo que se empezaba a llamar *sociedad de los cafés*, comencé a recibir mujeres como invitadas. Pero al principio solo a aquellas tan ricas o famosas o intelectuales o desinhibidas que podían ir a cualquier parte. Ahora, sin embargo, ir a mi casa se había convertido en moda y desde ese momento en adelante dirigí lo que se consideró un burdel mixto.

Podría parecer que entretener a esta respetable clientela me permitía tomar aliento entre las visitas de los mafiosos pero en realidad suponía el mismo esfuerzo aunque de distinto tipo. Tenía que estar continuamente alerta para evitar que maridos y esposas se encontraran con sus respectivas parejas, ya que en muchos casos un

hombre no sabía que su mujer era cliente mía y viceversa. Me convertí en una especie de carcelera que velaba por sus reclusas aunque a menudo las partes afectadas solo estuvieran disfrutando inocentemente de una copa o una partida de bridge o backgammon con unos amigos.

Muchas mujeres, claro está, solo venían por curiosidad y siguieron viniendo en parte, creo, porque obtenían una satisfacción indirecta por saber lo que ocurría a su alrededor. No podía evitar percibir cómo estas mujeres alzaban las cejas y se quedaban mirando cuando la criada llamaba a una de las chicas y esta se dirigía al ala de los dormitorios. Y cuando un hombre rodeaba a una chica por la cintura y decía: «Vamos a dar un paseo» (la forma habitual del cliente de indicar que estaba listo para el sexo), no podían quitar los ojos de la pareja que abandonaba la sala. Por un momento la conversación flaqueaba y después me acribillaban a preguntas que siempre desviaba con un comentario jocoso. Algunas les hacían el tercer grado a las chicas cuando volvían. ¿Alguna vez le decían los hombres que la amaban? ¿Eran muy distintos? ¿Cuánto tiempo solían emplear? Algunas de ellas incluso querían un relato con pelos y señales de lo que había ocurrido.

Como es natural, a las chicas les molestaban estos interrogatorios y a menudo se me quejaban por dejar que estas mujeres legítimas entraran en la casa.

—No queremos aquí a estas mujeres mirándonos con la boca abierta como si fuéramos bichos raros. ¿Por qué no se quedan en su casa y se ocupan de sus cosas y nos dejan a nosotras hacer lo mismo?

Debo decir que las comprendía. Por supuesto no todas las clientas femeninas tenían tan malos modales o eran tan morbosas. Como muchos de los hombres, veían mi casa más como un club social que otra cosa y su actitud con las chicas era relajada y espontánea.

Algunas de las chicas tenían envidia de mis clientas y en una ocasión esos celos precipitaron un incidente que, de haberse sabido, habría hecho tambalearse al país. Puesto que esto aún puede ocurrir si revelo la identidad de los implicados, no puedo ser demasiado específica sobre la fecha, pero tuvo lugar a principios del New Deal[*].

Bob, mi amigo escritor, me había pedido que diera una cena para seis personas tan conocidas que la privacidad era imprescindible. Me preguntó si debía excluir a todo el mundo, tanto a las chicas como a los clientes. Le expliqué que aquel día había un importante partido de futbol y que muchos de mis amigos universitarios se llevarían una decepción si se encontraban con las puertas cerradas. Como él

mismo era un chico de la Ivy League, Bob me dijo que adelante, que dejara a los chicos pasárselo bien y acordamos reservar un ala del apartamento para sus invitados.

Resultó ser un verdadero surtido de celebridades, entre ellas un senador de los Estados Unidos que salía mucho en las noticias por aquel entonces, una famosa escritora, un ídolo del cine, un prominente y agradable miembro del equipo de caza del zorro, una chica de carrera, muy conocida tanto en Washington como en Nueva York y muy cercana a un miembro del círculo íntimo de la Casa Blanca.

Como Bob había solicitado, había dado instrucciones a las chicas de mantenerse alejadas pero cuando vieron quiénes estaban allí se sintieron muy molestas por no permitírseles unirse a tan granado grupo de celebridades. En concreto, Ellie, que de todos modos era una resentida y había estado toda la tarde bebiendo, se sintió ofendida por estar excluida y me acusó de promover la conciencia de clase. Le dije que yo no estaba promoviendo nada más allá de una fiesta privada pero que ella sí que promovía una tremenda resaca si no dejaba de empinar el codo.

La cena fue bien pero después la estrella de cine se excusó para ir al baño y cuando salió llevaba a Ellie con él. Esto hizo que Bob comentara «Buen trofeo, viejo» y todo el mundo se rio pero yo estaba furiosa y me llevé a Ellie a la otra parte de la casa. Le dije a las criadas que le echaran un ojo pues estaba muy bebida y a menudo amenazaba con suicidarse cuando iba como una cuba.

Mientras tanto los artistas contratados por Bob habían llegado y la fiesta comenzaba a animarse. Los primeros en actuar fueron tres muchachos invertidos completamente travestidos con pelucas, pestañas postizas, tacones y vestidos de noche. Su actuación fue hilarante y eran tan convincentes que durante un rato el senador se negó a creer que no fueran mujeres. No obstante, el éxito de la noche era el número opuesto, Mabel, una chica de color grande y gorda vestida de frac que alardeaba de un anillo con la inscripción «Con amor» y el apodo de una conocida matrona de Park Avenue. Mabel era famosa por sus canciones picantes y esa noche, como siempre, asombró a su público.

Como estuve toda la noche ocupada entre la fiesta de Bob y los hinchas de futbol no sabía que Lola, la favorita de la Casa Blanca, había pedido a una de las criadas que le enseñara el apartamento y, como broma, la presentara como una de las chicas. Pero media hora después, cuando volví a la fiesta de Bob, Lola entró dando tumbos en

la sala, llorando como una histérica.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ellie se ha caído por la ventana! —sollozaba—. Intenté agarrarla pero se cayó.

En un instante todo era un alboroto.

—¡Ve con Ellie! —le grité a una criada.

Después, cual Paul Revere*, corrí por toda la casa llamando a las puertas y apremiando a todo el mundo a que se fuera.

—¡Va a haber problemas, ¡salgan de aquí! ¡Rápido! ¡Va a haber problemas!

Llamaba una y otra vez. Los travestis estaban tan excitados que sus pelucas volaban en todas direcciones, se les cayeron las pestañas postizas y comenzaron a abrirse paso a empujones hasta la salida más próxima, tropezando por el camino con sus tacones en la estela de Mabel que ponía pies en polvorosa. Los roncos gritos de la cantante completaron el pandemonio y los futboleros no podían disfrutar más. De hecho, insistieron en quedarse para ver el resto del espectáculo y casi me vuelvo loca intentando deshacerme de ellos.

Encontré a Bob solo, echando una cabezada en uno de los dormitorios y le saqué a rastras de la cama mientras él protestaba que un despertar tan brusco no era bueno para un buen sueño. Pero se le pasó la somnolencia cuando Sam, el ascensorista, nos alcanzó. Sam sudaba por los nervios.

—Está viva —informó sin aliento—. La he llevado al apartamento del superintendente.

Bajamos rápidamente a ver a Ellie. Yacía quebrada sobre una cama y repetía débilmente:

—Me empujó… Ella me empujó por la ventana.

Sabía que Ellie mentía porque Lola no era el tipo de mujer que iba por ahí tirando a gente por la ventana. Pero si Ellie insistía en su historia y había una investigación, me daban escalofríos de pensar en el escándalo. Me volví hacia Bob y le dije que él y sus amigos debían irse en seguida.

—¡Ni de broma, Polly! —dijo Bob— No vamos a dejar que cargues con todo esto. Si nos vamos y la chica muere pueden acusarte de homicidio. Nos quedamos aquí hasta que sepamos la gravedad de sus heridas.

Corrí a llamar por teléfono al médico del barrio pero cuando intenté explicar lo que había pasado él me cortó de forma grosera.

—¿Qué quiere decir con que una chica se cayó por la ventana? Debe estar usted borracha. Llame a la policía.

Finalmente, Bob tuvo que ponerse para convencerle de que

realmente había habido un accidente y que era una urgencia.

El médico no pudo determinar la gravedad de los daños de Ellie y llamó a un colega que nos aconsejó que la llevásemos a un sanatorio privado. (Los sanadores se repartieron doscientos cincuenta dólares para no hablar sobre la visita.) Acompañé a Ellie y me quedé hasta que supe que no tenía más que unas cuantas costillas rotas. También supe que su *salto suicida* se había realizado en dos fáciles etapas. Al sentirse despreciada por no estar incluida en la fiesta, decidió llamar la atención y asustar a Lola y le dijo que se iba a tirar por la ventana. Lola intentó detenerla y la agarró por el vestido pero la tela se rompió y Ellie cayó por la ventana. Fue entonces cuando Lola volvió corriendo a la fiesta. Lo que Lola no sabía es que Ellie estaba boca abajo en la escalera de incendios y que solo había saltado unos sesenta centímetros. En cuanto escuchó a Lola salir de la habitación bajo sigilosamente cinco tramos de escalera y se lanzó al suelo desde el primero.

Cuando regresé a casa hacía tiempo que había amanecido pero encontré a Bob y sus amigos aún esperando. Había gente que tenía mucho que perder si se veía envuelta en un escándalo así que ahí estaban… Quizá Ellie tenía razón al acusarme de conciencia de clase. No cabe duda, cuando la gente se comporta como ellos lo hicieron, eso es clase.

IV

Supongo que ya se ha señalado antes pero siempre fui muy consciente de las similitudes existentes entre los acontecimientos en la Alemania cuando Hitler tomó el poder en 1933 y las operaciones de los gánsteres americanos. Las sangrientas purgas de los líderes de partido y el sádico acoso y destrucción sin objeto de los guardias de asalto me parecían una versión a gran escala de las contiendas entre jefes de bandas y la expresión de sus seguidores.

Un hotel cercano a mi apartamento era el nido de estos ruines matones de estilo nazi que se entrenaban para ser grandes mafiosos y en muchos aspectos les temía más que a los Hitlers y Görings de los bajos fondos. De hecho, puesto que no podía acudir a la policía para protegerme de sus invasiones, no habría podido dirigir mi casa en paz si no hubiera sido por Dutch Schutlz. En el mundo al margen de la ley, los peces gordos tienen que crear las leyes de los delincuentes y aunque no me encantaba aceptar la protección de Dutch, no podía negar que la necesitaba.

Noté un gran cambio en el holandés cuando reapareció en escena a finales del verano de 1933. Estaba mucho más calmado y caballeroso y casi no bebía. Además, tenía un aspecto mucho más pulcro. Un amigo común con el que había conversado en Hot Springs dijo que Dutch se había convertido en un admirador habitual y se le había visto todo acicalado vestido de frac intentando agradar a cierta corista. Esto me sorprendió. Se hacía difícil pensar en Dutch como en un ser humano y aun así, había una mujer en su vida, porque cada vez que se quedaba a pasar la noche en mi casa hacía que Bob o Larry telefonearan a alguien llamada Ida para decirle que Dutch estaba bien.

Salvo por Bob y Larry, ya no viajaba con la vieja banda y ahora se movía casi exclusivamente con algunas importantes figuras políticas. Siempre me avisaba de sus visitas un día antes ya que no podía admitir extraños cuando Dutch y sus amigos estaban en casa. Normalmente llegaban sobre las diez de la noche y se iban antes del amanecer, con Dutch como guardaespaldas de confianza de los políticos.

Una noche, poco después del regreso de Dutch, seis de los matones del barrio decidieron hacerme una visita. Me quedé atónita cuando los vi en la puerta y aunque intenté que no entraran, pasaron por encima de mí como una locomotora y atravesaron el apartamento como una horda de búfalos locos. Por suerte, solo había dos invitados presentes y uno de ellos, un ejecutivo de unas líneas aéreas que estaba durmiendo la mona, ni siquiera se despertó. Los matones le robaron doscientos cincuenta dólares del bolsillo del pantalón y después se entretuvieron pegando al otro invitado, abofeteándolo e insultándolo, hasta que la diversión se esfumó.

—Que esto te sirva de lección, zorra presuntuosa —dijo el cabecilla cuando se marchaban—. Hemos oído que no admites a mafiosos pero nos verás por aquí cuando nos dé la gana.

Repuse el dinero robado al ejecutivo de líneas aéreas e hice todo lo posible por consolar al otro cliente pero, aunque sabía que no informaría del incidente (por ser hombre casado y prominente no podía quejarse a la policía), sabía que si aquellas invasiones continuaban tendría que cerrar la casa. No podía correr el riesgo de exponer a mi clientela a ese miedo y ese bochorno.

Los matones volvieron la noche siguiente y cuando les oí golpear la puerta no me quedé a ver el espectáculo. Bajé por la escalera de incendio a la planta inferior, abrí una ventana y aterricé de narices en una bañera. No hace falta decir que los ocupantes del apartamento se

llevaron un buen susto cuando aparecí ante ellos (no era época de Santa Claus y además me faltaba la barba blanca y el traje rojo) pero cuando les expliqué mi situación fueron tan amables de dejar que me quedara. Podía escuchar el tremendo escándalo que había arriba pero al fin las cosas se calmaron y la criada me llamó por la ventana. Di las gracias a los buenos samaritanos y volví por donde había llegado.

Los matones habían hecho un gran trabajo. Lámparas, platos, copas, ceniceros y fruslerías destrozados, mesas, burós, escritorios y tocadores volcados y casi todas las sillas tapizadas rasgadas en jirones.

—Al menos parece habitada —dije con amargura.

Sin decir una palabra, la criada puso en pie una silla y una mesa y dejó frente a mí una botella de brandy. Era una gran idea. No era momento para la acción sino para la anestesia y bebí hasta olvidar.

Era mediodía cuando desperté y entonces vi que los marines habían aterrizado en la persona de Bo Weinberg.

—Acabo de avisar a Dutch —me dijo—. Explícaselo todo a él — Miró alrededor observando los destrozos—. Qué mal, chica. Esos malditos indios han montado un buen lío.

Cuando llegó el holandés le conté con detalle las dos visitas de la banda y se puso furioso.

—¿Por qué demonios no mencionaste mi nombre? —preguntó—. Podías haberte ahorrado todo esto.

—Nunca me has dado permiso para hacerlo —contesté.

Puesto que no podía rebatir eso, Dutch se volvió a Bo.

—Llama a Frankie —dijo—. Diles a esos locos idiotas que quiero una explicación y que me quedaré aquí hasta que me la den.

Sin embargo ya debía de haberse corrido la voz de que Dutch estaba muy molesto porque no había forma de localizar a los matones. Sin duda estaban escondidos hasta que la cosa se calmase.

Durante las siguientes semanas estuve ocupada volviendo a amueblar el apartamento y también pasaba todo el tiempo que podía en Brooklyn pues mis padres pronto partirían para Palestina. Aunque me daba pena que se marcharan, por razones egoístas no podía más que sentirme aliviada. Con ellos siempre estaba tensa, con el constante temor de que se enteraran de mis actividades. Así que por una vez me sentí agradecida por la inquietud de mi padre. No creo que mi madre quisiera realmente establecerse allí pero no se iba a quedar en tierra nunca más.

A mi regreso de una de estas visitas encontré a Dutch en la cocina, sentado con los pies sobre el alféizar de la ventana leyendo

La vida de Al Capone.

—¿Dónde narices has estado todo el día?

—En Brooklyn —contesté—. ¿Sabes algo de Bo?

—Sí. Frankie y los demás vendrán esta noche a disculparse.

Le miré. De repente me sentí harta de todo el negocio. Quizá era porque estaba avergonzada por alegrarme de decir adiós a mis padres pero sorprendí a Dutch al estallar en lágrimas.

—¿De qué sirven las disculpas? Aprecio lo que has hecho por mí y te agradezco tu protección pero cuando matones como esos están *colgados* bien sabes que nadie podría decir qué harán. Podría perder un brazo o una pierna, podrían dejarme ciega, podrían matarme —Me miraba tan atento que empecé a sentirme abochornada—. Voy a dejar este maldito negocio. Trabajo como una esclava veinticuatro horas al día y todo lo que consigo es ganarme la vida y un dolor de cabeza. Todo lo que ahorro se va en sobornos cuando me pillan o en arreglar este sitio después de que esos forzudos lo destrocen. ¡Al diablo con todo! Lo dejo.

—Poll, no estás en tus cabales —dijo Dutch—. No vas a dejar el negocio porque no puedes. La notoriedad que has tenido, ha sido estupenda para atraer clientes, pero te pasará factura si intentas establecerte de forma legal. Afróntalo, niña; estás etiquetada como madame y como madame te vas a quedar… Romper con el negocio, eso no es posible —Tomó la cafetera y se sirvió una taza—. Te diré lo que voy a hacer. Me voy a encargar personalmente de que, de ahora en adelante, no te moleste nadie de ninguna banda. ¿De acuerdo?

Asentí, no muy feliz, y me senté allí, con la barbilla sobre las manos, mirando fijamente la mesa. Bo entró, Dutch se terminó el café y se levantó.

—Anímate, niña —dijo dándome una palmadita en el hombro—, todo va a salir bien. Hasta pronto.

Frankie y los otros aparecieron aquella noche como Dutch había dicho.

—Noche de paz, noche de paz —cantaban mientras marchaban por el apartamento y después me pidieron varias de las baratijas que no habían conseguido destruir. En sus estúpidas cabezas aquello era un gesto de camaradería. Intentaban hacer ver que apreciaban mi buen gusto. Escarmentados incluso pagaron las bebidas.

Gracias a Dutch aquella fue la última vez que vi a aquellos canallas. Y aunque las he pasado canutas gran parte del tiempo que lo tuve como cliente, en lo que a mí respecta este gesto saldaba todas las incomodidades.

Aunque Dutch continuó visitando mi establecimiento de forma intermitente durante el resto del año que pasé en la Cincuenta y cuatro Oeste, yo le vi muy poco y nuestra conversación en la cocina fue nuestro último contacto realmente personal. A menudo he pensado que vivió una vida solitaria. Para conservar su posición y mantener su estatus en la mafia tenía que ser altanero y esconder sus emociones. Parecía no tener más calidez o necesidad de compañía humana que una máquina, pero yo creo que sabía que no le gustaba a nadie e intentaba engañarse pensando que no importaba, que lo que contaba era el dinero y el poder.

Fue mortalmente herido la noche del 23 de octubre de 1935 mientras bebía cerveza con Abadaba y Lulu en una taberna de Newark. Lo llevaron al hospital donde vivió unas horas y sus desvaríos en el lecho de muerte fueron grabados por la policía. Sus últimas palabras se formularon en un lenguaje ambiguo cuyo significado, si es que lo tiene, nadie ha descifrado.

—Un chico nunca ha llorado —dijo Dutch— ni corrido mil kilómetros.

Escuché que durante los años anteriores a su muerte, Dutch había querido retirarse, pero sus camaradas gánsteres no le dejaron. Si esto es cierto, entonces debía estar hablando de su amarga experiencia personal cuando me dijo que uno no podía salirse del negocio.

* *Actor norteamericano que fue nombrado* Hombre mejor vestido de América *en nueve ocasiones. Posteriormente fue nominado al Oscar al mejor actor en 1931 por la película* Un gran reportaje.

* Pari-mutuel *en original. Tipo de apuesta en las carreras en la que todas las apuestas se acumulan y los ganadores cobran en función del bote y del número de ganadores. También abreviado como* Mutuel.

* *1933.*

* *Paul Revere fue un orfebre y patriota estadounidense, recordado por su rol como mensajero en las batallas de Lexington y Concord durante la guerra de independencia de los Estados Unidos.*

Capítulo 8
Un arresto rápido

Danos, en tu misericordia, mejores hogares donde descansar; danos mejor comida cuando trabajamos para vivir; danos leyes más amables para rescatarnos cuando vamos por el mal camino y no establezcas cárcel, cárcel, cárcel, allá donde vayamos.

CHARLES DICKENS. *Las campanas*

I

Proclamada por el tintineo de tazas de estaño, la Edad de la Aspirina siguió la estela de la Era de la Maravillosa Tontería y los años intermedios de la década de los treinta se convirtieron en un período de búsqueda desesperada de la panacea, de días festivos y despilfarro, de la tecnocracia y el Plan Townsend, de estímulos compuestos por la sopa de letras de la C.W.A., la F.S.A, la F.E.R.A., la F.H.A., la N.R.A., la N.Y.A., la P.R.A., la P.W.A. y la W.P.A.[*] En la campaña presidencial de 1932 los republicanos habían prometido «un pollo en cada cazuela», pero fueron los demócratas los que subieron al poder. Y su pájaro era el águila azul, el símbolo de la Administración Nacional de Recuperación que mostraban los empleados que habían firmado un código de competencia leal o el Acuerdo Presidencial de Re-empleo. Aparentemente, antes de que pudiera haber un pollo en cada cazuela cada producto debía llevar un águila azul y la tarea de alinear los códigos para los negocios y la industria, no menos de setecientos treinta y ocho, recayó sobre el General Hugh *Old Ironpants* Johnson.

En Washington, en otoño de 1934, cuando solo faltaban cincuenta o sesenta códigos para terminar, el general progresaba a toda máquina, felizmente ignorante de que su trabajo sería inútil pues en menos de un año y como resultado de una decisión del Tribunal Supremo que invalidaba la Ley de Recuperación Industrial Nacional, su amada águila azul sería un pato más que muerto. Al mismo tiempo en Nueva York, la señora Polly Adler, aunque no tenía derecho a lucir el águila azul (no le habían dado la oportunidad de firmar un código de buenas prácticas ni un acuerdo de re-empleo), sí lucía un ave en sus tarjetas de visita, un loro rojo, bajo cuyo auspicio trabajaba día y noche por la recuperación económica (la suya) sin más premonición que la general de que 1935 sería temporada de aves simbólicas, independientemente de su especie o color.

Durante algún tiempo, muchos de mis clientes, en especial Scottie, un multimillonario de sangre azul propietario de una notable cuadra de carreras, ponían objeciones a mi ubicación en el West Side. Scottie solía hacer comentarios sobre los curtidos personajes que pululaban por un hotel cercano y tenía miedo de que le reconocieran y pusieran en marcha un secuestro. (Scottie no era de los que se preocupan por tonterías. Era el apogeo de los secuestros y todo hombre acaudalado y conocido se enfrentaba a la posibilidad de ser raptado.) A menos que me mudara a un vecindario mejor, dijo, iba a perder clientes, incluyéndole a él, e incluso se ofreció a pagar la diferencia de alquiler si me ubicaba en el East Side.

Tras mi larga estancia en el apartamento de la Cincuenta y cuatro Oeste, había llegado a considerarlo prácticamente como el viejo hogar y los agentes de alquileres se ofrecieron a bajar el precio si me quedaba y (algo único en mi experiencia) me alabaron como inquilina modelo. Pero sentía que no podía pasar por alto los deseos de mis clientes así que, armada con mis impresionantes referencias sociales proporcionadas por Scottie y otros, fui a buscar casa y finalmente me decidí por un apartamento de doce habitaciones en la Cincuenta y cinco con Madison, en el corazón de la sociedad de los cafés. Además de ser una buena dirección, era perfecto porque ocupaba toda la segunda planta, sin más que tiendas debajo.

Como siempre antes de firmar un alquiler informé de la naturaleza de mi negocio al superintendente del edificio, que se mostró frío durante toda la negociación hasta que mencioné el generoso estipendio que recibiría mensualmente. Entonces fue todo un encanto y me advirtió que fuese cautelosa con el ascensorista, un viejo negro que supongo llevaba allí desde que llegó la primera tanda de ladrillos. Pero tuve una pequeña charla con este vejete de pelo blanco y tras la habitual propina supuse que todo estaba en orden en ese aspecto.

El apartamento era de los más bonitos que he tenido nunca. El salón era Luis XVI pero no de forma arbitraria, no tenías la sensación de entrar en una sala del Metropolitan Museum, y el decorador ajustó la gama de colores a mi colección de cuarzo rosa y lámparas de jade. Las paredes eran de un gris cálido y las cortinas de satén verde pálido. En la acogedora biblioteca panelada, las paredes tenían estanterías que mostraban mi elegante colección de libros, la mayoría de ellos, siento decir, aún por leer, al menos por mí. Mi amigo Bob y una famosa dramaturga me habían recomendado libros imprescindibles, obras clásicas y contemporáneas y yo las

complementé con colecciones que, francamente, compré más por la decoración de las encuadernaciones que por su contenido. Había un anaquel dedicado a copias autografiadas de libros escritos por o sobre mis clientes y también guardaba en la biblioteca mi colección de viejos discos de fonógrafo.

El ambigú, como lo llamaba el decorador, tenía una decoración militar. Había una barra de vidrio azul en forma de tambor y la gama de colores era rojo, blanco y azul, las sillas azules con cordón blanco y los taburetes de cuero rojo. En el comedor, la idea era, según el decorador, sugerir el interior de una concha marina. Solo puedo decir que debía de tener en mente una concha colosal pues podía recibir hasta cincuenta personas para cenar. Las sillas estaban tapizadas en piel antigua color blanco ostra, la mesa, el bufete y los gueridones eran de madera muy pulida color arena y las paredes y cortinas, coral y oro.

Puesto que el color melocotón ilumina las caras pálidas, decoré los cuatro dormitorios en colores melocotón y manzana verde, al igual que los baños. En el ala de servicio había una cocina grande y bien equipada, una despensa, el baño de las criadas y sus tres habitaciones, una de las cuales equipé como refugio privado para los días en los que quería «alejarme de todo» (pero sin estar demasiado lejos).

Además de dos criadas y dos cocineras (una para el turno de día y otra para el de noche), mi casa consistía en cuatro jóvenes especialmente seleccionadas, lo mejor de mi lista: Nora, Rosalie, Kit y Angelica. Nora, una rubia imponente, había aparecido en películas cuando era niña y asistía a la escuela de teatro en su tiempo libre. Era brillante y vivaz, un buen contrapunto para Rosalie, que era del tipo sirena tranquila, con cabello oscuro, piel como pétalo de camelia y la figura fluida de una Venus de Milo. Rosalie era cubana y en su repertorio contaba con varios bailes latinos que ocasionalmente interpretaba en clubes nocturnos. Kit, aunque no tan hermosa como las otras, tenía una fascinante personalidad. Tenía veintinueve años, mayor para mis clientes, pero siendo una veterana anfitriona de club nocturno sabía cómo manejar con inteligencia a los hombres y muchos le contaban sus problemas, lo que me quitaba un peso de encima. Kit era mi teniente; si yo no estaba sabía que podía contar con ella para que todo funcionara correctamente y mantener la calma en caso de emergencia. (De hecho, aguantaba el alcohol mucho mejor que yo.) La cuarta chica, Angelica, era la más mona y mi favorita. Era pequeña y picantona, su coqueta sonrisa y sus maneras

traviesas la convertían también en la favorita de mis clientes.

Las dos hermanas mayores de Angelica, Betsy y Nana, habían trabajado para mí allá por los años veinte. Eran de Kentucky, con mejor educación y origen que la mayoría de mis chicas y a menudo les suplicaba que dejasen el negocio, especialmente cuando supe que su hermana pequeña pronto se uniría a ellas en el norte. Dejaron mi establecimiento alrededor de 1928 y volví a ver a Betsy en el verano de 1934. Me visitó en un salón de belleza que sabía que yo frecuentaba, me contó que estaba casada y me pidió que fuera a verla. Su apartamento estaba en un edificio de piedra marrón, amueblado de forma sencilla pero limpio y aunque Betsy había engordado y estaba descuidada, aún conservaba su voz suave y su encantadora sonrisa. Su marido, me contó, era un tipo estupendo y pude ver por mí misma que su hijo era un chiquillo fuerte y feliz. Supe que Nana también estaba felizmente casada y vivía en Baltimore. Era la hermana pequeña, Angelica, la que se había convertido en un problema.

—Debí haberte escuchado, Polly —dijo Betsy—, cuando me advertiste de no traerla a Nueva York. Ahora se prostituye en hoteles baratos, juntándose con mendigos y adictos y, aunque ella lo niegue, creo que también toma drogas. Si tiene que ser prostituta me gustaría que estuviera contigo. Tú te interesas por tus chicas y sé que si Angie está tomando drogas tú la ayudarás a dejarlas.

Cuando hablé con Angelica fue bastante franca sobre su adicción y accedió a desintoxicarse si podía venir a trabajar conmigo. Arreglé su tratamiento en un sanatorio y, en su momento, se convirtió en un miembro de mi casa. Pero aunque consiguió engañarme, Angelica seguía enganchada a la heroína y como resultado de su mentira tuve que pasar algunos momentos bastante horribles.

Aunque mi nuevo apartamento se ganó muchos cumplidos, mis gastos generales habían aumentado enormemente y estaba obligada a abrir veinticuatro horas al día. Esto era perfecto para los ricos ociosos. Desde la revocación de la Ley Seca, los bares cerraban a las cuatro de la mañana y les convenía tener un sitio donde pudieran pasar a tomar una copa y unas tortitas y salchichas. (Los aperitivos y cenas tardías se servían a cuenta de la casa; el coste se recuperaba con creces debido a la cantidad de negocio adicional que esto atraía al bar.)

A pesar de lo práctica que esta continua hospitalidad les resultara

a los clientes, era un infierno para la anfitriona. Estaba cansada hasta el aturdimiento. A menudo no sabía qué día de la semana era o qué hora del día. Como las ventanas que daban a la fachada tenían pesados cortinajes que siempre estaban echados, no sabía si era mediodía o medianoche. Respiraba aire viciado, cargado del aroma del alcohol y perfume. Los ojos me quemaban y escocían por el cansancio y el humo de los cigarrillos. Mis oídos eran continuamente bombardeados por el tintineo de timbres, el estruendo del fonógrafo y la radio, la incesante charla de los clientes. Si no hubiera sido por algún fin de semana ocasional en el campo no habría visto el sol ni respirado aire fresco ni disfrutado de una noche de sueño… Bien podía ser de nuevo un topo trabajando en una fábrica, pensé; esta vida es lo mismo que ser enterrado vivo.

En Año Nuevo de 1935, después de tres meses en la casa nueva, me di cuenta de que acabaría con un ataque de nervios si no me tomaba unas vacaciones así que reservé un pasaje en un crucero por las Indias Occidentales. Entonces, una noche, una semana o así antes de mi partida, recibí la visita de cuatro policías. Fue un golpe de suerte, y debo añadir que el último que iba a tener en mucho tiempo, que las chicas estuvieran ocupadas entreteniendo a un miembro de la realeza y su séquito y estuvieran pasando la noche en el Waldorf.

Cuando entraron los policías, un par de ellos silbaron admirados y el sargento comentó.

—¡Madre mía! ¡Vaya despliegue! ¿Dónde guardas tus accesorios de juego?

—¿Eh? ¿Mis qué?

—Tu ruleta.

—No me tomen el pelo, caballeros, saben quién soy y no es una ruleta lo que andan buscando.

Pero por extraño que parezca, así era. Después supe que el ascensorista, a pesar de aceptar mis propinas, le había pasado el nombre de todos mis clientes al agente del edificio. (El canalla no tuvo problema en averiguarlos ya que por regla todo el mundo debía ser anunciado y mis clientes, seguros de que yo les protegía, siempre daban sus verdaderos nombres.) De todas formas, el agente del edificio, sin imaginar que tantos hombres y mujeres prominentes pudieran ir cada noche a un burdel, dedujo que lo que yo regentaba era un local de juego y había puesto una queja por teléfono.

Los policías y yo tomamos unas copas y pensé que mi mejor estrategia era poner las cartas sobre la mesa. Haciendo todo lo posible por encarnar a una flor ajada, no muy complicado dado cómo

me sentía, les mostré mis pasajes para el crucero y les dije que iban a ser mis primeras vacaciones de verdad en cinco años pero que suponía que ahora tendría que cancelarlas.

—Bueno, no sé —dijo el sargento—. La queja puede no ser nada serio. De momento, cierre el local y me pondré en contacto con usted dentro de unos días.

Pasaron solo dos días hasta que llamó diciendo que todo estaba bajo control y en agradecimiento invité a los cuatro policías a cenar. Eran tan caballerosos que casi se me olvida mi cruz con los polis y les invité al cóctel que daba la tarde de mi partida. Me sorprendió y conmovió entrar en mi camarote y encontrar una enorme cesta de flores con la tarjeta: «Buen viaje de parte de tus cuatro amigos». Me pareció un buen presagio y pensé que quizá mis días de luchar contra los polis habían terminado. Menuda boba.

II

A mi regreso seis semanas después, me encontré con una nueva campaña de limpieza en marcha. Un tal Reverendo J. D. Egbert daba sermones sobre el vicio y los males de la política y se formó el *Comité de los Cien* para arrancar el pecado de raíz o al menos darle unas cuantas patadas en el culo. Con la investigación Seabury aún reciente en sus cabezas, dudo si los polis eran muy entusiastas de participar en una *cruzada* pero había una nueva administración en el Ayuntamiento, La Guardia se había colado en la lista de candidatos de la fusión, y si el nuevo cepillo estaba dispuesto a dejarlo todo limpio, al departamento de policía no le quedaba otra que cooperar.

No obstante, en vista de la facilidad con la que la queja anterior había sido desestimada, no estaba especialmente alarmada y no vi razones para tomar precauciones extraordinarias. No me habría servido de nada. Naturalmente yo no lo sabía pero los polis solo estaban esperando el momento preciso para irrumpir y arrasar. Aunque la criadas mencionaron que había un nuevo ascensorista en el ascensor de servicio (que se abría directamente hacia mi cocina) y habían dicho que siempre era muy amable ayudándolas a contar la ropa de la colada y a abrir cajas de *champagne*, no tenía ni idea de que fuese un espía de la policía ni de que el teléfono estaba pinchado y dos policías apostados en el apartamento del conserje escuchaban todas mis llamadas. Quizá debí haber comprobado personalmente al servicial ascensorista. Quizá, en los viejos tiempos en los que siempre estaba alerta de cualquier interferencia policial,

me habría dado cuenta de que algo olía mal. Pero el caso es que no lo hice y, sin la menor idea de que se estaba preparando un sigiloso ataque, seguí con mi negocio de la forma habitual.

Como la mayoría de mujeres de mi profesión, tenía varias supersticiones y una de ellas era que los martes eran mi día de suerte. Ya no pienso lo mismo. De hecho, si acaso, me gusta menos el martes que el resto de días de la semana. El martes 5 de marzo de 1935 fue la fecha de mi propio martes en Pearl Harbor.

La noche de aquel *día de suerte* estaba muy decaída. Desde mi regreso había observado que Angelica se comportaba de forma extraña y finalmente aquella tarde le pregunté sin rodeos si había vuelto a las drogas. Lo negó vehementemente pero cuando le pregunté si podía examinar el contenido de su maleta cerrada, me denegó su permiso.

—Debes confiar en mi palabra, ya no soy una adicta, Polly —dijo, y salió de la habitación dándose aires.

Pero poco después, volvió y sin mediar palabra me dio una jeringa hipodérmica y dos paquetes de heroína.

No se lo reproché; sabía sin que yo se lo dijera que detestaba aquello. Simplemente le pregunté si quería que la ayudara de nuevo y ella contestó angustiada que solo quería otra oportunidad. Haría el tratamiento encantada y esta vez no me defraudaría. Telefoneé inmediatamente al doctor Gould y dijo que le enviara a Angie por la mañana. En cuanto salió de la habitación escondí la heroína y la jeringuilla en el bolsillo de uno de mis trajes (¡el lugar más inteligente!) que estaba colgado en el armario.

Salí a cenar y cuando regresé encontré un mensaje para que llamara a cierto número, lo que hice y me conectaron con la comisaría de policía. Pensando que era una broma, colgué. Además, encontré un telegrama de un amigo policía que estaba de vacaciones en Florida. Había tenido mala suerte en las carreras y me pedía que le enviara el dinero para el billete de vuelta a Nueva York. Lo hice y después puse el telegrama, firmado con su nombre real, bajo el joyero de mi buró.

Desde entonces me he preguntado muchas veces dónde tendría aquella noche la cabeza porque, desde luego, no era sobre los hombros. En solo dos horas había cometido tres errores inexcusables. No había destruido un mensaje que vinculaba a un agente de la ley con una delincuente, había ignorado totalmente la posibilidad de que una llamada a ciegas a una comisaría pudiera ser un intento de advertirme sobre una redada y, lo peor de todo, me había postulado

yo misma como candidata a un delito federal por guardarme drogas.

A las doce menos cinco de aquel *martes afortunado* sonó el teléfono.

—Soy el tío Lester, tía Polly. ¿Te apetecería venir a tomar una copa al Waldorf?

Reconocí la voz del cliente y supe lo que me pedía así que contesté alegremente (*toujours gai*, esa soy yo):

—Aquí tengo todo lo que tiene el Waldorf. ¿Por qué no te pasas por aquí?

—Vale —dijo—. Llegaremos en seguida.

Le pregunté qué significaba ese plural de «llegaremos», ¿acaso llevaba un ratón en el bolsillo? (que hubiera sido un maravilloso pie para que los dos polis que estaban escuchando dijeran: «No, señora, pero usted tiene un bicho en la línea», y Lester se rio y dijo que iba con un antiguo compañero de clase. Llegó diez minutos después, ambos de muy buen humor y me presentó al amigo como el señor Paul Pepper. Me gustó más que Lester, que era un poco demasiado estirado para mi gusto y me causó mala impresión la primera vez que visitó mi casa. Había venido con algunos amigos de negocios, me dio un cheque para pagar su parte de la cuenta y oí a uno de sus compañeros decir que le preocupaba que yo aumentara la cantidad del cheque. Como es natural, me molestó este comentario sobre mi honestidad.

Mientras bebíamos, les conté mi reciente crucero por las Indias Occidentales y mencioné que había hecho algunas películas. Las tres chicas presentes, Angie, Nora y Rosalie, insistieron en que las pusiera y Nora fue a por las películas mientras Lester preparaba el proyector. Todas las películas estaban guardadas en una misma caja y la mala suerte quiso que con las mías estuvieran mezcladas algunas verdes de un cliente que las había dejado bajo mi tutela hacía unos días. Las latas con las películas obscenas no estaban etiquetadas, al igual que las mías.

El primer rollo que puse era de mi barco. Como no soy muy diestra, tuve algunas dificultades con la máquina y mi público me interrumpía continuamente con preguntas, gritaban ocurrencias e instrucciones.

—¡Más despacio, Polly!... ¡Vas demasiado deprisa!... ¡Más despacio!... Ahora sí, así me gusta.

Estos gritos, por supuesto, los escuchaban los dos policías que, en cuanto llegaron ambos clientes, habían salido de su escondite y estaban enroscados como serpientes preparados para atacar.

Cuando puse el siguiente rollo, apareció de repente en la pantalla una escena que no tenía lugar en una película casera de vacaciones. El salón se estremeció por las carcajadas. El episodio que se mostraba no solo era muy pornográfico sino que estaba boca abajo.

En este punto dimití como proyeccionista, retiré la máquina y los rollos de la barra y me senté a beber algo con Pepper y Nora. Sobre las cuatro de la mañana sonó el teléfono y se anunció a un tal señor Fitzgerald. El único Fitzgerald que conocía que podía aparecer a aquellas horas era policía y si se trataba de Fitz significaba que venía a advertirme de una redada. Contesté que bajaría al vestíbulo a recibir al señor Fitzgerald pero nunca llegué tan lejos.

Según abrí la puerta, cinco forzudos de paisano casi cayeron sobre mí y entraron en el apartamento. En los momentos siguientes solo pude escuchar puertas que se abrían y cerraban y los estruendosos pasos de los pies planos mientras buscaban habitación por habitación como una cuadrilla de polis de película muda. Caí entonces en la cuenta de las cosas que esta redada podía descubrir y casi me desmayo al recordar los dos paquetes de heroína y el telegrama. De una u otra forma debía llegar hasta mi habitación y destruirlos antes de que los polis tuvieran oportunidad de buscar a conciencia.

Comencé una conversación con el policía que se había quedado vigilando la salida. Era un muchacho con cara de póquer y un aire de superioridad que no me importó, pero era un ser humano (al menos eso pensaba yo) y quizá podría camelarle.

—¿Por qué tantos policías? —pregunté— No estarán buscando a Dillinger. Está muerto.

—Cuando hacemos una redada no es cosa sin importancia. También vienen el Inspector y el teniente, los dos.

Esto me dio pie para sacar a colación el telegrama. Imaginé que sentiría el resentimiento de todo policía contra los altos cargos y no querría que encontraran pruebas que dañarían a un compañero (mi amigo también pertenecía a la Cuarta División) y si podía ir a la habitación quizá tuviera oportunidad de deshacerme de la heroína.

No hizo ni una mueca cuando le mencioné el telegrama.

—Vamos a por él —contestó.

Nos apresuramos hasta el dormitorio y saqué el telegrama de debajo del joyero. Pero según empecé a romperlo, Cara de Póquer me retorció el brazo y me quitó el telegrama justo cuando otro policía apareció por la puerta.

Cuando me vio, mostró una amplia sonrisa con lo que parecía ser

una doble fila de dientes de oro.

—Vaya, Polly, este antro es formidable.

—¡Antro! —dije indignada—. Tienes la poca vergüenza de llamar antro a esto. ¡Esto es una casa de citas de primera categoría!

Anotó mi comentario en su libreta y me di cuenta demasiado tarde de que había realizado una declaración muy peligrosa. Por supuesto sabía que no debía contestar a los polis pero aquella sin duda no era mi noche.

Dientes de Oro dijo que debía ir al salón. Cuando pasamos por el bar vi a mis tres chicas —Kit no estaba esa noche— abrazadas unas a otras, pálidas y asustadas. Intenté detenerme para tranquilizarlas pero me empujaron hasta el salón para enfrentarme al inspector Neidig y el teniente Smith. Lester y Pepper estaban sentados uno junto al otro en el sofá, infelices y avergonzados.

—No os preocupéis —les dije—. Esto es solo un arresto rápido.

—¡Un arresto rápido! —dijo el inspector—. ¡Ja! Te tenemos y lo sabes.

—Mire, inspector —dije—. He sido una buena perdedora todos estos años. Nunca he hecho daño a nadie. No regento un burdel, esta es una casa decente. ¿Por qué yo?

Era un gasto inútil de saliva.

—Sabemos que tiene aquí algunas películas obscenas —dijo el inspector—. Entréguelas o destrozaremos este sitio.

Miré a Lester y él desvió rápidamente la mirada así que supe que el muy cobarde había hablado. (Pronto supe también que había admitido el propósito de su visita y la de Pepper.) No obstante, negué tener tales películas y el inspector soltó a los sabuesos. Buscaron por todos los rincones del apartamento pero, como buscaban un objeto concreto, una lata redonda de película, no se molestaron en buscar en lugares demasiado pequeños (como el bolsillo de mi traje). Por supuesto yo no podía saber que pasarían por alto la heroína y cuando vi el contenido de mi armario tirado por el suelo pensé que todo había terminado excepto mi sentencia.

Mientras tanto, *Cara de Póquer* le había entregado el telegrama al teniente Smith y me estaba interrogando sobre ello, pero, a pesar de lo distraída que estaba, no admití nada. (Más adelante el amigo que me había enviado el telegrama se quedó en la ruina y le pusieron una ruta fija. Pasó mucho tiempo hasta que averiguó quién le había delatado pero me contó que todo el tiempo supo que no podía haber sido yo.) Finalmente, descubrieron las películas en un armario y para entonces el apartamento estaba hecho un desastre y, evidentemente,

también mis nervios. Entonces ordenaron a Lester y Pepper que se marcharan y a las chicas y a mí nos llevaron a la Comisaría de la calle Trece en el furgón policial.

III

Había mucho ajetreo aquella noche en la comisaría. Arrestaban a drogadictos, borrachos y fulanas y las puertas de las celdas rechinaban continuamente al abrirse y cerrarse. Los borrachos vomitaban por todas partes y no estaba permitido tirar de la cadena. Este era el trabajo de una celadora de servicio y solo pasaba una vez cada hora. El sitio para dormir consistía en unos tableros suspendidos de la pared con cadenas y los colchones eran periódicos viejos pero por fin caí debido al cansancio y dormí hasta la hora de ir al tribunal.

En el tribunal me encontré con una recepción de la prensa que habría halagado a una celebridad de Hollywood. Fotógrafos alineados (no puedo decir que yo tuviera buen aspecto) y reporteros pidiendo declaraciones. Les dije lo que ya sabían, que yo siempre era un buen objetivo cuando había una campaña de limpieza y que durante años los polis habían estado intentando colgarme algún delito.

—He sido el chivo expiatorio tantas veces que siento que me empieza a salir la barba —citaron.

Aunque la magistrada Anna M. Kross es sin duda alguna uno de nuestros jueces más imparciales, me pareció que aquella mañana las condenas iban una detrás de otra, y empecé a sentirme como debe hacerlo un ganso justo antes de que lo metan al horno. Por fin llamaron a Polly Adler pero yo no me moví. Me habían fichado como Joan Martin y era el único nombre que reconocería. Esto no suavizó a la juez y cuando finalmente contesté al nombre de Joan Martin su voz casi goteaba ácido cuando estableció mi fianza en dos mil quinientos dólares en lugar de los habituales quinientos.

Se pagó la fianza y entonces mi viejo amigo, Cara de Póquer, se adelantó y me dio unos golpecitos en el hombro y mi abogado (*no* el señor Jayees) me informó de que tenía otro cargo pendiente: posesión de películas obscenas. Salté y le dije que las películas no eran mías pero me explicó cuidadosamente la ley de posesión y me di cuenta de que los cargos eran justificados. No obstante, el de las películas obscenas era el único cargo pendiente, lo que significaba que, después de todo, los polis no habían encontrado el paquete de

droga de Angelica. Mi alivio fue tan grande que prácticamente fui dando saltos hasta el furgón policial.

La vista tuvo lugar en el Tribunal de la calle Cincuenta y siete, la fianza subió otros mil, se pagó y salí de vuelta a casa con periodistas y fotógrafos persiguiéndome. En el apartamento me esperaba una encantadora sorpresa en forma de policía uniformado, asignado por la ciudad mientras mi caso estaba pendiente. Me dijo que tenía un hogar de gusto exquisito (era ese tipo de poli, un Ferdinando el Toro*, probablemente puesto allí porque no sería susceptible a las mujeres) pero yo no estaba de humor para cumplidos.

—Esto no es un hogar —le dije—, es una casa. O en cualquier caso —Y añadí rápidamente—, es lo que se supone que es.

Pero ni siquiera lo fue por mucho tiempo. Sin ninguna gana de tener a Ferdinando de carabina, llevé todas mis cosas a un guardamuebles y me mudé a un hotel. Era sucio y barato, pero no tenía otra opción. Una persona tan notoria como yo habría sido tan bienvenida como la peste bubónica en un hotel de primera clase.

Por otro lado, los reporteros celebraron mi regreso al candelero con gritos de alegría. Me sorprendió agradablemente el tono de gran parte de la publicidad. Era más dado a la broma que a la condena, me trataban más como un *personaje* que como un enemigo público e incluso el tradicionalmente serio *Herald Tribune* informó con cierto aire divertido de los comentarios ambiguos escuchados por los policías mientras se mostraba la película. Aún más entusiasta fue el editorial publicado por el *Daily News* el doce de marzo bajo el titular EL LIBRITO NEGRO DE POLLY ADLER. En parte, decía:

La cruzada de la policía antivicio y los políticos, aparentemente puesta en marcha por el Fiscal Dodge del Distrito de Tammany y a la que el alcalde La Guardia al menos no ha desalentado, nos enferma cada día un poco más. Tomemos la fase Polly Adler. He aquí una mujer que regenta una costosa casa de mala fama, llevándola en secreto, sin quejas de los vecinos y con toda la cautela por mantener una imagen decente. Todo esto, según las estipulaciones del alcalde Gainor sobre cuál es la forma más sabia de manejar este terrible problema.

La policía pincha los teléfonos de esta mujer, le pone espías y la mantiene bajo vigilancia de otras maneras como si fuese sospechosa de ser el secuestrador de Lindbergh. Se incautan, sin aparente derecho a hacerlo, de su *librito negro* que contiene los nombres y direcciones de adinerados clientes de su establecimiento. Obtienen así los medios para chantajear a cualquiera que desee echarle un vistazo al libro. Ya se murmura que el libro contiene los nombres de una estrella de la pantalla y un favorito de los escenarios de Broadway.

Esta cruzada contra los hábitos e instintos personales y privados, el instinto sexual, la arraigada debilidad por el juego como muestra el predominio de los tahúres de la política, es fútil y repugnante como lo fue la prohibición del alcohol.

Este tipo de cosas han hecho caer a las administraciones que las han intentado. Es la misma historia de la prohibición. Por mucho que todos deplorásemos el contrabando y todos los chanchullos y delitos que derivaron de ello, lo mejor que pudo hacerse durante la prohibición fue ser cliente de los contrabandistas y desafiar la ley hasta acabar con la ley seca. Al alcalde le vendría bien recordar, creemos, que fue el descubrimiento de los montajes de antivicio los que llevaron a la administración Walker a la ruina.

En mi siguiente aparición ante el tribunal «una sala abarrotada de buscadores de emociones suspiraron con consternación cuando se pospuso la primera vista pública. Pero hubo un regocijo general y una renovada prisa por conseguir pases cuando se supo que el caso Adler sería transferido de las apretadas salas del Tribunal de Mujeres a las más espaciosas del edificio del Tribunal de lo Penal. Yo declararía en las Sesiones Especiales y las chicas en el Tribunal de instancia.

Mientras tanto, Lester y Pepper estaban muy nerviosos. Un periódico publicó una caricatura en primera página de dos figuras sin cabeza con el pie: ¿QUIÉNES SON LOS HOMBRES DESCONOCIDOS DEL CASO ADLER? Al día siguiente de su aparición, los dos *desconocidos* me convocaron a una reunión en una suite privada del Waldorf. Tenían fuertes conexiones políticas y yo esperaba que pudieran ayudarme. En la reunión estaban presentes Lester, Pepper y un oficial de policía retirado al que conocía desde hacía años.

—¿Qué va a ser, Polly, escocés o champagne? —preguntó Lester.

—Tal y como estoy —dije—, un poco de cada.

Pero Lester no sonrió. Se quitó los quevedos, me miró a los ojos y dijo:

—¿Por qué no te declaras culpable y acabamos con esto?

—Cuando necesite consejo le preguntaré a un abogado —contesté.

—Tú nos has metido en este lío —dijo Lester—. Lo menos que puedes hacer es declararte culpable y salvar nuestra reputación.

—¿Nunca se te ha ocurrido que si hubieras tenido la boca cerrada, en lugar de admitir todo tipo de cosas excepto la violación, ninguno de nosotros estaría preocupado?

Pepper interrumpió en ese momento para pedirme que pensara en sus familias. Sonreí al pobre tonto.

—¿Estabais pensando en ellas cuando estabais con las chicas? —Y volviéndome hacia Lester—. Como experimentado periodista deberías ser lo suficientemente listo para saber que el comprador es tan culpable como el vendedor en este tipo de negocio.

Esto le enfureció y gritó:

—¡Maldita sea! ¡Si no te declaras culpable haré que todos los periódicos y asociaciones de prensa de este país te destruyan! Nunca podrás volver a ganarte la vida, ni en Nueva York ni en ningún sitio.

Elevé la voz para ponerla a su altura.

—¡Quédate con tus amenazas baratas! Lo peor de mi trabajo es tratar con indeseables como tú. ¿Que piense en tu reputación? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Pensaste tú en la mía cuando te fuiste de la lengua con los polis a mis espaldas?

Estaba tan furiosa que rompí a llorar. El exoficial de policía, que había estado callado hasta ese momento, me rodeó con su brazo y se ofreció a llevarme a casa. Parecía compasivo pero era solo una fachada para intentar un soborno. Dijo que Lester me daría diez mil dólares si me declaraba culpable. Le dije que jugaría como siempre había hecho. Yo correría mis riesgos y Lester y Pepper los suyos.

El día del juicio de las chicas las acompañé al tribunal pero cuando comenzaron a testificar estaba tan nerviosa que no podía parar quieta y me quedé a tranquilizarme en la oficina de fianzas del otro lado de la calle. Mientras estaba allí sentada, observé algunos personajes de aspecto extraño alrededor, algunos ocupados al teléfono, otros entrando y saliendo. No me parecieron chulos, y me pregunté qué conexión tendrían con el lugar. Tenía a un emisario en la sala del tribunal que me informaba cada cierto tiempo y cuando al final dijo que parecía que habría condena, me alteré mucho. Uno de los personajes se acercó y me dijo:

—Creo que es magnífico cómo apoya usted a sus chicas. No es normal entre las madames. Pero muchos de sus problemas podrían evitarse si fuese miembro de nuestra alianza —continuó para explicar que su «alianza» funcionaba con un pago de diez dólares semanales por chica que aseguraban su fianza en caso de arresto. Presumió de sus contactos y aseguró que ninguna de las chicas que estaban registradas en su grupo jamás había sido condenada. Pero cuando me ofreció su número de teléfono lo rechacé dándole las gracias. No tenía intención de mezclarme en una alianza con antivicio.

Aunque Lester y Pepper fueron llamados como testigos, se les ahorró la humillación de testificar. El magistrado Jonah J. Goldstein declaró que la acusación había hecho un caso de *prima facie* con ellos pero añadió:

—No creo que sea justo que las mujeres salgan a la palestra y se susurre sobre los hombres. Hacen falta dos para cometer la falta, aunque solo se encuentre uno ante la ley. Aunque los hombres están

en este tipo de lugares por elección, la acusación en estos casos, como en la prohibición, solo hace responsable al vendedor y no al comprador. No hay lógica para tal distinción pero estoy obligado a administrar la ley según está escrita.

Y la ley halló culpables a mis chicas. Rosalie fue deportada a Cuba. Nora recibió una suspensión de condena y Angie fue enviada al hospital de Kingston Avenue para desintoxicarse.

Mi caso no llegó a juicio hasta el veintisiete de abril pero los muchos aplazamientos mantuvieron fresca la historia en los diarios. Irónicamente, o quizá no, la noche de mi treinta y cinco cumpleaños el *Daily Mirror* salió a la calle con lo que se suponía que era mi biografía. «Todo el mundo la conoce. Nadie sabe nada de ella…», excepto, presumiblemente, el caballero que escribió que había nacido y crecido en el Lower East Side y que «según aumentaba su ambición social y su fortuna, dejó Broadway por la Quinta Avenida y Park Avenue. Del gueto al corazón de los Cuatrocientos, esta es la historia del éxito de Polly Adler».

Mi abogado, Samuel J. Siegel, me había informado de que el fiscal del distrito Dodge estaba tan ansioso por desechar el caso como yo. El fiscal había dicho que si me declaraba culpable del cargo de la película obscena, desestimaría el del establecimiento ilegal. Puesto que este era el cargo más grave, accedí a hacerlo. Sin embargo, cuando llegó el día, en cuanto me declaré culpable el asistente del fiscal del distrito, Wahl, le pidió al juez que estableciera la fecha para mi juicio por regentar un establecimiento ilegal.

En cuanto me di cuenta de que estaban traicionando lo pactado me volví hacia mi abogado y le insistí en que retirara la declaración de culpabilidad. Tras su petición, se hizo un receso hasta la tarde. Mi abogado y el fiscal del distrito tuvieron una reunión y en la sesión de la tarde el señor Dodge se acercó al estrado y explicó que había habido un *malentendido*. Nunca supe quién entendió mal a quién pero acabé con una fecha para un nuevo juicio.

Cuando lo volví a pensar, me pareció que lo mejor era declararme culpable de regentar una casa de desorden. Sabía que si me libraba de ese cargo, conseguiría el límite por posesión de películas obscenas. Además, les daría más confianza a mis clientes si veían que prefería ir a la cárcel antes de ser juzgada e interrogada sobre las personas mencionadas en mi *librito negro*. Esta es la verdadera razón por la que me declaré culpable y no, como dijeron algunos periódicos, porque los bajos fondos me presionaron para hacerlo.

De hecho, si no hubiera sido por mis conocidos en los bajos

fondos, podría haber recibido fácilmente una condena de tres años. Fue un amigo fiel y poderoso del lado ilegal del camino quien salió en mi ayuda después de que los del lado legal confesaran. Unos días antes de que saliera la sentencia, hablé con este hombre y me prometió ver qué podía hacer. De nuestra conversación posterior entendí que había una posibilidad de lenidad y de camino al tribunal le dije a mi abogado que pensaba que mi sentencia sería de treinta días y una multa de quinientos dólares o noventa días sin multa. Me preguntó de dónde había sacado esa información pero cuando le contesté que era de una fuente fiable resopló y contestó: «¡Tonterías!».

Aun así, la sentencia fue de treinta días y multa de quinientos dólares y se desestimaron los cargos por la película. Considerando que yo era «el centro de un movimiento contra el vicio en toda la ciudad» y había sido «elegida como cabeza de turco tras crearse el *Comité de los Cien*» tenía la sensación de haber salido bastante bien parada.

IV

En la prisión de Jefferson Market, me llevaron hasta la oficina donde una celadora me pidió todos mis objetos personales. Se entregaron, comprobaron y registraron para su custodia. Después me pasaron a otra celadora que me dijo que me desvistiera. Se quedó de pie mientras me duchaba en una sala sin cortina, pidiéndome que metiera la cabeza bajo el agua. Cuando me quejé diciendo que acababa de ir a la peluquería, saltó:

—Esto es la cárcel. Haz lo que te dicen.

A continuación llegó el examen físico. Mientras esperaba mi turno escuchaba desgarradores gritos del despacho interior y otra prisionera explicaba que el doctor a veces era un poco brusco, especialmente cuando se trataba del análisis de sangre. Había visto documentales de los isleños de los mares del Sur atravesando peces con lanzas y pensé que habría sido allí donde el doctor aprendió su técnica.

Me asignaron una celda en el sexto piso y cuando llegué allí le pregunté a la guardiana si había habido una fuga, pues el lugar estaba desierto. No le hizo gracia mi broma y explicó fríamente que era la hora de recreo. Preguntándome qué se consideraría recreo allí, me senté con cuidado en mi camastro y supervisé mis nuevos aposentos. En una esquina había un lavabo, en la otra un inodoro

que también servía de silla para la pequeña mesa de escribir y eso era todo.

Aún inquieta y nerviosa tras el juicio, caminé hasta la puerta de la planta y me quedé ahí, sin saber qué hacer. Una mujer negra fue la primera reclusa en volver del recreo. Se apresuró hasta mí y dijo emocionada: «Me acabo de enterar de que la importante Polly Adler va a estar en este nivel. ¿La has visto?». Como me habían condenado bajo el nombre de Joan Martin y pretendía utilizar ese nombre durante mi condena, negué saber nada de ninguna persona importante y volví a mi celda. Me arrepentí en seguida. Eran mis compañeras de prisión y dependía de mí llevarme bien con ellas. Quería arreglar mi frialdad con la chica de color pero ya habían vuelto las demás reclusas y me dio vergüenza decirles quién era.

Un rostro apareció en mi puerta. Enmarcado por un cabello negro, cortado a mechones desiguales. Pertenecía a un cuerpo corto y rollizo, y tanto cuerpo como rostro parecían haber sufrido durante cincuenta años. Cuando el rostro sonrió, vi que le faltaban dos dientes pero la sonrisa era alegre. Una voz cálida y amable dijo:

—Me llamo Rosie. ¿Y tú?

—Joan Martin.

—Como quieras —dijo—, pero sé quién eres —Me guiñó un ojo —. Oye, ¿conoces a Owney Madden?

Admití que conocía a Owney y ella sonrió ampliamente.

—Sabía que eras buena gente. Yo nací y crecí en el barrio de Owney. Sí, señor, conocía a todos los muchachos de *Hell's Kitchen* — Miró alrededor de mi celda—. ¿Por qué no te han puesto en mi lado donde puede darte el sol? Hablaré con el director mañana y haré que te cambien.

—Gracias, Rosie, pero no voy a estar aquí lo suficiente como para broncearme. Solo tengo que cumplir veinticinco días, siempre que no pierda los cinco días de buen comportamiento.

Intentaba decirle que no esperaba favores y que, más que eso, no quería poner en peligro aquellos preciosos cinco días.

—¿Tu primera visita, eh? —dijo Rosie—. Yo llevo mucho en esta prisión. Sé cómo hay que hacer las cosas.

Le pregunté dónde conseguir los artículos de aseo que necesitaba, especialmente jabón y un cepillo de dientes, y dijo que el economato estaría cerrado el resto de la semana.

—Te conseguiré un trozo de jabón y no te preocupes por el cepillo de dientes, niña, puedes usar el mío.

Antes de poder rechazar tan amable oferta, Rosie se fue corriendo

y volvió enseguida llevando un trozo de cuerda tejida.

—Toma, para ti. Lo tejí yo misma.

Cuando me mostré perpleja me lo puso en la mano.

—Es para recogerte el pelo.

Resultó ser de lo más útil.

Hablamos un poco más sobre Owney Madden, que parecía ser su héroe particular y sentí que había hecho una amiga. A las ocho y media sonó la campana y Rosie me explicó que significaba que las prisioneras debían volver a sus celdas para el conteo nocturno. Me dio alegremente las buenas noches.

—Te veo mañana —dijo.

Le contesté que sería divertido que no fuera así y le hizo mucha gracia. A las nueve en punto se apagaron las luces y me dispuse a pasar mi primera noche de sueño tranquila de los últimos tres meses.

A las seis y media de la mañana siguiente, una voz áspera gritó: «Todo el mundo arriba»; y pronto el aire se llenó de chirridos de puertas. Unos minutos más tarde las reclusas volvían corriendo con sus mochos y cubos. Como no quería saltarme ningún deber, le pedí a la señora de la celda de al lado que me prestara sus utensilios de limpieza. Si iba a vivir en esa celda durante el mes siguiente, tendría que estar limpia. Lavé las paredes y el suelo y casi no llego a la cola del desayuno. Pero cuando probé el brebaje que servían, decidí que había hecho el viaje en balde. La avena estaba poco hecha y la servían sin leche ni crema.

Me levanté para irme pero una voz atronadora me dejó petrificada.

—¡Eh, tú! ¿Dónde te crees que vas? Quédate sentada hasta que acabe la clase.

La voz venía de una mujer policía con una boca sádica de labios finos y ojos azul metálico. Apuntando hacia mí, le hizo un guiño a una de las presas que recogía platos de la mesa y las colocaba en un carrito. Su voz tomó un tono burlón.

—Le vamos a enseñar a la señorita putita rica algunos modales, ¿eh?

Me senté. La mujer a mi lado dijo:

—No le prestes atención. Es la peor de aquí. Algunas de las otras son pasables.

La mujer de cara delgada sentada enfrente nos interrumpió.

—Eh, ¿no te vas a comer tu comida?

Negué con la cabeza.

—Vale, ¿me la puedo comer yo?

Empujé el plato hacia ella, que devoró aquello, metiendo la rebanada de pan que sobraba en el escote del vestido.

—Es para Johnny y Bill —explicó—. Mis ratones mascota. Aquí las noches son solitarias así que los tengo en mi celda para que me hagan compañía.

Me alegró mucho que Johnny y Bill no estuvieran en mi planta. Yo no me sentía tan sola.

Como tenía que esperar el informe del examen físico antes de que me asignaran un trabajo, no tenía nada que hacer hasta la hora de comer. Me senté en mi camastro mirando las paredes vacías, haciendo recuento del pasado y pensando en el futuro. No me gustaba demasiado ninguno de los dos. El arresto y los juicios habían acabado con mis ahorros. Incluso tuve que pedir prestado. Habría otras deudas que pagar cuando saldara mi «deuda con la sociedad» y me preguntaba si la sociedad tendría alguna sugerencia sobre cómo podía hacerlo… Pareció un siglo hasta que oí los pasos de las otras presas volver de la sala de trabajo.

Rosie venía por el pasillo, agitando un paquete de cigarrillos.

—Para ti, niña —anunció triunfante—. Los he conseguido de una de las Papis, le he dicho que le pagarás cuando tengas tu intendencia.

Estaba agradecida por los cigarrillos y tenía curiosidad por la donante. ¿Qué era una *Papi*? Rosie se rio ante mi pregunta y me hizo un gran guiño. Cuando vio que realmente no la entendía explicó que Papi era el término carcelario para lesbiana y tomé nota mental de devolver los cigarrillos lo antes posible, ¡sin dividendos!

Rosie me preguntó por qué había llegado tan tarde al desayuno y se puso furiosa porque me quedara a limpiar mi celda.

—¿No te he dicho que iba a conseguir que te pusieran en el lado bueno? Está todo arreglado. Te ayudaré a mudarte después del almuerzo.

Miré la pequeña celda.

—Quizá deberíamos llamar a una empresa de mudanzas —dije—. Con todo esto, necesitaremos un par de furgones.

Entre risas fuimos a comer y por el camino Rosie se tomó su tiempo para presentarme a sus amigas especiales. La reclusa de una de las celdas era una mujer mayor, de cara dulce y voz suave de sesenta y muchos. Salvo por el uniforme de la prisión, parecía el tipo de abuela que cualquier niño querría tener.

La amigable voz de Rosie tronó:

—¡Por amor de Dios, Mary Shane! ¿Otra vez dentro?

La vieja señora rio entre dientes satisfecha.

—Sí, Rosie, y esta vez para seis meses.

Seis meses y parecía estar agradecida.

Cuando me mostré maravillada por su actitud, Rosie me contó su historia. Aunque ahora era una alcohólica sin remedio y una habitual de la prisión, Mary fue una vez la feliz esposa de un teniente de policía y madre de familia numerosa. Sus hijos ya eran mayores y era abuela pero nada de esto conseguía alejar a la anciana del licor. Su familia la había abandonado hace tiempo y la cárcel era su único hogar. Cada vez que terminaba una condena se despedía alegremente y prometía estar de vuelta antes de que cayera la noche. Rara vez estaba fuera de *casa* más de dos días antes de que la pillaran.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por un ronco susurro de Rosie.

—La siguiente celda es la de Dago Jean.

La chica de la celda estaba haciendo la maleta.

—Debe ser que se va. Ha estado aquí con una sentencia indefinida por regentar una casa de bailarinas indias.

El tono de Rosie era comprensivo pues recordaba la razón por la que yo estaba allí.

—¡Eh! Espera un momento. Se me acaba de ocurrir algo —Entró en la celda de la chica y salió con un par de zapatos de tacón bajo—. ¿Crees que le servirán a tus pinreles?

Eran lo más parecido a algo cómodo y me alegré de tenerlos en lugar de las zapatillas que nos daban. Nadie recordaba a la propietaria original. Pasaban de reclusa en reclusa y llevarlas se consideraba un signo de honor.

Nos unimos a nuestras *hermanas de sororidad* en la fila del rancho y esta vez me senté junto a Rosie. Aunque tenía hambre no podía probar aquella terrible comida.

—Será mejor que comas. La cena no mejora —susurró Rosie.

Así que tomé algo de té y conseguí tragar una patata pequeña y fría. Rosie se comió el resto.

Por la tarde me trasladé a la celda que daba al sur pero se necesita algo más que la luz del sol para caldear una celda. Mientras la celadora hacía su ronda habitual buscando instrumentos afilados de la sala de trabajo y comida robada de la cocina, salí al pasillo y miré por la ventana de barrotes que daba al lado de la Sexta Avenida. Cuando vi a la gente libre haciendo sus cosas, de repente me di cuenta de que estar en la cárcel no era simplemente estar encerrada, sino quedarse fuera. Ahora entendía la expresión *quedarse encerrado*

fuera… Una voz aguda interrumpió mis pensamientos.

—¡Eh, tú! Aléjate de la ventana. ¿Qué estás haciendo, mandarle un mensaje a tu chulo?

Era la inflexible guardia del desayuno. Mi buen juicio me impidió responder. No quería que me quitaran ningún privilegio.

Durante el conteo de las cuatro en punto, una vez terminadas las horas de trabajo, una nueva celadora comenzó su turno. El breve instante en que pude verla cuando pasó por mi celda tuve la sensación de que iba a gustarme. Era una mujer pequeña, rolliza, limpia, de pelo castaño, voz tranquila y ojos amables. Todas las reclusas la hablaban con respeto y ella devolvía el saludo de forma amable, llamando a cada una por su nombre de pila. Nunca hubo muestras de beligerancia durante su turno porque la señora McCarthy trataba a las presas como seres humanos. Y cuando vi cómo respondían ellas me pareció que ahí estaba la clave de muchos problemas sociales.

Pensé en las prostitutas mayores que estaban en la cárcel. Sin su juventud y belleza ya no eran vendibles. Quizá alguna de ellas podía ganarse la vida trabajando en los muelles y las tabernas de los vecindarios más pobres pero sabía que para seguir con vida la mayoría de ellas tendrían que convertirse (si no lo eran ya) en ladronas, carteristas y traficantes. La única *reforma* que se ofrecía a estas mujeres era una temporada en prisión con mala comida y trato severo. En el momento que cumplían sus condenas eran lanzadas de nuevo al mundo, con su rencor hacia la sociedad más enraizado que entes. ¿Adónde podían ir? ¿Qué podían hacer?

Sentí el impulso de acudir a mis amigas cuando me soltaran y enrolarlas en algún proyecto de rehabilitación. Quizá una granja, no solo para la vieja prostituta o alcohólica marginada sino también para las chicas jóvenes que sentían la tentación de las luces, una granja con personal empático, voluntarios socialmente conscientes, no esos pomposos que, con la tripa llena, te dicen que TÚ no tienes hambre.

Por qué no podía hacer campaña para una granja así, me pregunté y después sonreí, con un poco de amargura. Polly Adler en el papel de reformista social era una mala idea, hasta para una fantasía. Recordé la vez que había escrito al director de un orfanato para chicos judíos ofreciéndome a pagar las vacaciones de doce de sus chavales en un hermoso centro turístico en Amawalk, Nueva York. La oferta incluía la ropa que los niños necesitaran para unas vacaciones de verano y el salario de un tutor. Pero aparentemente la gente del orfanato llegó a la conclusión de que era más santo

despreciar a una mujer pecadora que darles a doce pequeños un verano de sol y felicidad. Nunca respondieron a mi carta.

La cena consistió en una solitaria y marchita salchicha, unas pocas judías, dos rebanadas de pan y ciruelas pasas, un melancólico espectáculo. Cuando Rosie me advirtió de los peligros del ayuno, le dije que estaba llevando a cabo un experimento científico. Iba a determinar cuánto tiempo tardaba una persona en sentirse tan hambrienta como para comerse cualquier cosa.

Tras la cena subimos al tejado, a la gran *sala de baile* como las presas llamaban al salón recreativo, un lugar grande, desolado, parecido a una caseta amueblado con bancos, un piano y una radio. Una joven de rostro pálido y serio estaba sentada al piano tocando una polonesa de Chopin de manera bastante profesional. Sorprendida por la incongruencia de esta chica evidentemente cultivada en un lugar como este, le pregunté a Rosie cómo había llegado hasta allí. Antes de que pudiera contestar una voz estridente gritó:

—¡Dale, Paderewski! ¡Dale vida a esto!

Enfrascada en su música la chica del piano pareció no escucharla. Rosie, como respuesta a mi pregunta, se dio unos golpecitos en la frente.

—Está chiflada, se piensa que le enseñó a tocar al Paderoo ese.

—Pero ¿por qué está aquí? —insistí.

Rosie se encogió de hombros.

—No nos habla y no hay otra forma de enterarse. Además, ¿a quién le importa?

La siguiente información de Rosie, transmitida en un susurro, era acerca de dos chicas que entraron del brazo.

—Joan, aquí vienen una Papi y una Mami.

Las dos mujeres eran iguales que las demás, ninguna parecía más masculina que la otra.

—¿Cuál es cuál? —pregunté— ¿Cómo las distingues?

Los ojos de Rosie mostraron sabiduría.

—¿Ves los cinturones? Bien, la que lleva la hebilla por delante del vestido es la Papi. La Mami se pone la hebilla detrás.

Mientras nos acercábamos a la puerta de la azotea nos saludó una voz alegre.

—¡Hola, Rosie! ¿Quién es tu nueva amiga?

—Sally, esta es Joan, es de fiar, es de las nuestras.

Observé a Sally. Medía alrededor de metro ochenta, mucho más

alta que yo y cuando alargó la mano y apretó mi brazo fue como si estuviera estrujando un lomo de ternera en un matadero.

—He oído que te han ascendido de pelar patatas a jefa de cocina, Sally —dijo Rosie—. Si no puedes mejorar el rancho que nos dan será mejor que le pases algo decente para comer a Joan. No ha comido nada desde que ha llegado.

Sally no contestó, pero Rosie no iba a dejar pasar la oportunidad.

—Sal, te garantizo que Joan no te delatará. Tienes que conseguirle algo digno de comer.

Sally accedió a arriesgarse, pero afirmó con énfasis:

—No lo hago por la bajita, lo hago por ti, Rosie.

Rosie prometió devolver el favor. Le tejería un suéter si Sally conseguía la lana. Pensé que era el momento de expresar mi gratitud así que me ofrecí a pedir que me enviaran el hilo y nuestro triángulo de amistad se consolidó con la risa de Sally.

—No te olvides de hacerlo dos tallas más grande de la que tengo ahora. No me dan el diploma hasta dentro de un año y, como ahora estoy en la cocina, tengo intención de engordar.

Sally fue a sustituir a una chica del equipo de baloncesto y yo observé el resto del jardín de la azotea: una amplia terraza que rodeaba la *sala de baile*. La azotea estaba cerrada por completo con una fina malla de alambre que formaba una enorme jaula. Cuando miré hacia arriba sentí el incontrolable impulso de tirar algo contra la malla y después recordé haber visto animales enjaulados hacer eso mismo. Me senté rápidamente, encendí un cigarrillo y fumé con avidez. Rosie me observó durante un minuto y luego dijo en voz baja:

—A todo el mundo le impresiona la jaula la primera vez que la ve. Te acostumbrarás.

Miramos el partido durante un rato y después de que Sally hiciera un buen tiro, Rosie empezó a alardear:

—Sally es una mujer de golpes grandes —dijo— y para eso hacen falta agallas. Tuvo las suficientes para asaltar un tren.

Me reí y le dije que eso era todo un logro, debía de ser buena.

—Sin duda lo es. Si no hubiera estado enganchada al opio nunca la habrían cogido, es muy rápida. Pero bueno, una noche estaba tan colgada que la idiota fue a una comisaría y robó un uniforme de policía. Luego se fue a la estación Pennsy y se puso el uniforme en los baños y salió de allí directa hacia una tienda de licores y la robó. ¡Y encima casi se libra! Pero estaba tan rota por las drogas que se fue andando en lugar de pillar un taxi. Así que la pillaron y la condenaron al máximo por hacerse pasar por un agente.

Me limpié las lágrimas de risa.

—Rosie, ¿no te habrás inventado toda esa historia solo para animarme?

—Te lo juro por Dios, Joan. ¡Palabrita del Niño Jesús!

—Entonces solo puedo decir que esa chica sí que tiene agallas. Debería ser más lista después de esta condena y mantenerse alejada de las drogas.

Rosie meneó la cabeza y me miró con expresión sombría.

—Me siento fatal por lo que hizo porque fui yo la que le vendió la droga aquella misma tarde. Me pillaron un par de días después así que estaba aquí para decirme hola cuando llegué.

Hasta el momento no tenía ni idea de por qué estaba Rosie entre rejas y, por un momento, mi antiguo odio hacia los traficantes se reavivó. Después pensé: «¿Quién juzga a quién?» y me controlé.

Rosie tenía ganas de hablar.

—He sido una completa estúpida. Tengo más de cincuenta y aquí estoy con una condena indefinida. He estado aquí tan a menudo que me conozco cada rincón, sé lo que las chicas están pensando y qué van a hacer antes de que lo hagan. También tengo un hijo —Su voz se quebró un poco—. Está en la escuela militar, le ayudan los familiares que quieren que tenga una oportunidad en la vida —Sonaba orgullosa—. Joan, mi niño es el más listo y más guapo de toda la escuela.

Le pregunté si su marido aún estaba vivo.

—Sí. Está cumpliendo condena en Riker's Island. Nos pillaron a la vez —dijo en tono de disculpa—. No siempre hacíamos eso, Joan. Hubo un tiempo en que tenía buenas relaciones con Bill Dwyer y Owney. Durante la prohibición, cuando eran los reyes del contrabando, ganó mucho dinero trabajando para ellos. Pero no le bastó con traficar con alcohol. Tuvo que bebérselo. La cosa empeoró hasta que se convirtió en un borracho. Luego empezó con las drogas. Perdió el trabajo y yo fui a ver a Owney y le rogué que le diera otra oportunidad. Lo hizo por mí, pero volvió a pasar lo mismo así que —Se encogió de hombros— acabamos los dos pasando mercancía.

—¿Se está desintoxicando?

La risa de Rosie fue corta y amarga.

—Claro, tiene que hacerlo, está cumpliendo condena. Pero ya sabes lo que dicen, el que ha sido un yonqui sigue siendo yonqui —Su expresión cambió—. Si esta vez no cambia voy a coger a mi hijo y nos iremos donde nunca nos encuentre. Mi niño no va a sufrir toda la vida como he hecho yo —Se echó a llorar sin vergüenza—. Joan, no

sé por qué te estoy soltando todo esto. Supongo que lo tuyo tampoco ha sido un camino de rosas y quizá comprendas por qué me deprimo.

La comprendía tan bien que si la celadora no hubiera gritado «¡Se acabó el tiempo!» justo en ese momento habría terminado contándole la historia de *mi* vida a Rosie, comparando mis errores con los de ella.

Unos aterrados gritos de la planta de arriba me despertaron de un profundo sueño. Una mujer gritaba: «Por favor, Dios, déjame morir». Después pedía ayuda una y otra vez. Entonces los gritos cesaron de repente. En medio del silencio me pregunté qué hora sería. Me movía de un lado a otro. Contaba ovejas. La última hora de descanso fue interrumpida por gritos que venían de la planta de abajo. Una mujer seguía gritando histérica: «Malditos hijos de puta, dejadme salir de aquí. Os mataré por esto, hijos de puta». Otras voces le gritaban: «¡Cállate!... ¡Silencio!... ¡Duérmete!... ¡Loca, cállate la boca!».

De repente ya eran las seis y media. El interruptor principal que abría las puertas de las celdas chirrió al accionarse. Salí corriendo hacia las duchas.

—Jesús, no he pegado ojo en toda la noche —dijo una reclusa.

—Yo tampoco —decía otra.

—Me da pena la pobre mujer. Creo que era Big Cliff, debía querer morirse, es su cuarto día en el tanque y es el peor momento.

El tanque era una sección de la octava planta: una serie de celdas pequeñas con puertas de hierro, sólidas excepto por una pequeña ventana de vidrio grueso a nivel de los ojos por la que las celadoras y los doctores pueden observar a las drogadictas que se están desintoxicando.

Aquel día una de las reclusas me preguntó cuánto tiempo había pasado hasta que estuve bien. No sabía de lo que hablaba. Resultó que suponía que había tenido una enfermedad venérea porque llevaba un uniforme marrón. Las chicas sanas llevaban uniformes azules, me dijo. Muy enfadada, fui directamente hasta la lavandería y le pregunté a la celadora por qué llevaba un distintivo de enfermedad si estaba perfectamente bien.

Me miró y me contestó con voz fría:

—Madame, tres cuartos de esta *casa* son mujeres que dan negativo. No tenemos suficientes uniformes azules.

Cuando no contesté y vio que no iba a perder los nervios, me dijo

más amablemente.

—Mañana empiezas a trabajar en la sala de costura. Por la mañana te darán un uniforme azul.

Al día siguiente me sentí mejor vestida de azul y aunque mi trabajo en la sala de costura era un aburrimiento lo prefería a estar sin hacer nada. Aprendí a hacer alfombras con retales. Incluso hice un bolso de cuentas. Quizá he heredado el talento de mi padre para la sastrería.

Mi examen de salud mental al menos fue una ruptura en la monotonía de la costura. La psiquiatra era una joven rubia y atractiva que se parecía a muchas de las chicas que habían pasado por mi vida. (De hecho, llevaba más maquillaje del que yo le permitía usar a mis chicas.) Me invitó a sentarme, colocó una caja de bloques de colores y me pidió que los colocara según un dibujo que había junto a ellos. Mientras realizaba esta proeza, la doctora me estudiaba a través de sus gafas de concha de tortuga como si me tomara medidas para una camisa de fuerza de la talla catorce. Cuando terminé, me preguntó por mis estudios.

—Dos años de instituto, en la escuela nocturna —contesté.

—¿Por qué lo dejaste?

—Porque pasaba el día de pie trabajando en una fábrica de corsés y eran tres kilómetros de ida y vuelta a la escuela y no me podía permitir el coste del transporte y los tres kilómetros me desanimaron.

No hubo más preguntas al respecto. Pero cuando intentó profundizar en mis antecedentes familiares, me negué a contestar.

Me molestó que me trataran como a un niño, un niño retraído. Si estaba lo suficientemente cuerda para dirigir el burdel más famoso de la ciudad más grande del mundo, si era lo suficientemente lista para soportar polis y borrachos, para entretener y tener amistad con gente de los niveles intelectuales y sociales más altos, no necesitaba el consejo de una muchacha que probablemente no tenía una décima parte de experiencia humana, experiencia clínica, de la que yo poseía.

Siguió interrogándome pero, como posiblemente he mencionado una o dos veces, cuando no tengo ganas de contestar, soy igual de receptiva que un muro. Finalmente, rindiéndose en ese punto, la doctora dijo:

—Quiero que identifiques las imágenes que hay en la pared encima de mi cabeza.

Frente a mí había tres imágenes en marcos ruinosos y, sabe Dios cuál era el truco, todos mostraban la misma escena, una choza

rodeada por algunos árboles. Cuando me aseguré de que los tres eran idénticos hasta el último detalle, dije con el rostro inexpresivo:

—El primero es *Retrato de la madre del artista* de Whistler, el segundo *Cabalgada a medianoche de Paul Revere* de Grant Woods y el tercero —entorné un poco los ojos—, el tercero parece ser un perro o un conejo dibujado por James Thurber.

La doctora estalló en carcajadas y esto rompió el hielo. Pronto me sentí en un ambiente lo suficientemente amigable para preguntar:

—Doctora, ¿normalmente tienen aquí a mujeres mentalmente enfermas?

—No una vez que sabemos que están enfermas. Entonces las enviamos a un lugar donde pueden recibir la terapia adecuada.

—¿Qué ocurre entonces con esa pobre chica llamada Paderewski? ¿Por qué está aquí?

La psiquiatra entornó un poco los ojos.

—Es refinada y bien educada pero es una cleptómana irreductible. Su vida familiar es un absoluto misterio. No da ni la más mínima pista. Ha estado aquí dos veces desde que yo estoy. He tenido varias charlas con ella sobre libros, arte y música, pero cuando está con las demás reclusas desconecta. No podría soportar esta vida si no lo hiciera.

—¿Y qué hay de su fantástica historia de que enseñó a Paderewski?

La doctora rio.

—Eso es lo más inteligente que hace. Finge estar loca para que las demás la dejen fuera de sus conversaciones y actividades. Eso le permite escapar a su propio mundo.

La puerta del despacho se abrió de golpe y entró la Ayudante de Guardia. Su voz era ronca, llena de ira.

—¿A qué viene tanta carcajada, doctora? ¿Interrumpo alguna visita social?

Aquello acabó con mi examen psiquiátrico por el que, por casualidad, la prensa mostró gran interés. El doce de mayo el *Journal* de Nueva York observó con malicia: «Polly Adler, que fingió ser una persona inteligente en el burdel más famoso de Nueva York sobre el que reinaba como madame, fue sometida ayer a un examen científico para determinar lo lista que es en realidad» y prometieron contar a sus lectores cómo lo había hecho. Supongo que fue una gran decepción cuando tuvieron que imprimir el trece de mayo que estaba «saludable y mentalmente sana».

Dorothy Kilgallen me entrevistó en ese momento y me citó

diciendo respecto a mi celda: «No está mal. Por supuesto, no es mu grande, pero es el hogar». Y de la rutina carcelaria: «No me importa el trabajo, pero las horas no están tan bien». Fue una entrevista divertida y admiro a Miss Kilgallen, pero en cierto modo me molesta ese «mu».

Fuera de los muros de la prisión el domingo se considera día de descanso. Dentro es todo lo contrario aunque no sea día laborable. El sábado florecen las chicas con rulos de papel higiénico en el pelo y las pasan canutas lavando los uniformes, sobornando a las chicas de la lavandería si tienen cigarrillos de sobra, para que los planchen con cuidado. Y el domingo las chicas asisten en orden a los servicios católico, protestante, de la ciencia cristiana y del Ejército de Salvación. Esto les permitía «mantener el ritmo social» con sus amigas, especialmente con las de otros niveles. Rosie me llevó a remolque e hice el peregrinaje con ella cada domingo, asistiendo a los cuatro servicios.

Mi primer domingo en prisión, cuando entraba en la capilla para el servicio del Ejército de Salvación, me detuvo la Mayor (ahora Brigada) Agnes MacKernan. Me entregó algunos folletos.

—Tengo entendido que nos vas a dejar, Polly, y quiero hablar contigo —dijo.

—Lo sé —la interrumpí—. Me has seguido durante todo el juicio arrojándome panfletos. Los tengo en casa y no puedo esperar para salir y leerlos.

—Polly, es posible que no sepas que yo era uno de los miembros del Comité de los Catorce. He observado tu desagradable carrera durante años. ¿No hay manera de que dejes de arrastrar a chicas jóvenes hacia una vida de vergüenza?

Salté.

—Mayor, si me ha investigado en profundidad como dice que ha hecho, entonces debe saber que jamás se ha lanzado tal acusación contra mí. Nunca he permitido que una chica trabaje para mí a menos que ya esté metida en esa vida.

Cuando la Mayor resopló y afirmó que no era eso lo que ella había oído, perdí los estribos por completo.

—Bueno, entonces es que ha oído mal y en ese caso debería haberlo comprobado aunque solo fuese por su propia tranquilidad. ¿O es que creer cosas malas de otros es una nueva adición al credo del Ejército de Salvación? —Le estaba dando una buena hasta que de

repente recordé mis cinco días por buen comportamiento y me callé como una ostra.

Había un comité de bienvenida habitual cuando volví a mi nivel. Mayor MacKernan había hecho sufrir a varias chicas durante algún tiempo así que yo era una heroína.

—Estás más que aprobada —dijo Sally estrechándome la mano—. Le has cantado bien las cuarenta a esa predicadora.

La noche antes de mi liberación casi no pude pegar ojo. Sabía que mis amigos de fuera iban a dar una fiesta por mí y planeé pasar la mayor parte del día siguiente en el salón de belleza. Pero cuando disfrutaba mentalmente de un baño caliente, lavado de pelo, manicura, pedicura y tratamiento facial, pensé en Rosie y me invadió un sentimiento de culpa. ¿Cómo podía pagarle sus incontables gestos de amabilidad? Como pequeña devolución decidí enviarle diez dólares al mes para sus necesidades personales del economato. Entonces mis pensamientos derivaron hacia las demás chicas y pensé en maneras de hacer de Santa Claus; Dios mío, un simple par de medias de seda para los domingos pueden significar mucho en la cárcel. El simple hecho de que se acuerden de ti.

Cuando las puertas de las celdas se abrieron por la mañana me levanté de un salto, riendo y bromeando con mi mejor estilo pre-prisión. Pero cuando las chicas me rodearon para despedirse Rosie no estaba entre ellas. La encontré llorando en su celda. Rodeando con mi brazo lo que pude de su amplia figura le dije lo mucho que su amistad había significado para mí y le pregunté si había algo que pudiera enviarle aparte de los giros para el economato. Me rogó que le escribiera una carta de vez en cuando y me dio un nombre ficticio para usar en las cartas ya que las que han sido presas no tienen permiso para cartearse con las reclusas.

Abandonar a Rosie fue el único momento malo. Casi sin darme cuenta estaba poniéndome mi rancia y arrugada ropa de calle, lanzando un último adiós sentimental a mis *compañeras de clase*, estrechando la mano de las guardias amables e ignorando a las otras. Estaba preparada para salir por la puerta, como mujer libre, cuando vi a varios caballeros de la prensa pertrechados como un ejército de asedio, armados con sus cámaras y sus libretas y lapiceros. Me apresuré hacia la guardia y le rogué que me dejara salir por una puerta lateral pero dijo que estaban todas cubiertas y que me verían no importaba por qué puerta saliera.

Hablábamos cerca del portón de recepción y vi llegar un furgón cargado de presas. Esto me dio una idea y apremié a la guardia para

que me diera un momento. Lo único que hizo fue darse la vuelta un momento y entonces, ¡presto!, me escapé de la prisión ante las narices de los reporteros de una forma a la que he llegado a acostumbrarme demasiado, concretamente, en un furgón policial.

V

Durante unos días, el simple hecho de ser libre hizo que todo me pareciera bien pero la experiencia en prisión había hecho mella en la coraza de la confianza en mí misma. Las dudas y los miedos comenzaron a filtrarse, dando paso a sentimientos de inferioridad y cada vez era más reacia a enfrentarme al mundo. ¿Estaban mis amigos realmente contentos de verme o simplemente me veían como una curiosidad, como una fuente de anécdotas, una exconvicta, un personaje de la ciudad cuyas afirmaciones y acciones podían surtirles de historias que contar cuando salieran a cenar? Según fue apoderándose de mí este estado dejé de aceptar invitaciones y comencé a temer salir de mi apartamento por cualquier motivo. Parecía que, si se me permite hacer una alusión a los clásicos, la sociedad había hallado por fin mi talón de Aquiles y, como él, me quedaba enfurruñada en mi tienda de campaña.

Tras un par de semanas de soledad autoimpuesta algunos de mis amigos pasaron a verme e insistieron en que saliera con ellos por la ciudad.

—Tienes que levantar ese ánimo, Polly —dijo Tom H.—. Si sigues así pronto te verás contándote los dedos en la Universidad de los Chiflados. Que sí, que has estado en la trena, pero ya has salido. Tienes que vivir un poco.

Fuimos al Club de Lou Richman de la calle Cincuenta y dos. Quizá porque me sentía tan insegura hice el propósito de entrar con la cabeza bien alta, tan alta que enseguida tropecé con las piernas estiradas de un hombre y aterricé en la mejor postura posible para observar que sus zapatos eran de French, Shriner & Urner. El hombre me ayudó a levantarme, disculpándose muchísimo. Era un apuesto hombre de uno ochenta con una hermosa cabeza de cabello gris, mi debilidad.

—Supongo que tengo las piernas demasiado largas para estas mesas —dijo—. Espero que no se haya lastimado.

—No, solo me ha hecho parar en seco —contesté, él se rio y me preguntó si podía arreglarlo invitándome a una bebida. Tom H. que estaba junto a mí, le invitó a unirse a nosotros. Su nombre era Harold

M. y Tom hizo las presentaciones.

Cuando dijo mi nombre hubo un momento de extrañeza.

—Supongo que no tiene relación con la famosa Polly, ¿verdad, señorita Adler? —dijo Harold en broma. Y cuando le dije que éramos la misma persona añadió—: ¡No puede ser! No es usted…, bueno, es… es tan diferente.

Aparentemente, como muchos otros, se esperaba algo más parecido a Diamond Lil*. Le expliqué que estaban limpiando mi pechera y mi tiara de diamantes, todo el mundo se echó a reír y Harold se recuperó en seguida de la vergüenza que sintió al mostrar su sorpresa. Nos quedamos hasta la hora de cierre y estuve encantada de que me pidiera que termináramos la noche en Reuben's.

A las cuatro de la mañana, Reuben's estaba siempre atestado y, cuando el taxi se paró junto a la acera, la valentía escocesa que había encontrado en la copa me abandonó de súbito. ¿Cómo iba a enfrentarme a las miradas taimadas y comentarios sarcásticos de los traidores de Broadway y sus verdugos? Harold debió de darse cuenta de mi pánico pues me hizo un guiño tranquilizador y me ofreció su brazo con un ademán. Cuando entramos se hizo el silencio, las cabezas se volvieron y comenzó el murmullo pero Pop Reuben vino en seguida a darnos la mano y él mismo nos acompañó hasta una mesa reservada para clientes especiales. Era muy alentador ser tratada con tal cortesía. Ayudó mucho a levantarme la moral.

Harold y yo hablamos hasta que se hizo de día. Era como en los viejos tiempos de Casey, solo que esto no era un romance sino amistad. Estaba separado de su esposa. Era un buen partido, dijo, pero últimamente a él le había dado por beber demasiado y eso acabó con su paciencia. ¿Por qué bebía? Bueno, como muchos hombres cuando llegan a cierta edad, Harold había dejado de encontrar la vida especialmente interesante. Todo había perdido su sabor, estaba aburrido todo el tiempo, nada merecía la pena y la vida parecía no merecer vivirse a menos que estuviera bebido. Me preguntó acerca de mis planes y le intenté explicar lo que la cárcel había supuesto para mí, cómo me había quedado sin nada después de años de duro trabajo y cómo me gustaría tener un negocio legal, quizá algo en el sector de manufactura. Fue de lo más empático, intentando hacerme ver que mis miedos hacia la *sociedad* no tenían fundamento y dándome coraje para romper con mi antigua vida.

La base de nuestra amistad era nuestro deseo de ayudar al otro. Mi parte consistía en darle algo del disfrute por la vida que yo aún

poseía en abundancia. El suyo era mostrarme cómo abrirme camino hasta el terreno legal. Pronto nos estábamos viendo continuamente y Harold era todo un caballero: cada día me enviaba más gardenias de los que muchos reciben cuando se van a la tumba. Durante semanas seguimos la rutina de encontrarnos para tomar un cóctel a las seis, cenar en algún buen restaurante y después un recorrido por los garitos más divertidos de la ciudad, que casi nunca terminaba antes del amanecer. Llegó un momento en tuve que poner fin a aquello. No podía seguir el ritmo.

Cuando me mudé a un nuevo apartamento en la Cincuenta y cuatro Este, pensé que quizá podía ayudarle a que bebiera menos si cenábamos en mi casa y pasábamos allí las veladas. Pero casi antes de haber puesto los muebles en su sitio ya estaba tropezando con las cajas de escocés que Harold había traído para nuestras «tranquilas veladas en casa».

Cuando llevaba seis semanas fuera de prisión recibí una visita de la policía y me quedé de piedra al saber que habían pinchado mi teléfono cuando me mudé al nuevo apartamento.

—No nos gusta tener que hacer esto, Polly —dijo el teniente—, y sabemos que no tienes un negocio en este lugar pero bueno, acepta un consejo de amigo y múdate.

—¿A dónde? ¿Cree que al comisario de parques Moses le importará que plante una tienda en Central Park? —Estaba tan irritada que mis manos temblaban cuando intenté encender un cigarrillo— Me niego a ser perseguida porque me llamo Polly Adler. Tenga, la llave de mi casa, venga a cualquier hora del día o de la noche y convénzase usted mismo de que no estoy infringiendo ninguna ley.

El teniente Smith dijo que no se trataba de eso. Estaban presionando al departamento de policía para que me obligaran a mudarme. El propietario de un club cercano se había quejado de mí.

—Considera que vives demasiado cerca de su club y que puedes hacerle daño a su negocio —dijo Smith—. Nos da la tabarra todos los días pidiendo resultados y sé que recurrirá a cualquier cosa para que te vayas.

Dio a entender que el dueño del club, al que por cierto yo había conocido en una fiesta en honor del alcalde Walker, podía incluso recurrir a colarme un arma o drogas.

—Sé lista y vete de aquí —Fueron las palabras de despedida del teniente.

Cuando Harold vino a verme aquella noche estaba demasiado

emocionado por las noticias que traía como para darse cuenta de que yo estaba molesta. Dijo que había comido con un amigo que planeaba abrir una pequeña fábrica en New Jersey y que ofrecía un veinticinco por ciento de interés a una persona competente que quisiera hacerse cargo e invertir un pequeño capital. Sonaba perfecto, el único inconveniente era que Harold había obviado informar a su amigo que yo era Madame Polly. Como me temía, cuando conoció mi identidad el trato se vino abajo.

—Me ha llevado muchos años de trabajo labrarme mi clasificación con Dun & Bradstreet. No puedo evitar preguntarme si una sociedad con la señorita Adler no dañaría mi crédito… Sin que esto pretenda ser una ofensa para la señorita Adler —dijo el amigo.

Cuando estuvimos a solas, Harold se disculpó por su *conservador* amigo.

—Me ofreceré a financiar el negocio. Eso le hará cambiar de opinión.

—No compres con sobornos mi camino hacia un negocio legal —le espeté—. He estado sobornando gente toda mi vida y estoy harta de hacerlo. Olvidémonos del asunto. ¡Y tú deja de llenarme la cabeza de sueños imposibles! Soy lo que soy y lo sé. Volveré al negocio de la prostitución que es a donde pertenezco.

Pero Harold me dijo que era una enclenque y al final prometí seguir intentándolo. Recordé al propietario de un club nocturno que me había rogado que me hiciera su socia. Mi habilidad para manejar a la gente le impresionó tanto que no quería más inversión por mi parte. Sin embargo, cuando le llamé dijo: «Claro que me gustaría asociarme contigo, Polly, si alguna vez te deja en paz la policía. Pero dudo que llegue ese día. Tienes demasiada mala fama. Los polis van a obligarte a salirte de cualquier cosa legal».

Hice otro par de llamadas y obtuve la misma respuesta. A continuación intenté meterme en un negocio en el que pudiera quedarme en segundo plano. Pensé que quizá podría ser la operadora invisible de una concesión de guardarropía y cigarrillos. Así que llamé al propietario de un restaurante, un viejo amigo, y le conté mi plan.

—Lo siento, Polly, ni borracho —dijo—. Hay un nuevo reglamento en la ciudad por el que deben tomarse las huellas de todos los concesionarios, incluso de las chicas que trabajan para ellos.

Durante muchos días probé todas las opciones. Agoté todos mis contactos pero todas las puertas se cerraron, a veces con una mentira piadosa, a veces con el anuncio directo de que la gente no podía

permitirse asociarse conmigo. Entonces tuve una idea loca, tan loca que pensé que quizá sería buena. ¡Apelaría directamente al comisario de policía!

Lo que ocurrió fue relatado en pocas palabras en el *Daily Mirror*:

La dama no desacostumbra a recibir visitas de hombres, no solo de policías sino también de caballeros. No obstante nadie recuerda cuándo fue la última vez que ella visitó a un hombre y ese era tanto caballero como policía. Vestida con recato, su acercamiento fue sosegado y su expresión inocente.

«¿Podría hablar con el comisario de policía, por favor?», medio susurró.

«Lo siento señora pero el comisario está muy ocupado. ¿Puede darme su nombre?», preguntó la secretaria de forma rutinaria.

«Hum, no se moleste. Le escribiré», dijo y salió de allí. Un reportero que entraba mientras ella salía la llamó pero ella se apresuró y se metió en la limusina que la esperaba.

«¿Qué quería?», le preguntó a la secretaria.

«No lo sé. Tenemos cientos de quejicas…».

«¡Quejicas!», bramó el reportero. «¡Ella no era una quejica!».

«Bueno, ¿y quién era esa dama?».

«No era una dama, ¡era Polly Adler!».

Era una broma de las que no me hacían gracia ni me podía tomar a risa. Dutch tenía razón: una vez te han etiquetado como madame es para siempre. Nunca podría tener un negocio legal, mi reputación siempre sería un escollo imposible de superar. Había querido transmitir al comisario lo serio de mi intención al ir directamente y pedir su cooperación. Pensé que si se convencía de mi buena fe podría decirle a los polis que me dejaran en paz y darme una oportunidad de empezar algo. Pero no intenté verle de nuevo. ¿De qué servía? Yo no era una dama. Yo era Polly Adler. Era una madame, o lo sería en cuanto gastara un mes de alquiler y abriera mi librito negro. No podía deshacerme de mi reputación, pues muy bien, me haría merecedora de ella.

***** *Respectivamente,* Civil Works Administration, Farm Security Administration, Federal Emergency Relief Administration, Federal Housing Administration, National Recovery Administration, National Youth Asministration, Public Road Administration, Public Works Administration *y* Works Progress Administration. *Todas son organizaciones estatales establecidas en Estados Unidos dentro del marco del* New Deal *para combatir la Depresión mediante la creación de puestos de trabajo en obra civil, garantizar préstamos realizados por bancos y entidades de crédito para la compra o construcción de inmuebles destinados a vivienda, mejorar las condiciones laborales, fomentar la formación y empleo de los jóvenes, etc.*

***** *Ferdinando* el Toro *es un cuento infantil de 1936 escrito por Munro Leaf e ilustrado por Robert Lawson que cuenta la historia de un toro atípico, pues lo que más le gusta es estar sentado debajo de una encina y oler las flores del campo en lugar de embestir en una plaza de toros.*

***** *Personaje de una obra de teatro estrenada en 1928, escrita e interpretada por Mae West.*

Capítulo 9
Una casa no es un hogar

Es completamente absurdo afirmar que la prostitución puede ser erradicada. Se han hecho enormes y bien dirigidos esfuerzos… Todo el poder de la Iglesia, donde no sólo poseía un brazo meramente espiritual sino uno real y secular, ha sido en vano dirigido hacia ello… Los monarcas absolutistas han utilizado todas sus energías y pedido todas las ayudas para acabar con ello… Las mujeres culpables han sido desterradas, azotadas, marcadas, ejecutadas; sus socios han sido objeto del mismo castigo; consideradas por la opinión pública como inmorales, despojadas de sus derechos civiles han visto caer sus ofensas sobre sus familias, han sido llevadas a la hoguera, la horca y el hacha, y aun así la prostitución sigue existiendo… La prostitución es coetánea a la sociedad.

W. W. Sanger, M. D. *The History of Prostitution*

I

Como la señorita Pearl Adler, proxeneta reformada y ciudadana honesta, era una marginada social. Como Madame Polly, propietaria del «burdel más opulento de Nueva York», la sociedad venía a mí. Alquilé un apartamento de seis habitaciones en East Fifties y en poco tiempo ya había vuelto a la vieja rutina conocida. Mis clientes decían cuánto me habían echado de menos y lo contentos que estaban de que estuviera otra vez «en casa» para ellos, pero, a decir verdad, no podía devolverles el cumplido.

Una cosa es embarcarse en una empresa por propia voluntad y otra verte obligada a ello cuando parece, como me ocurrió a mí, que no tienes otra opción, comienzas con la moral baja, con el ánimo de sacar lo peor en lugar de lo mejor, preparada para magnificar cualquier dificultad y exagerar cualquier herida. No solo me resultó más difícil sobrellevar las desventajas de la profesión sino que mi estado de ánimo era tal que ya no era capaz de disfrutar de su gran recompensa: la compañía de aquella gente célebre, divertida y con talento cuya clientela y amistad había conseguido.

En realidad, nadie había cambiado su actitud hacia mí. Siempre habría clientes que me despreciarían por ser madame, que se lavarían las manos después de estrechar la mía, que me utilizarían y después, puesto que me asociaban con ese lado de su naturaleza del que más se avergonzaban, se desharían de su sentimiento de culpa y autodesprecio convirtiéndome en objeto de su ridículo y su desdén.

Y siempre habría otros que, a pesar de mi profesión, me verían como un ser humano con cualidades que les atraían, cuyo aprecio por mi persona pesaría más que sus prejuicios contra la profesión, que no siendo ni cobardes ni hipócritas no me convertirían en el cabeza de turco de sus conciencias. Pero en ese momento, como diría Dutch, yo no pensaba con claridad. Mi estado mental era de rebelión, enfado y autocompasión. El mundo me había rechazado y yo me vengaba de la misma forma. Me retiré a una concha de indiferencia; les daba a mis clientes aquello por lo que pagaban, pero nada de mí misma. Ni buscaba ni ofrecía simpatía, interés o amistad. Y como resultado de esto, los dos años siguientes fueron los más tristes de mi vida como madame.

Cuando me requerían para escuchar las cuitas de los cansados hombres de negocios, esposas descontentas y amantes infelices, fingía simpatizar con ellos, pero era solo de puertas para fuera. No tenía paciencia para sus quejas sobre lo aburridos que estaban y lo incomprendidos que eran y, concretamente, para sus lamentos sobre «ese tal Roosevelt» que parecía ser personalmente responsable de sus penurias domésticas («hemos tenido que reducir el personal de interior a ocho») y la cancelación de sus viajes de invierno a las Bermudas o al extranjero («nos criticarán si no abrimos la casa de Palm Beach y gastamos dinero en este país»).

No quiero decir con esto que solo los pobres tengan problemas o que, por ser una persona rica, no pueda necesitar tanta comprensión como el que vende manzanas en la esquina. Pero en un momento de sufrimiento nacional todas estas quejas sobre economía eran más de lo que podía soportar. (Por otro lado, algunos de mis mejores amigos son millonarios, hombres como Scottie que hicieron, y hacen, más para ayudar a esa décima parte de la población que vive en la pobreza que todos esos parlanchines izquierdistas e izquierdosos cuyos planes altruistas siempre se reducen a salvar el país con el dinero de otros.) En cualquier caso, tanto si congeniaba o no con el punto de vista de mis clientes era irrelevante. Lo único que me importaba durante sus monólogos era lo que se gastaban en bebidas. Cuando era posible, yo los animaba a jugar al backgammon en lugar de conversar. Implicaba mucha menos charla y puesto que dejaba una mano libre para sujetar un vaso, la misma cantidad de bebida. Me consideraban muy hábil en el juego y como normalmente se jugaba apostando mucho, se convirtió en una buena fuente de ingresos.

Ahora que estaba a disposición de mis clientes veinticuatro horas

al día veía cada vez menos a Harold. Estaba muy decepcionado porque había vuelto a mi antigua vida. Es más, ahora que tenía de nuevo el madame precediendo a mi nombre, sentí que nuestra relación debía terminar. Le estaba agradecida por su leal amistad durante un período difícil y por sus esfuerzos, aunque hubieran sido infructuosos, de *rehabilitarme*. Esperaba haberle ayudado también. En cualquier caso, Harold y su mujer se reconciliaron y, por lo que sé, siguen juntos.

Solo llevaba un par de meses de vuelta en el negocio cuando vino a visitarme el inspector Neidig. La última vez que lo vi fue en mi juicio y recuerdo su vergüenza cuando le llamaron al estrado. No era habitual que un policía con el rango de inspector declarara como testigo contra una simple madame.

Cuando la criada me despertó para decirme que estaba esperando en el salón, me levanté corriendo y medio dormida empecé a vestirme. Era la una de la tarde pero unos hombres de Washington se habían ido hacía tan solo tres horas.

El inspector Neidig me saludó con un gruñido.

—Polly —dijo en tono brusco—, ¿por qué no aprendes? ¿Por qué no lo dejas antes de que te pillen los federales? Mira lo que le pasó a Diane B. (Una de mis competidoras que había sido arrestada por el FBI.) Esto es extraoficial, pero que sepas que andan detrás de ti.

Puesto que yo no operaba entre estados, la referencia a los federales no me perturbó. Le conté con detalle al inspector mis intentos de salir del negocio y terminé con la desafiante afirmación de que, ya que no había otro puesto de trabajo para mí, esperaba seguir regentando una casa hasta el día en que muriera.

—Haz lo que quieras —dijo secamente—, pero hazlo en otro sitio.

Añadió que volvería en unos días para asegurarse de que me había ido. No le importaba adónde me mudara, solo que fuese fuera del territorio de la Cuarta División, fuera del «distrito de las medias de seda».

Así que de vuelta los enseres al guardamuebles (al menos era popular en la empresa de almacenes, les daba más trabajo que cualquier otro cliente) y me mudé a un cuartel temporal en un antro de la calle Sesenta y cinco. El negro ascensorista era un chulo con su propio sistema. Por llevar a los hombres hasta las prostitutas que vivían allí recibía un dólar por cabeza y las prostitutas le pagaban a él la mitad de lo que recibían de los hombres que les conseguía. Además, recaudaba cinco dólares a la semana por gestionarles las llamadas de teléfono y le pagaban un extra cuando presentaba chicas

nuevas a las madames de la ciudad. Era un buscavidas. No había nada que no pudiera conseguir, desde un cordón de zapatos hasta un patrón de bordado. No me extraña que fuese a trabajar en Cadillac.

La visita del inspector Neidig fue la obertura del segundo de los temas principales de aquellos años, el del movimiento continuo. Tuve que huir constantemente no solo de mí misma sino de los polis. Como en mis primeros años, cambiaba sin parar de dirección.

El Año Nuevo de 1936 me encontró en un apartamento en Central Park Oeste y puesto que había estado allí el tiempo suficiente para tomar aliento, estaba preparada para creer que quizá el año siguiente sería mejor. Era una sensación que compartía con la gente en general porque parecía que la depresión comenzaba a desvanecerse (el reparto federal había terminado el mes anterior) y, a excepción de la guerra entre Italia y Etiopía, la escena internacional estaba razonablemente tranquila.

Pero en Nueva York había una nueva investigación de antivicio en marcha y los periódicos estaban llenos de historias sobre el inminente ataque a los negocios del vicio a manos del cazachanchullos Thomas E. Dewey, nombrado Fiscal Especial por el gobernador Herbert Lehman. Puesto que yo no tenía ninguna afiliación de ningún tipo con la *alianza* (ya he contado uno de mis encuentros con los hombres de la alianza aquella vez en la oficina de fianzas), pensé que no tenía nada que temer. Pero el viernes, 31 de enero, recibí un soplo que me hizo pensar que se iba a repetir la historia de Seabury. Mi informante me contó que iba a haber una redada completa en todas las casas de prostitución aquella misma noche. Los polis, según dijo, no sabrían hasta el último momento en qué casas se harían las redadas y yo no esperé a que lo averiguaran. Llamé a la criada cada hora durante toda la noche, pero contestaba «sin novedad» y hasta que no vi los periódicos pensé que quizá había sido una falsa alarma.

Nada más lejos. Los titulares refulgían con la noticia de que los hombres de Dewey habían hecho redadas en casi cincuenta casas y habían reunido y capturado a un gran número de chicas y madames con nombres tan pintorescos como Flo *la Chula*, Lil *Fábrica de Gas*, *Frisco* Jean y Elsie *Lengua de Plata*. Hubo unas declaraciones del señor Dewey donde decía que no estaba interesado en erradicar la prostitución sino en echarle el guante a aquellos que organizaban el vicio a gran escala. «Si esto fuera simplemente un intento de suprimir la prostitución, el juego y la lotería», dijo en referencia a la investigación, «estoy seguro de que el gobernador jamás lo hubiera

ordenado… [Nuestra intención es] tratar con el vicio allí donde existe solo de forma organizada». Añadió algunas palabras para dar a entender que no pretendía «hacer a Polly Adler el centro de esta investigación».

Pero a pesar de la declaración del señor Dewey yo era escéptica y cuando no pude conseguir información sobre quién sería el siguiente de la lista decidí cerrar mi establecimiento y perderme. Tenía amigos en la costa que me habían invitado a visitarles y ¿qué mejor ocasión para aceptar? Así que en menos de una semana estaba disfrutando al sol en la playa de Santa Mónica, intentando fingir que el único Dewey del que había oído hablar alguna vez era aquel almirante que tomó Manila.

Ahora que estaba en la costa tuve la intención de visitar a una antigua madame cuya casa de Hollywood había disfrutado de la misma gran reputación que la mía de Nueva York. Aunque no nos conocíamos fue de lo más cordial y me invitó a comer. Me pareció atractiva y refinada, casi remilgada en sus modales. Era difícil creer que esta dama que parecía una maestra había sido una madame. Comimos en el Beverly Derby y mientras charlábamos durante el café observé a un grupo de personas en la mesa contigua a las que había conocido en Nueva York algunos años antes. Mi mente retrocedió y recordé que uno de los hombres del grupo había sido en su momento el amorcito de Louise M. que dirigía una casa de citas en Nueva York. Intentaba recordar su nombre cuando la camarera me entregó una nota donde el hombre me pedía que le telefoneara aquella noche.

Los primeros cinco minutos de nuestra conversación estuvieron dedicados a una descripción detallada de su historia de éxito personal y el pez gordo en el que se había convertido. No estaba impresionada y le di a entender que si quería darse aires, muy bien, pero no a mi costa. Así que fue al grano.

—¿Sabes, Polly? Muchos de tus amigos que estaban en el Derby esta tarde se habrían acercado a saludarte pero no se atrevieron debido a la persona con la que estabas. Es la mujer con peor fama de Hollywood.

—¿Y yo qué soy, la hija del rabino? —salté—. ¿Lo era Louise M.? ¡Tienes muy mala memoria, chico!

Y le colgué. En sus días de austeridad, cuando este estúpido engreído cortejaba a una alcahueta, no le daba vergüenza que le vistiera una madame, las corbatas Sulka y las batas Charvet y las camisas bordadas con sus iniciales. No le avergonzaba comer tres

menús completos al día a costa de ella, beberse su whisky y conducir su coche y finalmente aceptar el billete de avión a Hollywood y el dinero que le habían sostenido hasta que comenzó a ser famoso. Pero ahora una madame era rebajarse… El éxito afecta a los patanes como ese, les protege de sus recuerdos.

Cuando mis anfitriones se fueron de viaje de negocios me animaron a traer amigos e invité a la antigua madame a pasar el fin de semana. Mis primeras impresiones se confirmaron. Demostró ser una mujer con corazón, criterio y buen juicio. Era un alivio abrirse y contarle mis problemas a alguien que realmente los comprendía. Pero cuando se fue me sentí el doble de sola en la gran casa de mis amigos y me trasladé a un hotel en Beverly Hills. Fue un error. Los demás huéspedes me ignoraban diligentemente, se esforzaban por dejarme a un lado. Esperé encontrar anonimato en Hollywood pero lo que conseguí fue aislamiento. Cuando mi masajista me sugirió un viaje a Honolulu, salté de la mesa y llamé a Matson Line. Supe que si tomaba un vuelo podría embarcar en el Lurline que salía de San Francisco la tarde siguiente.

Para matar el tiempo me detuve en el Dave Chasen solo para encontrarme con que no servían bebidas porque era día de elecciones. Sin embargo, cuando vi una cara conocida y querida me sentí como debe de sentirse un caminante perdido en los Alpes al ver las luces del refugio brillando entre la nieve. Robert Benchley estaba allí y me hacía señales para que me uniera a él. Con su previsión característica, Bench se había preparado para la emergencia del día de las elecciones y me ofreció un Pink Lady de una petaca que le habría roto el cuello a un San Bernardo. Pronto estábamos sumidos en recuerdos de los viejos tiempos, de Papa Tony, Dorothy Parker y los miembros de la mesa redonda del Algonquin.

Íbamos camino de perdernos entre una niebla rosa pálido cuando escuché un saludo de rebuznos; eran algunos de los huéspedes del hotel que se echaban sobre nosotros cuya actitud, a la vista de mi compañero, se había descongelado por arte de magia. Le susurré que hasta el momento aquellos personajes no habían hecho otra cosa que despreciarme y Bench respondió dándoles su merecido, un desaire que los hizo desperdigarse en todas direcciones cual collar barato de cuentas roto.

Robert Benchley era el hombre más atento y bondadoso del mundo y normalmente se habría cortado un brazo antes de decir o hacer algo que hiciera sentirse incómoda a otra persona. Pero la mezquindad gratuita siempre le enfurecía y despreciaba a los snobs y

los hipócritas. Para animarme me habló de la vez que una gran amiga suya, una estrella de cine internacional, debutó en una obra. Como siempre, le llovieron telegramas deseándole suerte, muchos de ellos firmados por nombres mundialmente famosos. Pero en el lugar de honor del espejo de su tocador estaba mi telegrama. Al hablar de esta actriz recordé que Bench solía tomarme el pelo por mi voz ronca diciendo que sonaba igual que ella cuando estaba resfriada.

Entre el señor Benchley y los Pink Ladies casi pierdo el vuelo. Me alegro de que no ocurriera o me habría perdido unas vacaciones de lo más felices y refrescantes. Nadie sabía quién era y gocé de la novedad de ser tratada como todo el mundo. Si no hubiera sido por las facturas que se acumulaban nunca me habría ido de aquellas amables islas.

En mi viaje de vuelta paré en San Francisco y pasé unos días viendo a amigos (entre ellos el señor y la señora Climber que recordaban perfectamente a la «Baronesa von Weiner») y haciendo turismo. Una de las excursiones me llevó a Alcatraz donde Al Capone residía por entonces. Le dejé una nota y algo de dinero para cigarrillos con uno de los guardias. No sé si lo recibiría pero consideré que al menos debía dejarle una nota al *Barón Al* en la visita a su amurallado castillo.

El señor Dewey era un hombre de palabra. Nunca me llamaron para interrogarme. No obstante, me sorprendió saber que pretendía vincular a Charlie *Lucky* Luciano con el negocio de la prostitución. Me resultaba impensable que existiera tal conexión. Yo solía conseguirle chicas cuando Charlie Lucky daba fiestas en sus lujosas suites de hotel y no parece lógico que, si poseía los vínculos que se alegaban, frecuentara a una madame que no perteneciera a la alianza. Por supuesto no era un secreto que Charlie Lucky estaba metido en todo tipo de chanchullos y sus actividades se comentaban abiertamente entre los hombres que eran «demasiado frágiles para el trabajo duro y demasiado duros para el trabajo fino». Pero jamás se insinuó siquiera que parte de sus ingresos provinieran de la prostitución.

Creo que el señor Dewey nunca me llamó como testigo porque el único testimonio que yo podía dar era favorable a la defensa. Como Dewey decía: «No podemos hacer que declaren obispos en un caso de prostitución», pero su caso contra Charlie Lucky se basó en la palabra de prostitutas ignorantes y asustadas, muchas de ellas alcohólicas y drogadictas.

Conocía a una de las testigos estrella, Mildred Harris, que testificó

que Charlie Lucky le escupió en la cara cuando le pidió que dejara que Pete, su marido, se saliera del negocio de meter chicas en burdeles. Yo no me creí ni una palabra de su historia. Lo que es posible que ocurriera es que algunos nuevos corredores de apuestas intentaran echar a Pete Harris y Mildred, sabiendo que una palabra de Lucky amedrentaría a esos hombres, fue a pedirle ayuda. Como ya he explicado antes, un hombre que se dedica al proxenetismo es considerado un intocable por los hampones y si Mildred utilizó aquel método, Charlie se habría sentido tan insultado que se habría negado incluso a hablar del tema, no digamos ya intervenir. Pero, si decía que Pete estaba en la lista de futuros fiambres de alguien, creo que él habría hecho todo lo posible por ayudarla.

Digo esto porque en mis años de relación con Charlie Lucky siempre se comportó como un caballero. Le conocí antes de que se convirtiera en el cabecilla de los mafiosos pero el éxito no le cambió. Siempre tranquilo, no decía tacos y era considerado con las chicas y las criadas. Recuerdo que en una de sus visitas el superintendente del edificio estaba reparando la pila de la cocina y Charly, al ver al hombre de aspecto terriblemente sombrío, espetó: «¿Qué hace este tipo en la casa de la alegría? ¡Parece que esté a punto de palmarla!». Cuando pasamos a la otra habitación le expliqué que tenía leucemia y Charlie se avergonzó muchísimo por esta muestra inintencionada de crueldad. Me dio trescientos dólares para el pobre tipo y dijo que le informara si necesitaba más.

En otra ocasión, Charlie estaba con un grupo de amigos en mi casa, entre los cuales se encontraban Terry McGurn y *Bugsy* Siegel, el mafioso de la Costa Oeste al que asesinaron en casa de Virginia Hill. Terry y Bugsy decidieron darme una lección sobre decoración de interiores y comenzaron por meter el sofá en la cocina y sacar los fogones al salón. Ya tenían la cocina a mitad de camino cuando vieron que Charlie Lucky les observaba, sin decir nada, solo les miraba. En dos segundos los muebles del apartamento estaban de nuevo en su sitio y no hubo más bromas en toda la noche.

Un día, poco después de que comenzara el juicio de Lucky, recibí una llamada de teléfono de un pez gordo del hampa diciéndome que me encontrara con él en la puerta de mi apartamento en diez minutos. Este hombre nunca me había llamado ni había estado en mi casa. Solo le conocía de nombre y reputación.

Mientras esperaba delante de mi apartamento, aparcó un sedán del tamaño de una fragata del que salió el hombre que me había llamado. Sin mediar palabra me ayudó a entrar al asiento trasero. Allí

había otro hombre, pero no nos presentaron. El conductor esperó a que pasara otro gran coche negro delante de nosotros y después lo seguimos. Miré por la ventana trasera y vi a un tercer sedán siguiéndonos. El hombre que me había llamado sonrió para tranquilizarme. Sabía que era amigo de Lucky y supuse que el viaje tenía algo que ver con él así que no estaba demasiado preocupada. Pero si no hubiera sabido esto habría jurado que me llevaban *a dar un paseo*.

Estaba oscuro y, según girábamos en las esquinas y pasábamos a baja velocidad por calles poco iluminadas, pronto me desorienté. No tenía ni idea de adónde íbamos y tampoco pregunté. Finalmente nos metimos en un túnel y salimos en una zona subterránea similar a un garaje donde había varios coches aparcados. El que me había llamado me tomó del brazo y, con los demás hombres detrás de nosotros, me condujo a través de una serie de despachos hasta una gran sala de reuniones. Contuve el aliento. Allí reunidos se encontraban los hombres de las bandas más grandes de Nueva York. Era la primera vez que veía a todos estos hombres bajo el mismo techo. Pudiera ser incluso la única vez que se reunían todos.

Me llevaron hasta una silla que había junto a una mesa y me pidieron que me sentara. Reconocí al hombre que tenía enfrente como uno de los abogados más prominentes de Nueva York, una persona cuyo nombre jamás se había pronunciado en relación al caso de Lucky Luciano. Me dio las gracias por acudir y después explicó la razón de mi presencia allí. Todos los presentes, dijo, estaban haciendo todo lo posible para demostrar que el testimonio aportado por ciertas mujeres era falso. Estaban intentando descubrir hechos que desacreditaran dichas declaraciones. Me entregaron una lista de nombres y me preguntaron si conocía a alguna de las chicas de la lista. Tras estudiar con detalle los nombres, negué con la cabeza. Aunque me habría gustado ayudar a esos hombres en sus esfuerzos por exonerar a Charlie Lucky de un cargo que todos los presentes consideraban falso, ninguna de las chicas había trabajado nunca para mí. No había nada que pudiera hacer o decir.

Charlie fue condenado por prostitución forzada en sesenta y una ocasiones y el 6 de junio fue sentenciado a cincuenta años en Dannemora, una larga condena. No obstante, después de cumplir solo nueve de ellos, su pena fue conmutada por el mismo hombre que le había encerrado, el gobernador Dewey, y fue deportado a Italia.

Ríos de tinta han corrido a favor y en contra de la culpabilidad de

Lucky Luciano, no de ser un mafioso, pues ni el mismo Charlie lo había negado nunca, sino de ser culpable de los cargos por los que se le encarceló. Estoy convencida de que durante los muchos años que estuve asociada a la prostitución si hubiese existido aunque fuese un rumor de un vínculo entre Charlie y la alianza, lo habría sabido. Y si de veras era *noventa veces culpable*[*], ¿por qué lo soltaron?

II

Quizá era el tiempo, 10 de julio de 1936, el día más caluroso del año, pero tras la redada de aquel día decidí que Nueva York estaba demasiado caldeado para retenerme y que me iría a otro sitio a dirigir mi negocio. Había pasado la tarde tranquilamente escribiendo cartas cuando una amiga, Gracie M., bailarina, no una de mis chicas, se pasó a devolverme un dinero que le había prestado. Mientras estaba allí un cliente me llamó pidiéndome que le consiguiera una cita para él y un amigo y le dije que se pasaran a tomar una copa. Llegaron unos diez minutos más tarde y, según traspasaron la puerta, cuatro policías entraron por la parte de atrás. Enseguida se abalanzaron sobre Gracie que estaba sentada en la cocina tomando un café.

Les pedí que la soltaran, haciéndoles notar que si estuviera en mi casa para ganar dinero sin duda no llevaría con ella al perro, ni llevaría un vestido sencillo, ni estaría viviendo en una casa de huéspedes barata al doblar la esquina. A cualquier chica que trabajara para mí le iría sin duda mejor que eso. Pero aún no había hecho las llamadas para las citas de mis dos clientes así que Gracie era la única *prueba* que la policía pudo encontrar e insistieron en llevársela.

—Es rubia, ¿no? —dijo uno de los polis— .Y les has prometido a tus clientes *unas rubias*.

Así supe que tenía el teléfono pinchado.

El día del juicio Gracie fue absuelta pero a mí me retuvieron por algo que me parecía un delito mental. *Estaba pensando* en suministrar algunas rubias, pero no las había conseguido. Como le dije a los polis, «Esta noche soy inocente de cualquier delito. Quizá ayer no, pero hoy sí». Consciente de la situación en la que me encontraba me vi obligada a pedirles a los hombres que estaban en mi apartamento que testificaran que no estaban allí por propósitos inmorales y fue su testimonio lo que me libró.

Los periódicos titulaban LA POLICÍA ES SERVIL CON POLLY ADLER y decían que «la madame más famosa de Nueva York cuyo arresto en 1935 creó gran parte del furor que desembocó en la investigación antivicio de Dewey… fue tratada con tal cortesía en la Comisaría de la Sesenta y ocho Oeste que el comisario Valentine ordenó una investigación». Era la forma típica que tenían los periódicos de exagerar cualquier pequeña conexión conmigo. Cuando fui a que me ficharan, el sargento del mostrador se inclinó para estrecharme la mano.

—¿Cómo estás, Polly?—dijo.

Yo puse mi dedo sobre los labios y contesté:

—Shhh. Mi nombre ahora es Kay Bell.

—¡Oh! Lo siento.

Me preguntó si quería ver a los reporteros y, cuando dije que no, me llevó a una habitación trasera. Yo no llamaría a eso servilismo. (La misma historia del periódico, cuando describe mi apartamento decía que tenía un busto de Beethoven sobre la radio y un dosel de seda roja sobre mi cama. Bueno, había un busto de Mozart y no había dosel de ningún tipo, pero supongo que con el calor es más fácil ejercitar la imaginación que la vista.)

En cualquier caso, estaba harta de que me pincharan el teléfono y las traiciones de la policía (el líder de los pies planos de aquel arresto se había caído de una de mis camas aquella misma mañana de la redada) y decidí que podían buscarse otra víctima. Me iba. La cuestión más importante era, claro está, en qué ciudad me asentaría. No había muchas que pudieran dar cobijo a un establecimiento de lujo como el mío durante todo el año. Como ya sabía, fuera de Nueva York muchas madames dependían del negocio de los congresos, o en los lugares de vacaciones, del negocio estacional, para seguir funcionando.

Había llegado a saber bastante acerca de otras casas en otras ciudades escuchando charlar a las chicas sobre dónde habían trabajado. Por ejemplo, en sus *vacaciones* en Florida, mis chicas normalmente trabajaban para Gertie Walsh o para Colette. Donde Colette la chica debía abandonar su nombre real y tomar el de la estrella de cine a la que más se pareciera. Una rubia podía llamarse Lana Turner, una morena, Hedy LaMarr y una pelirroja, Lucille Ball. Quizá el negocio de Colette florecía gracias a este truco. Los hombres acudían en bandadas para conocer a la tocaya de su reina del celuloide favorita y poder decir al día siguiente «Pasé la noche con Lana Turner» o quien fuese. Pero las chicas preferían trabajar en casa

de Gertie porque era la más concurrida y la que mejor pagaba. No se perdía el tiempo en conversaciones y sociabilidades como en mi casa. Los hombres acudían por una única razón. Las chicas trabajaban por turnos. En el comedor había dos manteles: las chicas que acababan el turno desayunaban antes de retirarse y las chicas que comenzaban el suyo cenaban antes de empezar a trabajar; también había un bufé más tarde para un aperitivo a medianoche.

Una de mis chicas me contó que una vez trabajó para la famosa Madame Swift. La chica era nueva en la ciudad (uno de los requisitos de la madame que, por cierto, no contrataba chicas locales a quienes los clientes pudieran reconocer), pero una amiga le había hablado del sitio y fue a buscar trabajo. Madame Anna Swift regentaba un salón de masajes anunciado en los periódicos como un negocio legal y dirigido como tal, aunque con variaciones. Un cliente que llegaba a su edificio y pedía un masaje o una irrigación de colon obtenía lo que pedía. Una enfermera se ocupaba de sus necesidades. Después entraba la *finalizadora*, una chica mona que procedía a darle un buen frote. Esta joven dama era parte del establecimiento. No se discutía el precio. Madame Swift cobraba diez dólares por el masaje. Su propina a la chica era su paga por el *acabado* que podía ser lo que quisiera, la cantidad dependía de él.

Las chicas vivían en el piso de arriba pero veían poco a la madame. Era una gran dama de pelo blanco que se decía que estaba en el Registro Social, cenaba sola, al estilo formal, con la mesa reluciente de finas mantelerías, plata y adornada con velas y flores. Mi chica me contó que le resultaba difícil creer que Anna Swift fuese realmente una madame y estuviera al tanto de lo que ocurría en su casa. Durante años los polis habían intentado sin éxito pillarla pero al final Madame Swift tuvo un descuido. Algunas chicas a las que había enviado a trabajos fueron arrestadas y los polis, cuando por fin tuvieron pruebas para hacer una redada, encontraron todo el equipo necesario para los placeres excéntricos que una clientela sofisticada y retorcida demandaba. Fustas, látigos de nueve colas y toda una cámara de tortura les convenció a ellos y al resto del mundo que Madame sabía muy bien lo que ocurría. Tras la primera redada, los polis siguieron asediándola hasta que la echaron de la ciudad. Se marchó al distrito de Columbia y la inconsciente abrió su local allí, donde cualquier delito es delito federal. Como resultado, la vieja dama ha cumplido una larga condena.

Pero del aproximadamente un millón de prostitutas de América, solo un pequeño porcentaje tenía la fortuna de trabajar en burdeles y

casas de citas de primera clase. Aunque rara vez tenía contacto con las madames que llevaban burdeles baratos, aprendí algo sobre ellas a través de Rose Blake, una conocida madame de fuera de la ciudad a quien un cliente trajo a mi casa después de un combate en el Garden. Con ella iba una de sus chicas, Trixie, y gracias a las dos obtuve una imagen bastante completa del funcionamiento de los establecimientos de bajo precio que buscan más la cantidad que la calidad y dependen del volumen del negocio y una rotación rápida para obtener beneficios.

La casa de Rosie estaba en Pennsylvania, en un pueblo de mala reputación.

—Tengo a diez chicas trabajando para mí de forma regular y cuando las minas están en pleno funcionamiento, aumento el personal a quince o veinte. Mis chicas trabajan por turnos, ya que abrimos de ocho de la mañana hasta la medianoche. Las chicas se alternan. Las que empiezan a las ocho acaban a las cuatro y la semana siguiente cambian el turno de cuatro a medianoche. El turno de noche es el más concurrido, obviamente.

—¿Cuántos hombres al día visitan su casa? —pregunté.

—Entre doscientos y doscientos cincuenta —dijo sonriendo ante mi asombro—. Mis chicas deben tener contacto con veinticinco hombres al día para ganar treinta dólares diarios. Dirijo una casa de tres dólares estrictos. (De los setenta y cinco que entraban, la mitad iba para Rose y los otros setenta y cinco para propinas, gastos de personal, etc.)

—Bueno, Rose —dije—. Supongo que te va mejor que a mí. Con todas las redadas y chantajes y mis elevados gastos generales siempre acabo en el lado contrario del libro de cuentas. Pero tú debes tener muchos beneficios.

—Mi bruto medio mensual es de ocho mil dólares al mes —dijo Rose— y sé que suena como un pastón. Pero déjame decirte a dónde va. Pago quinientos dólares a la semana al Jefe de Policía por protección. El recaudador no me dice cómo se traslada este dinero así que no lo sé. Lo único que sé es que seguir funcionando me cuesta cincuenta dólares a la semana por chica y cuando tengo quince chicas conmigo, los quinientos suben hasta setecientos cincuenta. Los dos polis uniformados que patrullan mi zona se llevan ciento cincuenta dólares a la semana o veinte dólares la noche. Después está el alquiler. Pago quinientos dólares al mes por una casa en los suburbios de las afueras del pueblo, una casa por la que nadie en su sano juicio pagaría quinientos al mes. Pero me han dicho que

el casero es amigo o familiar de los agentes de policía y es el único sitio que me dejarían tener abierto. En realidad tengo dos socios, el casero y la policía.

»Como madame, soy una marginada —prosiguió—, pero mis socios se llevan los beneficios y siguen siendo respetables. Es más, tengo que ayudarles a que sigan siéndolo. Debo aguantar al menos una redada al mes, más en tiempo de elecciones. Me avisan con antelación antes de la redada y me aseguro de que solo haya una chica y el ama de llaves para cargar con el muerto. La fianza de la chica es de trescientos dólares y la del ama de llaves de quinientos. Pagamos la fianza para que no vayan a juicio. De este modo la ciudad se convierte en mi tercer socio porque las redadas me cuestan entre ochocientos y mil dólares al mes —Dudó un instante—. Lo que más me irrita son las donaciones obligatorias. Cada mes me vienen con entradas para el baile de la Policía, o la excursión de los bomberos, o contribuciones para el bazar de la iglesia y cestas de comida para los pobres… Hay muchas más, todas ellas obligatorias. Así que para compensar todos estos gastos mensuales la casa debe ganar ocho mil al mes.

Había estado echando cuentas con las cifras que me había dado y contesté:

—Suponiendo que los sobornos que debes pagar suman casi cinco mil dólares y que la casa gana ocho mil, ¿los tres mil restantes son tuyos?

Se rio.

—¿No te estás olvidando de los gastos de funcionamiento? Además de las mordidas, tengo que tener dos criadas y un ama de llaves. Las criadas ganan cincuenta a la semana cada una, el ama de llaves, cien. Tengo quince bocas que alimentar, incluyendo las chicas y los polis que se pasan a medianoche a tomar un tentempié. La comida me cuesta unos doscientos dólares a la semana. Esto se debe en parte a que el tendero me sube los precios, todo el mundo se lleva su pellizco, ya sabes, y además, es como el resto, se piensan que ganamos dinero a espuertas.

—Sí, y luego está la lavandería —dije.

Sonrió de nuevo.

—Sigues pensando en mi casa como en la tuya. Verás, usamos camas trucadas. Parecen camas normales pero en lugar de un canapé hay un colchón sobre el somier, es mejor para la espalda de las chicas. Además, no usamos sábanas, solo ponemos una colcha de algodón sobre la cama y la almohada, y una pequeña alfombra a los

pies para que el hombre apoye los pies con los zapatos sucios. Doy toallas de papel y jabón.

—¿Qué hace un hombre en la cama con los zapatos puestos? —interrumpí.

—Verás, solo tiene quince minutos. No pensarás que va a perder el tiempo en quitarse los zapatos, ¿verdad? Bueno, ¡si incluso las chicas tienen vestidos con truco! Con cremalleras por delante, de arriba abajo, para que puedan pelarlas directamente y no haya nada debajo que quitar. Y aun así los hombres se quejan de que tardan mucho en prepararse.

Cuando le pregunté por el pago a las chicas me contó que se pagaba a cada una al final de su turno cuando entregaba su *cortina de encaje,* la tarjeta con perforaciones por cada cliente que recibe.

—Si su cortina de encaje concuerda con la tarjeta en la que el ama de llaves lleva su cuenta, todo es correcto. Tengo una perforadora especial que hace una marca distinta que no puede copiarse. Cada agujero significa un dólar cincuenta y si lo dejara en manos de las chicas sus tarjetas serían como cortinas viejas al final de la primera hora.

Según dijo, se contaba el tiempo desde el momento en que el hombre entraba en el dormitorio y después de quince minutos el ama de llaves daba unos toques para indicar que el tiempo había terminado.

—Por supuesto que un hombre puede quedarse más tiempo pero la chica debe cobrar por intervalos de quince minutos.

En ese momento la criada me llamó y me excusé ante Rose y fui a ver qué ocurría.

—Será mejor que te pongas seria con las chicas —me susurró la criada—. Están dándome la tabarra quejándose sobre esa Trixie que ha venido con la señorita Rose. No ha salido del dormitorio desde que ha llegado —Me señaló la factura de los clientes presentes—. Ya ves que no está el nombre de ninguna otra chica, solo el de Trixie. No hay duda de que trabaja a la velocidad del rayo.

Más tarde, cuando llamé a Trixie a un aparte para darle su parte del dinero que había ganado aquella noche, lo rechazó diciendo:

—Repártelo entre tus chicas. Ellas trabajan aquí. Yo solo estoy de vacaciones.

Insistí pero fue firme. Recordé lo que Rose me había contado sobre sus chicas y sus contactos con veinticinco hombres al día y me di cuenta que aquello debía de haber sido como coser y cantar para Trixie.

La chica me tenía desconcertada. Allí estaba, una rubita mona con todas las cualidades para trabajar en una casa de citas de alto nivel y prefería una casa de a tres dólares en territorio de las minas de carbón. Cuando le pregunté sobre su pueblo natal me contestó:

—Mi pueblo está allí donde trabajo. Hago el mismo circuito cada año y, como una buena actriz, no tengo problema en repetir sitio. Mis caseras me dicen que aumento su negocio cuando trabajo en sus casas. Empiezan a reservarme con sus clientes con semanas de antelación como Trixie Dormitorio.

»Pero supongo que mi pueblo es Detroit. Trabajo allí seis meses al año en las dos casas más concurridas. Cuando empiezo a trabajar nunca salgo de la habitación, excepto para comer. Por eso me apodan Trixie Dormitorio. Ahora mismo estoy en Nueva York porque mi hombre tuvo un infarto. Le está cuidando un doctor de aquí y me voy a quedar con él hasta que se recupere. Pero las facturas del médico son terribles y tengo que conseguir trabajo. ¿Podrías recomendarme para una casa con mucha acción?

—Has tenido mucho éxito con mis clientes, Trixie. Yo puedo conseguirte las citas.

—Puede que Jack se oponga a que trabaje en una casa de citas. No se gana lo suficiente. Y además, nunca he trabajado en una casa de alto nivel. Probablemente no sabría cómo comportarme con hombres de mejor clase.

—El origen, educación, posición social o financiera de un hombre no tienen nada que ver con la forma en la que se comporta cuando entra en el dormitorio de un prostíbulo. Así que estate tranquila —dije.

La noche siguiente, a primera hora, Trixie me llamó por teléfono.

—Mi novio me da permiso para probar en tu casa —anunció.

Se quedó en Nueva York hasta que Jack tuvo su segundo ataque al corazón, esta vez letal. Después de aquello volvió de nuevo al *circuito* y lo último que supe de Trixie es que estaba trabajando en una choza en Panamá. Se me heló la sangre al pensarlo. Panamá era uno de los peores lugares del mundo para una prostituta, el fondo del barril, el último puerto.

En mi viaje a las Indias Occidentales en 1935 hicimos una parada en Colón y mientras hacía turismo visité el barrio rojo. La calle estaba flanqueada por dos líneas de chozas, habitaciones pequeñas de cuatro metros de ancho por dos y medio de largo, cuyas fachadas eran enormes puertas correderas anchas para que se viera la habitación desde la calle. Cada habitación tenía una cama doble

grande, cubierta con una colcha de satén brillante, una mesa, un lavabo y un espejo. Cerca de la puerta abierta había una gran silla donde la ocupante de la habitación se sentaba durante sus horas de ocio, charlando con la chica de al lado o remendando ropa, pero siempre con los ojos puestos en la calle atentos a cualquier cliente. Cuando pasaba un hombre por la calle, las chicas gritaban sus precios a todo pulmón hasta que el hombre elegía, acordaban el precio y la gran puerta se cerraba tras el naciente romance.

La mayoría de las *chicas* eran cualquier cosa menos eso. Algunas eran gordas y grasientas, otras delgadas y enfermizas, y todas llevaban gran cantidad de maquillaje untado como si fuera una pasta. Las había de todas las edades y nacionalidades: cubanas, alemanas, italianas, chinas, americanas y de razas mezcladas, latinas-indias-negras. Hablé con una de las chicas. Me enseñó sus tesoros, me mostró orgullosa una muñeca, buscando mi aprobación, algunas fotos de su familia y, su mayor alegría en esta vida, un fonógrafo. La felicité por sus riquezas y me quedé algo sorprendida cuando me dijo que se casaba al día siguiente.

—¡Mañana! —exclamé—. ¿Entonces qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no te vas ahora mismo?

Me miró sorprendida.

—¿Irme ahora? ¡Ni loca! Tengo pagado el alquiler hasta esta noche.

En otra ocasión aprendí más detalles sobre la operación de una casa barata del ama de llaves de un burdel de un pequeño pueblo de California. Al igual que en la localidad donde Rose Blake tenía su casa, este también era un pueblo corroído por el vicio y, como en todos ellos, la regla era que las autoridades son las que permiten este tipo de lugares. Les da igual quién los regente, en cualquier caso les pagan tanto por chica.

Este lugar lo dirigía un hombre que era propietario de otras cuatro casas en el estado. El ama de llaves había trabajado en todas ellas y me contó que todas funcionan de la misma manera. El alquiler de la Casa de la Misión, como se llamaba su lugar actual, era de cincuenta dólares al mes y había tres chicas empleadas allí trabajando en un solo turno, de doce del mediodía a doce de la noche. Las chicas vivían en la casa y cada una pagaba quince dólares por el alojamiento y la comida. Tenían su propia habitación que no se utilizaba para los encuentros.

Una vez a la semana el chulo llegaba con el coche lleno de chicas y el ama de llaves escogía a las que quería para la semana siguiente. Luego seguía conduciendo para distribuir al resto. Antes de que comenzara la semana laboral, un médico examinaba a las chicas, siendo de cinco dólares la tarifa del reconocimiento. Cada chica tenía garantizados ciento cincuenta dólares a la semana y la casa nunca tuvo que poner la diferencia porque las chicas ganaban al menos eso (al precio de dos dólares por cliente). Se le daba una tarjeta a la chica de la cual el ama de llaves tenía un duplicado. Se comprobaban ambas al final de la noche y era entonces cuando la chica sabía cuánto había ganado. Aquí los clientes solo tenían cinco minutos para estar con la chica en la habitación.

El dinero de la casa se guardaba en otro sitio. El ama de llaves guardaba el dinero de las chicas y se lo daba al chulo cuando venía al final de la semana. Las chicas ni siguiera llegaban a tocar sus ganancias. El ama de llaves había intentado un par de veces darles el dinero a las chicas pero ellas siempre le decían: «Dáselo a Bill» o Joe, o cualquiera que fuese su nombre. No tenían permiso para salir de la casa excepto para ir a la peluquería una vez a la semana y muchas veces incluso se negaban a ir para ahorrar dinero para el proxeneta.

En toda la experiencia del ama de llaves solo hubo dos chicas que no tenían chulo. Una de ellas era una mujer casada con un hijo que estaba en un internado. Su marido era camionero y ella se prostituía para ayudarle a comprar una casa. Comparada con las otras chicas, esta mujer parecía extremadamente refinada y bien educada. Pasaba su tiempo libre tejiendo jerséis para su hijo y esperando los fines de semana en que su marido la visitaba. No se daba cuenta de que, a todos los efectos, su marido era tan proxeneta como los demás. La segunda chica sin chulo era el blanco de las bromas de las demás prostitutas y la acusaban de ser lesbiana. Se tomaba con calma las burlas, como todo lo demás, y enviaba todo el dinero a sus padres cada semana. Pasaba el día sola y, sin esparcimiento alguno ni intereses externos aparentes, pronto tuvo problemas mentales y se la llevaron.

Por lo que el ama de llaves sabía, las casas no pagaban por protección. La Casa de la Misión estaba enfrente de la comisaría y en caso de que surgieran problemas llamaban a un agente simplemente subiendo la persiana de cierta ventana, lo que hacía que una luz roja brillara sobre la mesa del sargento. La desventaja de funcionar al descubierto era que la policía se negaba a permitirles que vendieran o sirvieran licor ya que esto afectaría los beneficios de las tabernas

del pueblo. (La única ocasión en la que hubo problemas, según el ama de llaves, fue cuando una mujer llamada Ruth la Rusa abrió otro burdel. Ruth funcionaba con precios bajos para conseguir clientela y al final las otras madames contrataron a un piquete para que marcharan enfrente de su casa con un tablón que decía: «¡No frecuentéis este lugar!».) El ama de llaves me contó que incluso las casas de este tipo, con unos costes de funcionamiento comparativamente bajos, funcionaban casi en números rojos y tenían muy pocos beneficios mensuales. Así que me pregunté: Si la madame y las chicas no se llevan el dinero, ¿quién lo hace?

Rose Blake me había dado una respuesta parcial cuando hizo referencia a sus «tres socios»: el casero, la policía y los funcionarios. En cierto modo, cualquier persona ajena que tenga tratos de negocio con una casa de prostitución obtiene beneficios. No solo los comerciantes que proveen de comida y productos a las madames, los tenderos que venden ropa y fruslerías a las prostitutas no tienen escrúpulos a la hora de aumentar el precio de sus productos un dos o un tres por ciento. Las prostitutas son libres de hacer lo que quieran con su dinero (cuando los chulos las dejan tenerlo). Tienen tendencia a malgastarlo en baratijas tontas, cosas que ni necesitan ni quieren, y lo hacen a pesar de que les aconsejen lo contrario, se diría que casi de forma compulsiva. Es un rasgo del que se aprovechan los tenderos y los viajantes de comercio (que a menudo también son chulos) que llegan a los burdeles con maletas llenas de baratijas y ropa interior de mal gusto y pueden conseguir que las chicas les paguen el precio que quieran.

Así que todo se resume en: el tendero, el carnicero, el panadero, el minorista, el casero, el droguero, el traficante de licor, la policía, el médico, el alcalde y los políticos. Estos son los que ganan dinero con la prostitución, los verdaderos cosechadores del salario del pecado.

III

Una vez inspeccionado mentalmente todo el país buscando un sitio adecuado, hice la maleta con todas mis pertenencias y me dirigí a Chicago. Quizá porque las palabras *Costa Dorada* evocaban asociaciones que me recordaban a La Tierra Dorada pero decidí que sería este el lugar que reclamaría como mío y donde probaría fortuna. No obstante, consideré astuto sondear a los *primeros colonos* y comprobar si tenían alguna objeción a que abriera allí mi casa. Sabía por experiencias anteriores que a las madames alguna vez les

molesta tener recién llegados y sus tácticas de sabotaje pueden ser tan fastidiosas como los policías que montan encerronas. Pero lejos de desanimarme, las empresas ya establecidas estaban todas a favor de que abriera allí. «Necesitamos a alguien como tú para animar a estos tacaños», decían. «Quizá tú puedas conseguir que aflojen algo de dinero. Son tan agarrados que nunca han estado en una casa realmente buena y cara».

Me causa mucho disgusto contarlo pero mi carrera como madame en la ciudad del viento fue una historia de una sola noche. Alquilé un apartamento y llamé a unos cuantos amigos pero la inauguración dejó claro algo terrible. Los mismos hombres que gastaban generosamente cuando me visitaban en Nueva York eran más tacaños que una rata en su propia ciudad. Supongo que en Chicago hasta el sexo debe tener la etiqueta de Nueva York. O, como me dijo un amigo actor en un intento de consolarme, «lo que ocurre, Poll, es que las provincias aún no están preparadas para ti».

De todas formas, en lo que a mí respectaba, el famoso titular del *Variety* debería reescribirse para que dijera: LAS PROVINCIAS RECHAZAN EL SEXO –P.A. CUYO SERRALLO HA PERDIDO 5 DE LOS GRANDES. Pero aún no estaba dispuesta a volver a Nueva York. Supongo que aún estaba enfadada con la ciudad y con toda su gente y pensé en *castigarlos* con no volver. Así que durante los meses siguientes fui una dama ociosa, recuperando sueño durante el día y charlando con camareros por la noche.

Una noche decidí visitar a Vicki Shaw, una conocida madame de los viejos tiempos que llevaba en el negocio desde la época de las hermanas Everleigh[*]. Quería hablar con alguien que conociera todos los detalles del negocio, que pudiera decirme qué futuro había para alguien como yo, qué podía esperar de la vida si, como parecía inevitable, tenía que ser madame hasta el fin de mis días.

El taxista casi se cae del asiento cuando le di la dirección de Vicki.

—Señora, ¿sabe usted que ese lugar no es un club nocturno? —preguntó.

Le expliqué que había vivido casi toda mi vida en Europa donde era habitual que las mujeres visitaran los prostíbulos. Se tragó la historia y me llevó a casa de Vicki sin decir nada más.

Una mujer pálida y demacrada, que supuse sería el ama de llaves, me abrió la puerta de la casita de dos plantas de ladrillo rojo. No pude evitar preguntarme, mientras me acompañaban a una pequeña sala de estar, si habría sido una de las chicas en sus años mozos. Casi

podía sentir su resentimiento ante mi visita. Sin duda pensaba que yo era una de esas mujeres amantes de las sensaciones fuertes que buscaba algo de emoción. Pero cuando la criada de color me sirvió una bebida y le di un billete de cinco dólares y le dije que se quedara el cambio, conseguí una sonrisa de bienvenida.

—¿Sería posible que alguna de las chicas que esté libre me acompañara a tomar algo? —pregunté.

—Lo siento, señora —contestó—. Tenemos mucho trabajo esta noche.

¡Y vaya si tenían! Había tanta gente que solo había localidades de pie. Los hombres iban y venían como si fuera día de rebajas.

Le escribí una nota a Vicki presentándome y se la di a la criada. Casi de inmediato me llevaron al dormitorio de la madame donde el fuego ardía alegremente una gran chimenea. Junto al hogar, sentada en una mecedora estaba Vicki y le costó gran trabajo levantarse para saludarme. Pesaba sus buenos ciento veinte kilos. Mientras trataba de dilucidar si el cabello de la señorita Shaw era blanco o un rubio demasiado oxigenado, me estrechó la mano con la fuerza de un luchador.

—¡Así que tú eres la famosa Polly Adler! —dijo con una voz que estremeció la casa entera—. Sin duda tu reputación no se corresponde con tu cuerpo. ¿Cómo consigues mantenerte tan pequeña? Siéntate y ponte algo de beber —Y con un amplio movimiento de su mano indicó una botella y una silla.

Me serví una bebida. Aunque soy bebedora de whisky escocés, insistió en que probara su burbon Melwood. Lo habían puesto en depósito antes de la prohibición y, según dijo, ninguna destilería de hoy en día podía conseguirlo. Después hablamos un rato sobre la situación del negocio y yo cité a otras madames sobre la parsimonia de la clientela de Chicago.

—No fue siempre así —suspiró Vicki—. Allá por 1900 había un buen montón de derrochadores por aquí. Por supuesto, no todos eran locales. ¡Caramba, Polly, venían de todos los rincones del mundo para pasar una noche en el Everleigh Club!

Puesto que siempre tuve curiosidad por las hermanas Everleigh, las madames más famosas de la historia de América, le pedí a Vicki que me contara algo sobre ellas y no tuve que hacerlo dos veces. Desde la medianoche hasta las seis de la mañana, mientras el Melwood nos ablandaba, me contó la historia de las Everleigh.

Eran de Kentucky, hijas de un próspero abogado, y nacieron poco después de la Guerra Civil, Minna en 1868 y Ada en 1871. Cuando

sus matrimonios fracasaron (se casaron con unos hermanos), las hermanas se subieron al escenario siendo esta, junto a la enseñanza, las únicas carreras disponibles para las mujeres a excepción, claro está, de aquella a la que acabaron dedicándose. En 1898 heredaron treinta y cinco mil dólares de su padre y se fueron a Omaha, lugar de la Exposición Trans-Mississippi. Sabiendo que se ganaba más dinero en burdeles de alto nivel, invirtieron en uno y para cuando terminó la exposición habían acumulado unas ganancias de setenta y cinco mil dólares.

Siguiendo el consejo de una madame de Washington D.C., Cleo Maitland, decidieron ubicarse de forma permanente en Chicago y gastaron más de dos tercios de su capital en amueblar el club de South Dearborn Street que abrió el 1 de febrero de 1900. La fama del establecimiento se extendió tan rápidamente que en 1902, cuando el hermano del káiser Guillermo, el príncipe Enrique de Prusia, visitó América y le preguntaron qué sitios quería ver contestó al instante: El Everleigh Club. De hecho, desde aquel momento hasta que el club se cerró en 1911, los dos lugares de visita obligada para cualquier potentado extranjero que visitara Chicago eran los corrales de ganado y la casa de tres pisos de Dearborn Street.

Entre sus maravillas se contaban una galería de arte, una biblioteca de mil volúmenes (tanto Minna como Ada eran dos literatas en su tiempo libre) y una sala de baile turca con una fuente. Entre las catorce salas de recepción especiales se encontraban el Salón Rosa, la Habitación Morisca y la Sala Dorada con escupideras de oro de dieciocho quilates, peceras con ribetes de oro, un piano de oro de quince mil dólares y sillas y cortinajes dorados. Las alcobas de la planta superior tenían techos de espejo y camas de latón con incrustaciones de mármol, y cada una tenía alguna atracción especial. Había una equipada con un colchón turco en el suelo y otra tenía un aspersor automático de perfume sobre la cama. En cada rincón de la casa había siempre rosas frescas y en las noches especiales Minna tenía mariposas vivas revoloteando por allí.

Un conocido abogado de Chicago, el coronel MacDuff, solía pasar allí sus dos semanas de vacaciones anuales y entre los seguidores del Everleigh Club había grandes figuras del mundo deportivo como el caballero Jim Corbett, Stanley Ketchel (el asesino de Michigan*) y John *apuesta-un-millón* Gates. Casi todos los actores famosos que venían a la ciudad pasaban al menos una noche allí y John Barrymore informó de las alegrías del establecimiento en una excelsa crítica. Un comité del Congreso que estaba en Chicago para realizar

una investigación, se instaló en el Everleigh y llevó a cabo gran parte de sus pesquisas en las alcobas del piso superior.

En 1911 las hermanas publicaron un folleto ilustrado que describía a las treinta hermosas señoritas, además de atracciones adicionales tales como las tres orquestas de cuatro instrumentos y comodidades mundanas como «calefacción por vapor en invierno, ventiladores en verano» y un servicio de aparcacoches en todo momento. Pero el folleto fue su perdición. Las autoridades locales consideraron que al publicitar tan abiertamente su mercancía las hermanas habían ido demasiado lejos y tristemente les pidieron que cerraran. El club se abrió de nuevo brevemente en 1912 pero volvió a cerrar ese mismo año, esta vez para siempre.

Pero para entonces ya tenían sus nidos bien amueblados, claro que sí. El precio de una noche allí era de cincuenta dólares, el equivalente en aquellos días a doscientos o más de ahora; la comida, el vino y las propinas solían aumentar la factura de un hombre hasta los quinientos o mil dólares. No sé cuáles eran sus gastos de funcionamiento pero se dice que habrían ganado ciento veinte mil dólares al año y que se retiraron con medio millón en efectivo y doscientos mil dólares en joyas. Tras su retiro, la policía, los reporteros y el público curioso las persiguieron durante años pero finalmente consiguieron desaparecer.

Lo único que Vicki pudo contarme sobre su estado actual era que vivían en alguna ciudad del Este «probablemente escribiendo poesía y asistiendo a conferencias. Eran más un par de profesoras de universidad que madames».

Cuando le pregunté cuáles eran sus intereses intelectuales Vicki respondió vagamente.

—¡Oh! Les interesaban todo tipo de cosas refinadas.

Se levantó con un gruñido, se acercó a su escritorio, abrió varios cajones buscando entre su contenido y extrajo un libro delgado encuadernado en piel.

—Esto era de Minna. Lo conseguí cuando se subastó parte del contenido del Club. ¿Sabes francés?

Contesté que no.

—Bueno, yo tampoco, pero son todo odas o algún tipo de poemas sobre esa histórica y famosa prostituta Rhadopis. Era griega, ¿sabes? La embarcaron hacia Egipto. Se le dio tan bien la prostitución que ahorró un montón de pasta y se compró una pirámide.

Aquello me pilló por sorpresa.

—¿Una pirámide? ¿Te refieres a una pirámide como… como las

pirámides?

Vicki estaba encantada con mi asombro.

—Sí, una pirámide. Como la del rey Tut, como la del paquete de Camel —rio entre dientes—. ¿No es lo mejor que has oído en tu vida? Me parto de risa cada vez que lo pienso.

—Pero una pirámide es para que te entierren en ella —dije.

Vicki se encogió de hombros.

—En aquella época las pirámides estaban de moda. Muchas cosas elegantes no sirven para mucho. Demonios, Polly, según tengo entendido en aquel tiempo todo era trabajar por las pirámides o *en* ellas. Así que esta Rhadopis quería estar a la última. Si no hubiera sido una pirámide habría sido cualquier otra cosa.

Entró una criada para informar de que el último cliente se había marchado y acompañé a Vicki mientras ella comprobaba que la casa quedaba cerrada por la noche. Cuando regresamos a su dormitorio insistió en que me tomara «una para el camino». Del fuego del hogar hacía tiempo que solo quedaban cenizas apagadas y sin su cálida luz Vicki aparentaba todos sus setenta y tantos.

—Señorita Vicki —vacilé—, tengo curiosidad por saber por qué no se ha retirado. Son las seis de la mañana y ha pasado la noche haciendo de perro guardián de un montón de juerguistas. Debe tener suficiente dinero para dejarlo. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Quizá debería —dijo—. Tengo suficiente dinero, ¿por qué no habría de tenerlo? Llevo cincuenta años regentando una casa. Pero, demonios, nunca lo dejaré. Nací en una casa de putas, crecí en una casa de putas y moriré en una casa de putas.

Según hablaba, me parecía escuchar a Nettie Gordon: «¿Quién iba a venir a visitar a una madame? ¿Quién quiere sentarse en casa y morir de soledad?». Escuché a Dutch diciendo: «Nunca lo dejarás porque no puedes. Una vez te han etiquetado como madame es para siempre»… Y de repente las lágrimas, probablemente lágrimas de puro bourbon, comenzaron a rodar por mis mejillas.

—Yo no nací en una casa de putas —sollocé— ¡y no me voy a morir en una!

Algo sorprendida, Vicki me atrajo hasta su enorme regazo y me palmeó el hombro como consuelo.

—¿Por qué demonios hablas de morirse, una niña como tú? Tengo más del doble de años que tú y no me preocupa morirme. Es algo por lo que todos tenemos que pasar.

Me lancé hacia una explicación bastante incoherente sobre que no era el hecho de morir lo que me preocupaba, sino el de vivir.

—No puedo hacer otra cosa que ser madame —gemí como conclusión—. La sociedad no me dejará.

—Me parece —dijo Vicki lentamente— que es un gasto inútil de saliva quejarse de las cartas del montón. Tienes que jugar con las que tienes en la mano. Y, tal y como yo lo veo, alguien tiene que ser madame. Quizá no se las considere personas respetables pero, ¡cielos, Polly!, el mundo nunca ha podido funcionar sin ellas… Menos aún desde que se estableció la civilización. Supongo que cuando vivíamos en cuevas y un hombre se sentía cachondo simplemente cogía una piedra y se iba a cazar…

Tal y como sin duda pretendía, su charla antropológica me hizo reír y salir de mi estado autocompasivo. Siempre le había dicho a mis chicas: Si tienes que ser una prostituta, sé una buena. Lo mismo podía aplicarse a mí. Si tenía que ser una madame, sería una buena madame. En lugar de quedarme enfurruñada en Chicago volvería a la ciudad que amaba y donde significaba algo, aunque ese *algo* fuera lo que la mayoría consideraba reprobable. Nadie sabía mejor que yo que una casa no es un hogar pero en palabras del famoso poema de Edgar Guest: «…has de a veces deambular antes de llegar a apreciar las cosas que dejaste atrás».*

IV

Si iba a ganarme la vida como madame no podía seguir preocupándome por lo correcto o incorrecto de la prostitución considerándolo desde un punto de vista moral o criminológico, tenía que mirarlo como algo que era simplemente parte de la vida hoy tanto como lo fue ayer y que, a menos que hubiera cambios más profundos de lo que podía preverse en ese momento, existiría también mañana. El funcionamiento de cualquier negocio es contingente a la ley de la oferta y la demanda y si no hubiera clientes, cierto es que no habría prostíbulos. La prostitución existe porque los hombres pagan por obtener gratificación sexual y siempre que haya hombres dispuestos a pagar por algo, alguien se encargará de proveerlo.

Me he dado cuenta de que ser cínica y tibia con mi profesión tenía un resultado desfavorable, tanto para mis clientes como para mí. Pero si podía pensar en mí misma como alguien que satisface una necesidad, una que se remonta hasta los inicios de la civilización, entonces no importaría el estigma asociado a mi oficio y al menos no era considerada *antisocial*. Tenía un lugar bien definido en la

estructura social. Tenía mi hueco, un trabajo que hacer y podría hallar satisfacción en hacerlo de la mejor forma que sabía.

Para los no iniciados podría parecer que no puede haber mucha diferencia entre las distintas casas y está claro que el procedimiento llevado a cabo en el dormitorio está bastante estandarizado y solo varía según el capricho del cliente. (Este último punto daría para un libro, o más bien, para toda una biblioteca, pero es un tema que les dejo a Kinsey y Freud.) No obstante, la atmósfera, los alrededores y la calidad del entretenimiento dependen de factores como la geografía, la economía y los gustos del momento. Hoy en día en América no se encontraría un equivalente a los burdeles masculinos de Argelia o al distrito de Yoshiwara japonés o al mercado de pescado de El Cairo. De hecho, en su mayoría, los barrios rojos son algo que pertenece al pasado. El burdel de antaño ha desaparecido al igual que las tabernas del viejo Oeste. Ya no existen establecimientos como el Everleigh Club o como el famoso burdel de St. Louis regentado por Babe Connors (la de los dientes incrustados de diamantes), donde a veces Paderewski acompañaba al piano las canciones picantes y donde, según se dice, los Republicanos escribieron un manifiesto.

Sin embargo, todos los burdeles, pasados, presentes y dondequiera que estén situados, existen para cubrir un apetito del instinto al igual que los lugares para comer existen para proveer de comida. Pero aparte de su razón de ser, encontrará pocas similitudes entre un tugurio grasiento, una cafetería con máquinas automáticas y el Colony o el Chambord. De igual modo, existen un millón de diferencias entre un burdel de dos dólares y uno de diez, entre uno de veinte y lo que un ingenioso amigo llamaba una *maison* a *carte blanche*. Es más, al igual que los restaurantes más prestigiosos es la personalidad del maître la que aporta al lugar un caché concreto, lo mismo ocurre en gran medida con la personalidad de la madame y, a la larga, la diferencia entre mi establecimiento y otras casas en el mismo rango de precio era yo.

Dejando a un lado la modestia, aun hoy no sabría decir qué cosa en concreto hacía que la casa de Polly Adler fuese distinta a las de su clase. Supongo que quizá estoy demasiado vinculada al tema para escribir sobre ello de forma objetiva. Pero sí que puedo decir que tenía una actitud ligeramente diferente hacia mis clientes que el resto de madames. Una vez me deshice del rencor, mis clientes no eran para mí meras fuentes de dinero ambulantes sino seres humanos individuales, conocidos y con frecuencia amigos, que merecían la

cordialidad y consideración que uno le brinda a un invitado de honor. Hay un dicho polaco que reza: «Cuando un invitado entra en casa, Dios entra en casa»; y esa fue la regla de oro de mi hospitalidad.

Lo veía de la siguiente manera: Cuando una mujer se casa con un hombre se desvive (o debería) para satisfacer todos sus deseos. Cocina para agradar a su estómago, se viste para alegrarle la vista, se comporta de acuerdo al estado de ánimo de él. ¿Por qué no, después de todo? ¿No la está manteniendo? ¿No le está dando su amor y su respeto? Yo no tenía su amor y no siempre gozaba de su respeto pero sin duda había un montón de maridos que me mantenían y comprendí que mi deber era averiguar qué querían y ofrecérselo.

Recuerdo que conocí a una madame de antaño en, fíjate tú qué sitio, un baño turco y mientras estábamos sentadas en la sala de vapor comenzamos a hablar del negocio como era de esperar.

—Dime, Polly —dijo Evelyn—. ¿Cuál es el secreto de tu éxito? Llevo mucho más tiempo que tú en el juego de las fantasías del amor, pero nunca he visto nada parecido a cómo has llegado tú a la cima. ¿Cuál es truco?

—Si tengo alguno —contesté—, es la calidad y el respeto. La calidad de mi establecimiento y el respeto por mis clientes. Bergdorg y Bonwit colocan escaparates atractivos para atraer negocio. Yo les ofrezco a mis clientes una casa hermosa. La gente de las tiendas prefiere tener vendedoras bonitas y válidas. En las tiendas más elegantes y exclusivas, los clientes son tratados como amigos privilegiados de la dirección, se adaptan a sus gustos y antipatías y se les ofrece un servicio personalizado. Pues así es como yo intento llevar mi negocio.

Aunque no se lo conté a Evelyn, había otros dos preceptos que se aplicaban a la dirección de mi casa: *La limpieza está cerca de la divinidad* y *La mejor política es la honradez*. Yo era una fanática de la limpieza. Que la casa y las chicas estuvieran impolutas era indispensable. En cuanto a la honradez, la consideraba la clave de mi relación con los clientes. Los hombres sabían que nunca les robarían ni se les engordarían los cheques. En cuanto mi reputación de juego limpio quedó establecida, tuve clientes que sencillamente me entregaban un cheque en blanco firmado cuando llegaban y me pedían que lo rellenara por la mañana, y había algunos cuyas cuentas bancarias no eran insignificantes. Además, frecuentemente cuando un cliente tenía algún invitado de fuera de la ciudad al que deseaba atender, me llamaba por teléfono y decía la cantidad que estaba

dispuesto a gastar esa noche y podía estar seguro de que no iba a timar a su invitado. En ocasiones mis clientas me hacían espléndidos regalos cuando estaban especialmente agradecidos por mi hospitalidad. Y si el hombre me gustaba aceptaba su regalo. Después de todo, si los funcionarios de Washington pueden aceptar grandes donaciones, ¿por qué no iba yo a recibir una pequeña propina?

La visita de un hombre a la casa de Polly implicaba mucho más que el mero hecho de dormir con una mujer. Esperaban que les divirtieran e incluso que les informaran. Sabían que podían contar con una conversación sobre las últimas obras de teatro y las novedades literarias; escucharían historias frescas y divertidas y anécdotas sobre los personajes de la ciudad. Una buena charla y un buen licor, chicas guapas y un entorno bonito, estos eran los ingredientes que conformaban una buena velada y cuando mis hombres decían «Buenas noches» (aunque solían ser las cinco o las seis de la mañana) lo decían de verdad.

Tenía que proteger a mis clientes de muchas formas. Nunca olvidaré aquella vez que un publicista estaba en casa dándose la juerga padre. Estaba encantadísimo con una chica llamada Dorothy y cuando su secretaria le llamó para recordarle que al día siguiente tenía un congreso en Philadelphia, el señor Huckster decidió que tenía negocios más importantes que hacer con Dorothy. Entonces la secretaria me llamó a mí y me suplicó que intentara hacer algo. Era una reunión tremendamente importante, dijo, y era vital que el señor Huckster acudiera en plena forma.

Así que persuadí y supliqué al señor Huckster y finalmente consintió en recobrar la compostura y hacer el viaje, pero con la única condición de que Dorothy fuese con él. Le recordé al señor Huckster que si se llevaba a Dorothy estaría infringiendo la Ley Mann pero hizo caso omiso.

—O se viene Dorothy conmigo o me quedo —dijo—. Una de las dos.

Finalmente, fingí ceder y le dije a Dorothy que se preparara. Dije que los llevaría en coche hasta el tren y en cuanto al señor Huckster se le pasó la borrachera, partimos hacia la estación. Una vez allí, me quedé pegada a ellos e insistí en subir al tren para asegurarme de que estaban instalados. Entonces, en cuanto el tren estuvo a punto de salir, agarré a Dorothy y la saqué del vagón a la plataforma.

Estaba furiosa.

—¿Cuál es la gran idea? —preguntó—. Acabo de romper mi cita con Johnny. Le dije que iba a estar en Philadelphia unos días.

—¿Cuándo se lo has dicho?

—Le telefoneé cuando fui a hacer las maletas.

El señor Huckster nunca supo que se había librado por los pelos. Johnny, el novio de Dorothy, era un conocido artista del chantaje y le habría sacado un montón de pasta al señor H. con la amenaza de denunciarle por haber violado la Ley Mann.

Debido a episodios de este tipo, tenía fama de ser persona de confianza entre las secretarias, agentes y managers de mis clientes. Había un hombre con el que tenía que tener mucho ojo, un músico famoso. *Blue*, como yo le llamaba, empezó a pasar mucho tiempo en mi casa después de una sonada disputa marital. Estaba resentido y herido y buscaba consuelo entre mis chicas. También bebía mucho y cuando llegaba a cierto nivel de borrachera siempre le entraban deseos de conducir. Cualquier cosa con ruedas le valía: camiones, motos, ambulancias, camiones de la basura, cualquier cosa que pudiera conseguir, y mi trabajo era mantenerle alejado de las cosas rodantes. También tenía que evitar que regalara todo aquello que poseía. Recuerdo que una noche me sonrió y me dijo:

—Polly, nena, tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué tipo de sorpresa?

—Te voy a comprar un Cadillac enorme para ti sola.

—Claro, claro —contesté. Y no volví a pensar en ello. Al día siguiente me llamó su manager y comenzó una larga alocución sobre Blue, sobre cómo estaba malgastando todo su dinero en hacer regalos a la gente, repartiendo Cadillacs como si fueran pastillas para la tos. Me reí y le aseguré de que no tenía intención de aceptar el coche que Blue me había prometido. El manager, un tipo bastante dado a angustiarse, quedó muy aliviado y se convirtió en uno de mis más entusiastas propagandistas.

Luego fue cuando B. J. estuvo haciendo una *cura de reposo* en mi casa. Llegó el lunes a la hora del cóctel y el domingo siguiente aún estaba allí. Solo conocía su paradero su secretaria confidencial, la señorita Compton, que llamó para decir que debía asistir a la reunión de directivos el jueves. ¿Podría yo encargarme de que estuviera en condiciones de asistir? Le dije que lo intentaría y, bien sabe Dios, que lo hice. Le di argumentos, bromeé, rogué, le persuadí, pero cuanto más intentaba convencerle menos escuchaba él. Pararía cuando estuviera listo y no había más que discutir.

Mi casa era siempre un alboroto durante sus juergas periódicas.

Se convertía en un sanatorio, con un doctor que venía diariamente para comprobar su presión arterial, inyectarle vitaminas y comprobar su salud general. Yo misma le observaba constantemente pues la señorita Compton me había advertido que, cuando estaba de parranda, a menudo intentaba suicidarse. Tuve que asegurarme de que toda la cubertería y los objetos punzantes se guardaran bajo llave donde él no pudiera cogerlos. Su barbero venía cada día a afeitarle. Dos trabajadores de un conocido salón de belleza aparecían cada cierto tiempo para hacerle la manicura y darle un masaje de cara y pies. Se contactó con un enfermero para que le administrara un masaje corporal y una irrigación de colon. Se cambiaba de pijama dos veces al día y las sábanas se cambiaban por la mañana y por la noche. Para el castigo que sufría su cuerpo, seguía estando en forma, sin un pelo fuera de sitio. Tremendamente bebido, seguía pareciendo una ilustración de una revista de moda. Entremedias de todas estas atenciones, tomaba píldoras de vitaminas. Pensaba que era como trabajar para una farmacia ambulante y le puse el apodo de *señor Walgreen*[*].

Después de una semana ya tenía otros apodos para él. Exigía un servicio meticuloso. No parecía relajarse nunca y yo andaba todo el día y toda la noche de acá para allá, como un muñeco saltarín, sirviéndole. Tras una semana yo estaba destrozada. Así que un día que estaba allí el doctor le pedí que me echara un vistazo a mí también. Me examinó y comenzó a darme pastillas.

—Deja de preocuparte por B. J. —dijo—. Está bien, debes ser más paciente. Estás de los nervios. Descansa un poco y tómate estas pastillas.

—Es todo por mi culpa —dijo B. J. poniéndose encantador—. Sé que soy una persona difícil de manejar. Ahora, Lulu Belle (ese era el apodo que me daba) te prometo dejar de beber y así podrás descansar.

Sonreí débilmente pensando que ahora había una opción de que se levantara y se pusiera a tono para la reunión del jueves. Le dijo a la criada que le llevara un vaso de leche y pidió una copa para mí y para cada una de las chicas. Bebí la mía despacio, observaba cómo él tomaba la leche casi de un trago. Yo sabía que las bebidas de las chicas serían té. Deseando que la situación estuviera ya bajo control y me escapé con sigilo a mi habitación a echarme una siesta. Estaba realmente agotada.

—Lulu Belle, ¿te sientes mejor? —Era su voz dulce susurrándome al oído. Abrí un ojo y observé a B. J. Estaba más borracho que una

cuba.

—¿Qué hora es? —pregunté—. ¿Y dónde están las chicas?

—Me han abandonado, Lulu Belle —Los ojos vidriosos se le llenaron de lágrimas y luego se animó—. Hemos estado subiendo y bajando en el ascensor hasta que el ascensorista nos ha pillado en la bodega. Se han ido. Han dicho que iban a dar un paseo por Central Park con dos botellas de escocés. Querían que fuese con ellas pero me he venido —concluyó haciéndose el santo.

Las chicas aparecieron después de acabarse las botellas y echarse una buena siesta en medio del parque.

—El césped parecía tan apetecible —dijeron.

Salí de la cama y me puse a investigar. Me la habían jugado. La leche que tan rápidamente había engullido B. J. contenía tres cuartas partes de brandy y al té de las chicas le habían añadido todo el alcohol posible. Todos se emborracharon mientras yo le daba sorbitos a mi copa. Era una broma muy graciosa para todos excepto para mí. Sabía que tenía por delante cuatro días más haciendo de enfermera de B. J.

Sí, llegó a la reunión.

Pero quizá mi mayor responsabilidad era con los clientes más jóvenes. A menudo los padres traían a los chicos a mi casa y estos hombres no eran viejos malvados dispuestos a corromper a sus hijos. Sencillamente pensaban que era la manera más sabia de manejar uno de los problemas más complicados a los que se ha de enfrentar un padre. Saben el daño físico y emocional que puede causarse si un joven comienza su vida sexual con algún episodio sórdido y furtivo que podría hacer que este aspecto de la naturaleza humana acabara resultándole desagradable y vergonzoso. Eran conscientes de la importancia de una experiencia sexual iniciática satisfactoria y psicológicamente correcta, que no contuviera nada indigno ni ordinario, y confiaban en mi tacto y buen juicio a la hora de seleccionar a una pareja agradable que hiciera sentir a gusto al chico. Me interesaba mucho por estos chicos y estaba orgullosa de su amistad y de su confianza en mí. Según fueron creciendo, con frecuencia hablaban conmigo de sus futuras esposas y era entonces cuando, con bastante pena, pensaba en ellos como si fuesen mis hijos.

Recuerdo que uno de mis clientes tenía dos hijos en Yale. Como parte de su consejo de despedida antes de enviarlos a la universidad les había dicho: «¡Ahora no os vayáis a mezclar con cualquier fulana! No es que no quiera que os divirtáis, pero id sobre seguro, id a casa

de Polly». Cuando los muchachos protestaron porque su asignación era demasiado anémica para mis saludables precios, se mostró generoso. «No os preocupéis por los gastos. Ponedlos en mi cuenta».

Los muchachos se tomaron el consejo al pie de la letra, tanto que acabaron trayendo a seis compañeros de clase.

—Ponlo todo en la cuenta de Papá —dijeron.

Al día siguiente cuando llamé a Papá y le conté la noticia se lo tomó con buen humor.

—De tal palo tal astilla —rio—. Hasta tienen la misma costumbre de su padre de pagar la cuenta. Pero al menos yo esperé hasta ganar mi propio dinero antes de invitar a toda la ciudad. Por esta vez no pasa nada, Polly, pero diles a los chicos la próxima vez que te visiten que no pienso pagar por la vida sexual de toda la maldita universidad de Yale.

***** *Referencia al libro* Ninety times guilty, *escrito en 1939 por el periodista del* New York Herald Tribune *Hickman Powell como resultado de su cobertura del juicio contra Lucky Luciano.*

***** *Ada and Minna Everleigh, dos hermanas que dirigieron el Everleigh Club, un burdel de alto nivel del distrito Levee de Chicago durante la primera década del siglo XX.*

***** *Hasta la muerte de Minna en 1948, solo media docena de amigos de confianza sabían que las hermanas vivían como respetables mujeres socias de un club en una casa que poseían cerca de Central Park en Nueva York.*

***** *Del poema* Home, *de Edgar A. Guest, poeta norteamericano nacido en Gran Bretaña, muy popular en la primera mitad del siglo XX. Llegó a ser conocido como* el poeta del pueblo.

***** *Famosa cadena de farmacias estadounidense, fundada en 1901 en Chicago por Charles R. Walgreen.*

Capítulo 10
Una temporada al sol

¿Y qué hay de las relaciones sexuales; eran el opio del pueblo? Para algunas personas. Para algunas de las mejores personas.

ERNEST HEMINGWAY. *El jugador, la monja y la radio*

I

Los cuatro años que precedieron a la entrada de Estados Unidos en la guerra vieron el inicio de la metamorfosis de Nueva York de una gran ciudad a una ciudad mundial. Casi de la noche a la mañana parecía que Manhattan se hubiera repoblado con un nuevo reparto de personajes. Por las calles, en las tiendas y en los restaurantes, se escuchaba francés, alemán, polaco y español; se veían las banderas de muchas naciones desplegadas en la fachada del Waldorf y del Plaza; se escuchaban historias de refugiados y discursos de delegaciones; se veían desfiles de preparación militar, se asistía a comités de beneficios y comisiones mixtas y se recurrían apelaciones pues no importaba lo aislacionista que fuese el sentimiento en otras partes del país, en Nueva York uno no podía olvidar que Europa estaba a un día de distancia.

A la luz de las agresiones de Mussolini en África y Albania, la anexión de Austria y los Sudetes por parte de Hitler, la disolución de la República Checoslovaca y la invasión japonesa de China, parece incomprensible que una frase como «la Paz de nuestros días» evocara otra cosa que la carcajada hueca de los ciudadanos de las democracias occidentales. Y aun así nos la tragamos y mientras en Europa las fábricas de munición hacían horas extras, en América teníamos una feria.

Durante los últimos años de paz, yo, como primera madame de Nueva York, seguía de cerca a Grover Whalen[*] como saludadora oficial. Siempre que había que proveer a algún visitante V.I.P. de compañía femenina del tipo informal, me solían nombrar presidenta del comité secreto de entretenimiento y, como resultado, pude contar con una clientela recopilada no sólo del *Quién es quién* y el Registro Social, sino del *Burke's Peerage* y el *Almanaque de Gotha*[**].

Mirando atrás, supongo que ya había alcanzado el punto más alto de mi carrera como madame. Un incidente doméstico servirá para

ilustrar la distancia que había recorrido desde los días en que le *alquilaba* mi apartamento a Tony y su amiga. Me encontraba en cama debido a un grave catarro, con los ojos rojos, la nariz moqueante y todo lo poco glamurosa que puede estar una mujer. No obstante, no estaba tan enferma como para no recibir clientes y una noche entre los visitantes que vinieron a animar a la enferma se encontraban un famoso compositor, dos autores muy conocidos, el editor de una revista, un decorador de interiores de altos vuelos, dos miembros de la nobleza rusa que ahora eran ciudadanos estadounidenses y el príncipe de una casa real reinante, su caballerizo y su anfitrión americano.

En cierto momento los rusos me hicieron la pregunta de siempre.

—Polly, ¿por qué te dedicas a lo que te dedicas?

—Míreme y después mire a su alrededor, mire la gente que está aquí —dije—. No soy hermosa, no tengo una educación, soy la hija de un pobre sastre judío de un pequeño pueblo de Rusia. Pregúntese qué tengo en común con gente como usted, aparte de estar viva y ser humana. No es mi inteligencia ni mi nacimiento lo que me permite gozar de su compañía, y bien sabe Dios que tampoco mi belleza, así que ¿qué tenemos en común? ¿O es que si yo no fuese una madame estarían usted y él —señalé a su alteza real con la cabeza— sentados en mi cama?

—Pero Polly —dijo el editor—, no venimos a verte porque seas madame. Si solo fuera por eso, ¿por qué estaríamos aquí contigo? ¿Por qué razón, como tú dices, estaríamos sentados en tu cama en lugar de en otra con una de tus chicas?

—No me malinterpretes —dije—. El hecho de que estéis aquí, ¿cómo puedo deciros lo que significa para mí? Si pudiera cortarme el corazón y daros un trozo a cada uno, ¿me entenderíais? Podríais ir a cualquier sitio, podríais estar con cualquiera… —Y como al parecer me ocurría siempre, comencé a llorar—. Cuando miro a mi alrededor no sé si pellizcarme o dar saltos de alegría. Es como un sueño. ¿Quién soy yo, la señora Vanderbilt, que recibe a príncipes y personas famosas que se sientan a mi alrededor observando cómo me sueno la nariz con un clínex?

¿Cómo podía evitar estar orgullosa y feliz de que tales personas pensaran en mí como para venir a visitarme cuando estaba enferma? No había nada que pudiera darles o hacer por ellos; venían por amistad, porque yo significaba algo para ellos. Ciertamente, no nos habríamos conocido si yo no fuese una madame pero, como dijo el editor, no era aquella la razón por la que estaban allí. Quizá el

caballero de la realeza pensara que yo estaba fingiendo, pero acabé la velada sonándome la nariz no con un clínex, sino con su real pañuelo. Aún lo tengo. Le envié otro con un mensaje que decía que me gustaría quedarme el suyo como prueba de que en ocasiones los corazones amables y las coronas van en el mismo paquete.

Hay muchas cosas de aquellos años que me agrada recordar. En primer lugar, me di cuenta de una ambición que supongo debe tener toda mujer: tenía a una estrella de cine como pretendiente.

Nuestro primer encuentro no había podido ocurrir en circunstancias menos románticas. Yo estaba en Hot Springs, Arkansas, y una mañana en el ascensor de la casa de baños, me di de morros con Wally Beery. Me sonrió. Debería haber estallado en carcajadas. Yo llevaba rulos en el pelo, un pesado albornoz de franela y unas sandalias planas de rafia. Al lado del alto Wally yo parecía una ciruela pasa, y ese fue el nombre por el que me llamaría durante nuestra amistad.

La llegada de Wally había causado bastante alboroto entre los huéspedes del hotel y aquella noche en el vestíbulo una dama sentada junto a mí me lo señaló, comentando que le había conocido hace más de veinte años, cuando estaba casado con Gloria Swanson. Le escribió una nota recordándole que se conocían y se la llevó al botones. En seguida vino Wally y me saludó como a un amigo que hace tiempo que no ves, ignorando por completo a la autora de la nota. Cuando pude explicárselo, ella ya se había marchado entre resoplidos, para sin duda después protestar por lo snob que él se había vuelto tras alcanzar el estrellato.

Le conté a Wally que lo más cerca que habíamos estado de conocernos había sido aquella misma mañana en la casa de baños y después, algo agitada, añadí que me llamaba Polly Adler.

Wally frunció los labios.

—Polly, Wally. Suena bien ¿no crees?

Charlamos de pie durante unos minutos pero la conversación se veía continuamente interrumpida por la gente que le pedía autógrafos.

—Vamos —dijo—, salgamos de aquí. ¿Me acompañas a cenar algo?

En el restaurante, pedí una cerveza y Wally un sándwich. Siempre había tenido la impresión de que era un gran bebedor pero vi que no era así. De hecho, no soportaba estar con borrachos. (Después de

aquello, cuando salía con Wally yo bebía agua hasta que se me salía por las orejas.) Nos sentamos y hablamos largo rato. Me habló sobre todo de su hija, Carol Ann, a la que adoraba, sobre su reciente divorcio y sus primeros esfuerzos antes de convertirse en una estrella de cine. Me dijo lo solo que se sentía y se disculpó por estar con el ánimo bajo, pero incluso estando taciturno daba la impresión de ser un hombre cálido, vital y de gran corazón.

—Espero estar pronto en Nueva York —dijo—. ¿Qué te parece si acordamos ahora mismo unas cuantas citas? Quiero ver algunos espectáculos e ir a algunos de mis restaurantes favoritos y me encantaría gozar de tu compañía.

Pensé entonces que él no comprendía la situación respecto a mí y naturalmente no aceptaría su invitación si el hecho de que nos vieran juntos pudiera dañar su carrera profesional.

—Wally —comencé a decir, insegura—, creo que hay algo sobre mí que deberías saber. Puede ser un error que salgamos juntos por Nueva York. Soy…, bueno, todo el mundo sabe cuál es mi negocio. Dirijo un prostíbulo.

Ni siquiera parpadeó.

—¿Y qué? —contestó enseguida—. Como si diriges cincuenta. Para mí eres una persona encantadora.

Solo con escucharle decir aquello ya habría sido suficiente para que aquel fuese un gran día. Pero para ponerle la guinda al pastel, aquella noche era el baile de *March of Dimes* en honor del cumpleaños del presidente y, gracias a mi famoso acompañante, fui la mujer más admirada de aquel baile.

Wally se iba a Nueva Orleans a la mañana siguiente pero antes de marcharse me recogió para dar una vuelta en su avión. Tenía su propio Howard y, más tarde, en uno de mis viajes a California, me enseñó a pilotar. Me telefoneó cada noche mientras estuve en Palm Springs y siempre era muy paternal y reconfortante, advirtiéndome de no pillar un resfriado al salir de la casa de baños y recordándome que me cuidara.

¡Caray, qué buen tipo!, pensé. Su preocupación e interés hicieron más por mi salud que todas las aguas termales de Arkansas.

Cuando regresé a Nueva York no sabía exactamente qué día volvería él y recuerdo cómo me alegró escuchar su voz al teléfono.

—Hola, ciruela. Aquí está tu vaquero. Abre la puerta del corral. Voy directo a verte.

Intenté por todos los medios disuadirle de que viniera a la casa pero cuando insistió le dije a la criada que se ocupara de las llamadas

y no permitiera visitas. No quería que Wally me viera en mi rol de madame. Una cosa es oírlo y otra muy distinta verlo.

(Aunque yo no lo sabía, cuando Wally habló conmigo por teléfono había un reportero con él, H. Allen Smith. El relato del señor Smith sobre la conversación fue después incluido en su libro, *Low Man on a Totem Pole*, superventas de 1941.)

Cuando Wally llegó, hablamos un rato y luego, repentinamente, se puso en pie de un salto, me levantó de la silla y me rodeó con su brazo.

—Vamos, querida. Vamos a dar un paseo —dijo.

Había estado viendo durante años a hombres rodear con su brazo a una chica y decir: «Vamos a dar un paseo». Eso solo significaba una cosa: un paseo hasta el dormitorio. Así que ahí estaba yo, mirándole fijamente, conmocionada y perpleja. Había pensado que a pesar de mi profesión me tenía algo de respeto y de todas formas no había habido nada amoroso en nuestra conversación previa.

—¿Qué? ¿Por qué, Wally? —tartamudeé— ¿Crees… crees que es una buena idea?

Me miró con arrugas de sorpresa en la frente.

—Es que hace tan buen día —dijo—. Apuesto a que hoy no has salido. ¿No te gustaría dar un paseo y ver la puesta de sol?

Abochornada, me sonrojé tanto que yo misma imité bastante bien la puesta de sol.

—¡Ah! ¡Un paseo! —dije efusivamente—. ¡Un paseo! Bueno, nada me agradaría más.

Así que salimos a dar un paseo por la Quinta Avenida, un hecho que fue debidamente relatado nada menos que por Walter Winchell, que dijo que había visto «a Polly Adler del brazo con Wally Beery, saludando ambos a sus respectivos seguidores». Wally y yo fuimos grandes amigos hasta su prematura muerte en 1949.

En julio de 1939 recibí el tributo definitivo y sin parangón a mi carrera empresarial. Entré en el Valhalla del ejecutivo americano. Podía sentir que mi nombre pasaría a la historia inscrito en los manuscritos junto a los Morgan, los Mellon y los DuPont, junto a Henry Ford y John D. Rockefeller. Se escribió sobre mí, Polly Adler, ¡en la revista *Fortune*! En ese momento, no obstante, no tenía tiempo de saborear la gloria y la maravilla que eso significaba. El anónimo autor del artículo mencionaba que mi apartamento «no estaba lejos de Central Park Oeste, en las Sesenta» y tuve que mudarme enseguida

para evitar una redada.

Este número concreto de Fortune estaba dedicado a la ciudad de Nueva York, que albergaba entonces la feria mundial que se inauguró el treinta de abril. De acuerdo con La Guardia en que lo mejor de la feria era la ciudad en sí, los editores ensamblaron una especie de gran guía *Baedecker* que contenía información de primera mano desde la vida intelectual de Manhattan (mostrando como ejemplo lo que se llamaba «la fauna del mundo editorial») hasta sus placeres ilícitos donde, no hace falta decirlo, entraba yo.

El artículo, que parecía ser notablemente preciso, comentaba «el desprecio que tenía el policía por el trabajo de la Brigada Antivicio, una herencia de nueve años tras la investigación Seabury» tras la cual los arrestos por prostitución disminuyeron en un cincuenta por ciento. Sobre la investigación Dewey decía que «al calor de la ley hubo un cambio externo: acabó con las casas de lenocinio, como algunos las siguen llamando en la Ciudad de Nueva York». Mi establecimiento, el de Peggy Wild y el de Diane B. se mencionaban como «algunas de las casas de citas más sofisticadas de los Estados Unidos hasta que la ley las cerró todas». Después, tras apuntar que Peggy y yo habíamos vuelto a abrir «a una escala menos extravagante» el artículo continuaba: «El futuro visitante tiene pocas opciones de entrar en un establecimiento como el de Polly Adler a menos que se encuentre en su lista, un fichero de incalculable valor bien protegido que contiene no solo el nombre del cliente, dirección de negocios y número de teléfono, sino otras informaciones como sus preferencias en cuanto a mujeres, licores y grado de liberalidad. Peggy Wild no es tan cautelosa como Polly Adler pero sigue siendo necesaria una recomendación para poder entrar».

Me gustaría saber quién recomendó al escritor del artículo; sin duda alguien dejó la puerta abierta y dejó entrar las moscas. Es cierto que tenía un fichero como el mencionado, con símbolos escritos en un código que solo las criadas y yo conocíamos. En mi ausencia esto les permitía estar seguras de quién tenía crédito y qué hombres pagaban qué. (Curiosamente, las chicas también tenían un código en sus listines que enumeraban a los vivales. Por ejemplo, una exclamación tras el nombre del caballero significaba que era un derrochador liberal; una interrogación significaba que dependía de la chica y del humor del caballero sacar más o menos; una coma marcaba una mala actuación. Como una chica me contó en una ocasión: «Me llevó seis meses poner mis exclamaciones e interrogaciones. Después, cuando empezaron a pedirme que llevara a

alguna amiga sabía que se estaban cansando de mí y que sería mejor probar en otra ciudad.») El artículo también tenía razón al decir que mi local casi no podía llamarse prostíbulo, sino más bien «un apartamento de citas con pretensiones, es decir, un lugar dirigido por una madame que llama a las chicas para la velada». Tras mi arresto en 1935 no volví a tener chicas viviendo conmigo y sería técnicamente correcto describirme desde entonces como una madame de casa de citas.

Sobre la prostitución en general, el autor decía que era imposible saber el número de prostitutas en la ciudad de Nueva York. «Si bien es cierto que la prostitución *parece* haber descendido desde el inicio de la Depresión, una afirmación que aparentemente va en contra de la noción de que la prostitución *florece* con la depresión… Muchas mujeres se echan a la calle en los malos tiempos pero el efecto general es de una caída de los precios medios y una caída del negocio en la prostitución de más alto nivel». (Esto no es cierto. Sin duda yo operaba en los niveles altos y mi negocio *nunca* cayó, independientemente de la Depresión o de cualquier otra cosa.) «Es más, también está el hecho de que hay un importante cambio en los estándares morales, especialmente en una ciudad como Nueva York, por los que los hombres se asocian de forma más libre con mujeres de su estrato social y tienen menos razones para buscar prostitutas».

Aquello tocaba un punto sobre el que yo misma me he preguntado muchas veces: Por qué venían los hombres a mi casa buscando algo que podrían conseguir fácilmente, y gratis, en otro lugar. Así que, después de leer este artículo cada vez que un cliente me preguntaba cómo me metí en el negocio le contestaba con una pregunta: «¿Por qué me mantienes tú en el negocio?». La mayoría de los hombres contestaban que el sexo era la forma más importante que tenían de relajarse y puesto que no lo encontraban en casa lo buscaban en otro sitio. Algunos decían que sus esposas eran buenas madres pero compañeras de cama indiferentes; otros que sus parejas eran unas quejicas y que después de «un día duro en la oficina» querían compañía, no alguien que les irritara. «No quiero hacerle daño a mi familia, pero en casa no puedo dar salida a mis emociones», decía uno. «Si tuviera una amante podría traer complicaciones. Venir aquí es más sencillo y más seguro». Los sentimientos de mis clientes solteros podrían resumirse así: «¿Por qué esforzarse en tomar vinos y cenar y decir cosas bonitas a una chica para ver si tienes suerte? Es ir por el camino más largo cuando sabes que si vienes aquí lo tienes todo arreglado. Y además, una chica con

experiencia nunca decepciona».

Para un soltero un burdel es quizá la mejor solución para su vida sexual pero creo sin lugar a dudas que nueve de cada diez esposas podrían tener en exclusividad a sus maridos si se esforzaran por retenerlos la mitad de lo que se esforzaron por conseguirlos. Cuando una mujer le echa el ojo a un tipo, hace todo lo posible por parecerle atractiva. Se acicala a la perfección, lleva siempre ese toque de perfume en el lugar adecuado, se ríe con sus bromas, le consiente los caprichos, flirtea con otros hombres lo justo para mantenerle interesado y sea lo que sea lo que haga le convence de que todo lo hace por él. Pero una vez que lo ha cazado, ¿por qué una licencia de dos dólares le da permiso para desactivar todos los encantos que puso en acción durante el cortejo? ¿Por qué no sigue vistiéndose para él? ¿Por qué no usa los ojos para saber cómo se siente, las orejas para escucharlo y la lengua para hacerle cumplidos y darle conversación interesante en lugar de para cotillear sobre los vecinos? ¿Y por qué, después de utilizar el sexo como un cebo, no finge al menos que disfruta con sus caricias? Y aún supongo que debería darles las gracias a estas esposas en lugar de criticarlas puesto que ayudan a que continúe en el negocio.

¿Por qué no iba un hombre con una esposa así a volverse hacia mis chicas que estaban siempre hermosamente vestidas y eran un placer para la vista, alegres y receptivas, que siempre le halagaban, empatizaban con él y le decían lo buen amante que era? Por supuesto que cobraban por ello, pero ¿no cobra también una esposa? No es un punto de vista novedoso, pero, en lo que a mí respecta, una prostituta es cualquiera que se vende a cambio de algo. Las mujeres que se casan, no por amor, sino por avaricia, consiguen pagar sus facturas, una buena casa, vestidos y joyas; las que se casan para librarse de un trabajo tedioso o para alejarse de parientes desagradables o para evitar que la llamen solterona son igual de putas en todo excepto en el nombre. La única diferencia entre ellas y mis chicas es que las mías valen el dinero que se gasta el hombre.

Admitiré que hay algunos hombres a los que ni un harén de esposas los retendría en casa. Y hay algunas esposas que hacen todo lo posible, pero les falta algo de la Eva esencial. Tengo la corazonada de que algunas de las esposas legítimas que han visitado mi establecimiento venían expresamente a averiguar por qué los hombres, incluidos sus maridos, frecuentaban lugares como el mío y buscaban la compañía de prostitutas. Y si, como en ocasiones ocurría, me pedían consejo sobre cómo hacer que su marido fuese

fiel yo les citaba una línea de la obra de Clare Boothe, *Mujeres*. Un personaje habla de cómo perdió a su marido por otra mujer y dice amargamente: «Debí haber ganado a esa chica donde ella me ganó, ¡en la cama!».

Ya he dicho que nueve de cada diez esposas podrían conservar a sus maridos en exclusiva. Como ejemplo de la décima, estaba el cliente que me contó que su esposa había hecho todo lo posible para resultarle atractiva.

—Lleva un camisón de distinto color cada noche, se esfuerza en ser seductora y yo sé que me quiere mucho. ¿Y qué hago yo? Me quedo en la cama y leo *The New Yorker*. Siento pena por ella pero no puedo hacer nada. Me resulta repulsiva.

Sin duda había que compadecer a la pobre mujer pues su marido estaba completamente confuso en cuanto a su comportamiento sexual. Una casa de mala reputación era la única respuesta a su problema y, de hecho, fue un psiquiatra el que le dio mi dirección.

Aunque no tengo intención de profundizar en ello, creo que debo decir que hacia finales de los años veinte, un número cada vez mayor de mis clientes parecía tener un desajuste sexual. Según crecía la tensión en Europa y la guerra parecía cada vez más inminente, las peculiaridades de la gente se intensificaron. Parecían salirse cada vez más de la norma. Los prostíbulos siempre atraían a gente retorcida que era incapaz de satisfacer sus deseos de forma normal pero aquello llegó a tal extremo que empecé a pensar en los clientes que requerían los métodos sencillos y tradicionales como en *camioneros*.

Con relación a esto recuerdo una vez que un cliente llamó y dijo que enviaba a un amigo suyo que tenía una petición muy peculiar. Media hora después recibí a un hombre de unos cuarenta y cinco, con apariencia de clase alta. Hablaba con acento de Oxford y me dijo que había nacido en América, pero había vivido la mayor parte de su vida en Europa. Había arreglado que una de mis chicas más guapas se uniera a nosotros en los cócteles y cuando apareció el caballero se sonrojó, se quedó confundido y me pidió algo azorado si podía hablar conmigo a solas. Pensé, otro con ideas raras. ¿Cuál será su perversión?

—Señorita Adler —dijo cuando la chica se retiró—, sin duda esto le parecerá extraño pero no estoy aquí por la razón que usted obviamente supone. Estoy aquí para elegir esposa.

Me quedé con la boca abierta. Entonces me eché a reír. No pude evitarlo. De todos los giros que había imaginado aquel era el mejor.

—Perdóneme, por favor —dije en cuanto pude—. Pero esto tiene

que ser una broma. No dirijo una agencia matrimonial, ¿sabe usted?

—No es broma —aseguró—. Verá, muchos de mis amigos consideran extraño que lleve tanto tiempo soltero. Pero he visto tanta infidelidad, tantas esposas exigentes y de mal genio, tantos divorcios conflictivos, que simplemente no quiero ceder a tal cosa. No obstante, parece urgente que me case y creo que la respuesta a mis problemas está en casarme con una prostituta. Al no estar acostumbrada a ningún afecto verdadero, su gratitud hacia mí podría ser el factor que hiciera que fuese fiel, y como una prostituta está entrenada para satisfacer a los hombres, estoy seguro de que no me decepcionará sexualmente. A cambio yo podría ofrecerle un hogar y ventajas que probablemente nunca haya tenido, además de la protección de mi nombre. ¿Me he explicado bien, señorita Adler?

Se había explicado perfectamente. Pensé: «Este tipo es un auténtico chalado pero será mejor que le siga la corriente o empezará a salirle espuma por la boca y a romper cosas». Así que mientras el pequeño Rollo describía el tipo exacto de chica que estaba buscando me senté más seria que un enterrador e incluso fingí tomar notas sobre las especificaciones de la novia. Me dio un generoso regalo para la chica cuyas atenciones había rechazado y prometí ponerme en contacto con él tan pronto tuviera una selección de *prometidas*.

Casi no se había cerrado la puerta tras él cuando ya había despedido en mi cabeza al excéntrico visitante. Si hubiera pensado en él, habría supuesto que había vuelto a su club para jugar al bridge o bien se había retirado a algún lugar de descanso para aquellos que tienen más dinero que sensatez.

Pero estaba equivocada. Cuando no tuvo noticias mías, Rollo se fue a otra parte con su extraña petición y se casó con una de mis antiguas chicas que por entonces trabajaba en otra casa. Tras el matrimonio se fueron a vivir a París y las últimas noticias sobre este loco emparejamiento me llegaron a través de un amigo de la alta sociedad a su regreso de un viaje por el extranjero. Según mi amigo, la señora Rollo se había convertido en la estrella de París, en una de las anfitrionas más buscadas e inteligentes del grupo internacional.

—La ves en todas partes, querida —cotilleó—. Me la encontré en las carreras y está absolutamente *integrada* entre los nobles. ¿Y sabes qué? Hasta tuvo el atrevimiento de hacerme un desaire, ¡la muy snob!

Tan inusual como la historia del *Pequeño* Rollo es la de Maureen, una historia con un giro que podría haber salido directamente de las páginas de O. Henry. Una tarde la criada guio a una joven que decía haber venido a mí por sugerencia de un actor llamado Edgar L. Me

gustó mucho el aspecto de Maureen. Estaba perfectamente arreglada, se comportaba correctamente, tenía una voz agradable y unos modales excelentes. Durante nuestra entrevista las llamadas de teléfono nos interrumpieron varias veces y yo tenía prisa por vestirme así que quizá mi interrogatorio no fue tan minucioso como es habitual. No recuerdo todo lo que dijimos pero sí que me dio la impresión de ser bastante ingenua. (Cuando le pregunté si era francesa pareció algo sorprendida y contestó: «No, soy irlandesa».)

Yo esperaba la visita de un hombre en un cuarto de hora, un antiguo cliente, y le pregunté a Maureen si quería hacerse cargo de la cita. Dijo que lo haría encantada. Cuando llegó el cliente hice las presentaciones y después de la charla habitual para romper el hielo, me excusé. Unos minutos después Maureen apareció ante mí casi histérica.

—¡Ese hombre…! ¡Ese hombre! —sollozaba—. ¡Está loco!

Me puse en pie de un salto.

—¿Qué te ha hecho?

Estaba tan alterada que me llevó un rato sacárselo pero finalmente explicó que había empezado a quitarse la ropa.

Me volví a sentar.

—Bueno, ¿y qué esperabas que hiciera? —contesté con tono áspero—. No sé dónde habrás trabajado antes, Maureen, pero aquí los hombres siempre se quitan la ropa —Me miró con tal sorpresa que finalmente lo entendí—. ¿Sabes qué tipo de lugar es este? ¿No te contó Edgar L. cuál es mi negocio?

—Solo… solo me dijo —titubeó— que eras alguien que ayudaba a las chicas.

Le expliqué de la forma más suave que pude dónde se encontraba y le dije que había sido un desafortunado malentendido y que sentía que le hubiese alterado tanto, que no pasaba nada y que era libre de irse. Se dirigió hacia la puerta y después dudó, se giró y volvió. Abrió el bolso, sacó el monedero y me mostró su contenido, tres monedas de cinco centavos y una de diez.

—Creo que me gustaría aceptar esa cita —dijo.

Por la noche entró de nuevo en mi dormitorio y me mostró los cien dólares de propina que había recibido.

—Bueno, ¿ha sido tan horrible? —le pregunté.

—No —contestó—, pero, verás, no hicimos… no hicimos nada.

—*¿Qué?* Maureen, ¿qué estás diciendo?

—No nos acostamos —sonrió—. Le convencí para no hacerlo.

Me quedé atónita. Yo había timado alguna vez en mi época pero

nada parecido aquello. Debe ser cierto que los irlandeses pueden salir de cualquier situación a base de labia. Maureen no volvió a trabajar para mí ni para otra madame. Las ganancias de su cita le permitieron mantenerse hasta que consiguió el trabajo en la radio que había venido a buscar a Nueva York. Durante la guerra se casó y se trasladó a Boston, lo que parece una decepción pero, incluso sin un final de cuento de hadas, la historia de Maureen sigue siendo, hasta donde yo sé, única en los anales de la prostitución.

II

La Segunda Guerra Mundial trajo de nuevo tiempos de esplendor en Broadway y fui testigo de la aparición de una nueva cosecha de peces gordos derrochadores: los que vendían por debajo del mostrador, llamados estraperlistas. No parece necesario decir que mi negocio florecía. Cuanto más desesperados eran los tiempos más buscaban los hombres el gran escape del sexo. Las calles eran un enjambre de chicas *V*, aunque no sabemos si la *V* era por Victoria o por Venérea. Eran, como comentó con ironía uno de mis clientes, el tipo de chicas que le dan mala fama a la prostitución.

Como resultado de la escasez de alojamiento hotelero, los hombres que antes reservaban suites de hotel en las que entretenerse ahora se traían las fiestas a mi casa y el negocio del bar prosperaba. También fruto de esta escasez tenía algunos clientes que, me temo, estaban menos interesados en pasar la noche en actividades amorosas que en tener un techo sobre sus cabezas.

Como todos aquellos con parientes y amigos sirviendo en las fuerzas armadas, la guerra me tocó de cerca. Mis cuatro hermanos estaban en el frente al igual que muchos de mis clientes, incluyendo varios a los que consideraba más que meros contactos empresariales. Y como hizo todo el mundo, escribí cartas, envié cigarrillos, calcetines y chocolatinas a mis *chicos*. Esto me mantenía ocupada pues para el Día de la Victoria sobre Japón ya había varios cientos de ellos que recordar. A mis favoritos les enviaba *mezuzás* de oro. (Una mezuzá es una pequeña caja, como un relicario, que contiene un rollo en miniatura con los Diez Mandamientos.) No importaba que la mayoría de los muchachos a los que se las enviaba no fueran judíos. Entendían, como era mi intención, que las mezuzás eran un símbolo de mi esperanza de que todo les fuera bien y mi deseo de que volvieran sanos y salvos.

Un chico llamado Arthur me contó que estaba convencido de que

la mezuzá le había salvado la vida. Un día que estaba en casa de permiso, me vio en la Quinta Avenida y se acercó corriendo a abrazarme, llamándome «mamá» como hacían muchos de los jóvenes que venían a mi casa. Y siguió contándome cómo, en Bougainville, once aviones de combate enemigos volaron en círculos sobre su barco y ellos los abatieron a todos.

—Cuando aquello terminó —contaba—, sentí algo afilado que se me clavaba en la palma de la mano. Tuve que hacer palanca para volver a abrir los dedos, tan tenso estaba del miedo que había pasado, y entonces vi que había estado apretando tu símbolo de buena suerte. Lo agarré tan fuerte que se había quedado marcado en la carne —Me mostró su mano como si esperara que la marca aún estuviera ahí—. Desde entonces siempre lo llevo conmigo y se ha convertido en el amuleto de toda la tripulación. Cuando el capitán Kiley me relevó, se lo pasé a él.

Casi no podía hablar, tan agradecida estaba de que este guapo muchacho hubiera vuelto a casa ileso.

Durante el primer año de guerra, los polis no me dedicaron sus atenciones. De hecho, el único contacto con la ley que tuve fue una advertencia de no recibir en mi casa a hombres que hubieran sido reclutados. (A menudo me he preguntado por qué. ¿Se supone que el rango determina la vida sexual de un soldado? Si es así, entonces un general debe tener derecho a un harén completo, mientras que a un teniente segundo probablemente le correspondería solo un guiño.) En cualquier caso, no me gustó la advertencia de la policía y la ignoré. ¿Cómo iba a cerrarle las puertas a un cliente habitual solo porque no era un mandamás? Mis clientes más jóvenes siempre venían cuando estaban de permiso o antes de partir para servir en el extranjero y en mi casa conseguían un recibimiento tan cálido como si llevaran los hombros llenos de estrellas y cuatro galones en la manga.

No obstante, los polis no se habían olvidado de mi existencia. Solo esperaban a que tuviera la guardia baja para golpear. En enero de 1943 estuve enferma varias semanas con pleuresía, tan enferma que cerré la casa y el negocio durante más de un mes. Puesto que era difícil encontrar enfermeras me cuidaba una vieja amiga, Dora Maugham, una conocida artista de club nocturno y escritora de piezas cómicas. La noche del trece de enero tres de mis chicas, Joan, Eleanor y Shirley, se habían acercado a preguntar cómo estaba, pero

Dora había dado instrucciones estrictas de que no recibiera visitas así que ni siquiera sabía que las chicas estaban allí. La medicación que tomaba me mantenía en una neblina que era difícil saber qué era real y qué un sueño y sin duda esperé que fuese un sueño cuando abrí los ojos y vi a un policía a los pies de mi cama.

Tiene que ser un sueño, me dije. No puede ser una redada. El negocio no está abierto. Cerré mis ojos esperando que la visión desapareciera, pero cuando miré de nuevo había *dos* policías. *¿Qué tienen estas pastillas?*, pensé atontada. *Ese médico me está dando barbitúricos*… Pero al fin reconocí a uno de los policías como Bill Lenahan de quien sabía que era una rareza, un poli honrado.

—Está todo listo, Bill —dijo el otro policía—. La morena ha confesado.

—¡Polly, no es cierto! —Lloraba Joan que empujó al policía para entrar en la habitación—. Solo habíamos venido a ver cómo estabas pero este poli no deja de decir que estoy aquí para atender una cita.

—Bill Lehanan, ¿me estás montando una encerrona? —dije, casi sin poder hablar de tan confusa que estaba por la sedación—. Te doy mi palabra de que no sabía que Joan estaba aquí.

Bill suspiró.

—Si fuera por mí, Polly, me iría ahora mismo de aquí. Pero ha venido el jefe con nosotros.

Pedí hablar con su jefe pero cuando entró no prestó atención a lo que dije. Solo le interesaban los botes de medicinas de la mesilla. Al ver el nombre de mi médico en la etiqueta, le telefoneó para preguntarle sobre mi traslado al hospital de la prisión en la Casa de Detención. Cuando el médico dijo que había muchas probabilidades de que muriera si me movían, el sargento mandó llamar a una mujer policía para que hiciera guardia junto a mi cama y se llevaron a las tres chicas a la comisaría. No se atrevieron a detener a Dora. Era demasiado conocida y demasiado respetada y si la hubieran arrestado habrían tenido que hacer frente a una demanda. No obstante, insistieron en que abandonara el apartamento.

La mujer policía había solicitado que el policía de ronda viniera cada hora así que durante toda la noche me mantuvo despierta el timbre de la puerta. (Me sorprende que no me encadenaran a la cama puesto que era capaz de levantar la cabeza de la almohada unos centímetros.) A las ocho en punto otra mujer policía, la señora O'Connor, hizo el relevo. Aparentemente no sentía que tuvieran que *protegerla* de mí. Me cambió las sábanas y el camisón y me trajo una taza de té. Me sorprendió tanto su consideración que me desmayé.

Volví en mí justo para escuchar a la señora O'Connor decir: «Por favor, no la trasladen en un furgón policial. Podría morirse. ¿No pueden llamar a un taxi? Al menos tienen calefacción». Intenté llegar al teléfono para llamar a mi abogada pero me derrumbé antes de poder hacerlo. Lo siguiente que recuerdo es que vi a un funcionario médico y a una enfermera en pie frente a mí y escuché que el doctor le decía al sargento que estaba demasiado enferma para que me movieran. Pero esto no sirvió para conmover el dulce corazón de un policía y tras una interminable discusión me llevaron en camilla y me metieron en una ambulancia en dirección a Bellevue. Allí resultó que el único espacio disponible estaba en el ala de psiquiatría. A estas alturas ya ni me importaba. Lo único que quería era tumbarme, pero la celadora al cargo dijo que no había ninguna cama libre. Mientras decidían qué hacer conmigo y se desplegaba una interminable burocracia, vi un catre mugriento, sin sábanas ni almohada que estaba libre. Llegué hasta él haciendo eses, trepé como pude y perdí el conocimiento.

Más tarde aquel día recuperé la consciencia para encontrarme con mi abogada, la señora Gottlieb, mirándome tristemente. Llevaba puesta una bata de hospital andrajosa y estaba tapada con una manta raída. La señora Gottlieb me preguntó los detalles del arresto y yo, a mi vez, le pregunté cómo había acabado en el ala de psiquiatría. ¿Era solo una corazonada de la municipalidad o estaba cualificada para ser miembro? La señora Gottlieb dijo que intentaría arreglar un traslado pero le dije que no se molestara. Aquí al menos tenía una cama y podía no tener tanta suerte dos veces.

Durante mi estancia en el *ala cerrada* me molestaban constantemente los ayudantes que no se habían molestado en leer mi historial y me trataban como si me faltaran casi todos los tornillos. Una celadora insistió en cortarme las uñas. Insinuó que podía perder el control y arañar al guarda. La doctora, una joven que parecía funcionar con la premisa de que ella era el único ser humano allí y los pacientes eran especímenes de laboratorio, me echó un vistazo y concluyó que obviamente era drogadicta. Le conteste bastante acalorada que debería limpiar su bola de cristal y mirar otra vez. Así que, como el gran consuelo que era, concedió que si no era una drogadicta entonces debía de tener sífilis pues las pupilas no se me dilataban. Impidió cualquier réplica por mi parte embutiéndome el termómetro debajo de la lengua.

Annie, la paciente de la cama siguiente, tenía un sano sentido del humor, aunque, como me comentó con pesar, de nada bueno le

había servido. Le había dicho al juez ante el que compareció por cargos de prostitución callejera: «Sea bueno conmigo, guapo, y nos veremos en la calle Catorce después del juicio». Pero el juez, dijo Annie, no tenía ningún sentido del humor… Aunque no puedo decir que disfrutara de mi estancia en el ala de psiquiatría, aprendí que no hay gente loca, solo gente enferma y, como suele ocurrir, cuando la sociedad no comprende un problema olvida convenientemente todo lo que predica sobre la hermandad de los hombres.

Cuando llegó mi informe médico, pude optar a una fianza. Me puse en contacto con la señora Gottlieb y le pedí que hiciera que Dora enviara la fianza para poder salir al día siguiente. Durante estos procedimientos un fiscal insinuó con malicia que debía existir una conexión profesional entre Dora y yo, si no «¿por qué iba la señorita Maugham a dejar sus actividades de trabajo y su club para cuidar a la señorita Adler en un entorno cuestionable?».

Dora le preguntó al juez si podía dirigirse al tribunal a su manera y recibió permiso para hacerlo. Luego, como después me contó riéndose: «Me puse muy recta en la silla y le pregunté al abogado si estaba intentando decir que yo había *trabajado* contigo. Se puso muy nervioso, balbuceaba y farfullaba y finalmente me aseguró que tal pensamiento jamás se le había pasado por la cabeza. Solo que no entendía cómo yo, un respetado miembro del mundo del teatro, podía *disfrutar* de una larga y cercana amistad con una dama de mala reputación. Bueno, aquí perdí los estribos. Le dije que te conocía desde hace muchos años y que en todo este tiempo nunca me habías pedido que formara parte de tus negocios y que yo nunca te había pedido que cantaras una canción».

Esto aclaró la venganza del abogado y no pusieron más dificultades. Los periódicos del día siguiente contaban la historia y la publicidad derritió bastante a las celadoras. Me inundaron de café caliente y fundas limpias de almohada. Como ya me iba, la doctora (quien decidí que probablemente poseyera un juego completo de pantallas de lámpara hechas de piel humana) vino a soltarme la última flor.

—Si hubiera sabido quién era usted —dijo—, habría sabido que no podía tener sífilis. La arrestan demasiado a menudo —Después frunció el ceño—. Aún sigo sin entender por qué no se le dilatan las pupilas.

Le expliqué que durante mi enfermedad había tomado muchas medicinas, incluyendo opiáceos.

—¡Claro! ¿Por qué no pensé en eso?

—Quizás —dije dulcemente— porque solo es capaz de pensar en cosas mezquinas y feas.

El veintisiete de enero mi caso fue a juicio. El oficial Martin subió al estrado y testificó que Joan había admitido que su presencia en mi apartamento aquella noche del arresto tenía como propósito cometer un acto inmoral. El juez le miró dudoso. ¿Qué prostituta admitiría algo así ante un policía? Aunque el sargento y Bill estaban presentes no subieron al estrado para corroborar el testimonio de Martin. Ni las chicas ni yo testificamos. La señora Gottlieb pidió el sobreseimiento y el juez pronunció mis dos palabras favoritas: *Caso sobreseído.*

(Más tarde, el alcalde La Guardia pidió ver las actas del caso porque el cargo no era sólido. ¿Y quién sabe? La Guardia podía haber pensado que sobornaron a los polis para que presentaran un caso endeble contra mí. Probablemente nunca se le ocurrió que los polis de antivicio habían vuelto a las andadas con sus métodos para atrapar víctimas como hacían antes de la investigación Seabury.)

III

Con frecuencia, el corazón sabe las cosas antes que el cerebro y creo que desde aquel momento, psicológicamente hablando, ya me había retirado del negocio al que tantos años me había dedicado. Aunque abrí de nuevo la casa, la experiencia de Bellevue, además de mi larga enfermedad, me había dejado tan consumida y exhausta que pasé los meses siguientes convaleciente en Connecticut y cuando por fin volví al trabajo me sentí como el fantasma de *Hamlet*: «segado en plena flor de mis pecados… con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza». Todo suponía un esfuerzo, el timbre del teléfono era como el taladro del dentista actuando sobre un nervio desnudo y aunque pensé que podía intentar ser alegre y divertida, normalmente acababa la velada encerrada en mi habitación llorando sobre una almohada. ¿Cómo podía interpretar a Polly la payasa, Polly la chica de la *joie-de-vivre*, cuando todo parecía «molesto, insípido y vano» («Lo parece, señora. No, lo es.»), y el único futuro que podía imaginar para mí era completamente desolado y falto de sentido? Finalmente, decidí que tendría que alejarme de la casa y sus problemas o tendría una crisis nerviosa definitiva.

Llamé a mi abogada para contarle dónde estaría. Conocí por primera vez a la señora Gottlieb en los años veinte cuando yo jugaba en bolsa. Ella era la mujer de un cliente de una de las agencias de

corredores en las que yo negociaba y por aquel entonces, aunque la conocía poco, me impresionó su mente brillante y su atractiva personalidad. Me contó que su ambición era ser abogada pero le perdí la pista cuando desistí en mi intento de ser otra Hetty Green*. Nunca supe que había seguido adelante y se había convertido en abogada hasta que, unos meses más tarde, leí una historia en el periódico sobre uno de sus casos. La llamé para hacer testamento y desde entonces ha llevado todos mis asuntos. Respeto a la señora Gottlieb como he respetado a pocas personas en esta vida. Representaba todas las cosas y cualidades que yo más admiraba. Y aunque nunca expresó mediante palabras ni miradas su opinión sobre mi profesión, estaba segura de que la tenía.

Le dije que me iba a Fire Island por un tiempo indefinido.

—Voy a sentarme al sol y a no pensar en nada —le dije.

—Eso está muy bien pero, Polly —dijo la señora Gottlieb—, cuando estés lista para pensar en algo, para pensar de verdad, ven a verme, por favor.

—¿Para pensar de verdad en qué? —pregunté con sospecha.

La señora Gottlieb rio.

—En lo que sea que no quieres pensar y por eso te vas a Fire Island —dijo.

Fire Island, a dos horas de Nueva York, es más una playa rodeada de agua que una isla. Puesto que no había habitaciones disponibles en el único hotel, intenté probar suerte en una de las conocidas casas de huéspedes sobre las dunas, entre el Atlántico y la Gran Bahía Sur. Me recibió una mujer mayor cuyos inteligentes ojos azules me miraron de arriba abajo.

—Sí, tengo una habitación disponible —dijo al fin—. Pase, señorita…. ¿cuál era su nombre?

—No se lo he dicho. Es señorita Davis.

Se accedía a la habitación por un balcón que había sobre la sala de estar y mientras observaba desde la puerta mi casera, que se había quedado escaleras abajo, gritó para preguntarme si me gustaba.

—Aún no sé decirle —grité—. Tengo que entrar primero.

Aunque en tamaño y mobiliario recordaba un poco a mis aposentos en la prisión de Jefferson Market, la vista por la ventana era algo que ni el Ritz podía proporcionar.

Durante los primeros días hice exactamente lo que le había dicho a la señora Gottlieb: tumbarme al sol y, bueno, supongo que la palabra es *relajarme*. Cuando no estaba empapándome de sol, paseaba dejándome llevar por las corrientes de la vida en un lugar de

veraneo, sin hacer proposiciones pero siendo gradualmente atraída hacia las cosas. Descubrí que de lunes a viernes los días fluían plácidamente. La escena estaba poblada en su mayoría por mujeres y niños. Pero los fines de semana ¡vaya cambio de ritmo! Fire Island refulgía los fines de semana. Flynn's, el sitio más popular para comer, se convertía en una especie de Stork Club con matices del Greenwich Village pues la isla era popular entre los muchachos de pelo largo y las chicas de pelo corto y aparecían en manada. Pero también se veían heterosexuales salpicados aquí y allá, incluso los fines de semana.

En poco tiempo había adaptado mi vida a la de aquella pequeña comunidad y había encontrado la paz y la alegría en la tranquila ronda diaria: levantarse pronto, caminar, tomar el sol, almorzar en la playa, tarde de lectura, otro paseo antes de cenar y acostarse pronto. Pasé bastante tiempo desdeñando los avances de un hombre bajo, fornido y pálido que parecía seguirme siempre. Tenía un olor peculiar y nauseabundo (para mí), lo que me ofrecía una pista más que suficiente sobre su ubicación. Parecía estar siempre detrás cuando esperaba mi turno para usar el teléfono (solo había tres en la isla) y normalmente me seguía como un perro hasta Flynn's, donde me pedía que me tomara una copa con él. «Gracias, no bebo», le decía. Y entonces, para dejarle claro que se perdiera y me dejara en paz, inmediatamente le pedía al camarero que me sirviera un escocés con agua.

Un viernes tomé unos cócteles en Flynn's con dos amigas de Nueva York, Deborah y Marge, que trabajaban como secretarias en una empresa cinematográfica. En la mesa de al lado había un gran grupo en el que se encontraba Wolcott Gibbs, el crítico de teatro del *New Yorker*. Uno de los miembros del grupo nos invitó a unirnos a ellos y aceptamos enseguida. Pasamos una velada divertida pero se corrió la voz sobre quién era yo y el fin de fiesta no fue tan divertido, al menos para mí. (No obstante, como dice el refrán, no hay mal que por bien no venga, y la reacción de los respetables isleños ante la noticia de que yo era una madame proveyó al señor Gibbs de considerable material literario. De hecho, una madame llamada Molly es uno de los principales personajes de *Season in the Sun*, su exitosa comedia sobre la vida en Fire Island.)

El sábado en el desayuno, a Deborah, Marge y yo se nos unió Terry, una amiga de ellas que también pasaba allí el fin de semana.

—Qué rabia me da haberme perdido la diversión de anoche en Flynn's —dijo—. He escuchado que hubo una fiesta tremenda y, entre

toda la élite intelectual, ¡la mismísima Polly Adler!

—Sí, sí. Lo sabemos —contestó rápidamente Deborah—. Estábamos ahí.

—Como os podéis imaginar todo el mundo está alerta, sorprendido y espantado de que esta Adler ande suelta por la isla y *dicen* que a la caza de talentos.

Deborah me miró con temor y Marge casi se traga la cuchara. Yo me quedé callada esperando lo siguiente.

—Es una total desvergüenza —dijo Terry y girándose hacia mí—. ¿No crees?

—Si esa Adler está haciendo eso de lo que se la acusa —dije—, estoy de acuerdo. Deberían echarla de la isla junto con esa otra mujer.

—¿Qué otra mujer?

—Bueno, esa mujer a la que todos llaman golfa, la que parece no saber que aquí las paredes son de papel o le habría dicho a ese bocazas del fabricante de ropa que no hiciera tanto ruido cuando ella le recibe en su habitación —Y mientras ella se ponía roja como un tomate—. ¿Quién eres tú para llamarme *desvergüenza*? Yo soy Polly Adler.

—¡No te creo! No eres… no puedes ser Polly…

Nadie dijo nada y, tras unos instantes, Terry se puso en pie de un salto y huyó de la sala. Partió en el barco de la tarde y yo también deseé haberme ido pues, como pronto descubriría, no solo los visitantes de fin de semana sino toda la isla sabían mi verdadera identidad y ya estaban haciendo cola frente al montón de piedras.

Con anterioridad había accedido a comer el lunes con una tal señora Atkins, una viuda con dos hijas crecidas que parecía haberme cogido cariño y estaba siempre diciendo lo maravillosa persona que yo era. Pero cuando aparecí en su casa de campo, solo le faltó echar mano del Winchester.

—¿Cómo se atreve a venir aquí? —dijo. Y al recordarle que ella me había invitado— Bueno, pero claro está que *entonces* yo no sabía quién era usted.

—Yo no he cambiado —le aseguré—, soy la misma mujer a quien invitó a comer.

—Es usted muy osada, colándose por ahí fingiendo ser respetable, forzando a…

—Señora Atkins —interrumpí—, sea justa. Yo no la he forzado a usted a nada. Cuando nos conocimos yo no le pedí gustarle. Fue idea suya que fuésemos amigas. Y yo no estaba fingiendo ser nada.

—¡Ja! Pero no dijo en qué negocio está metida.

—Porque eso a usted no le concierne.

—¿Que no me concierne? *¡Que no me concierne!* —chilló— ¿Cuando tengo dos hijas? ¡Y pensar que se las he presentado!

La actitud de la señora Atkins era típica. Como Pearl Davis me habían elogiado por ser una dulzura, divertida y perfecta, pero ahora que se había filtrado que Pearl Davis y Polly Adler eran la misma persona, los felpudos de bienvenida desaparecían rápidamente, se habían barrido de la playa a las vírgenes de todas las edades y las matronas, que el día anterior me abrumaban, miraban enfáticamente a otra parte o me observaban como si de la noche a la mañana me hubiera salido otra cabeza.

Hice los preparativos para salir de la isla al día siguiente y después fui a cenar a Flynn's con aire desafiante. Pero elegí una mesa en la sala pequeña, alejada del comedor principal que daba a la bahía. Tenía miedo de mirar a nadie. Pensaba que no podría aguantar más desprecios. Justo cuando estaba terminándome el café, aprecié un olor conocido y levanté la mirada para ver al hombre pálido que siempre me seguía. Y de repente me di cuenta de por qué era tan vigilante. Le pagaban para serlo; era un poli. Perdí los papeles. Tiré sobre la mesa algo de dinero para pagar la cuenta y salí del restaurante como una loca, con las lágrimas corriéndome por el rostro.

A la mañana siguiente cuando la casera vino a ver por qué no había bajado a desayunar, supongo que le debió parecer que competía por el título de Miss Triste de Todos los Tiempos.

—Siento que haya tenido que escuchar todos esos cotilleos despreciables —dijo—. Fue esa Atkins quien los empezó, la acusó de escoger chicas jóvenes en la playa. Me enfadé tanto que le dije que nadie le alquilará una casa aquí el año que viene, no mientras los antiguos colonos podamos impedirlo.

La miré.

—¿Entonces usted supo quién era todo el tiempo?

—Claro que sí —dijo la casera dándome palmaditas en la mano—. La he visto antes. Yo tenía un restaurante en el Village. Fannie Brice era una de mis clientas y también Gene Fowler. Sí, la reconocí en cuanto entró por la puerta aquel día. Supe que sería una huésped ideal y así ha sido. Llámese como quiera, siempre será bienvenida aquí.

Le pregunté si no le sorprendía mi profesión.

—Los hombres son hombres, ¿no? Y las mujeres, mujeres. Y tienen que encontrarse en algún sitio. La gente no hace en su casa nada que no ocurra todos los días en todos los hoteles, casas de huéspedes y moteles el país. Usted solo es como más organizada… No hay por qué quedarse aquí lamentándose. Calentaré el café y usted saldrá a tomar el sol.

Mientras daba mi último paseo por la playa, me alcanzaron los pensamientos que, como dijo la señora Gottlieb, había venido a evitar en Fire Island. Cuando vi un convoy que llegaba no pude evitar recordar el barco Naftar que llevaba más de treinta años pasando por aquí antes de traernos a mí y mi saco de patatas a la Tierra Dorada. ¿Había viajado tan lejos desde entonces?, me preguntaba. Sin duda había superado la etapa del saco de patatas. Tenía bolsos y baúles y cosas que meter en ellos y ciertamente ya no podían llamarme novata. Aunque aún me faltaba educación, estaba al tanto de un montón de cosas que no se enseñan en la escuela. Sabía cómo sobornar a un poli, cómo pilotar un avión, cómo comer una alcachofa y cómo curar una resaca. Sabía que el domingo por la noche era el día en que los gánsteres salían con sus esposas y que la noche de los lunes la alta sociedad acudía a la ópera. Sabía a quién recurrir para conseguir según qué cosas, cómo funcionaba un corredor de apuestas y todos los secretos de Broadway. Conocía a aquellos que eran noticia y ellos me conocían a mí.

Cualquier cínico podría decir que mi vida había sido una típica historia de éxito americana. Desde la llegada a Ellis Island, subiendo la escalera peldaño a peldaño: cinco dólares a la semana, diez dólares a la semana, cien dólares a la semana, un abrigo de visón, un domicilio mejor; del negocio vecinal a la clientela internacional; de don nadie a leyenda. Y aun así, igual que aquella niña con la etiqueta colgada del abrigo, ¿no seguía siendo una extranjera con una placa? Podría parecer que había recorrido un largo camino desde la Segunda Avenida, pero ¿no seguía viviendo al día? Ahora, tanto como entonces, ¿no era la incertidumbre la única constante en mi vida?

Y súbitamente me pareció que mi vida no tenía una dirección. Había estado cambiando de rumbo durante años sobre las mismas aguas, huyendo antes de la tormenta cuando hacía mal tiempo y regresando cuando volvía la calma. Sí, y había naufragado, y permanecido en dique seco y sufrido reaparejamientos. Incluso había

aprendido a usar la brújula y una estrella o dos, pero siempre estaba manteniéndome a flote; no me dirigía a ninguna parte.

Sabía que mientras permaneciera en mi profesión actual sería siempre el mismo viaje sin puerto. Sabía que, aunque tuviera el dinero para hacerlo, si me retiraba y vivía de mis *ganancias ilícitas* aún sería, en cierto modo, un miembro de la profesión. La única diferencia sería que, en lugar de ser una madame en activo, sería un miembro emérito. No era suficiente desligarme del negocio, alejarme del prostíbulo, aún estaría a la deriva si no encontraba un destino. Como el marinero que recoge todas sus pertenencias, tenía que hacerme una idea de mí misma y de mi futuro. Si supiera dónde estaba y a qué puerto dirigirme podría delinear mi camino y poner rumbo a tierra, no a una tierra dorada, sino a una tierra donde hacer crecer cosas y construir sobre ella.

***** *Grover Aloysius Whalen, prominente político, empresario y gurú de las relaciones públicas de la ciudad de Nueva York durante los años 30 y 40.*

****** *El* Burke's Peerage *es un libro de genealogía que publicaba con detalle los datos de la nobleza y la aristocracia de Gran Bretaña e Irlanda, así como datos de las casas reales europeas. El* Almanaque de Gotha *era una publicación anual europea, que compendiaba con todo detalle datos de las cases reales, la alta nobleza y la aristocracia europeas, así como datos del mundo diplomático.*

***** *Hetty Green, apodada* La bruja de Wall Street, *llegó a ser la mujer más rica del mundo y tal vez la más avara, incluso tuvo lugar en el libro* Guinness *de los récords como la más tacaña del mundo.*

Capítulo 11
Llámeme Señorita

El defecto más sorprendente de las mujeres es que hacen del público el juez supremo de sus vidas.
STHENDAL. *Fragmentos*

I

Mi abogada me pidió que la llamara cuando estuviera lista para «pensar en serio» así que de regreso a Nueva York pedí una cita para verla. Después de charlar de manera casual unos minutos vi que me observaba con preocupación.

—¿Cómo te sientes, Polly? ¿Te ha sentado bien Fire Island?

—Fire Island estuvo bien —dije. Y después, incapaz de contener mi amargura—. Quizá le haría un favor a la gente si fuese por ahí como las madames de las películas, ataviada con una boa de plumas, una jeringuilla y un chulo. Me encontré con parte de mi *público* en la isla y parece que no les gustó que fuese disfrazada de ser humano.

La señora Gottlieb apretó el botón del intercomunicador del despacho y le pidió a su secretaria que no la molestasen. Luego se volvió hacia mí.

—Polly, durante este último año he observado que estás cada vez más tensa y nerviosa, físicamente enferma, emocionalmente trastornada. He visto cómo se desvanecía tu vitalidad, tu calidez, tu optimismo, tu capacidad para reír, y ha sido como ver una muerte. Pero ¿sabes qué es lo que me parece más triste de todo? Te fuerzas y te destruyes para conseguir algo que te da muy poca satisfacción —dijo.

Su preocupación me conmovía enormemente. Hablaba desde el corazón, realmente le importaba lo que me ocurría.

—¿Qué debería hacer? —dije desesperada— No sé hacia dónde ir. Todo me parece un callejón sin salida. Esperaba que pudieras decirme…

La señora Gottlieb frunció el ceño e hizo un gesto de impaciencia.

—Yo no puedo decirte *Polly, haz esto* o *Polly, haz aquello*. Una decisión que otro toma por ti no vale nada. Pero sí puedo decirte que ni por un momento he creído eso que me has contado tan a menudo, que la sociedad no te dejará ser otra cosa que madame. ¡No, Polly! Con tu empuje, tu determinación y tu coraje, la única persona que puede evitar que hagas algo eres tú misma —Quise interrumpir pero ella me frenó—. Sí, ya sé que has intentado romper con esto antes. Y

no creo que esté subestimando las dificultades y desventajas de tu situación. Soy perfectamente consciente de que no importa en qué empresa te embarques que empezarás recibiendo ataques y que el camino será duro. Pero, por Dios, Polly, ¿alguna vez te han dado algo en bandeja de plata? Desde que eras una niña has luchado con uñas y dientes a cada paso. ¿No crees que ya es hora de pararte y pensar por qué estás luchando? ¿No es momento de preguntarte lo que quieres, no ya de la vida, sino de ti misma?

Sus palabras fueron un duro golpe y no era una cuestión fácil de encarar.

—¿Quién sabe lo que pensar en estos tiempos? —contesté evadiendo la respuesta—. No soy solo yo. Los valores de todo el mundo están confusos. Quiero decir, mira la gente que veo en mi casa, gente educada, con éxito que dirige cosas y les dice a los demás lo que tiene, que pensar. ¿Estarían allí si no estuvieran también confusos, si supieran lo que quieren de sí mismos?

Pero la señora Gottlieb se negaba a desviarse del tema.

—Henry James escribió una frase que deberías aplicarte, Polly. «Recuerda que toda vida es un problema especial que no es tuyo sino de otros y conténtate con la terrible álgebra del tuyo».

—Hay demasiadas equis en mi problema —dije—. Soy una Madame X que nunca ha estudiado álgebra, ¿cómo podré resolverme?

La frivolidad tampoco la iba a desalentar.

—¿Lo has intentado de verdad alguna vez? ¿Te has sentado realmente a pensar en el caso de Polly Adler, has examinado el expediente de principio a fin?

—Por supuesto que he pensado en mi vida, con frecuencia. Pero ya sabes lo que ocurre cuando recuerdas. Un montón de trozos y piezas, como un puzle revuelto.

—Entonces, ¿por qué no recoger las piezas y ponerlas en orden? Escríbelas.

—¿Escribir? ¿Yo? —La idea era ridícula.

—Sí, ¿por qué no?

—Pero si yo no sé escribir.

—Pero sabes recordar —dijo la señora Gottlieb débilmente—. Tienes una memoria asombrosa.

—Pero… no sabría cómo expresarme. ¿Cómo podría? Yo y mis ochocientas palabras, más la jerga.

—No te preocupes. Simplemente escribe la verdad. La gente que cuenta la verdad no necesita un diccionario para hacerlo. Son aquellos que la eluden los que necesitan un amplio vocabulario… Lo

digo en serio, Polly —continuó—. Al final, cada persona debe ser su propio juez y nadie puede tomar una decisión hasta que se ha familiarizado en profundidad con las pruebas. Piensa en tu vida. Ponla en negro sobre blanco donde puedas estudiarla y evaluarla. Verás que tener que expresar las cosas de forma concreta te ayudará a concentrarte en ellas. Y, a veces, aquello que parecía terriblemente amenazador se reduce hasta la insignificancia, mientras que los sentimientos que ni siquiera sabías que tenías se convierten en los dominantes. Si te pones a ti misma sobre el papel aprenderás mucho sobre ti. Te lo prometo.

La miré.

—¿Incluyendo la ocupación que más se ajusta a mí? —pregunté dudosa.

—Incluyendo eso —contestó la señora Gottlieb con una sonrisa.

Tras dejar a la señora Gottlieb, caminé varias manzanas meditando sobre lo que me había dicho. ¿Me estaba advirtiendo de que era carne de manicomio? Me di cuenta que al proponerme que escribiera la historia de mi vida estaba, de hecho, prescribiendo una forma de psicoterapia, un viaje de autoexploración con la esperanza de que ayudara a resolver las dudas y conflictos que me estaban obstaculizando. Sabía que para salvaguardar mi tranquilidad se necesitaba algo más que huir. Y quizá la perspectiva me indicaría el camino; quizá si me veía a mí misma en relación al pasado podría ser capaz de encontrar tan necesario remedio para el futuro.

Me detuve en una papelería y compré un cuaderno grueso y un bote de tinta, pero por el momento esa fue toda mi actividad literaria. Cada vez que veía el cuaderno acumulando polvo sobre mi escritorio pensaba: «Supongamos que cuando esas páginas estén llenas y las vuelva a leer, descubro que he estado veinticinco años en el negocio equivocado. Quizá es mejor dejar las cosas como están».

No obstante, la semilla estaba plantada y por fin, el 17 de junio de 1945 comenzó oficialmente la *Operación: Autobiografía* en una granja lechera de Nueva Jersey. En dos días conseguí escribir unas mil quinientas palabras, momento en el que el orgullo de autor asomó la cabeza y le mostré el fruto de mi trabajo a la dueña de la granja.

—Deberías explicar más cosas sobre Yanow y sobre ti —dijo, y este comentario, aunque no lo sospeché entonces, fue el primer disparo de todo un bombardeo de consejos y críticas literarias que

continuaría de forma intermitente durante los siete años siguientes.

El comentario enfrió las llamas creativas recién prendidas pero seguí trabajando los fines de semana y a finales de julio había escrito más de cien páginas. Era a la vez fascinante y doloroso esto de revivir mi vida y hubo muchas ocasiones en las que el pasado parecía más real que el presente. Cuando releía las páginas, veía muchos puntos en los que no había conseguido que las palabras dijeran lo que quería decir, donde sabía lo que pretendía contar pero mi falta de práctica me impedía trasladarlo al papel.

El remedio, cuando al fin se me ocurrió, era sorprendentemente sencillo. ¡Iría a la escuela y aprendería a expresarme! Toda mi vida había ansiado una educación. ¿Qué me impedía conseguirla? ¡Nadie me estaba apuntando con una pistola para forzarme a seguir siendo una ignorante!

Tenía muchos planes e iba a toda máquina cuando una noche de agosto, visité entre bambalinas a Charlie Barnett que actuaba en el Strand Theatre. Le conté a Charlie mi decisión de ir a la escuela, añadiendo que la cuestión ahora era dónde establecerme.

—Poll, tengo el lugar perfecto para ti —dijo—. Salgo de gira durante cuatro meses y puedes usar mi casa de Los Ángeles. Tiene piscina y te dejaré usar mi Cadillac.

—¡Suena bien! ¿Cuánto me cobrarás al mes, un riñón o un ojo de la cara?

—No te cobraré nada. ¿Trato hecho?

—Me has convencido, Charlie. La semana que viene estaré asomada a la ventana de tu dormitorio, pelando las naranjas del zumo del desayuno.

Unos días más tarde me encontraba sola en mi apartamento vacío, esperando al conductor para que recogiera mis baúles. Uno de ellos, etiquetado como *Baúl de los recuerdos*, contenía *souvenires* y recuerdos de mis treinta y dos años en Goldine Madina. Había una pila de viejas agendas, un archivo con fichas de las chicas que habían trabajado para mí, libros de cuentas marcados como *Beneficios y Pagos* y suficientes cheques sin fondos para empapelar la mansión de algunos de los hombres que los habían extendido. Había recortes de periódico y una pila de revistas que contenían artículos sobre mí, cartas de amigos, programas de teatro, menús de banquetes, tarjetas de Navidad y cumpleaños. Y en el fondo del baúl, casi enterrado bajo capas de bolas de naftalina, estaba el ave del paraíso que Joan me había regalado, un par de zapatos de baile de lentejuelas verdes de tacón alto (los primeros que tuve), mi diploma escolar y un chal

rasgado y la camisa interior de una niña pequeña, todo lo que quedaba del *traje de viaje* con el que había partido de Yanow, ansiosa de aventuras.

Miré el baúl con lágrimas en los ojos y después tuve que echarme a reír. Aunque la niña se fue al Oeste hacia América en lugar de hacia el Este a Pinsk, aún estaba de camino a la Gymnazia… No tenía nada que envidiarle a *Wrong-Way* Corrigan*..

II

El camino hacia la educación superior seguía siendo un largo ascenso. Me quedaban dos años de instituto antes de poder entrar en la universidad y al mismo tiempo, estaba aprendiendo a cocinar, a cuidar de la casa y el jardín, además de participar activamente en varias organizaciones de caridad. Así que era una muchacha atareada. Aun así en ocasiones, especialmente por la noche, el tiempo pasaba despacio. Vivía sola y con una desconocida, una mujer cuyos repentinos accesos de llanto me desconcertaban, cuya amargura me perturbaba. Intentaba desahogarme sobre el papel pero ahora que habían pasado los primeros ímpetus, me resultaba más difícil que nunca escribir y me preguntaba cómo me había atrevido siquiera a intentarlo.

Veía a muchos de mis viejos amigos de Nueva York pero era tímida y cohibida a la hora de conocer gente nueva. A menudo me encerraba en mí misma, preguntándome si se reían de mí en secreto, fingiendo ser amables mientras me observaban con un ojo clínico y frío, estudiándome como a un espécimen sobre una placa. En ocasiones me soltaba y bromeaba sobre mi antigua profesión, hacía bromas sobre mí misma antes de que las hicieran los demás. Pero con frecuencia me sentaba cohibida y callada, temerosa de unirme a la conversación y cometer alguna falta gramatical o revelar mi ignorancia sobre el tema que se trataba. Cuando era una madame no importaba pero ahora era distinto. Estaba en el proceso de evolucionar de *personaje* a persona. Como dice el doctor en la obra de T. S. Eliot *The Cocktail Party*, había «perdido el contacto con la persona que pensaba que era» y no habiendo encontrado aún mi nuevo yo, sentía toda la inseguridad de una persona con trastorno de despersonalización.

Como quizás era de esperar, la mayoría de mis amigos de Nueva York se asombraron cuando me matriculé en una universidad de la Costa Oeste pero una vez superaron la impresión inicial, aplaudieron

mi determinación y me pedían constantemente que les informara de mis avances como alumna. (Si la incongruencia es la raíz del humor, sin duda mi público ya estaba ablandado antes de que empezara. La sola idea de que la «mujer de peor fama de la historia del vicio de Nueva York» fuera una estudiante de primer año en la universidad les resultaba irresistiblemente cómica.)

No obstante, ninguno de mis profesores o compañeros tenían idea de que yo era la antigua propietaria del burdel número uno del país y, como resultado, me encontré constantemente envuelta en situaciones cuya ironía solo yo podía apreciar. Por ejemplo, en clase de discurso yo era la presidenta de un grupo de discusión entre cuyos miembros había un teniente de policía. Nunca olvidaré el placer que sentí cuando le pedí que hiciera unos comentarios sobre *Kon-Tiki*. ¡Vaya giro! ¡Polly Adler diciéndole a un poli que hablara!

Después, en clase de redacción, mi profesora propuso de forma inocente que escribiera un tema basándose en mi vida y experiencias pasadas.

—Si tienes un álbum de recortes quizá haya algo que te sirva como sugerencia —dijo.

Obviamente no seguí su propuesta, pero ella era una santurrona y la broma era demasiado buena. Al final del semestre fue en coche hasta mi casa para darme las notas (casi todo Notables, ¿qué tal lo hago?) y en un impulso saqué a relucir uno de mis álbumes.

—¿Qué habría dicho si hubiera escrito basándose en esta parte de mi vida? —le pregunté mientras comenzaba a pasar las páginas, deteniéndome para que viera titulares como: SE BUSCA A LA REINA DEL VICIO PARA INTERROGATORIO… LA PODEROSA POLLY ADLER CITADA POR EL FISCAL DEL DISTRITO… DESAPARECIDA LA MADAME DE MUCHAS MAGDALENAS… AMENAZAN DE MUERTE A LA ZARINA DEL DISTRITO ROJO. Tras comprobarlo varias veces y comparar mis facciones con las de una foto del periódico, mi profesora colocó el álbum sobre su regazo y leyó detenidamente las páginas en silencio durante varios minutos. Después levantó la mirada con un destello de malicia en los ojos.

—Señorita Adler —dijo solemnemente—, si hubiera escrito una redacción basada en este material y la hubiera leído en clase… —hizo una pausa—, bueno, lo único que puedo decir es que la expresión *educación liberal* hubiera tomado un nuevo significado. Una dimensión totalmente nueva.

Puesto que el mayor incentivo de ir a la universidad era aprender a expresarme, seguí la sugerencia del consejero escolar de apuntarme a Inglés 85, un curso de etimología. (Walter Winchell anunció en su columna que estaba estudiando Griego y Latín, y en cierto modo es verdad porque la etimología me era tan ajena como el griego.) Me encontré deduciendo exquisiteces como que la palabra *tranvía* derivaba de Bejamin L. Outram, que inventó la rueda de pestaña (aún espero que la conversación gire hacia las ruedas de pestaña para poder soltar esto), y *extravagante* de las palabras latinas para *fuera* y *vagar*. Vagar fuera es lo que a menudo quería hacer durante esa clase. ¿Cómo podía esperar dominar correctamente el uso del inglés cuando los griegos, los romanos, los anglosajones y los teutones habían estado maltratando la lengua durante tantos siglos? Pero el profesor me animó a quedarme y adaptarme y a fuerza de devanarme los sesos conseguí ponerme a la altura de los demás.

Más importante aún, aprendí a utilizar un diccionario y a consultar obras de referencia. Desde que había comenzado mi autobiografía, mis estantes estaban llenos de diccionarios, un *Oxford*, un *American Collegiate*, un *Webster* extendido (un peso pesado), un *Webster biográfico*, y un *Roget y Fowler* del uso del inglés. Hasta la fecha solo habían servido para acumular polvo, de hecho solía volverme loca mirarlos y pensar en todo el conocimiento que encerraban y que me era inaccesible, pero ahora que había encontrado la clave me convertí en una aficionada al diccionario y a menudo me lucía ante mis amigos soltando despreocupadamente alguna palabra rimbombante.

Mientras tanto, diversos columnistas habían informado de que estaba trabajando en mis memorias. La gente no dejaba de preguntarme cuándo estaría terminado el libro y, al darme cuenta de que me había puesto en el punto de mira, me propuse continuar mi *magnum opus*. Cada noche prometía que lo primero que haría por la mañana sería sentarme ante el escritorio y cada mañana encontraba excusas para mantenerme alejada de él. Podía limpiar armarios, encerar suelos, limpiar la plata, quitar las malas hierbas, pintar muebles de jardín, cualquier cosa por evitar tomar la pluma.

—¿Cómo puede alguien obligarse a escribir? —le pregunté al fin a una amiga escritora, Eileen Shannon.

—Escribiendo —contestó.

Me encogí de hombros y cambié de tema. Pero a la mañana siguiente me telefoneó y, además de darme los buenos días, preguntó:

—¿Cuántas páginas vas a escribir hoy?

—Tres —dije, pillada por sorpresa.

—Bien —dijo Eileen—. Te llamaré esta tarde para que me las leas.

Durante más de un mes llamó cada mañana para ponerme en marcha y cada tarde para comprobar, esperando que así adquiriera el hábito de trabajar regularmente.

Pero aún buscaba una salida rápida. Alquilé un dictáfono e hice que lo instalaran junto a la cama. Después, cuando el genio llameaba como solía ocurrir (o eso me parecía) a altas horas de la madrugada, parloteaba como loca hasta que, convencida de haber dictado al menos un capítulo, me hundía de nuevo entre las almohadas y me dejaba llevar hasta los brazos de Morfeo, satisfecha de mí misma. La única desventaja era que en demasiadas ocasiones me olvidaba de pulsar el botón de grabación y cuando activaba la reproducción a la mañana siguiente el viento se había llevado mis doradas palabras.

Al final, fui sensata y elaboré un horario que seguí a pies juntillas (excepto las ocasiones en que me saltaba las reglas y hacía novillos en Palm Springs o Las Vegas). Me levantaba a las ocho, tomaba un café y un zumo de naranja en la mesa de la cocina y me sentaba frente al escritorio a las ocho y media. A las once y media paraba para almorzar y trabajaba otras tres horas, tras las cuales descansaba hasta las seis cuando, cuatro veces a la semana, iba a la escuela. Las clases terminaban a las nueve y de nueve y media a once preparaba las lecciones del día siguiente y después leía hasta la una. Ya no leía por encima como antes. Ahora que tenía nociones de la agonía que supone la creación literaria, sentía que el autor merecía toda mi respetuosa atención.

Porque, créanme, agonía es una palabra suave. A menudo, cuando me sentaba a escribir, me encontraba pensando con nostalgia en aquellos buenos tiempos en los que luchaba contra polis y borrachos en lugar de contra sustantivos y verbos. Comparado con escribir un libro, regentar un burdel había sido coser y cantar. Sin duda, si hubiera tenido la más mínima idea de los dolores de cabeza que me esperaban, ni aunque me arrastraran cien caballos salvajes me habrían convencido para tomar papel y pluma. Pero cuando me embarqué por primera vez en esta empresa poseía el coraje de la ignorancia y cuando por fin me di cuenta de a qué me enfrentaba, el orgullo y la cabezonería impidieron que desistiera. Puesto que se sabía que estaba trabajando en un libro, tenía que terminarlo o sería el fin de la Adler *autora*.

III

Mientras trabajaba ocho y diez horas diarias, pasaron las semanas, la primavera dio paso al verano (ahora trabajaba fuera, bajo un enorme olmo chino) y mi joven cachorro celebró el equivalente al *bar mitzvah* de un caniche. Pero aunque mi texto había crecido también un poco, comencé a tener la sensación de que iba a pasar más tiempo escribiendo la historia de mi vida que viviéndola.

Sin embargo, gracias a Dora Maugham, había solucionado un asunto engorroso: mi libro ya tenía título. Anteriormente, la petición de sugerencias a mis amigos había suscitado numerosas respuestas halagadoras pero todas eran o demasiado ingeniosas o, como suele decirse, no aptas para todos los públicos. (Recuerdo que a Martha Raye se le ocurrió *Por siempre Adler* y Swifty Morgan colaboró con *10.000 noches en un burdel chino o Hermano, ¿me prestas un yen?* Cuando comenté que eso sería más adecuado para una madame oriental, Swifty contestó: «¡Qué demonios, Polly! Tú trabajabas en el East Side, ¿no?».) Pero aunque inventarse títulos se convirtió en un pasatiempo de salón bastante popular no fue hasta que Dora vino de visita que dimos en el clavo.

Un día estaba rociando un rosal del patio trasero y Dora, que estaba tomando el sol, estaba muy impresionada por el espectáculo de domesticidad suburbana.

—Me pregunto qué dirían los polis si te vieran ahora –reflexionó.

—Oh, probablemente estarían decepcionados porque mi hogar no es una casa de citas.

La reacción de Dora ante este comentario fue tan inusual y me dio tal susto que se me cayó el rociador.

—¡Síiii! —chilló—. ¡Para un momento! ¡Dale la vuelta y ya lo tienes! —Me preguntaba si habría estado demasiado tiempo al sol.

—¿De qué demonios estás hablando?

—El título perfecto para tu libro: *¡Una casa no es un hogar!*

Corrí hasta Dora y le di un abrazo que casi la hace caer. Por lo que a mí respectaba, era la idea más inspirada que nadie había tenido en un jardín desde que a Isaac Newton le golpeó la manzana. A lo que Dora contestó secamente que tuviera cuidado, que ya se me iba notando la educación universitaria.

Quizá tener un título funcionó como una espuela. En cualquier caso, seguí trabajando y a mediados de septiembre, tres años y tres

meses después de que se diera la salida, crucé alegremente (o quizá más bien jadeante) la línea de meta. No obstante, a los primeros sentimientos de euforia les siguieron rápidamente un ataque de reticencia. ¿No estaría poniéndome en ridículo si le enviaba el texto a un editor? Podía aceptar el rechazo pero no el ridículo. A mí me parecía que mi historia era interesante, pero en cuanto a la forma en que estaba escrita, bueno, ¿para qué engañarse? Shakespeare podía estar tranquilo. Decidí que lo que había que hacer era pedirles a algunos amigos, escritores y periodistas, que leyeran el manuscrito, ver sus reacciones y pedirles consejo sobre cómo mejorarlo.

¡Y entonces llegó el diluvio! Pretendía enseñarles el manuscrito a tres o cuatro personas como máximo. Pero se extendió el rumor y después de habérselo mostrado a uno era difícil negárselo a otros. De todas formas, pronto me encontré inundada de consejeros literarios, cada uno de ellos con una idea distinta sobre cómo debería escribirse la historia y cuyas sugerencias tiraban de mí en todas direcciones. Me dijeron que el libro no tendría sentido sin un relato detallado de mi origen familiar y mi infancia y que a nadie le interesarían mis años pre-madame; que debía incluir un buen retrato de los años veinte y que los años veinte se habían tratado *ad nauseam*; que el material sobre los gánsteres estaba pasado de moda y que el capítulo sobre Dutch Schultz era el mejor del libro; que debía evitar cualquier cosa que se pareciera a *True Confessions* y que el enfoque confesional sería un éxito asegurado; que el tratamiento debía ser semi-ficción y el tono ligero y espumoso y que el enfoque debería ser clínico, haciendo hincapié en la implicación social de mi historia, anotado por un psiquiatra, trabajador social o un abogado de altos vuelos.

Yo me lo había buscado. Y si a resultas de esto perdí muchos meses y (casi) la cabeza, no puedo culpar a nadie salvo a mí misma. Estaba y estoy muy agradecida por el interés de mis amigos y su deseo de ayudar. El problema fue que traicioné a todos no menos que a mí misma al seguir sugerencias a ciegas y de forma indiscriminada.

Cuando me recomendaban cambios no los discutía, aturdida y confusa por la avalancha de consejos que atronaba a mi alrededor, muchos de los cuales, además, se expresaban en idiomas extraños (¿Qué sabía yo de *continuidad*, de *identificación con el lector*, de *párrafos de transición* y *estilo telegráfico*?). Y convencida de que los demás sabían mucho más que yo sobre escribir un libro, no tenía favoritos. Dócilmente, a petición de cualquiera de los Svengalis que

estuviera allí sentado, revisaba y eliminaba, interpolaba y transponía, resaltaba y suavizaba. Sin un murmullo de protesta abandoné mi plan de comenzar el libro con mi nacimiento y narrar mi historia en orden cronológico (un esquema tan obvio que al momento me marcó como literata *aburrida*) y, en lugar de ello, prolijamente ayudada desde los laterales del camino, hice uso libre de mecanismos llamativos como los *flashbacks* y los pasajes en monólogo interior. Añadí un prefacio y notas al pie, un apéndice y un glosario de jerga de los bajos fondos y, si no hubiera estado ansiosa por terminar el libro para Navidad, habría incluido tablas estadísticas y también un perfil psicológico del retrato robot de la prostituta. (La petición para que una de las autoridades más punteras sobre sexo de los Estados Unidos escribiera una introducción había fracasado.) En resumen, cuando la revisión hubo terminado me pareció que lo único que no había cambiado era el título. No piensen que no me lo sugirieron pero en este punto fui inflexible.

El día que el libro llegó del mecanógrafo, cinco copias, mientras observaba la enorme pila de páginas escritas experimenté algo cercano a la emoción del momento en que me probé mi primer abrigo de visón. (Miles y miles de palabras, ¡todas mías!) La única diferencia es que no tenía ningún deseo de *probarme* el libro, de ver cómo se leía ahora que cada infinitivo estaba en su lugar, cada coma en su sitio. De algún modo la simple idea de abrirme paso entre las más de cuatrocientas páginas me provocó una sensación de mareo y un impulso sobrecogedor de escabullirme y acostarme. Me contenté con disfrutar de la hermosa página de título y el índice de contenidos, intentando imaginar cómo se verían las palabras mágicas *por Polly Adler* en letra de imprenta.

Aquella tarde un viejo amigo, un hombre muy conocido en el mundo editorial, vino a hacerme una visita prenavideña. Sabía de mi proyecto autobiográfico casi desde su origen. De hecho, fue uno de los pocos que habían visto aquel primer manuscrito magullado y lleno de tachones que había traído de Nueva York y me había prometido aconsejarme sobre la colocación del libro cuando llegara el momento. Ahora, en respuesta a su pregunta sobre la *obra en curso* le informé de que se acababa de dar la última mano de pintura a mi *Casa* y le mostré orgullosa el manuscrito. ¿Para cuándo podría leerlo?

Me dijo que se iba de viaje en vacaciones pero sabía lo ansiosa que estaba por poner el libro en marcha y como tenía un par de horas libres, me preguntó si me importaba que le diera un vistazo

rápido en ese momento. Al contrario, me parecía estupendo y después de que se acomodara con la copia original, fui a prepararle un té y una copa de jerez.

Cuando volví de puntillas y dejé la bandeja levantó la vista con una expresión perpleja.

—Esto no se parece en nada al primer borrador que me enseñaste, Polly. No parece que lo haya escrito la misma persona —dijo.

—Gracias por el cumplido —contesté—. Quizá haya aprendido algo, después de todo —Le expliqué que había pedido consejo a mis amigos y toda la revisión que había hecho—. Cuando recuerdo lo crudo y mal escrito que estaba el primer borrador, me sonrojo de vergüenza al pensar que alguien lo haya leído alguna vez. Es una gran mejora, ¿no crees?

—Bueno, veo que has trabajado mucho —dijo mi amigo. Siguió leyendo y yo cogí otra copia del manuscrito y fingí leer también, pero estaba demasiado nerviosa para concentrarme. Le observé disimuladamente mientras leía unas cuantas páginas por encima, luego saltaba al siguiente capítulo y leía algunas partes, volviendo a veces hacia atrás para releer un pasaje. Leyó todo el manuscrito de esta forma y después de colocarlo en una pila ordenada, se quedó allí sentado durante lo que pareció un tiempo interminable, con los codos sobre el escritorio y la cabeza entre las manos.

No pude aguantar más.

—Doctor, por favor, ¿cuál es el veredicto? El suspense me está matando.

—Podría decirte muchas cosas buenas, Polly —dijo despacio—, pero me temo que no lo que quieres escuchar. Porque, francamente, estoy decepcionado. Esto está muy lejos del libro que esperaba tras ver tu primer manuscrito —Dejé escapar un quejido de angustia e indignación mezclados—. No digo que no vayas a encontrar un editor. Es hábil, profesional y posiblemente, si no te hubiese conocido, si solo te conociera por lo que aquí está escrito, mi opinión sobre el libro sería completamente distinta. Pensaría que esto es todo lo que hay que contar de la historia de Adler y estaría satisfecho. Pero como te conozco, no puedo evitar saber que has dejado fuera la parte más importante.

Le miré totalmente desconcertada.

—No entiendo lo que quieres decir. No he dejado nada fuera. Todos los hechos están ahí.

—Oh, sí, has metido todos los hechos —dijo—, pero no has

conseguido meter a Polly Adler. Lo que echo de menos aquí, Polly, es a ti —Retiró la silla del escritorio y se puso en pie—. ¡Cielo, no debes tener miedo de escribir tu propio libro! No escuches lo que te diga la gente. Olvídate de las reglas. Se trata de *tu* historia. Cuéntala a tu manera… Aquella primera versión que me enseñaste, esa de la que te avergüenzas tanto, quizá no fuese la más pulida del mundo, quizá la sintaxis fuese algo extraña pero era el Libro de Polly; estaba vivo, tenía sal, era espontáneo, sonaba real y, sobre todo, se materializaba la persona que eres. Mientras que en este… —Tamborileó sobre el manuscrito nuevo y se encogió de hombros—. Bueno, es una *Casa* vacía. Adler ya no vive ahí.

Me senté afligida en silencio y mi amigo se acercó enseguida y me puso la mano en el hombro con gesto compasivo.

—Sé lo que estás pensando y no te culpo. Vamos, dilo. Soy un pusilánime, un insignificante, un obcecado, un picajoso, un resentido, un bastardo hijo de…

—No pongas palabras en mi boca —dije—. En realidad estaba recordando el dicho de una vieja madame llamada Vicki Shaw.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Demasiados cocineros —dije tristemente— arruinan el burdel.

Cuando se marchó, fui hasta el escritorio y me quedé mirando la gruesa pila del manuscrito que ahora se parecía demasiado a una lápida. Había empezado el libro con el objetivo de conocerme, de recopilar pruebas para poder tomar una decisión en el caso de Polly Adler. Pero si, como decía mi amigo, no había conseguido meter a Polly Adler en la historia, entonces aquello no tenía valor para nadie y menos aún para mí.

Simplemente cuenta la verdad. Cuenta la historia a tu manera. Parecía tan sencillo, pensé amargamente, pero, ¿cuál era mi manera? Y súbitamente recordé una conversación de hace mucho tiempo con Robert Benchley. Durante nuestros años de amistad le había contado gran parte de mi historia y una noche que había estado recordando me animó a escribir mis memorias. Pensando que estaba de broma y, como siempre, cohibida por mi falta de formación, le recordé que yo no era una chica de universidad privada, el único título que tenía era de la Universidad de la Cárcel.

—Un título universitario no hace al escritor. Lo mejor es tener una historia que contar y tú, Polly, sin duda tienes esa historia.

—Bueno —dije—. Ahora solo tengo que saber cómo escribirla.

—Escríbela de la forma que la has vivido —dijo Bench—. Escríbela con el corazón.

Aparté a un lado el hermoso manuscrito mecanografiado y saqué una libreta del cajón.

—Prepárense para lo que viene, muchachos —me dije entre dientes—. Aquí vamos de nuevo.

Tomé la pluma. *Nací en Yanow*, escribí, *un pueblo de la Rusia Blanca cercano a la frontera de Polonia, el segundo domingo antes de la Pascua Judía…*

***** *Douglas Carrigan (1907-1995), conocido como* Wrong Way (camino equivocado *o* dirección errónea) *fue un aviador estadounidense nacido en Galveston, Texas. En 1938, tras un vuelo transcontinental desde Long Beach, California, hasta Nueva York, voló desde Nueva York hasta Irlanda a pesar de que su vuelo supuestamente debería ser de vuelta a California.*

Agradecimientos

Los editores queremos expresar nuestro gratitud a Yvonne Crevier, *Business Manager* de la University of Massachusetts Press, por sus sugerencias y la colaboración prestada.

Índice

¿Quién es Polly Adler?

Capítulo 1
'Goldine madina' significa 'Tierra dorada'
Capítulo 2
El escenario está listo
Capítulo 3
Vacaciones de pensar
Capítulo 4
Cuestión de suerte, supongo
Capítulo 5
Todo el mundo debería ser rico
Capítulo 6
En un barco con el suelo de cristal
Capítulo 7
Un chico nunca ha llorado
Capítulo 8
Un arresto rápido
Capítulo 9
Una casa no es un hogar
Capítulo 10
Una temporada al sol
Capítulo 11
Llámeme Señorita

Agradecimientos

409